

CHTHON

PIERS ANTHONY



Lectulandia

El crimen de Aton era muy simple: amaba a una ninfa. Y todos los mundos temían y odiaban a esta sirena casi mística, aunque no hubiera en parte alguna ningún ser que pudiera explicarle el motivo.

Y, cuando vio que no podía hallarla allí, decidió buscarla en algún otro lugar.

Jamás había logrado escapar nadie de Chthon con vida. Pero la ninfa le llamaba, y Aton tenía que hallar la respuesta que andaba buscando.

Y en el laberinto subterráneo de cavernas horriblemente tórridas del planeta Chthon, el mundo de los trabajos forzados, al que había sido condenado, Aton buscaba una respuesta.

Lectulandia

Piers Anthony

Chthon

ePub r1.0

Marley2 27.06.15

Título original: *Chthon*
Piers Anthony, 1976
Traducción: José Manuel Álvarez Flórez

Editor digital: Marley2
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I. Atón

§ 400

— 1 —

Hacía calor en aquella cabina. Atón se lamió la sal y el tizne de los labios mientras arroyos de sudor le cosquilleaban cuello abajo y empapaban su áspera camisa de presidiario. En la húmeda superficie del libro que llevaba, veía a un hombre de pelo oscuro limpiamente afeitado.

Rasgos normales, estatura media: ¿era el aspecto de un criminal? ¿Soy un criminal, pensó, lo soy...?

Daba igual. Chthon era la prisión de los condenados, y el hombre encarcelado allí estaba condenado, hubiese justicia en ello o no. Legalmente condenado y legalmente muerto: nadie escapaba de Chthon.

La prisión era una profunda cavidad natural muy debajo de la superficie de un planeta secreto perpetuamente separada de las estrellas. No había allí celdas, ni guardianes; sólo la escoria viviente del imperio del hombre, muriendo entre inefables riquezas. Pues Chthon era una mina de granates, en la que el valor moderado de las piedras individuales se complementaba con su enorme número. El funcionamiento de la empresa era éste: cada veinticuatro horas, el único ascensor descendía, cargado de alimentos. Subía luego con varios centenares de granates. Si el valor de las piedras no era suficiente, la siguiente partida de alimentos se reducía.

Atón sabía todo esto de Chthon, y era cuanto un hombre libre podía saber. Ahora iba a conocer el otro lado, el lado oculto. La cerrada jaula se estremeció, agitándose sin dejar de descender hacia las febriles entrañas, y Atón se balanceó con su movimiento. Sintió que el calor aumentaba olió su propio sudor. ¿Estoy soñando lo imposible?, pensó. ¿Es una locura creer en una huida física, simplemente por el rumor que oí en el espacio? Regreso de la muerte. Libertad. ¿Quizás incluso... culminación?

Cesó el movimiento. Se abrió la puerta a la rumorosa oscuridad. Le golpeó el calor, opresivo, sofocante. El sudor empapaba su ligero uniforme.

Sabiendo que no tenía elección, Atón salió a la oscuridad.

—¡A un lado! —bramó una voz en su oído. Ásperas manos le empujaron. Se tambaleó en el centro de una estancia, el libro sujeto bajo el brazo, distinguiendo confusamente formas de hombres que se movían entre él y el interior iluminado del ascensor.

Trabajaban silenciosamente, tres de ellos, sacando cestos y colocándolos junto a la pared más próxima. Vaciado el ascensor, metieron en él estuches metálicos más pequeños en cuidadoso orden. Los granates, comprendió Atón. Eran hombres rudos,

de pelo largo y con barba; iban desnudos, y todos llevaban una especie de saco atado a la espalda. A la escasa luz, su aspecto era grotesco. Recordaron a Atón duendes jorobados. Uno de ellos cerró la puerta con fuerza, cortando la luz. En la estancia, el ruido era tan fuerte que Atón no oyó siquiera subir el ascensor, pero supo que había desaparecido su único lazo con el mundo exterior. Estaba ahora a merced de Chthon.

Después de todo, había algo de luz: un apagado brillo, verde y extraño, que fluía de paredes y techos que parecían arder sin llamas. Sus ojos se ajustaron a aquella luz. Podría valerse.

Entonces, los hombres se acercaron a él.

—Nuevo, eh. Nombre.

—Atón Cinco.

—¿Cinco?

—Lo tomas o lo dejas.

Lo consideraron, sopesándole como lobos de la misma camada a un extraño.

—Está bien, Cinco; éstas son las instrucciones: a partir de ahora no hagas preguntas. Nosotros no contestamos preguntas. No nos importa por qué te enviaron aquí, pero no lo hagas otra vez. Límitate a no causar problemas, a hacer lo tuyo, y todo irá bien. ¿Entendido?

Esperaron su reacción, duros, lobunos.

—¿Dónde...?

Un hombre avanzó hacia él, alzando una mano abierta.

Atón paró automáticamente el golpe alzando el antebrazo. Llegó un pelo tarde, y la mano le golpeó en la cara lo bastante fuerte para hacerle girar la cabeza. Retrocedió un paso.

—¿Por qué...?

—Ocúpate de tus asuntos. No avisamos dos veces.

Atón retrocedió, furioso. Caviló un instante si debía responder pagando con la misma moneda. Habría significado combatir con los tres, probablemente a la vez. ¿Era eso lo que querían? Pero por detrás de su cólera comprendió que el consejo era bueno. No causes problemas... al menos hasta que sepas cuál es la situación. No tenía objeto empezar su estancia allí luchando. Habría tiempo suficiente para eso más tarde. Asintió con un gesto.

—Bien —dijo el hombre; se rió—. Recuerda: ¡todos moriremos juntos!

Los otros soltaron también risotadas y fueron a recoger los cuévanos. Atón los recordaría.

—Un consejo —dijo uno al pasar, con cierta amabilidad—: desnúdate. Como nosotros. Hace mucho calor.

Se alejaron, dejándole solo. ¿Eran representativos? Sabía que había mujeres en Chthon, pero en una prisión sin guardianes y sin salida al mundo, las convenciones debían haberse plegado al calor asfixiante mucho tiempo atrás. Tenían que prevalecer costumbres insólitas a menos que pretendiesen burlarse otra vez de él.

Atón miró a su alrededor. Era una estancia circular, de paredes irregulares pero no ásperas. Piedra cubierta de brillo. Mucho tiempo atrás algún grupo explorador debía de haber recorrido aquellas cavernas o al menos lo bastante de ellas para localizar el granate y determinar que no había salida posible. Se preguntó si el aire sería natural o lo canalizarían hasta allí; su presencia parecía demasiado oportuna para que fuese pura coincidencia.

Pero debía ser imposible soportar aquel terrible calor durante mucho tiempo. Aquello era un horno asfixiante. Tenía que haber zonas más frescas, si no sería imposible vivir. Desechó su empapado uniforme, cogió su libro y salió de la estancia. Antes de abandonarla, tocó la pared con cautela: estaba caliente pero no quemaba, y el limo verdoso brilló por unos segundos en sus dedos. Evidentemente no eran los materiales químicos de la caverna los que producían el calor.

Salió a un corto túnel. Le habían dicho que Chthon estaba formado por un laberinto de galerías hechas por la lava y racionalmente sabía que su formación se había completado varios siglos antes, pero resultaba difícil ser objetivo. El lejano final del corredor palpitaba de calor, y el ruido crecía constantemente, como si actuasen aún las fuerzas primigenias. Pero aquélla era la única dirección que podía tomar.

Poco después dio con un túnel mayor que cruzaba el suyo, tendría unos cuatro metros de diámetro. Una masa sonora de aire le aplastó contra su suave pared. Viento... ¿en cavernas cerradas? Aquél era el origen del ruido; pero, ¿de dónde podía proceder una corriente de aire como aquella? Su imagen de la región infernal no incluía aquello.

Atón dio la espalda al viento, dejando que guiase su cuerpo túnel abajo. Las paredes no tenían una forma definida, salvo por el brillo, y el pasaje era casi redondo en corte transversal. ¿Habría sido quizás excavado y suavizado por la erosión secular de aquel viento? Chthon se volvía cada vez más extraño.

La veloz brisa (diez kilómetros por hora o más) refrescaba agradablemente su cansado cuerpo, dándole, al menos en parte, la respuesta de cómo se podía sobrevivir allí. Pero casi inmediatamente sintió su consecuencia: deshidratación. Necesitaba agua, y rápidamente, para que su cuerpo no se secase. Tenía que haber otros hombres en algún lugar, y provisión adecuada.

Avanzando con una mano apoyada en la pared, Atón percibió de pronto un hueco. Allí, el viento cesaba y volvía el calor pero, agradecido por el descanso, decidió seguir por aquel pasaje. Era un pasaje pequeño, que apenas si le permitía avanzar erguido, y daba a otra celda o estancia similar a aquélla en la que le había dejado el ascensor. No tenía salida.

Estaba a punto de volver sobre sus pasos, cuando se dio cuenta, sorprendido, de que la estancia estaba ocupada. Percibió un murmullo y una agitación, y vio alzarse del curvado suelo una forma. Vino hacia él, extrañamente sugestiva y un poco aterradora, recordándole una imagen de su pasado, nebulosa, una belleza y un horror

demasiado tentadores y demasiado dolorosos a la vez para abordarlos con tranquilidad. El aullido del viento al fondo pareció convertirse en siniestra música. ¿Es la canción, pensó, el terrible canto quebrado, la melodía de la muerte? ¿Es este mi demonio, mi súcubo, que llega sonriendo para arrancarme mi virilidad?

La voz de una mujer brotó de la figura, untuosa pero suplicante.

—¿Quieres hacer el amor conmigo? —preguntó.

Entonces pudo ver el perfil desnudo de un cuerpo femenino. Consciente de su propia desnudez, colocó su libro protectoramente delante mientras ella se aproximaba. No estaba seguro de las intenciones que aquella mujer albergase. Ella apartó el libro y se deslizó en el círculo de su brazo. Parecía confiada; al parecer, podía ver en aquella media luz mejor que él.

—Amor —dijo ella—. Haz el amor con Laza.

Sintió sus senos desnudos sobre su pecho.

Atón tuvo miedo de ella y de sus propios fantasmas internos. Advertido por la tensión de su cuerpo se echó hacia atrás. La mano de la mujer cayó furiosa, la aguda piedra que encerraba su puño rozó la mejilla de Atón. En una hora, le habían atacado ya dos veces.

—¡Entonces muere, cabrón! —gritó ella—. Muere muere...

Jadeando, respirando entrecortadamente, se alejó hacia el fondo de su celda, derrumbándose en tembloroso montón. Aún pudo oír su torturado susurrar su «muere muere...» ¿Había pretendido realmente matarle?

En el pasadizo se detuvo y volvió. Laza se dio cuenta y se incorporó inmediatamente.

—¿Quieres hacer el amor conmigo? —preguntó, igual que antes. Atón echó a correr.

La galería principal continuaba y continuaba, cruzando numerosos claustros. Algunos parecían vacíos; otros irradiaban extraños ruidos, gruñidos, chirridos. Atón los cruzó rápidamente.

Le empujaba la sed. El viento cruel golpeaba su espalda sorbiendo incesantemente humedad. Había conservado los zapatos, pero se los quitó al fin para dejar respirar los pies, empapados de sudor. Y continuó.

Al fin, un rumor de voces le condujo hasta una caverna mayor. El viento se aplacaba ligeramente al llegar a espacios más amplios, el ruido disminuía. Los embotados sentidos de Atón revivieron. Había allí varias personas, trabajando y charlando despreocupadamente. En el centro de la estancia había un gran aparato metálico girando alrededor de un eje radiado que sobresalía de arriba. Dos hombres empujaban los radios y hacían girar lentamente la parte superior, como si fuese una muela. Cerca de ellos había otros dos hombres acuclillados contra la pared, tallando pequeños objetos con delgadas cuchillas. Más allá, un hombre solo echaba piedras en cestos. Todos iban desnudos.

Más cerca de él, vio a una mujerona cordial que advirtió su presencia

inmediatamente.

—Nuevo, ¿eh? —dijo, utilizando el mismo saludo que le habían dirigido antes. ¿Más problemas?— Vienes al mejor sitio —dijo ella—. La mejor es Mamá.

Soltó una carcajada ante el gesto de sorpresa de Atón.

—Sí... es porque soy yo quien entrega los pellejos. Supongo que querrás uno, antes de que te deshidrates. Toma.

Se acercó a la máquina del centro, y los hombres dejaron de mover los radios para permitir que cogiese un saco que colgaba de un tubo de un lado.

Se lo entregó.

—Aquí tienes tu pellejo. Jamás te desprendas de él.

Atón lo tomó, sin entender. Era de un material sólido y pesaba unos cinco kilos, con unas bandas destinadas evidentemente a sujetarlo al cuerpo. Se dio cuenta entonces de que todos llevaban un saco similar: era la única prenda que vestían. Pero, ¿con qué objeto?

Mamá Pellejo cogió un saco vacío y lo sujetó al tubo, permitiendo a los hombres que reanudasen su tarea. Lentamente comenzó a llenarse. Entonces Atón cayó en la cuenta.

—¡Agua! —exclamó, llevándose a la boca el estrecho cuello de su pellejo y sorbiendo ansiosamente. El líquido estaba relativamente fresco y su sabor era delicioso.

La mujer le miró aprobatoria.

—Vale más que el granate —dijo ella—. Lo sacamos de este condensador, y todo el mundo se siente feliz. Siempre que estén del lado de Mamá Pellejo.

Atón captó el mensaje. Aquella mujer tenía poder, en la jerarquía subterránea de allí. Comenzó a presentarle a los otros.

—Muchachos, este es Cinco. Estos dos son mis obreros, esta pareja, Sam y Córneo. Allá tenemos al amigo Ajedrez. Hace juegos completos de figuras de ajedrez con granates. Excelente trabajo.

Atón asintió, sorprendido otra vez. Afuera, aquellas figuras valían una fortuna, por el material y por la artesanía, y sin embargo, allí, el artesano resultaba ser un viejo canoso que acuclillado desnudo en un rincón trabajaba con un mellado cuchillo.

—Ese otro es su aprendiz. Se entienden muy bien.

El aprendiz era una mujer joven, adolescente, pero bien formada y bonita. Atón se preguntó qué crimen podría haber cometido para que la condenasen a Chthon a aquella edad. Supuso que lo de «entenderse muy bien» era más por satisfacer el ego del viejo que para reconocer sus proezas eróticas. La reputación debía de ser allí importantísima; no debía olvidarlo.

Mamá Pellejo le condujo hasta el hombre que echaba piedras en los cestos.

—Este es Contador —dijo—. Bueno con los números, tiene buen ojo para las piedras. No intentes engañarle.

Contador seleccionaba las piedras por el color: había un cesto para las piedras

rojas, otro para las marrones, apenas diferenciables a aquella luz difusa. Una atractiva muchacha las disponía luego según su tamaño.

—Esta es Silly —dijo Mamá Pellejo—. Su nombre quiero decir... Selene, Silly... Ya aprenderás —la chica le miró con una risilla.

—Aquí todo el mundo tiene una tarea —concluyó Mamá Pellejo—. Date una vuelta por ahí, Cinco, hasta que te adaptes, y luego búscate algo que hacer... No te apresures —luego, con excesiva indiferencia, añadió—: ¿Conseguiste traer herramientas de contrabando?

—¿Herramientas?

Sus despiertos ojos miraban el libro de Atón. No formularía la pregunta. Atón lo abrió.

—LVT —dijo—. Un texto. Me dejaban traer una cosa —Ella se volvió sin decir palabra, molesta.

Aquél era el ambiente. Una vez aclimatado al calor y al viento, y capaz de orientarse por el entramado de túneles, mediante la vista y el oído, Atón consideró que la vida de los presidiarios era sorprendentemente cómoda. Demasiado cómoda... En tal situación, no podía haber nunca un firme deseo de fuga. Los habitantes del lugar estaban satisfechos, pero él no. Él tendría que encontrar un catalizador.

Las cavernas se extendían hacia abajo interminablemente. El granate se subía desde algún lugar del fondo para seleccionarlo allí y comerciar con el mundo exterior. Adquiría un precio muy superior a su valor real como piedra preciosa. Las gemas artificiales podían superarlo fácilmente en calidad, pero carecían del atractivo de la notoriedad. El granate era el producto del trabajo de los condenados, llegaba del nefasto Chthon. El hombre siempre concedía mayor valor a lo mórbido.

Atón encontraba inexplicable la actitud de los presos. Teóricamente, aquélla era la peor prisión del sector humano de la galaxia, destinada a los locos criminales, a los incorregibles, a los degenerados: a los que la sociedad no podía curar ni ignorar. Chthon se describía fuera como un lugar de perpetua agitación y orgía, de un sadismo y un horror increíbles.

Y Atón descubría ahora una sociedad ruda pero tranquila cuyos miembros seguían su propio consejo: no causar problemas. Los auténticamente locos estaban aislados en sus celdas y se cuidaban de ellos guardianes voluntarios. A menos que se aventurasen fuera, se les dejaba ocuparse en sus propios asuntos.

Incluso gente normal difícilmente podía imaginarse que llegase a coordinar tan bien.

¿Eran realmente criminales? Si no ¿por qué aceptaban su suerte con tal tranquilidad? Había un cabo suelto, algo que no había captado. Nada podía hacer mientras no adivinase qué era.

—Atón. —La voz era un contralto profundo y cálido.

Salió de su ensueño para descubrir a aquella muchacha, Selene, en una postura provocativa. Ya no reía entre dientes. Sus ojos se clavaron en los de él al encontrarse; pero aunque consciente de esto, Atón había pensado que debía ser precavido con las mujeres mientras no desentrañase los otros misterios. Una mujer significaba problemas en cualquier parte.

Selene fue hacia él, los pechos erguidos.

—Yo no soy ninguna Laza, Atón —dijo, cortando su pensamiento—. No te mataré por acercarte a mí.

Atón no se conmovió en lo más mínimo.

—Eres la mujer de Contador, ¿no?

—Contador sabe dónde estoy. Contador sabe dónde está todo el mundo, siempre —se apoyó sobre él, suave, flexible, felina—. ¿Cuánto hacía que no tenías una mujer, Atón?

Había dado en el clavo. Hacía mucho, muchísimo tiempo. Él había aprendido cómo eran las cosas en el espacio y el espacio había desaparecido ya, quizás para siempre. A juzgar por la actitud que había visto hasta entonces probablemente ella dijese la verdad sobre Contador incluso podría haberla enviado él mismo, en un gesto de amistad.

Selene se apartó, ocultándose tras su pellejo de agua. Segura de que había llamado al fin su atención, comenzó a bailar, dando unos saltos rítmicos y balanceándose tan hermosa como prometedora. Atón apoyó su libro contra la pared y fue tras ella.

Ella le eludía entre risas. Jugueteando con las manos y el cuerpo, ofreciéndose y esquivándole, le condujo a un pasadizo lateral. Atón comprobó el lugar, receloso de pronto, pero estaba vacío.

Se restregó contra él. Él la cogió y la empujó contra la pared. Sus labios se encontraron súbitamente en un beso, se separaron, se rozaron apasionadamente; luego, ella escapó y pirueteó en el centro de la celda. Sus ojos brillaban.

Atón avanzó hacia ella, cortándole la salida y empujándola hacia un nicho; ella le eludía y se agitaba complacida.

Entonces, al darse cuenta de que había quedado atrapada, comenzó a tararear una melodía. Era el artilugio final: una melodía inocente, indiferente, como si no se diese cuenta de que él estaba con ella. Debería haberle impulsado al asalto final.

Por el contrario, le hizo retroceder, enfriando instantáneamente su ardor. Era la canción rota.

Ella vio que algo pasaba.

—¿Qué te sucede Atón?

Él se volvió de espaldas.

—Sal de aquí, Silly. No eres ni mucho menos lo que yo deseo.

Sorprendida primero, enfurecida después se alejó corriendo. Atón escuchó el rumor de sus pisadas, un claro compás entrelazado con el gemir del viento. Los dos sonidos se fundían formando la música de la canción rota.

—Malicia —pensó él—. Oh, Malicia... ¿Nunca me deja la mujer?

Era un sueño, por supuesto, pero sólo Atón lo sabía, y él, hechizado por el podría-haber-sido que ante él desplegaba, era tan estúpido como para olvidar que se trataba de un sueño. En él no estaba solo en el túnel; la mujer no huía enfurecida. Había sido un fracaso, sí, pero no total.

Ella le cogió del brazo mientras caminaban por el oscuro túnel. Vestía una blusa ligera y una falda oscura que resaltaban más sus formas que la propia desnudez.

—Jill —dijo él—. Quiero disculparme por lo que ha pasado. Pero debes comprender el efecto que ejerce sobre mí esa canción. Cuando la oigo...

Ella le apretó el brazo. Pudo sentir la suave presión de sus dedos a través de la ropa.

—Me llamo Selene —dijo ella.

Giraron en un pasadizo lateral. Descendía en diagonal, ensanchándose.

—Tu interés me cogió de sorpresa —siguió él, consciente de lo torpe de sus explicaciones—. En cierto modo, nunca había pensado en ti como mujer, Jill.

—¿Por qué te empeñas en llamarme «Jill»? —preguntó ella—. Mírame, Atón, soy Selene. Silly Selene, la chica de la cueva.

La miró.

—Supongo que lo eres —dijo él—. No te reconocí, vestida.

—Gracias.

La condujo hasta un asiento y buscó un lugar a su lado.

—No sabía que hubiese uno de éstos en Chthon. Teníamos un cine para la tripulación en el Yocasta, pero yo nunca fui...

Calló, sorprendido. La mano de ella reposaba en su regazo, hurgando en la cremallera de sus pantalones. Luego sus dedos penetraron, para descubrir lo que allí había. Él intentó protestar pero, inmediatamente, los que ocupaban los asientos próximos volvieron a mirar, y hubo de callar para que no advirtiesen lo que pasaba.

La escena se desplegó sobre la gran pantalla frontal. La atención de Atón saltó a abrazar aquel plano fijo. Un hombre subía trabajosamente un empinado sendero, un hombre fornido vestido a la antigua, un joven ataviado con ropas flotantes de indefinido color. Un hombre, pero lleno de significado. Tras él, el camino se perdía en un declive musgoso de roca, extrañamente atractivo como paisaje.

La imagen cambió, convirtiéndose en otra escena. Esta vez el suelo se abría: una profunda hendidura con una aterradora sensación de profundidad. El sendero se estrechaba, como si atravesara un paso; efectivamente, se destacaba una pequeña colina redondeada y el terreno a su alrededor quedaba hundido y desaparecía. Había

dos hombres frente a frente, como si hubieran subido uno por cada lado para encontrarse en la cima. A la derecha estaba el joven fornido de la escena anterior; a la izquierda, un hombre más viejo, con vestimenta similar. Uno frente al otro, hablando o discutiendo. El viejo tenía un brazo levantado en un gesto imperioso.

La tercera escena era más brusca: el cuerpo del joven estaba vuelto en actitud violenta, los brazos extendidos, la cara contraída. La otra persona estaba situada en el espacio más allá del precipicio, levantados los brazos como para batir el aire, como un ave, pero cayendo, sin embargo. Habían tenido una discusión, una riña, quizás una prueba de fuerza disputándose el derecho de paso. ¿Cómo saberlo, con aquellas imágenes fragmentarias y mudas? Pero era algo ya hecho, irrevocable. Atón sabía que abajo, muy lejos, invisible, se encontraba el estrecho cauce de un río... y se preguntaba por qué lo sabía.

Una escena más, aparentemente sin relación con la secuencia anterior: una inmensa forma animal con poderosas alas plegadas y los pechos sensuales de una mujer madura. Tenía la boca abierta en una especie de pregunta, como si plantease un enigma. Eso era todo.

Un horror inexplicable se apoderó de Atón, una revulsión que agitó su estómago y obnubiló sus sentidos haciéndole apartarlos del monstruo y de lo que pudiera significar.

Percibía ahora una sensación en otra área. Bajó la vista y vio la mano de la mujer, cerrada como una tenaza, estirando cruelmente. Pero era un cordón, una extensión serpentina, rojo sangre a la media luz, que conectaba su vientre con el de ella. Y vio la cara de ella, y no era la de Laza, que podría haberle matado, sino otra cara, más amorosa y más maligna que cualquiera que él pudiese imaginar.

Intentó liberarse, pero no podía moverse. El dolor que le causaba su propia emoción era terrible mientras ella continuaba estirando, amenazando con arrancar la raíz de su carne. De pronto, la melodía se alzó como niebla del horror y él conoció al fin la plenitud.

Se despertó, sudando, tembloroso, y se dio cuenta de que se aproximaban pisadas, sabiendo que tenía que salir de Chthon.

— 3 —

—Cinco —esta vez era una voz de hombre. Selene no había tardado mucho en decirlo. Se volvió y se encontró con Contador y dos de sus ayudantes.

—No la toqué —dijo Atón. Contador estaba hosco y ceñudo.

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

Atón no perdía de vista a los otros dos hombres. Sabía cuál era su misión, y reconoció a uno de ellos.

—¿Porque Silly se me ofreció?

—En parte —dijo Contador con franqueza—. No debería haber hecho eso. Pero además, tú la rechazaste.

—Yo no quería meterme en líos.

—¡No querías meterte en líos! —explotó Contador—. ¡Maldito entrometido! Me has convertido en el hazmerreír de Chthon demostrando que mi chica no merece la pena. Burlándote de ella. Podías haberle dicho que no en seguida, si no te gustaba; pero no, tenías que...

—No fue eso. Yo la deseaba, pero...

Contador le miraba calculadoramente.

—¿Pero...? ¿De qué tenías miedo? Nadie que esté arriba volverá a verte nunca. Ahora tienes que vivir a nuestro modo. Aquí no hay ceremonias, no hay reglas dobles. Ella te deseaba, y yo le dije que probase suerte. Aquí no hay miedo a que se engendren bastardos, es imposible en este clima, si es eso lo que te preocupa.

—Lo sé. Yo...

—Mi reputación está en juego, Cinco. Sólo puedo hacer una cosa para defenderla.

—Hay otra cuestión... —Comenzó Atón, pero Contador había hecho ya una señal, y los dos hombres se aproximaron. Eran musculosos; uno era el miembro del grupo de recepción original que le había pegado. Se habían quitado sus pellejos.

Atón vio que no tenía salida posible. Se pasó la lengua por los labios, y no se molestó siquiera en quitarse su pellejo de agua. ¿Había querido realmente explicarse?

Cronometraje. Coordinación. Decisión. Atón saltó. El primer hombre recibió el impacto de un pie desnudo en el plexo solar antes de darse cuenta. Cayó hacia atrás, derrumbándose inerte. Antes de que llegase al suelo, Atón atacaba ya a su compañero, enredando una diestra mano en su barba y convirtiendo su avance en una caída de bruces. Los duros nudillos de la mano libre de Atón le golpearon la sien con un ruido sordo.

Uno semiinconsciente, jadeando en el suelo. El otro agonizando con el cráneo fracturado. Todo en unos cuatro segundos.

Contador bajó los ojos, atónito.

—Hombre del espacio —dijo.

—Tú quisiste que fuese por las malas —Atón percibió que se había ganado el respeto de aquel hombre—. Intenté explicarme.

Contador sacó de allí a los dos hombres y volvió solo.

—Está bien. No puedo arreglar las cosas contigo de ese modo. Sólo he conocido a un hombre que pudiese luchar así, y no está... disponible.

—¿Un hombre del espacio? —preguntó Atón con interés.

—Un cultivador de krell.

Atón se quedó pensativo. Los miembros del gremio que cultivaba la mortífera planta krell habían desarrollado el antiguo arte del kárate en una dirección distinta de la que habían seguido sus primos del espacio. Ambos utilizaban los golpes para

paralizar, mutilar o matar; pero había poder asesino en el golpe del hombre del espacio, ciencia mortífera en el del labrador. ¿Qué escuela era superior? Que él supiese, nunca se había resuelto esta cuestión.

—¿Dónde está?

—Se llama Jefe... está abajo. No importa.

—Nada importa.

Contador cambió de tema.

—Admitiré mi derrota y procuraré olvidar. Pero quiero saber una cosa, aunque no sea de mi incumbencia. Haré un trato contigo.

Atón comprendió el significado de la oferta en aquel lugar donde la información era más valiosa que la propiedad.

—Yo también quiero saber algo —dijo—. ¿Respuestas sinceras?

Percibió inmediatamente que la pregunta había sido un error. La persona que diese informaciones falsas no viviría mucho.

—Hagamos las preguntas —dijo Contador.

El trato quedaba cerrado.

—La auténtica organización de Chthon.

—La razón de que la rechazases.

Con retraso, Atón comprendió por qué Contador había cortado antes su explicación. No podía aceptar conocimiento gratis. Era más fácil arreglar cuentas primero y deshacer los nudos después. Eso era un hombre honrado, estilo Chthon.

—Quizás no te guste la respuesta —dijo Atón.

—La quiero directa, y completa.

Se miraron y asintieron.

—Esto te parece demasiado tranquilo, ¿verdad? —preguntó Contador retóricamente—. No me extraña. Esto es sólo parte de Chthon... la mejor parte. Aquí están sólo los presos modelos: los neuróticos inofensivos, los políticos, los locos de conducta previsible.

Llevamos una vida bastante agradable porque estamos seleccionados, nos conocemos y tenemos la sartén por el mango. Pero abajo... bueno, sólo hay un camino para bajar allí y ninguno para volver. Todos aquellos a los que no podemos controlar bajan por ese agujero y los olvidamos. Allí es donde está la mina; nosotros enviamos allí alimentos, ellos nos envían granates.

—¡Una prisión dentro de una prisión!

—Exactamente. Fuera, se creen que somos todos una gran familia desgraciada, peleándonos y cavando. Quizás abajo sea así. No lo sabemos. Pero aquí nos gusta estar tranquilos, y controlamos el pozo igual que nos controlan a nosotros los de fuera: si no hay granates no hay suministro. Nosotros somos los que cogemos primero los alimentos y no tenemos que trabajar mucho, sólo mantener las cosas en movimiento; suavemente. No podemos salir, pero tenemos aquí una forma de vida que no está nada mal. De vez en cuando baja uno nuevo, como tú, y hace que las

cosas resulten más interesantes durante un tiempo, hasta que le situamos.

—No hay ninguna salida —dijo Atón.

—Nuestras cavernas están selladas. Eso nos mantiene a nosotros dentro y a los monstruos fuera. Debajo nadie sabe donde terminan esos... pasadizos, ni qué hay en ellos.

¡Cavernas inexploradas! Era la única esperanza de fuga. Significaría enfrentar una prisión que hasta los más endurecidos temían, mezclarse con hombres demasiado depravados para aceptar cualquier freno moral. Pero podía resultar provechoso.

—Respecto a Silly —dijo Atón, cumpliendo su parte del trato—. No se trata de ella; no se trata de ti. Ella es una buena chica; la habría tomado si hubiese podido, pero algo me lo impidió, algo contra lo que no puedo luchar.

—¿Qué puede detener así a un hombre del espacio? Eres una persona extraña, tú con tu maldito libro.

Atón dijo la palabra que le condenaba:

—Una ninfa.

Contador le miró fijamente.

—He oído hablar de eso. Cuentos... ¿quieres decir que conociste una? ¿Existen realmente?

Atón no contestó. Contador retrocedió.

—He oído lo que hacen. La clase de hombres que... —Su voz, cordial antes, se volvió fría—. Tú eres un problema. Y yo te envié a Silly.

Contador tomó su decisión.

—No hay más que hablar. No eres de los nuestros, Cinco. Tendrás que ir abajo. No me importa cuántos hombres mates; no te quedarás con nosotros.

Era lo que Atón esperaba.

—No habrá más muertes —dijo—. Me iré ahora mismo.

— Uno —

Hvee era un mundo pastoril sin criaturas pastoriles cuyas onduladas montañas y suaves cañadas respiraban paz. No había un solo edificio a la vista de otro, y pocas de las angulosidades de la civilización del hombre deformaban el paisaje natural. La población era escasa y selecta, apenas suficiente para poblar las ciudades más pequeñas de la megapolística Tierra. Había sólo una ocupación principal y una exportación: hvee.

Un niño vagaba por los campos circulares de la Familia de Cinco, cuidando no pisar las verdes flores que se inclinaban hacia él. Demasiado pequeño para trabajar en los cultivos del hvee, podía permitirse ser su amigo. Las plantas de hvee que le rodeaban proyectaban una personalidad múltiple, una aureola casi tangible realmente confortadora. Tenía siete años, los había cumplido el día anterior, y aún le impresionaba lo maravilloso del hecho, aquel año más que de pronto caía sobre él. El planeta era ahora más pequeño, y quería explorarlo todo de nuevo para captar su nueva dimensión.

Llevaba en las manos un objeto grande y pesado, su regalo de cumpleaños. Era un libro, con una encuadernación brillante e impermeable, cerrado con un broche metálico que tenía un cierre con una combinación en miniatura. Letras adornadas en su superficie decían LVT; bajo ellas, en cursiva, su nombre: ATON CINCO.

El bosque virgen de Hvee se extendía al borde mismo de los huertos; los árboles parecían congeniar menos con la mentalidad humana que las plantas cultivadas, pero de todos modos parecían amistosos. El niño penetró en las sombras del bosque, volviendo la vista hacia la casa de su padre, Aurelius, que quedaba lejos, al otro lado del campo. Se paró junto a la nueva cabaña del huerto, construida aquel año, y que resultaba muy bella con su alto y picudo tejado, pensando cosas demasiado complicadas para él. Luego bajó la vista hacia atrás, donde la negra y caliente carretera se dirigía hacia el lejano espaciopuerto, un suelo que llevaba más allá incluso de su actuales horizontes. En ese momento de introspección, llegó un rumor de música, transmitido por el suave viento, casi demasiado fugaz para ser real. El niño se detuvo a escuchar, volviendo la cabeza a un lado y a otro, diferenciando las notas. Su sentido musical no estaba cultivado, pero la mágica belleza de la melodía le embargaba de todas formas.

La canción se elevó y cayó en ululaciones espectrales, como la tenue melodía de un instrumento encantado. Había en ella cantos de aves, y el rumor de las aguas ocultas del bosque, y los tonos delicados de las sencillas melodías de antiguos

trovadores. Atón percibió música que más tarde identificaría como «Greensleves», y «Las fuentes de Roma», y piezas más antiguas y más recientes, y quedó subyugado.

Sin concluir, la melodía se detuvo. El niño olvidó sus otras exploraciones, dominado por el deseo de escuchar hasta el final. Tenía que oír cómo acababa.

La melodía comenzó de nuevo, estremecedora, y el niño apretó contra el pecho el libro y dejó que su curiosidad le guiara bosque adentro. La fascinación creció, apoderándose con más fuerza aun de su mente; era lo más maravilloso que había oído. Hasta los grandes árboles parecían atentos a la música, y quedaban inmóviles dejándola deslizarse entre ellos. Atón tocaba la corteza de sus troncos al pasar. Armándose de valor bordeó el pozo sin fondo del bosque (temeroso de su negra profundidad) y siguió más allá.

Ahora ya podía distinguir claro la música, pero le había conducido a una parte del bosque que le resultaba desconocida. Era una voz: una voz de mujer, plena y dulce, en cuyos tonos había promesas y delicias sin cuento. Los delicados arpeggios de un instrumento de cuerda suavemente afinados le acompañaban, poniendo un armonioso contrapunto a su voz. Cantaba una canción, y el significado de la letra, que el niño apenas distinguía, armonizaba con la atmósfera del bosque y el día.

El muchacho llegó a un claro y miró por entre los altos helechos que se elevaban tupidos al borde. Vio a la ninfa del bosque. Era una joven de asombrosa belleza, tan elegante que hasta un niño que acababa de cumplir siete años comprendió inmediatamente, sin la menor duda, que no podía haber en su planeta mujer comparable. Observó y escuchó, mudo de asombro.

Ella se dio cuenta de que estaba allí oculto y dejó de cantar.

«¡No!» quiso gritar él al ver que la canción quedaba de nuevo interrumpida; pero ella dejó a un lado su instrumento.

—Acércate, joven —dijo, con voz clara y suave.

Descubierto cuando se creía seguro se acercó a ella, súbitamente avergonzado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Atón Cinco —dijo, orgulloso de su ilustre nombre—. Cumplí siete años ayer.

—Siete —dijo ella, haciéndole sentir que era sin duda la edad perfecta—. Y, ¿qué es lo que llevas contigo? —preguntó, tocando el libro que el niño llevaba en sus brazos y sonriendo.

—Este es mi libro —dijo él con tímida vanidad—. Tiene mi nombre.

—¿Puedo verlo?

Atón dio un torpe paso atrás.

—¡Es mío!

Ella le miró, haciéndole avergonzarse de su egoísmo.

—Está cerrado —explicó.

—¿Pero tú sabes leerlo, Atón?

Él intentó explicar que sabía que aquellas grandes letras LVT, querían decir Literatura de la Vieja Tierra, y que lo otro era su propio nombre, para mostrar que le

pertenecía; pero al encontrarse sus ojos con los ojos profundos y silenciosos de ella las palabras se le enredaron en la garganta.

—Está cerrado.

—Nunca debes decir los números de la clave a nadie, nunca —dijo ella—. Pero yo cerraré los ojos para que puedas abrirlo.

Cerró los ojos, los rasgos tan firmes y perfectos como los de una estatua, y Atón se sintió comprometido y no poco confuso. Hurgó en el cierre, haciendo girar el disco según había aprendido hacía muy poco. La cerradura se abrió y quedaron al aire las páginas coloreadas.

Ella alzó los párpados al oírlo y su mirada cayó sobre él una vez más, cálida y luminosa como un rayo de sol. El niño posó el libro en aquellas manos que esperaban y observó, medio atemorizado, cómo ella pasaba las delicadas páginas.

—Es un hermoso libro, Atón —dijo ella, y él enrojeció orgulloso—. Tendrás que aprender a leer el viejo idioma de la Tierra, y eso es difícil, porque los símbolos no siempre se ajustan a las palabras. No son tan claros como los del idioma galáctico. ¿Crees que podrás conseguirlo?

—No lo sé.

Ella sonrió.

—Sí, podrás, si te esfuerzas —se detuvo en una página y abrió más el libro—. Eres un niño, Atón, y este libro tendrá sentido para ti. Esto es lo que el señor Wordsworth dice sobre la inmortalidad de la niñez: «¡Oh alegría! En nuestras ascuas / Es algo que sigue vivo, / Que la naturaleza aún recuerda / ¡Que fue tan fugitivo!»

Atón escuchaba absorto.

—Parece oscuro —dijo ella— únicamente porque tus símbolos no coinciden exactamente con los del poeta. Pero cuando empieces a entenderlo, el lenguaje de la poesía es el camino más directo hacia la verdad que puedes hallar. Lo entenderás, Atón, quizás cuando tengas dos veces siete años.

»Y cuando tengas dos veces siete... ¿qué harás?

—Cultivaré hvee —dijo él.

—Háblame del hvee.

Y entonces Atón le habló de las flores verdes que crecen en los campos, esperando amar, y de cómo cuando una persona coge una ésta la ama y permanece verde mientras la persona que la ha cogido vive, y sobrevive con sólo el aire y la presencia del amado, y de cómo cuando el propietario se hace lo bastante mayor para casarse, da su hvee a su prometida y su hvee vive si ella le ama y muere si su amor es falso, y si no muere, él se casa con ella y vuelve a recuperar su flor y no prueba más el amor de su esposa, y de cómo la planta hvee sólo crece en Hvee, el mundo que recibe su nombre, o quizás a la inversa, y de cómo se envía a todo el sector humano de la galaxia porque todos quieren saber si son amados.

—Oh, sí —dijo ella, cuando él se detuvo a tomar aliento—. El amor es lo más doloroso de todo. Pero dime joven, ¿sabes tú realmente lo que es?

—No —admitió él, pues sus palabras habían sido pura retórica, cosas del folklore de los adultos. Se preguntó si habría oído correctamente las palabras de ella.

Entonces ella le dijo algo más, algo extraño.

—Mírame, mira, Atón, y dime que soy bella.

Él la miró obediente a la cara, pero lo único que pudo ver fueron sus ojos verdinegros y su pelo, un fuego y un humo, ardiendo y agitándose al viento.

—Sí —dijo, experimentado un inesperado placer al decirlo—, eres hermosa, como las llamas en el agua cuando mi padre quema el marjal en primavera.

Ella se rió con el eco luminoso de su música, aceptando el cumplido.

—Lo soy realmente —afirmó.

Extendió la mano y alzó la barbilla del niño con sus dedos fríos, para que éste la mirase a los ojos una vez más.

Ella rió una vez más.

—Hasta que están enamorados —la cogió—. Ves, no se marchita en mi mano. Pero te la daré a ti. Es mi regalo. Y te amaré y estará contigo mientras recuerdes mi canción.

—Pero yo no sé tu canción.

Ella puso el verde tallo en el pelo de Atón.

—Debes volver a mí para aprenderla —sus delicadas manos se posaron en sus ojos, haciéndole volverse—. Vete, vete ahora, y no te vuelvas.

El efecto fue hipnótico.

—Jamás verás una mujer tan bella como yo —dijo, y él se vio obligado a creerlo absolutamente, a no ponerlo en duda mientras viviese.

Luego le dejó.

—Dime —añadió—, dime. ¿Te han besado alguna vez?

—Mi tía me besa siempre que viene de visita —dijo Atón, arrugando la nariz.

—¿Me parezco yo a tu tía?

La examinó. Las mujeres apenas contaban en la genealogía primogenitiva de Hvee, y el aspecto de las hermanas de su padre era apagado y triste.

—No.

—Entonces te besaré ahora.

Le acarició de nuevo con los dedos la barbilla y puso su otra mano sobre su cabeza para ladeársela un poco. Le sostuvo así y se inclinó hacia adelante para besarle los labios suavemente.

Atón, con siete años, no sabía qué hacer. No sintió nada, se decía después a sí mismo, cuando pensaba en aquel momento, pero no podía comprender ese nada.

—¿Te han besado alguna vez de este modo?

—No.

Ella esbozó una sonrisa luminosa.

—Nadie, nadie más te besaré de este modo... nunca.

Ella posó los ojos sobre una pequeña planta que estaba casi a sus pies.

—También esto es bello —dijo, dejando caer su mano hacia ella.

—Es un hvee —dijo Atón con vivacidad—. Un hvee silvestre.

—¿No puedo cogerlo? —preguntó ella, divertida.

—¡No puedes! —dijo él, utilizando inconscientemente las mismas palabras que ella—. El hvee es sólo para hombres. Ya te lo dije.

Atón se fue; confuso, pero gozoso también, en cierto modo.

Volvió al día siguiente, pero el claro estaba vacío. La ninfa del bosque se había ido, y con ella su canción. Se concentró, intentando recordar la melodía pero sólo había retenido un fugaz fragmento. Acarició el liso tocón donde ella se había sentado, preguntándose si conservaría aún el calor de aquel cuerpo, comenzando a dudar si habría estado allí o no.

Pero no deseaba que se borrara de su mente la visión de la ninfa. Ella había hablado con él y le había besado y le había dejado la planta de hvee y un fragmento de canción, y aquel recuerdo era extraño y fuerte y maravilloso.

En los días y semanas que siguieron continuó visitando aquel lugar del bosque, esperando escuchar el rumor de la música. Finalmente cedió al más sombrío mundo de la realidad... casi cedió.

Sus vecinos más próximos vivían a ocho kilómetros valle abajo. Eran la rama de una familia de clase baja, la Familia de Ochenta y Uno, que cultivaban tierras más pobres y lo hacían menos concienzudamente. Aurelius jamás los mencionaba. Atón había ignorado su existencia hasta que su ninfa le llevó indirectamente hasta los niños de Ochenta y Uno. Asaltado por un arrebató de soledad tras su décima visita en vano al bosque, Atón se vio obligado a suponer que la mujer se había ido para siempre (porque le resultaba más fácil que seguir contando cantidades de dos cifras con sólo diez dedos), o empezar a buscarla más allá. Eligió esto último. Sin duda estaba en alguna parte, y el lugar lógico donde investigar era aquel largo valle, pues parecía menos lógico caminar a lo largo de la caliente y negra carretera. Su tía llegaba siempre en vehículo aéreo de aquella dirección, sobre el valle, y como no concebía su residencia en términos de lugar, ni deseaba visitarla, el hecho añadía cierta lógica a su decisión.

Armado con su voluminoso LVT recorrió los portentosos campos y las serpenteantes corrientes de agua y las oscuras extensiones de bosque. El mundo resultaba ser algo mayor de lo previsto; pero cambió la masa cada vez más pesada del libro de un brazo a otro, hizo algunas paradas para descansar y disciplinó sus pequeños pies para adaptarlos a las inimaginables distancias que recorría, y se encontró al fin en los límites de la finca de Ochenta y Uno.

Fue a dar de este modo, no con la ninfa que buscaba, sino con los dos gemelos de su misma edad, Jay y Jervis y su hermana pequeña Jill, e inició una amistad que se prolongaría durante siete años.

—¡Mira, tiene un hvee! —gritó Jay, al ver al decidido viajero.

Los niños de Ochenta y Uno rodearon a Atón, que respondió a su interés por aquella señal distintiva con un ceño displicente.

—¿Por qué no cogéis uno vosotros?

—Lo intenté. Se murió —gruñó Jervis.

—¿Dónde cogiste el tuyo? —preguntó Jay.

Atón explicó que una maravillosa mujer del bosque le había dado la planta en su séptimo cumpleaños, y que ahora estaba buscando a aquella mujer.

—Me gustaría saber inventar mentiras como ésa —dijo Jervis con envidia—. ¿Sabes hacer una bomba?

—¡Nosotros estamos haciendo una bomba! —gritó la pequeña Jill. Jervis le dio una palmada en el pecho desnudo.

—¡No queremos niños! —exclamó—. Este es un asunto de hombres.

—Sí —dijo Jay.

—Claro —repitió Atón, aunque a él le daba igual—. Pero necesito dejar mi libro en un sitio seguro. Contiene palabras de la Tierra.

—¿Es como arena púrpura? —preguntó Jay—. Quizás pueda utilizarse para nuestras bombas.

—¡No! Contiene palabras de la Tierra. Poesías. Versos sobre cenizas calientes. «Oh, alegría que en nuestras ascuas...»

—A quién le importa eso —dijo Jervis—. Los verdaderos hombres hacen bombas.

Al poco tiempo, los tres estaban acomodados en el refugio de los gemelos, un hueco entre la maleza oculto por espesos matorrales no lejos de la pocilga. Hacían una bomba con piedras y arena colorada. Jervis se había enterado de que con una mezcla adecuada de azufre (que podían reconocer porque era amarillo) y salitre, podían conseguir que explotase, si la tiraban con fuerza suficiente. Pero sin que supiesen muy bien por qué, no resultaba.

—Debe ser el salitre —dijo Jervis—. Esto es sólo arena blanca. Necesitamos sal de verdad.

Jill, que andaba rondando a la entrada, vio su oportunidad.

—¡Yo puedo conseguir un poco de sal!

Cuando volvió con un salero que había robado en la cocina, se negó a dárselo hasta que no le prometiesen dejarla participar en la empresa. Durante el resto de la tarde no se separó un instante de Atón, para disgusto de éste. Estaba toda sucia de barro y sus largas trenzas negras se enredaban en los materiales de la bomba.

Fueron pasando los años. Comenzó el período de estudios. Atón aprendió la historia y las tradiciones de su planeta y de la gran Familia de Cinco. Aprendió a leer la difícil lengua madre, y gradual y maravillosamente logró abrirse paso a través del gran texto de LVT. Aprendió a contar por encima de diez, y a hacer otras cosas con los números; aprendió la escala K de temperatura y la escala de tiempo. Comenzó el largo aprendizaje del cultivo del hvee.

Su tiempo libre, más valioso ya, lo pasaba principalmente en la granja de Ochenta y Uno. Tras renunciar a construir la bomba, los muchachos iniciaron otros proyectos. Jay y Jeri. Tis no tenían que someterse a un aprendizaje tan pesado como el que se exigía a un hijo de Cinco y disponían de más tiempo libre. Jill seguía sintiendo el mismo afecto por Atón. Los gemelos se burlaban de él constantemente: «Si le das un beso puede que traiga más sal. Buena sal». Pero Atón la veía como a la hermana que nunca había tenido, se contentaba con tirarle de las trenzas justo lo bastante fuerte para mantenerla a raya, mientras el tiempo actuaba sutilmente en todos ellos.

En su casa, el cultivo de las delicadas flores verdes era una cuestión intrincada, que incluía ciencia, arte y una actitud especial. Pronto se hizo evidente que Atón tenía cualidades para aquella tarea. Las plantas que él cultivaba crecían más y mejor que la media, y sus parcelas piloto florecieron. Su futuro como granjero parecía asegurado.

Su futuro como mecánico podría haber sido distinto. Aprendió a manejar el vehículo aéreo de Cinco, determinando las coordenadas planetarias en el nonio geográfico de la máquina. La rejilla de localización estaba calibrada en unidades regulares para el Este y el Norte, con la escala Vernier sobrepuesta que desechaba todo salvo la lectura correcta. En esto era en lo que Atón tenía insuperables dificultades. Parecía carecer de aptitudes para la mecánica. «No ingreses nunca en la Flota Espacial», le advirtió el profesor; «sin duda te harán mecánico. Tienen la desdichada virtud de seleccionar exactamente al hombre más inadecuado para cada puesto». Pero cuando Atón dominó la técnica pasó también a respetarla. Había algo en aquel súbito enfoque, después de una lucha interminable, que resultaba emocionante.

Quizás, pensaba, la belleza de aquel enfoque claro y preciso pudiera apreciarse únicamente porque exigía una lucha.

Una cosa seguía empañando la aceptación de su destino: la persistente imagen de la ninfa del bosque. No podía sentirse totalmente satisfecho mientras aquel misterio estuviese en pie. Cuando trabajaba en el campo, sudando bajo el cálido sol, arrancando las malas hierbas (creía que eran krell, aunque apenas si eran peligrosas) que crecían entre el valioso hvee, la canción rota cruzaba su mente, insistente, torturante. ¿De dónde había venido aquella mujer? ¿Cuál había sido su intención? ¿Qué interés podía haber despertado en ella un niño?

Gradualmente, el tiempo oscureció el recuerdo. Sólo el núcleo central de insatisfacción persistió manteniéndole siempre levemente alterado, haciéndole preguntarse si la vida que se abría ante él como cultivador de hvee era realmente lo

mejor que podía conseguir. Sin embargo... ¿qué otra cosa podía hacer?

Cuando tenía catorce años, mientras estaba trasplantando retoños de hvee en el límite de su propiedad, llegó a él por segunda vez la distante melodía. Sus manos temblaron.

¿Habría regresado ella al fin al claro?

Dejó las plantas a un lado y siguió el mágico sonido, alternativamente ansioso y temeroso. La excitación palpitó en él al bordear el profundo pozo en desuso del interior del bosque. ¿Había allí realmente una ninfa? ¿Estaba llamándole?

Llegó al claro, que era casi igual que como lo recordaba de siete años atrás. ¡Ella estaba allí! Allí estaba, sentada y cantando, sus ágiles dedos acariciando el pequeño instrumento (un viejo laúd de seis cuerdas), increíblemente encantadora. La antigua imagen de su mente se desvaneció ante la nueva realidad. El bosque, el claro, el aire mismo que la rodeaba eran maravillosos.

Se detuvo al borde del claro, absorbiendo aquella presencia. Le parecía que había transcurrido sólo un instante entre aquella vez y la anterior. Le parecía que el tiempo transcurrido entre una y otra aparición era un sueño solitario, un instante y una eternidad. Ella no había cambiado; era él quien había envejecido siete años. Y lo que veía ahora no era lo que había visto el niño de siete años.

Iba vestida con un luminoso traje verde, translúcido bajo el sol, enlazado en el pecho en una especie de corpiño insólito en Hvee. Su cara era pálida y serena, enmarcada por el brillo del pelo que iba del rojo profundo al negro profundo en una fascinante gradación. Había en su figura una grácil plenitud, que no era ni voluptuosidad ni delgadez. Su aspecto representaba una yuxtaposición de opuestos que Atón nunca había comprendido conscientemente que estaba buscando. Fuego y agua, tan a menudo en guerra se fundían allí en un maravilloso foco, como las escalas cruzadas del nonio.

Y permaneció extasiado, olvidando el tiempo y olvidándose de sí mismo en el placer de aquella contemplación.

Ella advirtió su presencia, como la otra vez, y dejó de cantar.

—Atón, Atón, ven a mí.

¡Le conocía! Se quedó frente a aquella encantadora mujer, turbado, encendido por los primeros impulsos indecisos de la virilidad. Ella era el deseo del hombre, y en su presencia se sintió grande y tosco, consciente del barro que había en sus manos y del sudor de su camisa. Le resultaba insoportable seguir allí, y sin embargo no podía marcharse.

—Catorce —dijo ella, poniendo toda su magia en aquella palabra—. Catorce años. Eres ya más alto que yo.

Se levantó, desplegándose como una flor, para demostrar que era cierto.

—Y llevas mi hvee —dijo, extendiendo la mano para quitarle la flor del pelo; la anidó en su mano, su verde capullo poco más oscuro que su vestido—. ¿Querrás dármela ahora, Atón?

Incapaz de hablar, la miró boquiabierto, sin comprender la oferta.

—Oh, es demasiado pronto, demasiado pronto —dijo ella—. No la cogeré ahora, Atón. Todavía no. —Advirtió sus manos vacías y semicerradas—. ¿Y tu libro, Atón?

—Estaba en el campo...

—Sí, claro, sí —dijo ella, haciendo girar la flor de hvee—. Tienes dos veces siete años y eres ya un cultivador. Pero recordarás...

—¿«Huellas de inmortalidad», de William Wordsworth? —exclamó él, asombrado inmediatamente de lo sonoro de su voz.

Ella tomó las manos de él entre las suyas, apretándolas.

—Jamás olvidas, Atón, lo maravilloso que es ser niño. Hay en ti esa porción inmortal de luz, un rayo de ese sol cuyo nombre recibes. Debes cuidar ese rescoldo, y no dejarlo apagarse nunca, por mucho que crezcas.

—Sí —dijo él, incapaz de decir más.

Ella se llevó la flor de hvee a la mejilla.

—Dime, dime otra vez, Atón: ¿Verdad que soy bella?

Él penetró en las negras y verdes profundidades de aquellos ojos y se perdió.

—Sí —dijo—. El fuego del bosque y el agua quieta. Tú me ahogas en fuego...

La risa de ella fue el eco de la luz de la vela y de espesos arroyos.

—¿Soy de veras tan devastadora?

Ay, criatura irresistible, pensó él. Juegas conmigo y yo estoy desvalido ante ti.

Ella echó los brazos alrededor de él, acercándose para colocar de nuevo la flor de hvee en su pelo. El luminoso perfume de aquel cuerpo embriagó los sentidos de Atón. Ella era intemporal; ella era la perfección.

—No has encontrado a ninguna mujer comparable a mí —le dijo.

Era inútil protestar; hasta su vanidad resultaba arrebatadora. Ninguna mujer mortal podía rivalizar con el esplendor de su persona.

—No debes olvidarme —dijo ella—. Te besaré otra vez.

Atón se quedó quieto, las manos rígidas a los lados, los pies clavados en el suelo, temiendo que si movía un músculo pudiese desmoronarse. La mujer del bosque posó sus frescos dedos sobre sus codos, y su suave presión alzó un cosquilleo desde los rígidos hombros a los cerrados puños. Y alzó sus dulces labios hacia los de él, elevándole en éxtasis. El beso: y deseo y angustia inundaron su mente.

Flotantes hilos de araña inmovilizaron su cuerpo. Sólo su voz halló voluntad:

—Pero mañana te habrás ido —se oyó decir.

Ella le despidió.

—Vete, vete ya. Cuando me encuentres de nuevo, estarás preparado.

—Pero ni siquiera sé tu nombre.

Ella le hizo una señal de despedida y Atón sintió que sus torpes pies le hacían dar la vuelta y le conducían hacia el bosque.

Lo que había ocupado la perezosa imaginación de Atón hasta este momento se hizo ahora más urgente. Su actitud cambió. Interesado en el sexo femenino sólo de forma especulativa hasta que le despertó la ninfa del bosque, comenzaba a planear un programa de autoeducación que iba bastante más allá de lo previsto por su profesor. Plantaba el hvee distraído (las plantas crecían de todos modos) considerando formas y medios.

Esperó con impaciencia hasta el oscurecer, y entonces emprendió el viejo camino que llevaba a la granja de Ochenta y Uno. Las plantas silvestres tapaban casi el sendero, recordándole lo esporádico de sus visitas a aquel lugar en los últimos tiempos. ¿Cuánto hacía que no reía y peleaba con los dispares gemelos, Jay y Jervis? ¿Cuánto hacía que no dejaba a la pequeña Jill seguirles, para hacerla víctima de la injusticia masculina? Los juegos infantiles se habían desvanecido, y las barreras de clase habían crecido, aunque Atón se decía que tales cosas no tenían importancia para él. ¿Acaso no acudía, en aquel momento de inquietud y de duda, a hablar y a hacer planes con sus amigos? Los gemelos tenían más conocimiento del mundo que él. Una conversación entre hombres aliviaría su desazón y disiparía su desconcierto.

La casa de Ochenta y Uno se alzó en la oscuridad; pequeños cuadrados de luz bordeaban las contraventanas cerradas. Atón rodeó la pocilga y su paso ante ella despertó los habituales gruñidos porcinos. El pegajoso olor le hizo arrugar la nariz, aunque hacía ya mucho que había dejado de molestarle. Llegó hasta la parte trasera de la casa y llamó en la ventana de los gemelos según la señal acordada.

No hubo respuesta. Metió un dedo por la contraventana abierta, la empujó y miró al cuarto hasta donde le permitía su ángulo de visión. La habitación estaba vacía.

Golpeó la pared en un arrebatado de inútil cólera. ¿Dónde estaban? ¿Cómo podían haberse ido cuando él necesitaba hablar con ellos? Sabiéndose irracional y un poco presuntuoso, se enfureció aun más. No ignoraba que había otras cosas en las vidas de los muchachos aparte de él, sobre todo teniendo en cuenta que habían transcurrido meses desde su última visita, pero la prueba de ello era irritante. ¿Qué podía hacer?

En una ventana de la oscura pared se abrieron las contras y brotó un chorro de luz que bañó los matorrales e iluminó la noche. Atón avanzó hacia allí, pero vaciló de pronto. Podían ser los padres. Estos, quizás más conscientes de la diferencia social de ambas familias, y no queriendo problemas con el enérgico Aurelius, no miraban con buenos ojos la relación de los niños. Atón esperó, conteniendo el aliento, hasta que una cabeza asomó: negro perfil, rasgos indiferenciables. Y luego una trenza se balanceó en el alféizar.

—¡Jill!

Ella se volvió hacia él, intentando atravesar la oscuridad.

—¿Eres tú, Atón?

Él se situó bajo el chorro de luz y agarró la móvil trenza, dando un brusco tirón.

—¡Ay! —chilló ella, exagerando el dolor; le agarró la mano y consiguió liberarse
—. Eres Atón, no hay duda. ¡Conozco a ese pelma en cualquier parte!

Él se irguió para mirarla frente a frente.

—¿Pelma yo?

Sus caras estaban muy próximas. Los ojos serenos de ella, las pupilas negras en la sombra, devolvían a Atón su mirada con inesperada profundidad.

—Sí, cuando me tiras del pelo...

Atón, embarazado y resistiéndose a admitirlo, se inclinó hacia adelante y rozó con sus labios los de ella.

Fue un contacto muy leve, pero lo impremeditado de él sorprendió a Atón tanto como a Jill. Jill había sido siempre la que iba detrás, un estorbo, una entrometida que se mezclaba en los asuntos de los hombres, la hermana pequeña. Su interés manifiesto por Atón siempre había molestado a éste, y su irritación se acentuaba porque nunca era capaz de admitir su incomodidad. Había respondido con crueldad, irritado contra sí mismo por ello, pero incapaz de dar con una alternativa.

No era ninguna ninfa del bosque. Sus labios, aunque solícitos, eran inexpertos. Carecían de delicadeza. No había magia alguna... salvo que estaba besando a Jill y no la encontraba desagradable. Se preguntaba si debería detenerse.

Fue ella la que se detuvo, finalmente, alzando la cabeza y tomando aliento.

—Demasiado tarde para esa sal, ahora —dijo—. Ya explotaste la bomba.

—Buscaba a los gemelos. —No se le ocurrió nada ingenioso que responder al comentario de ella. ¿Había venido en realidad buscándola a ella? La idea le inquietó.

Ella hizo un gesto de entendimiento, agitando las trenzas.

—Me lo imaginaba. Están jugando a las damas con papá delante. ¿Quieres que llame a uno?

—¿A las damas? ¿Los dos? —preguntó Atón, intentando prolongar la conversación mientras serenaba un oscuro pero poderoso conflicto interno.

—Los dos juntos. Y pierden siempre, además. Jerv se pone loco.

Atón no supo qué decir. El silencio creció entre ellos, embarazoso, incómodo. Ninguno de los dos se movía.

Por último, extendió una mano, dejando que ella interpretase el significado del gesto, sin saber a ciencia cierta si significaba algo.

—Bueno —dijo ella, y pareció que con esto indicaba que había tomado una decisión. Cogió su mano, apoyándose en ella mientras colocaba los pies en el alféizar. Sus piernas firmes y sus muslos se transparentaron a través de la falda, alzando en él una oleada de excitación.

—Espera un minuto —dijo ella, bajando de nuevo.

¿Había cambiado ya de idea? Atón se estremeció desilusionado y aliviado al mismo tiempo. Pero al instante la luz se apagó y ella volvió a su lado.

—Creerán que estoy en la cama —susurró Jill.

Atón la ayudó a bajar, cogiéndola con ambas manos por la cintura, justo sobre las

caderas, y alzándola del alto alféizar. Pesaba más de lo que él había supuesto, y Atón se tambaleó con ella en el aire y estaban a punto de caer cuando ella posó los pies en el suelo. Era casi tan alta como el.

Pasaron juntos ante la pocilga, y continuaron bajando por el camino conocido, determinando la dirección en silencioso acuerdo. La mente de Atón graba en un confuso remolino. Parecía imposible, y sin embargo ella era una chica, con un cuerpo que florecía hacia la plenitud de la feminidad. Siempre le había gustado Atón, y ahora había decidido expresar este sentimiento de modo más directo.

Pronto se hallaron junto al viejo refugio. Los matorrales ocultaban la entrada, pero el espacio principal parecía intacto. Atón entró primero, comprobando cuidadosamente en la densa oscuridad por si había lagartijas. Apartó unas cuantas ramitas caídas.

Ella se le unió silenciosamente. Hablarían ahora, y ella intentaría aproximarse, como hacía siempre, y él la apartaría automáticamente, y ella echaría la cabeza hacia atrás y reiría...

Localizó la cabeza de él, la hizo girar, y posó sus labios sobre los de él. Las manos de Atón se alzaron para empujar al pecho de Jill, y separarla. Sin interrumpir el beso, ella le agarró de la camisa y se acercó más a él. Se separaron, y ella se echó hacia atrás, sus formas vagamente perceptibles ahora que los ojos de Atón se acostumbraban a la oscuridad.

—Creí que antes estabas sólo bromeando —dijo ella—. Pero ahora no estás bromeando, ¿verdad? Quiero decir...

—No —dijo Atón, sin saber muy bien si se burlaba de él.

—Creo que me he pasado la vida esperando que hicieses esto. Y ahora lo has hecho.

¿Se referiría al beso?

Atón la estudió en la medida en que podía. Llevaba una blusa de verano, suavemente abultada, y una falda más oscura que se fundía con el suelo. Se había quitado las zapatillas y Atón veía claramente sus pies blancos, moviendo las puntas de los dedos.

—Podría hacer más —dijo Atón, con miedo a que ella se enfureciese, aunque eso jamás le había importado hasta entonces.

—Atón —murmuró ella—, haz lo que quieras. Tú... —Su voz se apagó, como si tuviese miedo a haber dicho demasiado.

—Jill, no volveré a burlarme de ti... nunca —le dijo, intentando aplacar una excitación que no comprendía y en la que no confiaba. Ahora estaba seguro: aquel había sido el propósito original de ella, pero ¿sabía ella realmente lo que implicaba?

—Tú nunca te burlabas de mí, Atón. Nunca te burlabas realmente. A mí nunca me molestó.

Colocó su mano sobre la blusa, ahora deliberadamente apretando la suavidad que había debajo. Ella no se opuso. Apartó la mano, interesado pero no satisfecho, y

temeroso, pese a su bravata, de hacer más. Luego, cuidadosamente, sacó la blusa de la falda.

—¿Te importa si...?

—Has lo que quieras, Atón. No tienes que preguntarme. —Se incorporó. Él le alzó la blusa sobre la cabeza, y vio alzarse sus pequeños senos cuando ella levantó los brazos. No llevaba sujetador.

Atón cubrió con una mano uno de sus pechos, sintiendo su delicada textura, recorrido el pezón con el pulgar. Sin soltarla, aproximó su torso al de él y la besó de nuevo. Esta vez hubo fuego. Su lengua saboreó la dulzura de la de Jill.

Ella se echó hacia atrás lentamente, y él la siguió, besándola en la mejilla, en el cuello, en los pechos. Ella hundió sus dedos en el pelo de él.

—Sal... ¿quién la necesita? —preguntó ella suavemente.

Él olvidó toda precaución y colocó una mano sobre la rodilla de la muchacha, justo debajo de la extendida falda. Jill apartó las piernas un poco y él deslizó la mano rodilla arriba por la parte interna del muslo. La carne era suave y muy cálida.

Una palpitante ansiedad se apoderó de él. Ella le había dejado llegar hasta allí. ¿Había llegado ya al límite? Si se arriesgaba, si se atrevía a seguir, ¿huiría ella a contar a sus padres una historia que él difícilmente podría desmentir?

Sus manos continuaron avanzando, cruzando fronteras que él apenas se había atrevido a imaginar antes. Súbitamente, llegó al punto donde sus muslos se unían. La suavidad le indicó que no llevaba ropa interior tampoco allí.

Temblando de tensión y excitación, exploró más allá... y encontró una espesa humedad.

¡Sangre!, pensó estremecido. ¡Me he excedido y la he hecho daño y ahora está sangrando!

Apartó bruscamente la mano y se tendió junto a ella. Los latidos de su corazón inundaban el refugio. ¡Qué he hecho Dios mío!, pensó.

Visiones de las consecuencias acosaron su mente. La cólera de Ochenta y Uno, la vergüenza de Cinco. ¡Por qué lo hiciste, joven impúdico!» dirían. «¿No sabes que nunca, nunca se debe tocar a una chica ahí?» ¿Tendrían que llevarla a un hospital? ¿Cómo podría trasladarla ahora a su habitación?

La pasión se apagó, aplastada por el delito. Sus ojos se clavaron en el desvaído encaje de ramas y hojas recortadas contra el cielo estrellado, un cielo no más frío que el apremiante terror de su corazón. Qué he hecho, Dios mío... ¡Ella sólo tiene trece años!

Sintió en su brazo la mano de Jill.

—¿Atón?

El dio un salto.

—Créeme, yo no quería...

—¿Pero qué te pasa ahora? —preguntó ella, volviéndose para mirarle a la cara.

¿Es que ella no sabía?

—La sangre. Hay sangre.

Ella le miró fijamente.

—¿Sangre? Pero ¿de qué hablas?

—Abajo... entre... la toqué. Yo nunca...

—Tú estás loco. No tengo la... —De pronto se echó a reír— ¿Sangre? ¿Quieres decir que pensaste que eso era...? ¿Es que nunca lo has hecho?

Él levantó la cabeza, encontrándose con los cálidos pechos de ella junto a la barbilla.

—¿Cómo?

—¡Pero si no sabes! —exclamó ella, la niña irreflexiva dominando a la naciente mujer—. ¡No sabes! Y yo esperando todo el tiempo, buscándote. Yo creía que tú lo sabías todo.

Atón se ocultó tras su terrible vergüenza, incapaz de responder.

De pronto ella volvió a ser la mujer.

—Lo siento, Atón. Supongo que no has conseguido mucho. Bueno... Te enseñaré cómo...

Pero él se había incorporado ya, y se apartó de ella gateando, y salió a la noche y huyó corriendo, sintiéndose enfermo de turbación y de embarazo.

____ Tres ____

Atón se convirtió en un joven de veinte años, apuesto y aparentemente seguro. Nunca hablaba de sus planes; en Hvee daban por supuesto que el hijo de una familia tan encumbrada seguiría cultivando los campos de su padre. Al fin, llegó el día que él esperaba que llegase.

El salón de la casa de Aurelius era amplio y confortable. En un rincón, paralelo a la entrada, había un sólido sillón de madera que era casi un trono. Nadie podía salir sin pasar ante aquella hosca reliquia. En la pared del fondo había un sofá que se usaba muy pocas veces. Sobre él, colgando de la pared de modo que quedaba frente al sillón de Aurelius, había un retrato en color de una hermosa joven: Dolores Diez, muerta veinte años atrás, de parto. Atón nunca había podido mirar aquella fotografía sin sentir una profunda y dolorosa sensación de culpa, unida a otra emoción muy distinta que nunca era capaz de determinar conscientemente.

Aurelius Cinco era viejo, estaba mucho más cerca de la muerte de lo que su edad cronológica indicaba. De estar sano, habría sido un hombre vigoroso, competente, decidido, y dispuesto a vivir por lo menos otros cincuenta años. Pero no tenía salud, y sólo el poder de su pensamiento le mantenía. Había expuesto su cuerpo a las intensas lluvias de primavera («primavera» era puramente una convención, pues en Hvee no había estaciones) demasiados años y la fiebre incurable (localmente) de los pantanos

se había apoderado de él. Aurelius, siendo como era, se había negado a pasar un largo período de convalecencia en la lejanísima Tierra, lejos de sus fincas. Había abandonado el planeta una vez, sólo una, y había prometido no volver a hacerlo, y ahora iba camino de morir por aquella promesa. Atón, que algo sabía de todo esto, estaba de acuerdo con los principios, aunque nunca había considerado necesario decírselo a su padre. No tenían tanta intimidad.

Aurelius podría trabajar tres años más, y vivir quizás cinco. Hablaba ya lentamente, se cansaba con demasiada facilidad. Era sólo la sombra de lo que había sido en su juventud. Las flores de hvee le toleraban, pero no con alegría. Estaba demasiado impregnado de la fiebre de los pantanos, que era anatema para las plantas más jóvenes. Su cuerpo apenas era ya más que un flácido pellejo lleno de frágiles huesos.

—Atón —dijo aquel hombre agotado—. Pronto...

Atón estaba junto a su padre, pensando que aquella entrevista iba a resultar muy poco placentera, pero que de todos modos era inevitable. Su relación era demasiado dolorosa, y ambos veían, como una premonición, que ese dolor aún no había alcanzado su culminación. Compartían una cruz que solo algo superior a la muerte haría desvanecerse.

—Pronto cultivarás tú sólo el hvee —dijo Aurelius, hablando con toda la firmeza de que era capaz, lamentando la inseguridad que se traslucía en sus palabras—. Pronto deberás tomar esposa.

Ya estaba: la condición que había temido. El cultivo del hvee no era una labor solitaria. La muerte de la hija de Diez, esposa de Aurelius, había dañado los cultivos de Cinco, y sólo el precoz éxito de Atón había impedido la ruina total. Para que creciese el hvee, tenía que darse el clima emocional adecuado, y allí no lo había. Para que una explotación fuese próspera debía dirigirla una familia, y había que determinar cuidadosamente los enlaces. Era una cuestión demasiado importante para que se dejase al arbitrio y al capricho de los jóvenes.

—¿Quién es ella?

Aurelius sonrió, considerando aceptación la pregunta.

—Es la hija tercera del mayor de los Cuatro —dijo.

Los Cuatro, el mayor. Era realmente un buen partido. Aurelius se merecía el orgullo que matizaba su voz. Los poseedores de los primeros nombres preferían tener hijos que perpetuasen su linaje, pero protegían a sus hijas casándolas lo mejor posible. Muchas veces, las hijas de familias ilustres renunciaban a casarse, para no descender de nivel. La posición de Cinco era muy favorable, pero había muchas hijas ansiosas de casarse, por debajo, y pocas por arriba. Las negociaciones debían de haber sido, sin duda, difíciles.

Atón sintió un profundo dolor, al comprender que todo aquel esfuerzo había sido en vano. Las familias de Hvee eran consideradas en los otros mundos frías y distantes, y en muchos sentidos lo eran; pero dentro de su rígida estructura los lazos

eran profundos. Atón raras veces hablaba con su padre, y las relaciones entre ambos eran incluso menos estrechas que las normales en aquella cultura, pero no le sorprendió descubrir que Aurelius se había esforzado al máximo en prepararle un matrimonio ventajoso. Debía perpetuarse la estirpe honorablemente, y Atón era el único hombre que llevaba el nombre de Cinco y que podía transmitirlo.

—No.

Aurelius prosiguió:

—Contigo, con una esposa, una buena esposa, el hvee florecerá. Contigo la finca prosperará... —Se detuvo de pronto. Comprendió el sentido de la respuesta de Atón. Cerró sus cansados ojos para ocultar el dolor.

—Estoy comprometido con otra —dijo Atón. El viejo no intentó discutir abiertamente.

—Es una muchacha fuerte, hermosa —dijo—. La he visto. No hay mejor partido en todo Hvee. No es como... como esas muchachas vergonzosamente promiscuas de las familias bajas. Si la conocieses... la amarías.

Atón bajó la cabeza, avergonzado por sí mismo y por su padre. Aurelius nunca se había rebajado a suplicar en su vida, pero ahora parecía a punto de hacerlo.

—Ella es una canción, una canción rota del bosque —dijo Atón, intentando explicar lo que no se podía explicar.

¿Tendría miedo en realidad a comprometerse con una chica local? Rechazó inmediatamente este pensamiento.

—Ella me besó y me dio mi flor de hvee —prosiguió—. No puedo amar a ninguna otra.

Aurelius se irguió. Atón nunca le había hablado de la ninfa del bosque. El sistema de enlaces matrimoniales de las Familias no eliminaba el amor. Por el contrario, insistía en su necesidad. El ritual de hvee lo garantizaba. Atón no podía casarse sin el consentimiento de su padre, pero no tenía por qué aceptar a una mujer que no amase.

—Muéstramela —dijo por fin Aurelius. No podía conceder más. Si Atón podía traer a casa a su ninfa, él la aceptaría. Si no podía, Atón estaba obligado a aceptar la posibilidad de la propuesta de su padre.

Veintiún años, y la música que él tanto deseaba vino de nuevo. Era una música fugaz y remota, pero lo bastante clara para su anhelante y atento oído. Se dirigió al bosque, cruzando los campos lo más rápidamente que pudo sin dañar el hvee.

Aurelius hizo una señal desde un campo próximo. No podía ya trabajar fuera todos los días, pero aquél había salido. Quería conocer a la ninfa, y Atón había aceptado. Atón esperó en un calvario de impaciencia a que su padre llegase.

Era la canción rota, cuyo sortilegio hechizaba hasta a los propios árboles. Crecía, armoniosa y fluida, agitando la sangre de Atón con su definitiva promesa. Esta vez, esta vez...

Pero cesó.

Y Atón corrió hacia el claro, bordeando el pozo, dejando atrás a Aurelius. Legó al

fin. Demasiado tarde, estaba vacío.

Se quedó allí absolutamente inmóvil, intentando oír el rumor de la marcha de ella, pero sólo oyó el rumor de los pasos de su padre tras él. La ninfa se había ido.

Aurelius llegó, jadeando, tambaleándose. Pero sus ojos examinaron ansiosamente todo el claro, el suelo, el círculo de árboles, el tocón. Señaló hacia allí.

A un lado del tocón habían sido apartadas las hojas secas, quedando al descubierto el barro esponjoso del suelo. Había símbolos trazados precipitada y toscamente con un instrumento punzante.

Atón los estudió.

—M-A-L-I-C-I-A —deletreó—. ¿Qué significa?

Aurelius se sentó sobre el viejo tocón, analizando las letras místicas. Su jadeo creció, y sus manos temblaron; Atón comprendió compasivo que el terrible ejercicio había intensificado la fiebre.

—No estaba seguro —murmuró Aurelius, su tono era extrañamente exculpatorio. Atón volvió hacia él una mirada interrogante.

Aurelius apartó sus ojos del suelo.

—Es el estigma de la muñoneta —dijo trabajosamente.

Atón miró hacia el cielo de Hvee, alterado y confuso por la fuga de la ninfa. ¿Qué la habría asustado? ¿Era realmente una criatura incompatible con la mirada del escéptico?

—¿El estigma de la muñoneta?

—El hombre llevó consigo sus leyendas cuando salió al espacio —dijo Aurelius—. Estas, como el hombre mismo, han cambiado; pero la base es la misma. Habrás oído hablar de los terribles taphids que consumen naves espaciales enteras; de los hombres-araña xestianos cuyas redes-cuatro penetran toda ilusión; del infierno viviente de Chthon, donde riqueza y horror se hacen eterno amor. Esto es la fábula de la muñoneta.

»La muñoneta es una sirena, un espíritu inmortal de belleza y fuerza indescriptibles, capaz de leer la pasión más oculta y profunda del hombre. Es una desdicha segura amarla, si es que se puede llamar amor a la fascinación que su hermosura crea. Se dice que si un hombre puede contener su emoción el tiempo suficiente para obligarla a besarle, la ninfa le amaré... y éste es el más terrible de todos los destinos.

Era el discurso más largo que Atón había oído a su padre, y el menos pretencioso.

—Pero ella estaba aquí. Eso que dices... no puede ser cierto.

Aurelius seguía sentado, silencioso y quieto, los ojos firmemente cerrados.

—Es un error, Atón, menospreciar a la ligera las leyendas. La ninfa estaba aquí. Malicia... vino por ti, Atón...

—Gracias —dijo Atón con viveza, sintiendo crecer su irritación—. Este fantasma, este espectro, este mito vino a recoger a su niño, al que creía en ella...

—Intenta comprender, hijo...

—¡Comprendo! Aquí había una chica... sí... una chica que representaba una comedia, toda vestida y disfrazada, dispuesta a encandilar a un sencillo campesino...

—No, Atón. Déjame decirte lo que ella es...

—¡Malditas sean tus explicaciones! —explotó Atón, indiferente al dolor que se pintaba en la cara de su padre—. No quiero que defiendas mi estupidez o las acciones licenciosas de una sirena de otro mundo. Una mujer hermosa no trata con un rústico ignorante... a menos que se proponga reírse de su ingenuidad y de su inexperiencia...

Pero mientras atacaba así a su desvalido padre, Atón sabía, en el fondo, la oscura verdad: amaba a su ninfa del bosque, fuese lo que fuese, hiciese lo que hiciese. Junto a ella, las demás mujeres eran muñecas de trapo con sonrisas pintadas y pechos cosidos, y risillas bobaliconas y humedades repugnantes: ya estaba harto de eso; al menos la ninfa le había mostrado la futilidad de su existencia. Tenía que salir de allí. Iría al espacio, la buscaría, y llegaría a saber exactamente lo que era ella, cuando la representación terminase. Catorce años de anhelos no podían desecharse tan despreocupadamente, no cuando la familia era Cinco y el hombre Atón. Se obligaría a sí mismo a afrontarlo, a afrontar la verdad, esta vez.

Aurelius, tan insólitamente elocuente momentos antes, ahora se había quedado inmóvil, rígido, abatido. ¿Sería el ataque final? No; viviría. ¿Era tan importante que su hijo se casase de acuerdo con las normas establecidas? Lo era. Tenía que serlo. Pero habría que esperar.

—Si vuelvo... —dijo Atón. El viejo no fingió confusión.

—Te estaremos esperando, el hvee y yo —dijo Aurelius, abriendo los ojos al fin.

II. Granates

§ 400

— 4 —

Los pasadizos de la caverna bajaban y bajaban, retorciéndose como gusanos a través de la piedra. La lava caliente había taladrado aquella estructura hacía mucho, y se había depositado en sucesivas capas y desmenuzado al fin para dejar aquellos pasadizos interminables.

¿Podía ser que todo aquello no tuviera salida, pensó Atón, soplando el viento tan fuerte en todos los pasadizos? Sin duda aquel viento caliente venía de algún sitio, y buscaba su libertad en otro. Y por donde escapase el viento, también podía hacerlo un hombre.

Pero la delgada y firme espalda de Contador, medio tapada por el pellejo de agua, nada respondía. Inútil preguntar allí. Incluso en aquella prisión sepultada, mencionar a la ninfa despertaba miedo y odio. Más seguro sería no plantear la cuestión abajo.

En el último nivel un guardia se sentaba sobre una gran losa de piedra. A su lado había una pesada sogá anclada por un extremo y ligada por otro a un gran cesto. Contador habló con viveza y el hombre se levantó. Juntos empujaron a un lado la losa, dejando al descubierto un lúgubre agujero: era el orificio que conducía a la prisión del mundo interior. Contador empujó el cesto hacia el agujero, desenrollándose la cuerda con él. Atón se metió en el agujero, se agarró a la sogá, apretó el libro entre los muslos y bajó al otro mundo. Una ojeada final al rostro atisbante de arriba: ¿Te volveré a ver de nuevo, supersticioso engreído? Probablemente no.

Descendió cuidadosamente, desequilibrado por el pellejo de agua lleno y el libro, e incapaz de mirar hacia abajo ¿Habría suelo allí, o le habrían engañado y estaba bajando a un horno? Era una estupidez confiar en el hombre cuya chica se había... Diez metros más abajo tocó suelo. Soga y cesto desaparecieron en cuanto se soltó. La losa de arriba volvió a tapar el hueco y por segunda vez se vio aislado en un infierno desconocido.

Había al menos luz: el mismo producto fosforescente de las paredes. Y también había viento; lo había sentido cuando descendía por la sogá sin pensar siquiera en ello. Las cavernas inferiores eran, por tanto, habitables.

—Un granate. Cógelo.

Atón se volvió hacia el que hablaba. Era un hombre alto, que le llevaba un palmo. Su cuerpo, aunque tendía a la obesidad mostraba una musculatura impresionante, y al hombro llevaba una gran hacha de dos filos. Su tupido pelo y su barba eran castaños.

Atón alzó una mano para coger la piedra resplandeciente que le tiraba. Era un

cristal traslúcido y rojo, muy hermoso: un granate. Esperó.

—Trabajarás la mina de Granate. Cualquier problema, yo lo arreglaré. Soy Jefe. Vamos.

Así pues, aquél era el cultivador sobre el que Contador le había advertido. Atón le siguió, sin perder de vista sus movimientos. No parecía en condiciones de luchar, al menos no como luchaba Atón. Quizás su reputación le hubiese hecho blando. O su hacha (¿cómo se las habría arreglado para traer aquel hacha?), podría haberle creado una estúpida sensación de seguridad. Tiempo tendría de averiguarlo, pero de momento, Atón se propuso no meterse en ningún lío y observar. La información era mucho más importante que el triunfo físico. El conocimiento, a su tiempo, significaría dominio.

Y... ¿posibilidad de fuga?

El viento se apaciguaba al ensancharse el pasadizo. Una mujer se acuclillaba a un lado como un monstruo chepudo; pero era sólo la distorsión producida por el pellejo de agua que llevaba a la espalda. Iba colocando los alimentos en pilas (pan, carne y otros productos que llegaban de arriba) y envolviéndolos en una gran tela sucia para protegerlos. La limpieza no importaba mucho en Chthon (allí no había enfermedad), pero la deshidratación sí. Se incorporó al verlos aproximarse.

—Hombre para ti —dijo Jefe; se volvió a Atón—. Dale a Granate tu piedra.

En otra ocasión podría haber sonreído. Extendió la piedra y Granate la cogió, observándola atentamente. Era una mujer sólida y sosa, demasiado vigorosa para resultar bella. Con buena luz, su pelo quizás fuese rubio. Cogió uno de los paquetes de comida y se lo dio.

—Así es el trato —dijo Jefe—. Un granate, un paquete. El condensador está allí; cada uno coge su agua —indicó un punto al fondo. Atón distinguió la máquina en el recodo—. El tiempo es tuyo, también... pero no excaves en el territorio de otro. —Se alejó.

Granate hizo una seña, y él la siguió a una caverna lateral. Ella le condujo a un sector de la pared bien pulimentado y limpio.

Le dejó allí.

Atón miró a su alrededor. Hombres y mujeres trabajaban a ambos lados, cavando en la pared con trozos de piedra mellada. Algunos hurgaban entre las rocas con las manos. Otros dormían. Dos se sentaban juntos, comiendo y hablando. No se trabajaba a un ritmo frenético.

Estudió la pared. No se veían granates. Pensó en arrancar grandes trozos con una piedra grande, comprendiendo luego que así podría destrozar también los granates. Sería necesario ir con cuidado.

Encontró un entrante donde dejar su LVT y su comida, cogió una piedra aguda, y golpeó la zona central de su mina tanteando. Recibió como recompensa una asfixiante nube de polvo y arenisco. ¿Cuántos habrían muerto allí de silicosis? Echó la cabeza hacia atrás y probó de nuevo. Ahora le era difícil ver lo que estaba

haciendo. Podía destruir una valiosa piedra antes de verla. Extraer aquel mineral no era tarea fácil.

En la mina siguiente, en la hilera de abajo, un hombre pequeño y membrudo le observaba con una sonrisa.

—¿Conoces un medio mejor? —preguntó Atón, irritado.

El hombre se acercó. Pidió a Atón su piedra, la sujetó a la pared y, suavemente, la golpeó con la suya. La superficie comenzó a desprenderse casi por sí sola. Se inclinó y sopló el polvo, procurando que no le saltase a la cara. Devolvió a Atón su herramienta y volvió a su terreno.

Atón se quedó mirándole, receloso de aquel acto de enseñanza. ¿Eran aquellos los presos más feroces de la Humanidad? De cualquier modo, probó el nuevo método, ganando eficiencia.

Tras una hora de infructuoso picar, se fue a comer su comida. Sabía insólitamente bien. Fue a echar agua al pellejo, luego volvió a trabajar a su mina.

Pasaron varias horas. Excavó un agujero de buen tamaño, pero no halló ni rastro de granate. Los agujeros dejados por los granates extraídos por otros, le miraban burlones. Le irritó la facilidad de aquellas personas desconocidas que habían triunfado donde Atón fracasaba. Empezó a comprender por qué los otros mineros no le molestaban: el ganarse la vida era lo más importante. Era un trabajo agotador, un trabajo que destrozaba. Cuando cerró los ojos tuvo la visión de la blanca e implacable pared; cuando los abrió, le escocían y le picaban.

Al fin hubo un éxodo general, y Atón les siguió, fijándose en lo que todos hacían. Fueron a la oficina de Granate, que estaba entregando nuevos paquetes. Hombres y mujeres se alineaban e iban ofreciendo por turno una sola gema a cambio de la comida.

Atón, claro está, iba con las manos vacías.

Granate no aceptó explicaciones. Si no hay granate, no hay comida.

—No me des voces, Cinco —le dijo irritada—. Tienes que aprender a trabajar aquí abajo, novato. Aquí no se da nada gratis. Lo mejor es que vayas a buscar una piedra.

Atón se fue cansado y furioso. Tenía las manos heridas y arañadas, los pulmones llenos de polvo. Tenía hambre, pero la pared vacía no ofrecía ninguna esperanza.

Su pequeño vecino se le acercó: pelo negro y áspero, brillantes ojos negros.

—¿Sin comida? —Atón asintió—. Mira, amigo, ella no te dará nada nunca si no le das una piedra. Tienes que conseguir un granate.

A Atón no le impresionó la noticia.

—Ya lo sé —replicó—. Se me olvidó cogerlo.

El otro bajó la voz, confidencial.

—Bueno, mira, sabes, si yo te hiciese un favor, ¿te harías amigo mío? Me llamo Engañado. Si yo te doy una piedra...

Atón le miró sin entender muy bien. ¿Qué proposición era aquélla? El hombre

parecía muy complaciente. Si fuese un perverso...

—¡No, si me es igual! —exclamó Engañado. Atón anotó mentalmente cuidar más sus palabras. La petulancia de aquel hombre parecía auténtica. ¿Qué quería, entonces? ¿Compañía, protección? ¿Acaso era un paria? ¿Sería su amistad peligrosa?

Atón sintió un nudo en el estómago. Aquel hombre podría serle muy útil si tenía granates. La protección era una mercancía útil.

—Quizás —dijo, y se presentó.

Engañado se metió un sucio dedo en la boca y sacó una piedra resplandeciente. Atón reprimió la sorpresa. ¿En qué otro sitio podría un hombre desnudo guardar segura una piedra semipreciosa?

—Toma —dijo Engañado, entregando el húmedo granate—. Conseguí uno extraño. Quédatelo y cómprate un paquete. Luego me lo devuelves. Recuerda, te hago un favor.

Atón lo aceptó. Momentos después volvió junto a Granate. Ella tomó la piedra y la examinó suspicaz.

—Bueno, veo que conseguiste una —concedió a regañadientes; le entregó el último paquete—. Toma el que queda.

Él se alejó, abriéndolo vorazmente. Al desenvolver la tela descubrió que no había nada.

—Aquí no hay nada —dijo mostrándoselo.

—Olvidé decírtelo, señor. Viniste demasiado tarde. Se acabó la comida. —Y le volvió la espalda.

—Pero y mi granate... ¡Tú cogiste mi granate!

Ella no se molestó en mirarle.

—Lo siento. No hay devoluciones.

Atón contuvo el impulso de agarrarla del cuello y arrastrarla por el suelo. Lo absurdo de la situación cayó sobre él: estaba allí, desnudo del todo, frente a una mujer también desnuda... y su ambición más inmediata era partirla los dientes.

Pero no se atrevió. No podía estar seguro de que luego Jefe lo atrapase solo, si ofrecía una torpe resistencia a la jerarquía. Un enfrentamiento directo podría destruirle. Escapar era mucho más importante que cualquier satisfacción inmediata.

Él no podía tomar venganza físicamente. Pero había otras armas. Granate lamentaría profundamente haberse creado aquel enemigo.

Para encontrar granates había que tener cierta sensibilidad, un talento que a unos permitía descubrir las piedras fácilmente, casi intuitivamente, mientras torturaba a otros todo el día sin fruto. Engañado tenía ese talento. Parecía oler el preciado mineral y tenía instinto de riquezas insaciable. Atón parecía tener también cierto talento y no volvería a pasar hambre, pero su reserva nunca crecía demasiado. Todos ellos tenían un escondite privado, y Engañado, al menos, trabajaba regularmente en la

mina más por salvar las apariencias que por necesidad. Un hombre que encontrase muy rápido granates podía hacerse impopular, y él y su tesoro correrían peligro por la codicia de los otros. Engañado había hecho bien en hacerse amigo de un hombre como Atón. Pronto se dio cuenta.

Había diversos tipos de gentes en las cavernas interiores. No todos los habitantes estaban del todo cuerdos, pero, una vez conocida su idiosincrasia, había convivencia. Uno luchaba cuando tenía que luchar, nunca por divertirse; uno evitaba discutir y buscarse líos a menos que los desease.

Había un hombre que se mantenía al margen de la constante búsqueda de granates. Era notable por tratarse de un tipo no superviviente que lograba sobrevivir muy bien. Era el obeso y tripudo Hastings: inteligente, entendido, habilidoso, pero sin el menor talento para excavar, y con perpetua mala suerte. Sobrevivía como empresario. Él obtenía los granates de los hombres y no de la piedra.

—Necesito tanto un granate azul como el amor de Laza —explicó el gordo Hastings en una parada. Los otros le miraron atraídos por el señuelo.

—Hasty, Hasty... ¿tú sabes lo que es un granate azul? —preguntó Engañado incrédulo—. ¿Sabes lo que significa un granate azul para un hombre?

Los otros miraban expectantes.

—Sé lo que significa para un hombre —dijo Hastings—. Le mata tan rápido que ni la quimera podría recoger los trozos.

La quimera era el nombre cavernario de un predador mortífero de las cavernas más lejanas que nadie había visto y seguido vivo.

—Correría ese riesgo —dijo un hombre—. Si me diesen el granate.

Atón sintió curiosidad.

—No sabía que los hubiese azules.

—Oh, Cinco —dijo Engañado, en medio del grupo—, déjame que te explique cómo son las cosas aquí. Tú ya sabes que los pequeños que encontramos nosotros son rojos, y de vez en cuando sale uno marrón. Bueno, pues los hay también de otros colores, aunque salen muy pocos. Valen mil cajas uno negro. La bruja de Granate te da comida una semana. Y si sacas un pedazo de jadeíta blanca pura... Bueno, al viejo Ajedrez de arriba son las que más le gustan, y te da lo que sea, si haces que se entere. Se acabó el problema, no tienes que picar más.

—Bueno, eso es poca cosa. Si consigues un granate azul, es el pasaporte para la libertad.

El interés de Atón aumentó al oír esto. Engañado parecía disfrutar. Se rascó la cabeza.

—Sí. Te dejan marchar. Se acabó el castigo. Libre como un pájaro en el gran exterior. Los otros asintieron, compartiendo aquel sueño.

—Pero jamás veréis uno —dijo una mujer.

—Claro que no —intervino otro—. Ninguno de nosotros verá un granate azul. Nunca. No existen.

—¡Mentira! —gritó Engañado.

—¡No me llames mentirosa, farsante! —dijo enfurecida la mujer.

Era de afilados rasgos y negro pelo trenzado a la espalda. Pocas mujeres bonitas había en la prisión inferior, pero ésta lo era; aún parecía engañosamente joven y suave.

—Voy a hundirte esos ojillos miserables en el sucio cerebro —continuó. Engañado se acobardó, pero luego dijo audazmente:

—Estando aquí mi amigo Cinco, no podrás hacerlo. Él te lo impedirá.

No había pensado Atón que la amenaza de la mujer fuese literal. Pero lo era; sus uñas eran garras. Le miraba ahora a él pensativa.

—Creo que puedo manejarle muy bien —dijo, inspiró para hinchar su hermoso pecho—. ¿Qué me dices tú, amigo?

También esto era literal, y no dejaba de ser atractivo Pero no de momento. Atón procuró volver al tema discutido.

—¿Por qué es tan peligroso el granate azul Hasty?

—Así que tú te apellidas Cinco —dijo Hastings, como si acabara de descubrirlo—. Se considera un mal número, sabes, peligroso. Es el primer apellido que conozco que se traduzca en sí mismo.

—¿Pero qué dices? —preguntó Engañado.

Hastings alzó su mano carnosa.

Engañado luchó contra su propia curiosidad y perdió. Mostró un pequeño granate y lo entregó. Hastings consideraba a Engañado su primer cliente.

—Es la ciencia de la numerología —dijo Hastings, y los otros se acomodaron para escucharle—. Todos los números, del 1 al 9, tienen vibración propia. Debes sumar las vocales. La A vale 1 porque es la primera letra del antiguo alfabeto la E 5 porque es la quinta, y así sucesivamente; tienes que sumarlas, una y otra vez hasta que tengas un solo número. Cada una tiene su influencia; el 1 es el principio, el 2 es calmoso, y así sucesivamente.

—Pero, ¿por qué lo del 5...?

—Deletréalo. C-I-N-C-O. La I vale 9; la O 5. Sumadas hacen 14. Es un número demasiado grande. Así que suma el 1 y el 4 y obtendrás tu número; cinco.

La cara de Engañado se iluminó.

—¡Cinco es 5! —dijo, encantado con el descubrimiento. Se oyó una risilla, pero él no la percibió. Traduciría las personas a números cuantas veces pudiera.

De pronto, dio un respingo:

—¡Dijiste que 5 era peligroso!

—Lleno de sorpresas. Puede proporcionarte una fortuna, suerte con el granate azul... o muerte súbita. Realmente hay que andar sobre aviso con él.

Atón volvió de nuevo atrás.

—Hablabais de ese granate especial.

Hastings se arrellanó cómodamente. Esperó. Los otros rieron entre dientes: ahora

le tocaba a Atón pagar por curiosidad.

—Bueno, considéralo de este modo —dijo Hastings después de la transacción—. Un granate azul es valioso. Tanto que puede proporcionarle a una persona vía libre al mundo exterior. Es una recompensa apreciable. Quizás no haya ningún granate azul, y por eso las autoridades se creen seguras, o quizás sea su modo sutil de decirnos que no hay indulto. Pero si los granates azules existen, es seguro que resultan más valiosos que un prisionero o un principio. Ahora bien, todos nosotros somos delincuentes...

—¡Yo no lo soy! —gritó Engañado—. Yo no soy un delincuente. A mí me...

—¡...Engañaron! —Dijeron todos a coro.

—Sí, me engañaron —dijo Engañado, dolido.

—...delincuentes, presos aquí el resto de nuestras antinaturales vidas. No hay entre nosotros quien no desee salir de aquí más que ninguna cosa. Y no hay entre nosotros quien tenga posibilidad de hacerlo, a menos que quiera seguir el Camino Difícil. Salvo que tenga la suerte de descubrir la piedra azul. «Pero ¿y si yo tuviese aquí en la mano una piedra azul? —extendió un puño cerrado—. Y si dijese ahora: «Caballeros, la he encontrado, eureka, me voy para siempre...»».

Los dedos de su mano se abrieron un poco al parecer por accidente. Un resplandor azul brilló entre ellos. Todos miraron en asombrado silencio.

Hastings hizo ademán de levantarse.

—¡Bueno, la libertad me espera! —canturreó alegremente—. ¡Hasta... nunca!

Tres cuerpos le aplastaron contra el suelo, al lanzarse sobre él simultáneamente dos hombres y una mujer. Uno agarró su brazo extendido y lo retorció cruelmente hasta hacerle abrir la mano. Cayó de ella un trozo de tela azul.

Le soltaron, en silencio, desvanecida de sus rostros la expresión de codicia. Hastings se incorporó, frotándose el brazo.

—Supongo que lo habrás entendido. No podrás salir de aquí si no revelas que posees el granate azul. Y entonces...

Granate era dura con Atón. Le insultaba siempre que le veía y no perdía ocasión de hacerle sufrir. A Atón le resultaba difícil conseguir de comer. Granate decía que las piedras eran demasiado pequeñas o tenían defectos, o simplemente negaba haberlas recibido, sacándole así dos e incluso tres, por cada paquete de comida.

Atón lo aceptaba. Nunca discutía con ella, siempre le daba las gracias por la comida, como si le hiciese un favor al dársela. Guardaba silencio cuando le chillaba, sin hacer más que mirarla. A veces, acudía a ella sin motivo aparente, sólo por sentarse a oírla chillar.

Engañado no era capaz de entenderlo.

—¿Por qué andas rondándola? —le preguntó incrédulo—. Hay montones de mujeres mejores que ella, de cuerpo bonito y suave, y que no te miran mal. Cinco, lo

sabes de sobra. Por ejemplo, esa tipa tan sexy de pelo negro. ¿Por qué te dedicas a la peor zorra del pozo?

Atón no contestó.

Granate fue haciéndose cada vez más violenta. Llegó a pegarle puñetazos e incluso patadas. Algo la ponía cada vez más furiosa. Atón lo aceptaba todo ecuánime, sonriendo a veces, incluso.

En Chthon no había noche ni día, pero los prisioneros seguían un ciclo de trabajo y descanso regular orientándose por las comidas habituales. La mayoría trabajaban en grupo, aunque el minado era ferozmente individual, y se retiraban a dormir a cuevas privadas. Atón eligió horas propias y, así, se vio casualmente trabajando solo cuando Granate se acercó a él. Sacaba entonces un granate excepcionalmente grande.

Ella empezó a insultarle inmediatamente.

—Sigue trabajando, sucio cabrón —gritó, al ver que paraba para concederle cortés atención. Atón se limitó a sonreír. En las cavernas, en realidad, todos estaban sucios. No les lavaba sino la acción de la arena y el viento. El adjetivo aludía a algo más que a la suciedad material—. No estás aquí de vacaciones.

—Lo sé, querida.

Ella hizo un gesto de asombro. Muda de rabia, alzó una piedra y la aplastó contra la gema de la pared. Atón contempló la ruina y agarró a la mujer.

—Bueno, ya te has cobrado —dijo; en su voz había un tono nuevo—. Ahora debes prestarme el servicio.

Ella intentó golpearle. Atón le quitó la piedra y la derribó en el suelo de la caverna. Era mucho más fuerte que ella, pues sus genes se derivaban de la estirpe modificada de la colonia de Hvee, planeta de elevada gravedad. Unos rápidos golpes en zonas determinadas del cuerpo la dejaron paralizada de dolor; la sorpresa la hizo mantenerse pasiva un instante, aunque seguía reteniendo plenamente consciencia y sensibilidad.

De pronto, comprendió y se debatió ferozmente, pero ya nada podía hacer. Ninguna canción rota detuvo esta vez a Atón, y Granate no disponía de la protección de la ropa o de la experiencia. Tras obrar a su gusto, la dejó marchar. Ella se fue tambaleándose, balbuciendo, incapaz de gritar. Atón sabía que ella no hablaría nunca de lo sucedido, no la avergonzaba tanto el papel olvidado que había vuelto a asumir obligada, sino el que él precisamente la dominase, en todos los sentidos de la palabra.

Mientras limpiaba los fragmentos rojo sangre del granate roto, en el pensamiento de Atón flotaba la imagen de Malicia. No me ha producido ningún placer, pensó, ni siquiera el placer de la conquista.

—Cinco, amigo Cinco, ¡tienes que venir conmigo inmediatamente! —Era Engañado; Atón nunca le había visto tan nervioso—. Tienes que venir, tienes que verlo. Ven, ven. Engañado solía exagerar mucho la nota, pero esto resultaba insólito. Atón fue.

Engañado le encaminó hacia arriba, lejos de las cavernas habitadas.

—Estuve explorando —explicó jadeante—. Estaba buscando algo...

Había explorado muy lejos. Atón agradeció la posibilidad de examinar zonas más lejanas; hasta entonces, no había tenido pretexto para hacerlo. Según avanzaban, iba aumentando la fuerza del viento, y el calor quemaba sus rostros, implacable. Hacían frecuentes paradas para trasegar grandes cantidades de agua.

El viaje parecía interminable. Se pasaron más de una hora avanzando bajo aquel viento que era como aliento de horno, luchando contra la creciente presión. Al final, el pequeño Engañado se detuvo.

—Volviendo esa esquina —balbució—. Saca la cabeza con cuidado y lo verás.

Atón se acercó, pegándose a la pared cuanto pudo. El calor y el viento aumentaban; le ardían los ojos y comenzaban a llorarle. Se preguntó, fugazmente, pero no por primera vez, que origen tendría aquel holocausto subterráneo. Quizá nunca llegase a saberlo; protegía al secreto su temperatura.

La cueva inmediata era como cualquier otra, con un techo alto y una abertura al fondo, de la que brotaba el viento aullando furiosamente. La luminosidad de las paredes era mayor allí, y de textura distinta. El que hubiese más calor y más viento podría ser el motivo; sin embargo, el brillo había ido disminuyendo hasta entonces. Aparte de este misterio, el panorama era confuso.

Los ojos de Atón distinguieron algo. Examinó el techo. Allí, brotando de alargadas corrugaciones, goteaba agua que el fuerte viento hacía evaporarse. La humedad venía de allí, de los condensadores. Aquella evaporación probablemente produjese también una considerable refrigeración. Pudiera ser aquél el motivo de que las cavernas resultasen soportables.

—¡Al suelo! ¡Mira en el suelo! —le gritó al oído Engañado. Atón procuró centrar sus confusos ojos y mirar.

Allí, al fondo de la gruta, al borde del siguiente túnel, había un resplandeciente granate azul.

Se pusieron en relativo cobijo para considerar la situación.

—Lo vi —dijo Atón—. Tienes razón. Pero recuerda la advertencia de Hastings...

Engañado casi bailaba de emoción.

—Me da igual lo que diga ese gordo. Conseguiré la piedra.

—Sería mejor que la dejáramos donde está. Nunca conseguirás salir de Chthon. Esa gema significa muerte.

Engañado le miró enfurecido.

—Quieres que la deje ahí para cogerla tú. Quieres arrebatármela. Te conozco muy bien...

Atón le miró fijamente.

—Perdona, amigo —dijo Engañado—. Sé que no me harías una cosa así. Pero entiéndelo... tengo que conseguirla. Yo la localicé.

Atón no le contestó.

—Mira —comenzó de nuevo Engañado, con desesperación—. Yo no soy un delincuente como todos los demás que están aquí. No tengo nada contra ti, Cinco. No sé lo que hiciste. Pero a mí me engañaron. No hay derecho a que esté aquí. Tengo que salir.

Pobre idiota, pensó Atón, ¿no sabes que estás mejor aquí de lo que puedas estar nunca fuera? Tu propia mente es la que te engaña llevándote al suicidio.

Al ver que su compañero estaba tan pensativo, Engañado habló con más viveza:

—No es como si... como si todos supieran que la tengo. La ocultaré en el pellejo hasta que tenga posibilidad de transmitir el mensaje. Contador, el de arriba, no me engañará...

¿Ofrecerías tu corazón a una quimera?, pensó Atón. Atón decidió al fin:

—Está bien. ¿Quién va a ir a cogerla?

Era una buena pregunta. Se apretaron contra la pared junto al recodo, cada vez más conscientes del enorme calor del viento, sabiendo muy bien que al otro lado del agua que goteaba sería mucho peor. Su reserva de agua era ya escasa. Sólo un hombre fuerte podía llegar hasta el granate y volver.

Pero Engañado estaba decidido.

—Para eso te necesito —admitió—. Te lo hubiese dicho de todos modos, amigo Cinco, pero... pensé que si iba por la piedra, podía conseguirla, pero en caso de que no lo logre necesito que alguien me ayude. Recuerda, te hice un favor...

No deberías haber hecho ese favor, pensó Atón, la imprudencia se paga con la muerte.

—Creo que he oído esa frase antes —dijo—. Pero si eres lo bastante loco para intentarlo, yo lo seré para ayudarte. Cuanto antes mejor.

—Gracias, amigo —dijo Engañado. Y se lanzó a la empresa con un valor que desmentía su reputación. Atón le vio retroceder a la pared ante el ardor del viento. Pero se tapó la cara con un codo y se lanzó adelante. Estaba separado de la corriente principal, e iba avanzando pegado a la pared, pero el avance aún era agónicamente lento. Iba inclinado hacia adelante para eludir la presión, avanzaba con sumo cuidado. El calor enrojeció la piel de su brazo.

Al fin llegó al borde del lejano túnel. Allí el viento se aplacaba un poco, sin alcanzar la pequeña bolsa formada por la roca protectora que rodeaba la abertura. Pero Atón sabía que la corriente canalizada sería feroz al asomarse al túnel. Allí era donde estaba el granate azul, en un pequeño declive. Debía haber rodado hasta allí desde la sala de más allá, quizás hacía años.

Engañado sacó una mano para tantear, y el calor le hizo retirarla rápido. Allí hacía calor de veras. Las gotas que caían del techo se desvanecían en el viento casi

inmediatamente. Por fin, preparándose para el esfuerzo final Engañado se lanzó a por el granate.

Atón vio como la corriente atrapaba el cuerpo de aquel hombre y lo empujaba. Sintió el terrible dolor. Pero tenía una mano sobre el granate, agarrándolo con fuerza. Engañado tenía su pasaporte azul para la destrucción.

Giró con el viento y luchó por librarse de él, buscando refugio a un lado. Pero sus movimientos eran débiles, imprecisos, desorganizábalos el dolor; pronto cesarían por completo. Estaba inconsciente, y pronto moriría.

Atón corrió hacia él. También le atrapó la fuerza del viento y le arrojó contra la pared más próxima. A cuatro patas, la cabeza encogida entre los hombros, avanzó lentamente hacia su compañero tendido. Sus rodillas resbalaron en la suave superficie al llegar al centro de la corriente. Era difícil respirar.

Atón se pegó al suelo y, tendido, reptó hacia adelante. Ya ni siquiera miraba por dónde iba, azotado por el viento asfixiante; los ojos humanos no podían soportar aquella presión. Se concentró en seguir ciegamente la dirección emprendida, sin saber cuando llegaría hasta el otro cuerpo.

Al darse cuenta de que reptaba sobre un brazo, Atón lo agarró e intentó dar la vuelta. Pestañeó un instante, sintiendo un gran dolor en los ojos. Era mejor seguir ciego. Pero le resultaba imposible dar la vuelta arrastrando aquel brazo. Se incorporó.

El empuje del viento le derribó de nuevo. Por un breve instante abrió los ojos, recibiendo una dolorosa pero perfecta imagen de la caverna que había más allá de donde estaba el granate. Luego, se vio otra vez tendido en el suelo, con los pies destrozados y arrastrando aquel brazo, reptando como un mísero gusano deshidratado, huyendo de aquel horno.

Por fin se vio fuera de la estancia infernal, sin más recuerdo que la visión que había tenido de la lejana caverna. Debía de haber actuado parcialmente inconsciente, empujado por el instinto. Se dio la vuelta para mirar el brazo que arrastraba, y descubrió que Engañado aún seguía ligado a aquel brazo. Y que la otra mano de Engañado aún sostenía el granate.

Atón tragó agua febrilmente del pellejo que estaba apoyado en un recodo, luego se llevó ambas manos a la boca para impedir que el valiosísimo líquido saliese de nuevo. Su pellejo estaba ahora vacío, encontró el de Engañado y obligó a éste a beber un poco. La necesidad era imperiosa: Engañado tenía todo el cuerpo cubierto de cardenales y ampollas.

¿Por qué no se nos ocurriría echar toda el agua en un pellejo, y utilizar el otro como escudo? pensó, demasiado cansado para irritarse.

Engañado revivió al fin.

—Conseguimos salir de allí —balbució. Sin soltar su tesoro y apoyándose en Atón, fue descendiendo torpemente con él el pasadizo.

Ambos recuperaban fuerzas a medida que la distancia aplacaba el huracán. Cuando el viento se hizo más suave y más fresco, pudieron avanzar más deprisa, y

permitir ya que el viento fuese empujándolos. Al cabo de media hora, estaban ya cerca de casa.

Pero aún no estaban a salvo. Engañado se detuvo de pronto.

—Cinco. ¡Mira!

Un pequeño monstruo les cerraba el paso. Había pocos animales en Chthon, y los hombres pocas veces los veían; pero los había e, invariablemente, eran terribles. El peor era la quimera, pero había también otros terrores. Esta vez se trataba de una criatura de unos veinte centímetros, parecida a un lagarto y roja como un granate. Sus ojos pequeños y hundidos ardían con maléfico brillo; sus aterradoras mandíbulas se abrían y cerraban en feroces espasmos.

—¡Una salamandra! —susurró Engañado.

Atón había oído hablar de ellas. En las cavernas superiores había pequeñas lagartijas del fuego. Eran rápidas y malignas y podían dar grandes saltos, y sus pequeñas mandíbulas segregaban veneno mortal. Un araño, incluso un simple roce sobre la piel magullada, y todo habría terminado.

—Podemos dejarla atrás corriendo —dijo Atón.

—¿Hacia dónde? ¿Hacia atrás de nuevo?

La salamandra no les dio tiempo a discutir el asunto. Se lanzó hacia ellos, arañando la roca con sus patas gruesas y pequeñas. Aunque parecía torpe y lenta, hacía sus buenos ocho kilómetros por hora con el viento en contra.

Se lanzaron ambos a la carrera retrocediendo por el pasadizo. El viento parecía golpear con fuerza renovada empujándoles hacia atrás. La lagartija les seguía con áspera determinación, perdiendo terreno, pero codiciosamente. Era evidente que podía mantener el paso más tiempo que aquellos dos hombres agotados. La sensación de fuerza engendrada por la carrera a favor del viento era ilusoria.

Normalmente, un hombre podía dejar atrás a una salamandra corriendo, puesto que la velocidad de ésta era limitada y dependía en gran medida del viento. Pero Atón y Engañado estaban en condiciones desfavorables, y no tenían ni espacio ni fuerzas para conseguir escapar contra el viento. Sin embargo, sería una estupidez esperar. Imposible enfrentar con las manos desnudas a una criatura que podía saltar y morder a voluntad en un espacio cerrado y pequeño. El pasadizo era demasiado estrecho. Las armas inútiles.

¡Ay, si tuviesen el hacha de Jefe!

Engañado se detuvo.

—Estoy vencido —balbució—. No puedo más.

Atón intentó ayudarle, pero estaba también demasiado exhausto. La salamandra les alcanzaba. La aventura en la cueva del granate azul había sido un esfuerzo excesivo.

—Es igual —dijo Engañado—. Sólo se puede hacer una cosa. —Con un esfuerzo supremo, le ofreció el granate—. Tienes mejor brazo que yo.

Atón no discutió. Cogió la resplandeciente gema, la sopesó cuidadosamente.

Luego, la arrojó contra la salamandra.

El tiro le salió bajo. La piedra golpeó en el suelo justamente ante su objetivo y se fragmentó en dos piezas. Una de ellas saltó sobre la cabeza del animal; la otra le golpeó en mitad del cuerpo, lanzándola hacia un lado. Herida, la salamandra se lanzó vengativa contra el fragmento de granate, mordiéndolo furiosa.

No se pararon a ver el resultado. Sabían lo que quedaría del fragmento de granate entre aquellos dientes. Dejaron atrás al enfurecido monstruo y siguieron pasadizo abajo hacia la tranquilidad.

—No habría servido de nada, de todos modos —dijo Atón cuando aminoraron la marcha, sabiendo lo que sentía Engañado por la pérdida de su piedra—. Tenía un defecto. El granate no se rompe así tan fácilmente.

—Podríamos haber utilizado los pellejos —dijo Engañado.

Era la segunda vez que la mente de Atón le traicionaba en un momento difícil. La segunda vez que el uso de los pellejos de agua habría reducido su riesgo. Echando uno sobre la salamandra, podrían haberla aplastado... ¿por qué no había intentado hacerlo? Ahora el granate había desaparecido. El granate azul que jamás podía dar la libertad, salvo de la forma menos deseada. Todos se amotinarían en las cavernas si lo supieran, no había integridad segura frente a un señuelo tal.

—Es mejor no decirlo... —dijo.

—¿Quién iba a creerlo?

Mantendrían el secreto, durante un tiempo.

¿Y el otro secreto, el más importante? se preguntaba Atón. ¿Aquel otro secreto que podía sembrar el caos hasta el punto de destruir los dos mundos de Chthon...? ¿Les contaré lo que vi en un fugaz instante al fondo de la caverna, cuando el viento me derribó?

¿Debo mantener oculto ese descubrimiento, el de todo un pasadizo cubierto de lustroso cristal azul?

— Cuatro —

—Maquinista Cinco a Bodega Siete, Carga. Emergencia —Atón paró su máquina y agarró su camisa cuando el encargado le hizo una seña.

—¡Es el Capitán! Tome ruta de prioridad.

¿Por qué debía obedecer él al Capitán? pensaba Atón. Ya no pertenezco a la Flota. Tres años, y me enseñaron dos cosas: mecánica y combate cuerpo a cuerpo. Ahora tengo veinticuatro y aún busco a mi mujer, la encantadora zorra que me hechizó en el bosque. No tengo que obedecer a nadie, más que a ella.

Entró en la cabina de transporte más próxima, se instaló en la cápsula de espera, y marcó el número de la Bodega Siete. Cuando el vehículo comenzó a descender por su vía apretó la palanca de Prioridad.

Después de todo, me hicieron maquinista. Tenía que tener un oficio para recorrer el espacio, y para eso tenía que coger lo que la Flota Espacial me ofrecía. Tuve que aguantar todo el período de instrucción, con aquel amor quemándome dentro. Pero aprendí a localizar a una mujer camuflada, sí, aprendí.

La cápsula sellada penetró en el túnel de vacío y aceleró la velocidad. Sus válvulas internas se activaron al lanzarse a través del laberinto, cruzando intersecciones y desviándose del otro tráfico. Era una nave espacial en miniatura que atravesaba aquella red oculta mientras el Yocasta atravesaba la oculta red de las estrellas. Para aquella cápsula, las paredes no existían; podía llegar a cualquier punto en unos instantes. En cuanto a la nave grande...

El propulsor, más propiamente llamado MRL (propulSor Más Rápido que la Luz), de cuyo descubrimiento databa la expansión del hombre como una nova por el espacio, fue más casualidad que hallazgo científico. Según la irónica leyenda, el profesor Feetle lo había descubierto un día al tirarse a la piscina de su villa. Al elevarse el agua para dejar paso a su cuerpo, cayó del techo una manzana que fue a dar en su cabeza. El grabador que había junto a la piscina, activado por las palabras claves «desplazamiento» y «gravedad», registro fielmente las palabras que siguieron. Luego, en el momento oportuno, esta grabación la transcribió la secretaria robot que hizo las adecuadas sustituciones, eliminando expresiones blasfemas y referencias a los jóvenes vecinos, y envió el resultado a una revista técnica cuyo robot-director publicó textualmente el trabajo. Quince empresas de investigación libre intentaron construir el aparato descrito. Doce abandonaron el proyecto al año, dos descubrieron felices efectos indirectos y olvidaron el objetivo original, y una última, gracias al error de un robot-empleado incompetente, que conectó mal un diodo, dio con el

propulsor.

Al principio, no se consideró el instrumento más que como una máquina de movimiento continuo. Era un aparato insulso y voluminoso que daba vueltas en círculos emitiendo irritados chirridos. Se acudió al profesor Feetle, pero éste planteó inmediatamente un pleito, enfurecido por la utilización dada a su descubrimiento. Comprobado en el espacio, aceleraba desde un impulso inicial de algo menos de dos centímetros y medio por segundo, a menos de treinta centímetros por segundo en el curso de una hora. Durante la segunda hora, alcanzaba una velocidad varias veces superior. Luego, caramboleaba con tal vigor que sólo los instrumentos podían detectarlo. Por último desaparecía; aunque no abandonaba en ningún momento su propia órbita, desaparecía.

Casi desaparecía: los instrumentos podían detectar su paso por los extraños rastros que dejaba: rayos Cerenkov, la ola que deja un impulso que excede la velocidad de la luz a través de un medio dado. En este caso, el medio era un vacío casi perfecto.

El profesor Feetle retiró su pleito y comenzó a interesarse por su creación. Después de esto, continuaba la leyenda, más lúgubrementemente la censura tendió su manto sobre la evolución de los acontecimientos. Según los rumores, el propulsor, una vez activado, extraía su energía de fuente desconocida, de alguna fuerza ilimitada de la naturaleza y construían naves sobre grandes propulsores que podían entrar en un limbo en el que ni siquiera la luz era lo bastante sutil para poder penetrar; que no todas esas naves volvían; que había malignos espectros en el lejano espacio, o no espacio.

De todo esto salió la nave regular; un navío de gran tamaño con una tripulación de miles de personas y un propulsor que podía conducirla a cualquier parte. Una de estas nave era la Yocasta; su velocidad se controlaba por relación logarítmica. El número de horas en las que la nave aceleraba era el exponente de la potencia de 10 necesaria para expresar su velocidad en millas por hora. Así, cuando el reloj de la nave marcaba dos, significaba que el propulsor había estado funcionando durante dos horas y que la velocidad de la nave respecto al punto de partida era 10^* , o sea cien millas por hora.

Oh, sí, pensó Atón, mientras su cápsula se ladeaba y miraba, las naves empezaban lentamente. Pero 8.83 en el reloj de la nave era una velocidad superior a la de la luz, trescientos mil kilómetros por segundo. Trece en el reloj, equivalía a todo un año luz por hora, y 10^* era la señal para iniciar la desaceleración, pues no podía desactivarse el propulsor mientras apareciese un número en el reloj, y una velocidad superior lanzaría a la nave fuera de la galaxia.

En un día y medio, tiempo objetivo de la Tierra, una nave de aquel género podía llegar a cualquier punto de la galaxia.

La cápsula fue disminuyendo la velocidad, llevando a Atón a pensar de nuevo en cosas prácticas. La nave superó el cierre, volviendo a la presión normal. Su viaje, de

cualquier modo, había terminado.

___ Cinco ___

El capitán Moyne le esperaba impaciente. Nunca había visto antes personalmente al capitán, pero era inconfundible. Se trataba de una atractiva mujer de edad indeterminada, lisa y severa, con el uniforme del servicio mercante. Tenía los labios casi incoloros; el pelo recogido en un firme moño y oculto bajo el casco. Su rostro no reflejaba rastro alguno de los veinticuatro años en el espacio.

La tripulación la detestaba cordialmente: y ella cultivaba esta aversión con asiduidad.

¿Por qué estaba sola? Si hubiese una emergencia, estarían a su alrededor todos los oficiales de la nave. ¿Y qué hacía en aquella oscura bodega de carga?

—Cinco —dijo ella sin preámbulos—. El refrigerador siete se ha estropeado. Disponemos de treinta minutos, ni uno más.

Atón la siguió hasta la bodega.

—Capitán, creo que se ha equivocado de hombre. Yo soy maquinista.

Ella abrió un compartimento con una facilidad que revelaba experiencia, y sacó un par de trajes espaciales.

—Tú eres el hombre indicado.

—Oiga, yo no puedo arreglar un sistema de refrigeración en un caso de emergencia, con tanta rapidez...

El Capitán se volvió y le cogió de la camisa con su delgada mano. La abrió, buscó dentro y sacó un pequeño folleto oculto en un bolsillo interior.

—¿No es esto una copia ilegal del registro de participaciones de la nave? —preguntó. Le tenía cogido. Un proceso por aquello le encerraría dos años en prisión y acarrearía prohibición de trabajar en el espacio. El registro de participaciones de una nave mercante era un documento secreto.

—Usted es el capitán, Capitán —dijo. Ella le entregó un traje.

—Póntelo.

El vaciló. Vestido con lo que llevaba, no cabía dentro del ligero traje. El capitán se dio cuenta inmediatamente de lo que pensaba.

—Desnúdate. No perdamos tiempo por tonterías —uniendo la acción a la palabra, se quitó ella misma el uniforme, revelando bajo la ropa interior una figura asombrosamente bien proporcionada, y se metió diestramente en el traje espacial.

Atón siguió su ejemplo, sin saber aún exactamente qué le pedían que hiciese. Pero ella no le dejó dudar mucho.

—Tenemos un margen de quizás veinte minutos, pero no podemos correr ningún riesgo. Hemos de trasladar esta carga del Siete al Ocho, donde continúa funcionando

el mecanismo de refrigeración. Trabajaremos juntos hasta donde sea posible; luego te cubriré con el hidrante. No pierdas un minuto, pero no muevas los estuches más de lo necesario. Andando, empecemos.

—¿Que me cubrirá con el... qué esto que hay allí?

Ella cogió una de las cajas y salió del cuarto.

—Afidianos de Turlingia —dijo.

Le tembló la caja en las manos al oír aquello. ¡Los taphidos! ¡Los devoradores de naves espaciales!

El capitán Moyne fue explicando la situación a saltos, mientras trabajaban.

—Son insectos, gusanos. En una serie de planetas, los consideran un manjar. Tenemos que transportarlos vivos, pero la baja temperatura los mantiene en estado de hibernación. Al aumentar el calor, empiezan a comer. Primero su propio estuche, luego la carga. Luego todo lo demás, incluida la tripulación. No hay quien los pare; comen hasta metal, si es necesario. Hay que mantenerlos fríos y tranquilos. El reloj ya marca trece. No podemos entretenernos.

Había algo importante que quedaba implícito. No era físicamente posible salir de una nave que viajaba a velocidad superior a la de la luz. Allí el universo exterior simplemente no existía. Para llegar a una velocidad inferior a la de la luz necesitarían cinco horas de deceleración... si el hambre de los taphidos podía esperar tanto. Y las consecuencias económicas y políticas...

—¿Es ésta una carga legal?

—No seas ingenuo. ¿Por qué crees que mandé a buscarte?

¿Por qué, en realidad? El capitán parecía ser una mujer de negocios sin escrúpulos. Desde un punto de vista estricto, ningún Comercio interestelar podía considerarse ilegal, pues ningún planeta podía imponer sus leyes más allá de su esfera inmediata de influencia y no existía oficialmente mayor jurisdicción. Pero había un pequeño sector de derecho común que estaba adquiriendo firme poder, y la política individual de los planetas era lo bastante parecida como para alentar los viajes y el comercio, especialmente entre los planetas que cuidaban de su reputación. Pero sólo nominalmente existían una ley y una fuerza política generales; la idea de una fuerza de este género asustaba a las colonias, ferozmente independientes, mucho más que la conducta criminal.

Pero la violación de la ley común podía incluir al infractor en la lista negra de varios planetas prósperos. Ninguna nave mercante podía permitirse esto. El capitán tenía motivos para guardar el secreto. Retiraron la mitad de los estuches sin novedad. Luego vino el problema. La caja que llevaba Atón empezó a agitarse. Aparecieron en la superficie como puntas de alfileres que luego se convirtieron en cabezas. Sus gruesos guantes transmitieron el inconfundible movimiento que se producía dentro; luego brotaron córneas y blancas crestas. Los amenazadores taphidos habían despertado.

Atón miró a aquellos artrópodos como de papel de lija durante un peligroso

instante y luego soltó la caja. Esta se abrió inmediatamente y espumeó cuerpos pegajosos. Los gusanos le detectaron infaliblemente y avanzaron hacia él en una blanca ola.

—¡La placa! —gritó tras él el capitán. Apenas si le dio tiempo a colocarla, un chorro de espuma congelante avanzaba ya hacia él. Ella había abierto el hidrante y le apuntaba con él. Atón comprendió entonces la razón de los trajes. La espuma le habría matado en unos minutos de no llevar protección.

Las criaturas del suelo se encogieron y se inmovilizaron, volviendo a la hibernación. Pero ya se agitaban los estuches siguientes.

—¡Deprisa! —Sonó en su auricular, por encima del susurro de la circulación de aire del traje—. Sólo puedo cubrir una cada vez.

Su mente y su cuerpo retrocedieron ante el contacto, pero comprendía perfectamente las consecuencias de un retraso. Cogió el recipiente abierto y lo metió en la bodega refrigerada. El capitán, en el quicio, lo roció intermitentemente con espuma, alternando con ráfagas a las cajas apiladas en el Siete. Los taphidos no eran peligrosos mientras estaban congelados, pero había poco margen. Si el hidrante fallaba...

Atón se apresuró.

Se limpió en las habitaciones del capitán. No podía permitir que le interrogasen sobre lo que había hecho en la bodega Siete, y su uniforme, olvidado en el apuro, se había empapado de espuma. Había, además, que discutir ciertas cuestiones de otro tipo antes de que se separaran.

Cuando salió del lavabo se encontró al Capitán con un simple vestido. Llevaba el pelo suelto, le colgaba en bucles de un marrón oscuro. Parecía joven, demasiado para ser capaz de desplegar el control y la energía que había desplegado. La apariencia engañaba; era dura, y tendría con ella una batalla. Sería fatal que su aspecto y su actitud doblegasen la voluntad de él.

Atón valoró sus tantos: él había hecho un servicio que bien había podido salvar la nave, y poseía información suficiente para hacerla expulsar del servicio mercante. Pero ella seguía siendo el capitán, con los poderes correspondientes, y tenía similares armas contra él. Tablas, a menos que uno de ellos cometiese un error. O perdiese el control.

—Siéntate, Atón —dijo ella, indicando a su lado, en el sofá. Su voz era suave, casi musical. Estaba jugando con él, lo comprendió inmediatamente. ¿Pretendía buscar algo más que un peón? ¿O había decidido fríamente utilizar su atractivo sexual para mejorar su posición? ¿Qué límites se marcaba?

—El sistema de participación —dijo ella, comenzando el ataque— es un método muy conveniente para asignar remuneración equitativa a los miembros de la tripulación de un mercante.

Lo era. El sistema procedía de la práctica seguida en la vieja Tierra en los barcos balleneros. Los miembros de la tripulación recibían, en lugar de una paga, una

participación en los beneficios. Una participación cincuenta representaba una cincuentava parte del total, y así sucesivamente. Hasta una participación dos millares podía convertirse en una cifra atractiva, si el viaje era bueno. Todos los miembros de la tripulación tenían un interés en el beneficio económico de la empresa.

Atón asintió y aplicó el precepto de la mejor defensa.

—Los cargamentos de taphidos deben producir buenos beneficios.

Ella sonrió.

—Los propietarios, por supuesto, se llevan una participación dos: la del beneficio.

—¿Qué participación tienen los taphidos?

El capitán se negaba a ceder.

—Las participaciones del Yocasta van desde los cuatro millares para tripulantes sin especializar...

—Dos millares, para maquinistas expertos —dijo Atón aproximándose—. Pero a veces hay trabajos adicionales...

—Las participaciones fraccionales deben calcularse en cada puerto...

—Y comprobarse la refrigeración...

—En caso de que un tripulante renuncie y pida su parte...

—O lo exija uno de sus parientes próximos...

Sus ojos eran grises, casi verdes.

—Por tanto, el registro de participaciones es un manual: que identifica exactamente a todas las personas de la nave.

—Y toda la carga legal —su pelo parecía más brillante, tenía tonos cobrizos.

—Su posesión por personas no autorizadas constituye un delito...

—Lo mismo que el embarque de los gusanos —concluyó Atón.

Ella apretó los labios.

—Sin embargo... —dijo.

Atón la besó.

Actuaba hábilmente, consciente de su poder sobre aquella mujer, dispuesto a completar el acuerdo tácito con cualquier condición que se exigiese. Sabía que se barajaba algo más que la fidelidad mutua; ninguno de los dos podía permitir que el otro le jugase una mala pasada. Pero esto no era más que la maquinación intelectual de la supervivencia. A un nivel emocional, el corazón de Atón seguía acongojado por la infructuosa búsqueda de la ninfa... si en realidad existía como tal. El capitán le interesaba sólo como una complicación, no como una mujer.

Pero un extraño fuego le invadió cuando sus labios tocaron los de ella. Lo que había sido arte calculado se convirtió en realidad inocente. La deseaba de pronto como mujer.

Ella se apartó de él.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó.

Atón reprimió la frustración que le producía el súbito rechazo y optó por interpretar la pregunta como de negocios.

—¿Lo del registro de participaciones? Por la misma razón que tú haces contrabando de taphidos.

La discusión ya no tenía interés para él. Estaba irritado, irritado por haberse dejado excitar así y porque le cortasen tan bruscamente. Pero lo que le había dicho a ella era la verdad: su entendimiento mutuo no exigía que pregonasen sus motivos más profundos. Los dos mantenían una especie de equilibrio. Había que seguir manteniéndolo.

Ella se inclinó hacia él, echando otra vez el anzuelo. ¿Qué se proponía? Tenía que admitir que era eficaz; ya el anhelo de ella reaparecía. No era una mujer para tomar a broma. Atón nunca había sufrido asedio semejante, ni se había sentido dominado así. Renunció esta vez a jugar; no volvería a besarla.

—¿Qué es eso que llevas ahí en el pelo? —le preguntó.

Había un matiz en su pregunta que inquietó a Atón. Ella pareció vacilar al principio como si fuese a decir otra cosa, o quizás a decir lo mismo de un modo distinto. Había supuesto que el tono ligeramente afectado con que hablaba se debía a la costumbre del cargo... pero no representaba ahora con él el papel de capitán, y el tono era el mismo.

Se quitó la planta del pelo.

—Este es mi hvee. Vive de aire y de amor... el amor que siente por su compañero. Si lo apartasen de mí, moriría.

Ella lo cogió de su mano.

—Había oído ya la fábula del hvee —murmuró, estudiándolo—. Es preciosa.

Atón se sintió de nuevo irritado, sin motivo. Él había considerado hasta entonces también una fábula los taphidos. No debía sorprenderle, por tanto, que otros no diesen crédito a la insólita propiedad del hvee.

—Te lo demostraré —dijo, cogiendo de nuevo la planta. La puso en una mesa al otro lado del camarote y se separó.

La planta conservó su lozanía unos instantes. Luego sus hojas comenzaron a marchitarse. Atón volvió rápidamente y la recogió. Recuperó su vigor, volviéndose de nuevo verde y fresca y plena.

—No es ninguna fábula.

Los ojos del capitán brillaban.

—Qué relación tan encantadora —dijo—. Te la dio tu madre.

Atón frunció el ceño.

—No —dijo.

Ella le acarició una mano, sonriendo.

—Te ofendí.

—¡No! —Pero bajo aquella mirada adivinadora, Atón pensó que era necesario justificarse.

—Mi padre —dijo—, se casó con una muchacha de la familia de Diez. Vivió con él dos años y el hvee floreció como nunca. Ella era buena y le amaba, pero murió de

parto.

El capitán seguía acariciándole la mano.

—No hace falta que me expliques nada, Atón.

Pero ahora él necesitaba contar.

—Después de eso, Aurelius se fue al espacio. Su primo Benjamín Cinco, se hizo cargo de la finca, para que el hvee no muriese. Aurelius viajó hasta lejanos planetas intentando olvidar. Su nave descendió a un planeta no identificado para una reparación de emergencia. Allí... conoció a una chica nativa y se la llevó con él al marcharse. La llevó a Hvee.

El capitán observó su expresión turbada.

—No es necesario que...

—Se quedó con él sólo un año... y le abandonó. Supongo que volvió a su planeta. Aurelius no volvió a viajar; se dedicó a criar hvee y a educarme a mí.

—Pero ella le dio fuerza para continuar...

—¡Ella no le amaba! —gritó Atón, apartando su mano—. Ella le abandonó. Ninguna hija de Hvee habría hecho eso. Y yo no tuve madre, ni real ni fingida.

—Puede que ella le dejase por que le amaba —dijo el capitán—. ¿Puedes comprender eso?

—¡No! —Alzó la mano como si fuese a pegarla—. Si alguna vez me encuentro con esa mujer, la mataré. Y mi linaje es el de la Familia de Diez. De la mujer que era digna. ¡Diez!

—¡Qué vehemencia! —Pero el capitán cambió de tema—. Dentro de treinta y seis horas te mostraré dónde hay que entregar los taphidos. Ahora vete. Deprisa.

Atón se fue.

_____ Seis _____

Cuatro cambios después, en la bodega de carga, Atón y el capitán metieron los estuches de los taphidos en un tren planetario.

—¿No viene nadie más? —preguntó.

—Nadie más.

Atón terminó el trabajo en silencio. Aquella extraña mujer le diría muy pronto qué era lo que pasaba. Al parecer, había despejado la bodega ella misma en el período intermedio. Los estuches dañados habían sido empaquetados de nuevo.

El pequeño tren se desprendió en la sombra de la nave madre. Las estrellas brillaban con firmeza, tras la escotilla. Atón las observó calmamente, mientras el capitán accionaba los controles, intentando adivinar en qué parte de la galaxia estaban.

—Cuando yo era un hombre del espacio —dijo él, refiriéndose a sus recientes

años en la Flota— me dijeron que nunca debía mirar las estrellas con los ojos desnudos. Cuando las miras demasiado tiempo, pueden producirse quemaduras en la retina.

Ella rió con sorna.

—Cuando yo salí al espacio, aprendí a distinguir lo es cierto de lo falso.

Atón rió también. El tren daba la vuelta a la nave, saliendo a la claridad. Una plancha cubrió la escotilla, protegiéndoles de las radiaciones más peligrosas y dejando sólo la pantalla interna como guía. El capitán hizo descender la pequeña nave de la órbita hacia los fragmentos de atmósfera.

—Este es el puesto avanzado de Xest —dijo.

—Yo no he aprendido aún a diferenciar la realidad de la ficción ¿Quieres decir que existen los xestianos?

—Xest existe. Todo existe, si viajas lo bastante —dijo ella—. Raras veces se comunican con los mundos humanos, pero los xestianos quizás sean los seres no humanos que ejercen mayor influencia en nuestra región de la galaxia. Lo que sucede es que creen en la máxima de vivir y dejar vivir, y no nos necesitan. Pero este puesto avanzado está mucho más próximo a las rutas comerciales humanas que a las suyas, y por eso han decidido hacer negocios con nosotros aquí. La Yocasta es una de las naves mercantes que hacen encargos particulares.

—¡Y ellos comen taphidos!

—Deben de comerlos. O quizás quieran utilizarlos como animales domésticos. No lo sabemos. Lo cierto es que hicieron este pedido. Pagan bien, y su crédito es excelente.

Atón movió la cabeza.

—Cada vez que pienso que estoy acostumbrado al espacio, me llevo una sorpresa como ésta. Sin embargo, si tantos mitos son ciertos... —No acabó la frase, pensando en la muñoneta.

Ella le miró.

—Hay un problema.

—Naturalmente. Para eso se invitó al maquinista Cinco.

—Los xestianos carecen de sexo. Les resulta muy difícil comprender el sistema humano. Ha sido posible una explicación parcial, pero persisten los malentendidos. Creen que la entidad humana completa la constituyen dos seres, masculino uno y femenino el otro.

—¿No es así?

—Los xestianos no advierten los matices —dijo ella ceñuda—. Como capitán, el protocolo me exige que los visite en persona. Pero para ellos...

—¡Es usted sólo medio capitán! —Atón se dio una palmada en la rodilla—. Una terrible violación de la etiqueta.

—Precisamente.

Los xestianos eran pequeños para las medidas humanas; pesarían unos cuarenta

kilos en la gravedad terrícola. Allí, sin embargo, la gravedad era sólo un cuarto de la de la Tierra. De los cuerpos globulares de los alienígenas brotaban ocho delicados apéndices en simétrica falange. La comunicación había de ser por signos galácticos; carecían de la idea de sonido.

El protocolo exigía además el entretenimiento de los humanos durante un período determinado y el intercambio de obsequios. Los xestianos eran semitelépatas, capaces de responder directamente a la emoción pero sin comprender el contenido, y creían que el honor concedido al visitante era automáticamente apreciado por el género. El capitán Moyne les regaló varios cilindros de oxígeno de emergencia (mercancía tan apreciada por ellos como por el hombre), y, a cambio un artesano se comprometió a fabricar un retrato del Humano.

Pronto el portavoz xestiano sacó a colación el acertijo favorito: la naturaleza binaria del Humano.

—¿Dos especies para formar un Humano? —indicó.

—Una especie, dos sexos —replicó Atón.

—Sí, sí: macho de una especie, hembra de la otra.

—No, no: macho y hembra de la misma especie, homo sapiente.

—¿De la misma unidad? —Indicaba la criatura sin sexo.

Este debía ser otro término de su concepción de la consanguinidad.

—No, demasiado próximos —comenzó Atón, pero renunció.

El capitán Moyne contemplaba el intercambio con media sonrisa, sin hacer comentarios.

—Es imposible entenderlo —concluyó el xestiano, perplejo—. Fuego y agua se mezclan para hacer un Humano. Destrucción inevitable... pero no es problema nuestro. Hablemos de negocios.

Los anfitriones comprendían la necesidad de un descanso ocasional. Había unos amplios aposentos para el Humano: dormitorio con baño, cocina, accesorios y cama.

—Está bien —dijo Atón—. ¿quién la utilizará?

—Yo —contestó el capitán con firmeza.

—¿No cree que deberíamos compartirla a partes iguales?

—No.

—¿Quiere que me queje al mesonero?

—El protocolo lo prohíbe. Debes salir mientras yo me preparo para acostarme.

—Pero, ¿dónde voy a dormir yo?

—Cuando vuelvas, podrás acomodarte en el suelo.

Cuando volvió, se la encontró sentada en la cama. El juego, al parecer, aún no había terminado, y ella había venido, sin duda, preparada. Las sorprendentes formas de la mujer ocultadas por el uniforme se hicieron una vez más evidentes e indudables. Aquella mujer le intrigaba y le frustraba al mismo tiempo; y no le complacía del todo la sospecha de que ella sabía esto muy bien.

Atón se sentó al borde de la cama.

—¿Cuál es su secreto, capitán? Tiene el cuerpo de una joven, de una chica madura y, sin embargo, debe tener cincuenta años.

—En el espacio los años son breves —dijo ella; seguía con el casco puesto; no se veía rastro de su pelo.

—No tan breves.

—No preguntes a una mujer su secreto, porque así ella no te arrancará los tuyos.

Había una intención en esto.

—¿Qué sabe de mi secreto?

Ella se echó hacia adelante, dejando que la sábana se deslizara hasta su fina cintura, dejando tenso el camisón.

—El registro de porcentajes. Has estado utilizándolo para indagar sobre las vidas de todos los miembros femeninos de la tripulación. Tú buscas a una mujer.

Lo sabía. De pronto, sintió grandes deseos de hablar de ello, de revelar el secreto que le había arrastrado de planeta en planeta y de nave en nave durante cuatro años. La enorme futilidad de aquella búsqueda, aquella difícil investigación por listas de pasajeros y registros de porcentajes robados, tras una sirena de imitación, que casi seguro significaría despecho, llenaba su alma de pesar. Le resultaba difícil soportarlo. Se dio cuenta de pronto de que estaba entre los brazos de ella, de que apoyaba la cabeza en un pecho palpitante. Ella le apretaba contra sí, acariciando su pelo, mientras aflicción y dolor salían de él con sus recuerdos.

—Estoy enamorado de una ilusión —murmuró—. Una muchacha me hizo un sortilegio de amor con una canción en el bosque, y no podré conocer descanso mientras no oiga completa esa canción. Tengo que encontrarla, aunque sepa...

—¿Quién es ella? —preguntó suavemente el capitán.

De nuevo el dolor le inundó, un mar de desesperación que había retenido demasiado tiempo.

—Dijo llamarse Malicia —dijo—, y supongo que es alegórico. El nombre de una sirena, una ninfa, que vive para atormentar al hombre. Así disfrazada me dio el hvee. Si existe, estoy perdido. Si no, mi vida ha sido un sueño, una cálida pesadilla.

Ella se inclinó y le rozó los labios con los suyos, y fue como fuego.

—¿Tanto la amas, Atón?

—¡La amo! ¡La odio! Tengo que tenerla.

Ella besó Sus mejillas, sus párpados.

—¿No puede haber otra mujer? ¿Ningún otro amor?

—Ninguno. Mientras la canción no acabe. Mientras no sepa lo que ninguna persona sabe, lo que ningún texto revela. Oh, Dios mío, qué no haría yo por el amor de Malicia... sólo por tenerla conmigo.

Ella le estrechó, y él fue entregándose dulcemente al sueño, sin quitarse siquiera la ropa.

—Fue tan dulce, tan dulce —creyó oírle decir.

Las negociaciones sobre el intercambio adicional se completaron al día siguiente, y Atón y el capitán se disponían a regresar al Yocasta.

—Muchas gracias, Humano —indicó el portavoz xestiano—. Ahora le ofrecemos nuestro regalo, el retrato.

Sacaron un gran marco tapado. Atón se preguntó cómo podría haber hecho su trabajo el artista si ni él ni el capitán habían posado. A menos que se tratase de una técnica subjetiva...

El retrato fue descubierto. Era, en realidad, un entramado como tela de araña: hilos de color se tejían y entretejían en la hueca tela, enlazándose en intrincadas paralelas y diagonales, envolviendo y trazando formas tridimensionales en una especie de fascinación alucinatoria. Al principio, nada parecía significar; luego, cuando sus emociones comenzaron a responder al sentido del dibujo, Atón contempló en su interior, a través de las señales de los trazos, el mágico y vívido cuadro de una escena de bosque.

Había allí dos personas, vivificadas por la magia del alienígena, humanas, similares y sin embargo extrañamente opuestas. Era una de ellas una mujer de impresionante belleza, su pelo tenía la textura de las llamas ardientes. La otra era un muchacho, con un gran libro en los brazos, y asombro y maravilla en la cara.

Atón contempló aquello, hipnotizado.

—Esto somos... ¿nosotros dos?

—Nuestro artista no lo comprendió del todo —dijo el xestiano—. No llegamos a entender la auténtica naturaleza del Humano. Hemos imaginado tu retrato tal como tú veías las dos partes macho-hembra de tu ser, cuando por primera vez tú te uniste en tus dos partes con comprensión. Esperamos que te sea de valor.

Atón se volvió lentamente al capitán Moyne. Vio lágrimas brillar en las profundidades de sus profundos ojos verdes.

—Quizás ella tuviese que ocultarse —dijo ella—. El... el amor de este hombre le costaría todo, en términos convencionales, todo.

Lentamente, cogió el apretado casco y se lo arrancó. Un rizado torrente de fuego cayó sobre sus hombros. Atón acarició el color vivo de aquel pelo.

—¡Tú! —exclamó.

III Enfriamiento

§ 400

— 6 —

Hastings se dejó caer junto a Atón, su cuerpo inmenso humeaba.

—Lo intenté —dijo con tristeza—. Lo intenté... pero sencillamente no soy capaz de sacar de esa pared vacía un granate en una pieza. Tengo la negra.

—Estás gordo —masculló Engañado desde el otro lado—. Tu estómago te derrota siempre. Me extraña que puedas ver siquiera un granate, no digamos ya cogerlo.

—Podría cogerlo si fuese capaz de ver a través del sudor —dijo Hastings, enjugándose el sudor de los ojos; si las pullas de Engañado le molestaban, no lo demostraba en absoluto—. Yo soy hábil con las manos, pero este calor... a veces daría algo por un ataque de enfriamiento.

—¡El enfriamiento! He oído hablar de eso. Esta vez no me sacarás una piedra, Hasty. El enfriamiento te mataría.

Hastings achicó los ojos. Atón se irguió, sabiendo que aquel hombre jamás habría intentado extraer un granate por su cuenta a menos que su reserva fuese escasa, y oliese un desenlace provechoso. La animación quebraba la monotonía de la vida presidiaria cuando Hastings tenía hambre; y quizás Engañado, después del desengaño del granate azul, estuviese dispuesto a jugar otra vez.

—¿Estás seguro de saber bastante sobre el enfriamiento? —preguntó Hastings suavemente.

—¿Qué es lo que hay que saber? —Engañado se arrancó una uña rota de un pie—. Mi camarada murió de él, allá en el planeta... da igual. Se paró a resolver un asunto en un planeta sin saber que el enfriamiento causaba estragos allí. No supo que lo tenía, hasta que fue demasiado tarde. Yo estaba seguro de que me lo contagiaría, y no podía ir al médico tampoco. Fue enfriándose cada vez más, al final murió.

—En Hvee, que es de donde yo soy, hubo una epidemia —dijo Atón, pues advirtió que Engañado había mordido ya el anzuelo y pagaría—. Apareció el primer mes del año. Mi bisabuelo Cinco quedó huérfano como consecuencia de la epidemia. Barrió a un tercio de los habitantes del planeta.

—Pandemia, no epidemia —dijo Hastings—. ¿No sabéis que se produce en ciclos regulares con unos 98 años de intervalo, y que aproximadamente la mitad de los mundos del sector humano se han visto afectados por él una u otra vez? ¿Sabíais que no es contagioso? ¿Sabíais que la propia Tierra se ve afectada precisamente ahora?

El silencio de Engañado ante cada uno de estos interrogantes hábilmente planteados, había sido firme y decidido, pero su resistencia se desmoronó al fin. Su debilidad era que no podía soportar que alguien supiese algo que él no sabía, aunque

no tuviese ningún interés concreto por el tema.

—¡Tú llevas aquí más tiempo que yo! —exclamó—. Tú no sabes nada sobre la Tierra.

Hastings se arrellanó cómodamente.

—Pero al parecer sé algo sobre el enfriamiento —y esperó astutamente.

—Yo ya sé bastante sobre el enfriamiento. De él murió mi camarada. Si hubiese habido un médico que le hubiese mantenido la boca cerrada...

—Para el enfriamiento no hay cura —dijo Hastings. Atón frunció el ceño al oír esto.

—Mientes —dijo Engañado sin convicción—. Se ha salvado mucha gente. Hay que cogerlo a los dos días, sin embargo.

—Ni siquiera así hay cura.

Inevitablemente, tras una desesperada acción de retaguardia, Engañado perdió su granate, y los otros se agruparon alrededor para aumentar el público, y comenzó el chorro de noticias.

—El hombre —dijo Hastings, adoptando el tono que hacía a los oyentes que estaban de pie buscar asiento se lanzó a crear colonias planetarias situadas a centenares y millares de años luz de su planeta natal. Pero frente al enfriamiento se hallaba desvalido. En §25, en una colonia de nueva planta, a casi 700 años luz del centro galáctico (no tiene sentido dar aquí las coordenadas galácticas concretas: eso valdrá otro granate) se dio el primer caso. Un joven trabajador de los grupos de cultivadores acudió a la clínica quejándose de temblores súbitos. Habían durado sólo un minuto o dos, admitía, pero estaba seguro de que le pasaba algo. El médico le puso un medidor térmico, no le encontró fiebre, y le dijo que volviera al trabajo. La colonización era una tarea dura y difícil en la que no había sitio para los indolentes. La cuestión se archivó y se olvidó.

»Cinco días después (tiempo terrícola, naturalmente; este granate no cubre la cronología comparativa) volvió, con una nota del capataz: su eficiencia era baja y se mostraba demasiado despreocupado respecto a sus fallos. ¿Qué pasaba? El médico probó de nuevo con el medidor térmico, no descubrió fiebre y le envió al batallón disciplinario.

»Pasaron tres días más. Esta vez fue un amigo quien llevó a la víctima. Era imposible conseguir que trabajase adecuadamente. Se hallaba en un estado de plácido estupor, y se sabía que no había bebido nada embriagador en los últimos dos días. No comía ya nada. Y el amigo mencionó, ya que estaba allí, que también él había sentido frío por unos instantes, un par de días atrás. Como si hubiese caído sobre él un soplo helado de viento, haciéndole estremecerse, aunque ningún otro lo había sentido. Había durado sólo unos instante y se encontraba ya bien, mejor que nunca, en realidad, pero... El médico le aplicó automáticamente el medidor de temperatura; no halló fiebre y le despidió, hizo otra entrada en el registro (pues era un buen médico), y se ocupó del otro trabajador.

»La temperatura corporal de éste era de 2970K y seguía bajando. Era una desviación insólita de la temperatura humana normal, unos 310K, y el médico se sintió intrigado. Aquel hombre no tenía síntoma alguno que no pudiese atribuirse al enfriamiento mismo; lo que causase el enfriamiento era un misterio. Pasado un tiempo murió el paciente, y el hecho se registró de la forma adecuada. Se envió rutinariamente un informe a la Tierra, donde se clasificó y se olvidó.

»Entre tanto tres hombres más, incluido el amigo, presentaban los mismos síntomas. No estaban enfermos (es decir, no tenían fiebre) pero el médico, dándose cuenta que se enfrentaba a un problema que exigía una técnica que él no dominaba, reservó a dos para observarlos personalmente, y embarcó al tercero directamente a la Tierra para que le estudiaran. Este fue interceptado por la eficiente estación de cuarentena y retenido allí. Cuando se notificó el asunto al oficial médico del día el paciente había muerto ya, pero el procedimiento habitual se vio apoyado por el certificado de defunción. La autopsia reveló la causa: mal funcionamiento de tejidos vitales debido a temperatura insuficiente. El mecanismo regulador natural del cuerpo había fallado. No se habían determinado las causas.

»Un mes después la mitad de las dos mil personas de la colonia habían muerto, y seguían muriendo más del cupo que quedaba. El planeta se puso en cuarentena. La Tierra enviaba cápsulas de suministros, cargando su coste a la fianza depositada en la Tierra, pero negándose a aceptar a cualquier persona o cosa de la propia colonia. Treinta y seis días después de iniciarse el problema (oficialmente se fijó el principio en el momento en que afectó por primera vez a la primera víctima) diez hombres y mujeres más sufrieron los síntomas y pusieron en orden sus asuntos, cada uno a su manera y de acuerdo con su religión. Al día siguiente no hubo noticia de más casos; ni volvió a haberla en los días posteriores. Estos diez se recuperaron, y la epidemia (pues así se consideró entonces) terminó, tan misteriosamente como había comenzado. La colonia se mantuvo en cuarentena durante cinco años, en los que acumuló una deuda que tardaría un siglo en pagar, pero la enfermedad no volvió a aparecer, ni allí ni en ninguna otra parte.

»Quince años después volvió a aparecer, sin embargo, el enfriamiento, en una colonia situada a veinticinco años luz de la primera. El proceso fue idéntico, con la excepción de que las autoridades decretaron la cuarentena a las pocas horas del primer fallecimiento. A los treinta y seis días la mitad de los colonizadores habían muerto; el resto sobrevivió. La Humanidad lanzó un colectivo suspiro de alivio al no detectarse ningún contacto.

»Entonces se inició el apasionado debate del primer siglo § sobre el enfriamiento. ¿Qué era? ¿Cómo actuaba? ¿Cómo se extendía? Para la primera pregunta no había ninguna respuesta satisfactoria. Para la segunda había varias. Un numeroso grupo sostenía que el enfriamiento se propagaba por ondas etéreas que viajaban a la velocidad de la luz, una especie de rayo de la muerte que cubría un planeta entero y pasaba, tras un intervalo determinado, a otro. Esta teoría se denominó muy pronto

Teoría de la Onda. Otro destacado grupo decía que la enfermedad se propagaba por contacto personal, que la transmitía algún virus de vida muy fugaz que experimentaba una rápida mutación que le llevaba a una pronto impotencia: concretamente treinta y seis días. A esta teoría se la conoció como Teoría de la Partícula.

»Los partidarios de la primera debían explicar cómo viajaban las ondas a la velocidad de la luz y podían recorrer veinticinco años luz en sólo veinte años. Suponían éstos que el rayo de ondas brotaba de un tercer punto, veinte años más próximo a la primera colonia afectada que a la segunda. Esperaban anhelantes a que se viese afectada una tercera colonia, para poder así localizar el origen triangulando. Por otra parte, pedían a los partidarios de la Teoría de la Partícula que explicasen por qué no había contraído la enfermedad ningún miembro del grupo de cuarentena de la base lunar, dado que muchos de los miembros de este grupo se habían expuesto al contagio antes de que se tuviese conocimiento del peligro. Y que explicasen también por qué el enfriamiento no mostraba indicio alguno de remitir en ningún momento anterior al plazo establecido si existía realmente una mutación que producía una degradación progresiva de los virus. La respuesta que daban era que los especialistas en cuarentena habían tomado grandes medidas de precaución, y que por eso habían evitado el contagio; y que los virus se degradaban progresivamente aunque los síntomas que mostraba el hombre afectado no lo hiciesen. Cuando el virus se debilitaba hasta el punto de descender por debajo del límite de eficacia, las defensas naturales del organismo eran capaces de rechazarlo.

»Cinco años después tuvieron ambas teorías su prueba de fuego. La enfermedad atacó a una tercera colonia, pero su médico no fue capaz de identificar la enfermedad hasta que no se produjeron varias muertes. Por entonces habían visitado otros cinco planetas, incluyendo la propia Tierra, colonizadores contagiados. No se habían detenido en la estación de cuarentena de la Luna. Sin embargo no se produjo ni un solo caso fuera de la colonia afectada, pese a que los viajeros enfermos se enfriaron y murieron en hospitales públicos. Los partidarios de la Teoría de la Partícula intentaron explicar estas contradicciones sin lograrlo. Una de las víctimas era casualmente una prostituta muy popular que continuó practicando su oficio hasta que su clientela se quejó de su literal frigidez. Murió; los clientes vivieron. La Teoría de la Partícula quedaba eliminada.

¿Los partidarios de la Teoría de la Onda buscaron con entusiasmo la tercera coordenada y hallaron por triangulación la supuesta fuente. El tercer punto estaba situado setenta y tres años luz del primero; la localización fue muy fácil. Se envió una nave con especialistas. Sólo encontraron espacio vacío. Si había existido una fuente, había desaparecido de allí hacía mucho. Y los desilusionados partidarios de la Teoría de la Partícula señalaron rápidamente que había toda una serie de colonias no afectadas entre el supuesto punto de origen y los planetas afectados. Por qué se habían librado aquellas otras colonias de la plaga? ¿Era la onda capaz de discriminar? Pero, de cualquier modo, podía extrapolarse ya el rayo concreto que había afectado a

la tercera colonia. Se instalaron allí voluntarios, que no se vieron afectados. No había tal rayo. La teoría de la onda tampoco era válida.

»Pasó el tiempo, y el misterio se hizo aún más profundo. El enfriamiento devastó otras colonias, aunque si a una víctima la trasladaban al primer día del primer síntoma se recobraba enseguida. Si era enfermedad contagiosa, ¿por qué establecía límites tan caprichosos en cuanto a tiempo y localización? Si era una onda, ¿por qué escapaban tantos a ella?

»Gradualmente fueron apareciendo las renuentes respuestas. Ganó el compromiso. El enfriamiento viajaba en formación ondular a la velocidad de la luz... pero la onda no era ni única ni local. Había varias ondas, de aproximadamente un mes luz de anchura y a intervalos de noventa y ocho años luz. La intersección de una onda con una colonia significaba pandemia hasta que cesaba. Pero dentro de aquella onda había al parecer partículas dispersas de infección que afectaban a los hombres únicamente según una ley estadística. Posiblemente hubiese un éter nutriente que garantizaba el desarrollo de la enfermedad a menos que la víctima saliese en seguida de su campo. En cuanto a este éter, ningún instrumento del hombre logró detectarlo. Este captaba su presencia muriendo.

»El origen era simplemente el centro de la galaxia. Había otras formas inteligentes de vida entre el hombre y aquel centro, formas que también sufrían variantes de la enfermedad, y muy pronto se comprendió que era inútil investigar. La banda mayor del impulso del enfriamiento tenía una anchura de veinte mil años luz, y la fuente de origen había sido destruida mucho tiempo atrás por una especie ya desaparecida. Sí, el enfriamiento era de origen artificial, pero no se sabía nada más.

»Entre tanto se calcularon y definieron las ondas localmente y se estableció un plan. Los ricos se ponían a salvo tomando vacaciones en otro sitio durante el mes crítico, mientras que la mayoría simplemente esperaban y se enviaba a los afectados fuera de la zona, si se localizaban a tiempo. Pero a muchos los localizaban demasiado tarde.

»Y la Tierra —concluyó Hastings—, la populosa Tierra, que habría de transportar a muchos miles de millones de individuos, no podía sino esperar que las primeras ondas la alcanzasen. Y este es el momento en que la alcanzan: año §400. Me alegra no estar allí.

El grupo se disgregó. Hastings había hablado con despreocupación de aquella amenaza, pero el enfriamiento resultábales aterrador, en el fondo, a todos. Ninguno sabía dónde estaba localizado Chthon.

El enfriamiento podía caerles encima al día siguiente.

—Hola, Cinco, amigo... ¿sabes lo que acaba de hacerme Granate? —Engañado traía noticias.

—Puedo imaginármelo —Atón dejó de picar y se sentó. Engañado se lanzó a hablar inmediatamente.

—Me dio un paquete entero gratis. Le ofrecí mi granate y no lo quiso.

Simplemente me entregó mi comida y se quedó como en un ensueño. Nunca había sido tan despreocupada.

Atón se apoyó en la pared, sacudiéndose la tierra de los brazos mientras Engañado comía.

—No fue descuido.

Engañado contestó con un bocado en la boca.

—Pero ella no quiso coger... ¿crees que lo ha hecho a propósito?

Atón asintió.

—Tiene que estar loca para hacer algo así. Me odia casi tanto como a ti.

—¿De veras? —dijo Atón—. El odio es algo tan intrigante. Yo odio a la muñoneta...

Apareció Granate, interrumpió su discusión.

—¿Conseguiste tu piedra? —preguntó ásperamente a Atón. Este se la ofreció sin decir palabra. Ella la cogió y dejó caer el paquete de comida al suelo.

Engañado no la perdió de vista un instante hasta que se fue.

—¡Dios del Pozo! Nunca vi tal cosa. ¡Es amable contigo, Cinco!

Atón abrió su paquete.

Pero Engañado seguía sin entenderlo.

—No hay motivo para que ella me haga favores. Yo no soy un ídolo de las mujeres. ¿Por qué no te da la comida gratis?

Atón lo explicó cuidadosamente para que el otro comprendiese. Engañado no podía creerlo.

—¿Pretendes que ella no quiere mostrarse blanda contigo, y por eso se muestra conmigo? ¿Porque soy tu amigo y no sé nada en realidad?

—Más o menos.

—No tiene sentido. Ningún sentido.

_____ 7 _____

Trajeron el cadáver medio devorado para que todos lo viesen. Un hombre se había alejado mucho, solo, en dirección contraria a la del viento. Quizás buscase mejores granates, o quizás una salida de las cavernas interiores. Había aparecido la quimera. La ayuda llegó diez minutos después del agónico grito, pero llevaba ya diez minutos muerto. Tenía el vientre y los intestinos destrozados y comidos; le faltaban también los ojos y la lengua. Decían que las largas y oscuras huellas que había en el suelo de la caverna donde le habían encontrado, era de sangre derramada y lamida.

—Recuérdame que nunca siga el Camino Difícil —dijo Hastings con tristeza—. Soy un bocado demasiado tierno para exponerme a eso.

La beldad de pelo negro le miró de reojo.

—Tengo entendido que hay cosas peores que eso por el Camino Difícil en dirección contraria al viento —dijo—. Nadie ha podido saberlo nunca. Pueden oírse los aullidos de los hombres-bestia que fueron humanos como nosotros antes de que los capturasen.

—¿Y viven? —preguntó Hastings.

—No... pero aúllan.

Hubo una carcajada general. Era un chiste viejo, aunque no dejaba de tener sus visos de veracidad. Este es el momento, pensó Atón. Ahora... mientras parezca natural. Fingir inseguridad, pero decirlo.

—No estoy seguro, pero tengo entendido que hubo una que consiguió salir —dijo. Engañado reaccionó inmediatamente.

—¿Qué alguien consiguió salir? ¿Qué alguien conseguiría recorrer el Camino Difícil?

—Tiene que haber una salida —dijo Hastings—. Si pudiésemos encontrarla. La quimera tuvo que entrar por algún sitio.

—Puede que los animales nunca entrasen —dijo la mujer de pelo negro.

Atón no había oído nunca su nombre. Ella estaba sutilmente interesada por él desde aquella primera discusión pero se negaba a manifestarlo abiertamente. Quizás tuviese miedo de Granate... o simplemente fuese más lista. Desde luego a él le interesaba más; sabía echarse el pelo alrededor en una especie de túnica que insinuaba la sensualidad de la ropa. Nada tan completamente asexual, había descubierto allí, como la completa desnudez.

—Puede que no haya ningún animal —continuó ella—. Nunca los hemos visto.

—Yo vi una salamandra... —empezó Engañado, pero se calló.

—Salamandras, sí —dijo Hastings—. Pero es el único animal que un hombre puede ver y seguir vivo. Por eso decimos «quimera»... eso significa la palabra. Monstruo imaginario. Pero seguro que en Chthon no se inventó eso.

—Sus ojos parpadearon mirando el cadáver.

—Fue un médico —dijo Atón pausadamente—. Estaba completamente loco... pero consiguió escapar.

Todos se volvieron. La conversación cesó.

—¿Un médico? —balbució Hastings.

Atón extendió su mano exigiendo un granate. Todos rieron.

—Fue hace unos cinco años, creo. Nunca descubrieron cómo logró escapar. Tuvieron que ingresarle en una clínica mental.

—¡Bedside! —gritó alguien.

—Él juró que conseguiría salir...

—Eso significa que hay un camino.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Hastings a Atón—. ¿Recuerdas el nombre?

¿Que si recuerdo el nombre que tan cuidadosamente localicé a través de la bibliotecaria de la prisión, sabiendo que era la palabra que podía darme la libertad?

—No fue Bedside —dijo—. Fue un tal Charles Bedecker, doctor en medicina. Por supuesto perdió la licencia al ingresar aquí.

—Si —admitió Engañado—. Le degradaron.

—Yo lo conocí —dijo Hastings—. Casi le había olvidado. Nunca le llamábamos por su nombre auténtico, claro. Estuvo aquí como un mes; luego se fue sólo con su maletín de médico. Dijo que lograría que saliéramos todos, si teníamos el valor de seguirle. Pero era un tipo tan pequeño y tan viejo. Creíamos que no llegaría lejos.

—¿Cómo le dejasteis irse? —preguntó la mujer—. Siendo médico...

—Aquí no hay enfermedades —indicó Hastings—. Estamos esterilizados... supongo que por el calor. Y la muerte suele ser demasiado súbita. Y no era hombre al que pudiesen gastársele bromas. Era pequeño, pero...

—No me extraña —dijo Atón—. ¿Sabéis por qué le enviaron aquí?

Hastings le interrumpió.

—Te acuerdas de muchas cosas, de pronto. Nunca investigamos eso. No es asunto nuestro.

—Pero hay un camino —dijo Engañado, saboreando la perspectiva.

—Un camino hacia la locura —dijo Hastings—. Eso es tan malo como la muerte.

—Pero un camino...

La palabra mágica se había pronunciado. Atón sabía que iba a propagarse como el viento ardiente por las cavernas. La prueba... la prueba de un camino de fuga. Ahora no podrían estar ya plenamente satisfechos, mientras no lo encontraran.

Diez comidas más tarde Jefe convocó una reunión. Dado que las comidas se distribuían más o menos cada doce horas, de acuerdo con el plan de entregas del ascensor, esto significaba cinco días, en tiempo exterior. A Atón la distinción le parecía innecesaria. Los intervalos cortos se medían en comidas. Setecientas comidas eran aproximadamente un año.

—Debe de ser algo importante —dijo Engañado cuando se reunían—. Muy importante. No hemos tenido nunca una convocatoria como ésta.

Atón le ignoró, observando por primera vez a todo los habitantes de la región inferior de Chthon. Parecía haber centenares de personas, y muchas más mujeres que hombres. La mayoría eran de otras minas de granate gente que nunca había visto hasta entonces. Altos, bajos, velludos, llenos de cicatrices, apuestos, viejos... cada uno de ellos un individuo, y todos condenados tanto por la sociedad como por sus compañeros de prisión. Aquella era la absoluta concentración del mal.

Cada persona era única. Atón se había acostumbrado un círculo más pequeño, como si no hubiese más que ve en la sociedad cavernaria, pero la gente que conocía había sido seleccionada por las circunstancias, no por decisión meditada, y eran representativos. Jefe, Granate, Engañado, Hastings y la chica de pelo oscuro eran ásperos y violentos sin duda. ¿Pero eran malvados?

Si había maldad allí, pensaba, él no la había visto. La maldad estaba en la muñoneta. La maldad estaba en él.

Jefe se colocó en el centro de la espaciosa caverna, hacha de doble hoja al hombro. Se situó encima de un pequeño talud. Sobre él la intersección de una media docena de antiguos y gigantescos tubos trazaban la historia de la formación de aquel violento nexo.

¿Cuántas veces había sido utilizada aquella roca para una reunión así? Tantas cuantas la sensibilidad humana se había visto forzada a formar aquel grupo. El viento soplaba desde varios túneles levantando de cuando en cuando pequeños infiernos de polvo que penetraban aullantes las bocas de otros túneles. Aquella caverna reflejaba la esencia del poder subterráneo. Era un lugar de reunión adecuado.

Jefe lanzó un grito, pidiendo la atención debida a su cargo. Su voz reverberó por los pasillos mezclándose con el sonido del viento. Atón estudió una vez más a aquel hombre, cínicamente. Las charlas se apagaron.

—Arriba parecen dispuestos a ponernos las cosas difíciles —dijo jefe sin preámbulos—. Quieren más granate.

Hubo una carcajada general.

—¡Les daremos a esos cabrones todo lo que quieran! —gritó alguien despectivamente.

—¡Lo único que tienen que hacer es bajar aquí y cogerlo! —concluyó una mujer.

Pero Jefe no reía.

—Hablan en serio. Han empezado a reducir las raciones.

El murmullo se hizo entonces colérico.

—No pueden hacer eso.

—Pueden —dijo Jefe—. Están haciéndolo. Debemos entregar cada uno tres piedras por dos comidas para mantener el ritmo.

—¡No hay tantas piedras! —Atón miro a su alrededor y vio de pronto que se pintaba el miedo en todas las caras. Habría hambre.

—¿Por qué? —preguntó Hastings; algunos sonrieron con amargura— él sería el primero en sufrir las consecuencias de un mercado difícil. —¿Qué les ha pasado?

—Se han vuelto locos —dijo Jefe—; tienen la estúpida idea de que hemos descubierto un granate azul...

—Contador sabe que no hay tal cosa. ¿Qué es lo que le pasa?

—Contador jura que tiene pruebas de ello.

Engañado miró a Atón y se inclinó hacia él.

—No se lo dijiste a nadie, ¿verdad?

Atón negó con la cabeza.

—No he dicho una palabra a nadie. —El mal está en mí, pensaba.

—Yo tampoco. Volví después de que se fuese la salamandra y encontré uno de los fragmentos. La salamandra debió comerse el otro. Pero pensé en lo que dijisteis tú y Hastings, y no conté nada.

Jefe seguía hablando.

—Contador dice que reducirá la ración hasta que aparezca ese granate. A partir de

ahora tres comidas serán dos piedras por...

—¡Gran Chthon! Me matarán sin duda si saben que tuve un granate azul —murmuró Engañado, tenso y medroso—. Alguien debe haber encontrado la otra parte.

La quimera es el enemigo al que no ves, pensó Atón.

—... ¡No debemos aceptarlo! —Gritaba Jefe—. Me gusta esto tanto como a vosotros. Se creen que nos tienen cogidos... —Hizo una pausa; bajó la voz—. Pero tengo un plan.

Se hizo el silencio en la caverna.

—Estamos cansados de intentar hablar con esos tipos —continuó—. Llevan demasiado tiempo mandándonos. Los que hacemos el trabajo somos nosotros. Ahora van a saber lo que es bueno.

—¡Les daremos su merecido!

Esperó a que la emoción se aplacase. ¡Revolución! Nunca hasta entonces se había pensado seriamente en algo así.

—Lo primero que hay que hacer es sobornar al guardián del agujero. Tendremos que reunir primero toda la información de que dispongamos; hemos de saber qué puede interesarle. Quizás haya alguna mujer, arriba o abajo —sus ojos se posaron brevemente en los bucles negros que caían provocadores sobre los pechos de la mujer que Atón conocía— o quizás podamos ablandarle de otro modo. Debemos formar un comité que se encargue de eso. Lo siguiente es el plan de ataque. Tenemos que conseguir subir allá arriba cinco o seis hombres hábiles para contenerlos en caso de que se enteren antes de tiempo de lo que preparamos. Una vez estén arriba seguros, podremos subir el resto en el cesto lo más deprisa posible. Nadie se quedará abajo. Cuando lleguemos allí, hemos de apoderarnos antes que nada del condensador. Se rendirán enseguida sin agua. El objetivo siguiente es el ascensor; pueden intentar inutilizarlo y hacernos morir de hambre. No hemos de preocuparnos por los tipos extraños de las celdas privadas; les dejaremos seguir en ellas y no percibirán la diferencia. En cuanto consigamos el control, los echaremos a todos abajo para que se encarguen ellos de extraer los granates... a ver si son capaces de encontrar los azules...

Jefe continuó, explicando su plan en una atmósfera de creciente entusiasmo. Exhibió las cualidades que le habían convertido en un dirigente: no mera fuerza física, sino capacidad de organización, realismo, entusiasmo y decisión implacable.

—Pero recordad que esta rebelión es peligrosa. Si lo intentamos y fracasamos, acabarán con nosotros por hambre. Con todos nosotros. Significará el Camino Difícil...

—Después de la rebelión —dijo Engañado, que casi bailaba de emoción—, cuando tengamos el poder, ¿sabéis lo que haré yo?

Los demás prestaron atención, disfrutando de la revelación de grandiosos planes. Había una docena, más o menos, reunidos en la mina, incapaces de concentrarse en el trabajo. Había llegado el día de la rebelión; lo decisivo era la tarea del Comité de

Soborno.

—Cogeré al viejo Ajedrez por su blanca barba de chivo y le retorceré la cabeza hasta que me enseñe cómo se juega a ese juego.

—Quizás tuvieses más suerte con la pequeña Prenty —bromeó alguien—. Apuesto a que ella te enseñaba un buen juego.

—No —dijo Engañado con firmeza—. Tiene que ser el propio Ajedrez. No puede ser otro. Colocaremos las fichas y jugaremos delante de todo Chthon, y cuando le gane la partida todo Chthon sabrá que yo soy un cerebro y nunca hice nada malo.

Tuvieron la gentileza de no reírse. Todos tenían su deseo secreto, y muchos de estos deseos parecerían estúpidos si los revelasen.

Le tocó el turno a Hastings.

—No creo que pueda pasar otra vez por ese agujero —masculló, y los otros sonrieron; el agujero tenía un metro de diámetro—. Pero si la soga no se rompe cuando me suban y el suelo de arriba no se hunde, entonces...

—¡Ya sé! —intervino alguien—. ¡Se hará nombrar obrero del condensador!

—Para reducir peso.

—Mamá Pellejo le encantará.

—¿Le encantará qué?

Hastings esperó pacientemente a que las bromas cesaran.

—Luego me iré a la cueva de Laza. Ya sabéis que soy muy rápido con las manos —lo sabían—, y cuando se acerque a mí con ese cuchillo de piedra, simplemente se lo arrancaré de la mano y luego...

Los otros se inclinaron hacia él.

—Luego...

—¡Suéltalo ya, Hastings!

—¡Luego le daré lo que lleva tanto tiempo buscando, para que no vuelva a olvidársele!

—¿El qué, Hastings?

—¡Pagaré por ver eso, Hastings!

—No te preocupes, ya tendrás que hacerlo —dijo otro—. Un granate por polvo. —Más risas.

Engañado se volvió a Atón.

—¿Y qué me dices tú, Cinco? ¿Qué vas a hacer?

Atón miró a su alrededor. Había esperado algo sorprendente de Hastings, y no algo tan vulgar. Les había dejado desconcertados.

Granate estaba allí de pie, tranquilamente. También tenía ella al parecer sus dudas sobre las posibilidades de éxito de la rebelión. Atón sintió necesidad de herirla.

—Contador tiene una chica, Silly Selens —dijo—. ¿La conocéis? Me hizo una proposición una vez, pero yo estaba ocupado en otras cosas. Ahora supongo que será distinto —Todos seguían con interés sus palabras—.

»Es muy bonita, sí. Vosotros nunca habréis visto belleza igual. Una criatura

perfecta. Su pelo cobra vida cuando hace el amor, sus ojos se vuelven negros y verdes como los océanos profundos. Como el hvee, florece solo cuando...

Se dio cuenta de que había desconcierto en las miradas de todos. ¿Qué pasaba? ¿Tan sorprendente era aquella fantasía de una simple chica de caverna? Continuó sin preocuparse de lo que pudieran pensar los otros. La rebelión no triunfaría de todos modos.

—Al fin la encontré. Había estado disfrazándose de humana, en cuanto la descubrí tuvo que ocultarse del hombre. La llevé a una cabina de asteroide...

—¿No era humana? —preguntó Engañado, lleno de desconcierto—. ¿Silly?

—Supongo que su especie evolucionó a partir de la especie humana. Modificación genética... Pero no hay duda de que ella parece humana, maravillosamente humana. Las leyendas les atribuyen extraños poderes, y algunos... son auténticos. Ella no puede ser inmortal, pero creo que es semitelépatha.

—¿Puede leer el pensamiento?

—No sé. Eso explicaría muchas cosas. Pero hace también más paradójicas sus acciones. Ella me obligó a hacer cosas terribles. Yo la amaba cuando la buscaba, pero la odiaba cuando la encontraba. Ella estaba destruyéndome. No me atreví a darle la planta de hvee...

—¿No es esa la pequeña flor verde que se pone en la cabeza? Nunca la he visto.

—Por último la abandoné y volví a casa. Le dije a Aurelius que me casaría con la hija de Cuatro si podía curarme de... de Malicia. Tan feliz se puso que casi se murió. Estaba ya casi muerto de la fiebre, y se mantendría a duras penas hasta que yo regresase. Me embarcó para un famoso planeta balneario.

Atón alzó los ojos y se dio cuenta de que Granate le escuchaba atentamente. Se había olvidado por completo de ella. Por un instante había vacilado. ¿Acaso tengo derecho a torturar a esta mujer? ¿No le debo una advertencia al menos? Malicia, Malicia, me has convertido en un monstruo. Me haces cumplir con tu nombre, y no hay escape posible.

Pero Granate no parecía alterada sino más bien pensativa, y ninguno de los otros decía nada. ¿Qué había pasado?

Por encima del rumor del viento se elevaron gritos. Llegaban hombres corriendo.

—¡Es el momento! ¡Es el momento! ¡Han sobornado al guardián! ¡Hemos de agruparnos para la lucha! ¡Es el momento! ¡Ha empezado la rebelión!

Los pasillos que daban a la caverna de comunicación estaban llenos, y había en la atmósfera emoción reprimida. Todos los ojos estaban fijos en el pequeño agujero del techo, situado a unos diez metros de altura. Era la única conexión conocida entre los dos mundos. En los otros lugares la piedra era firme y sólida, y era imposible. Taladrarla sin herramientas pesadas.

Las cavernas superiores estaban selladas, pero el sello tenía un punto débil: el guardián del turno de anoche. Atón no sabía lo que habían tenido que prometerle, pero la palabra dada por Jefe era ley, y el hombre podía estar seguro de que se

cumpliría. No tenía más que dejar caer la soga y hacerse a un lado.

Lenta, muy lentamente, la pesada losa se apartó. El agujero oscuro se iluminó tentador, la puerta del triunfo. No apareció ninguna cara. No llegó ningún sonido desde arriba, sólo el roce pesado de la piedra.

Hubo una pausa y luego apareció la soga, bamboleándose libre de su peso y ondulando al caer. Su extremo se posó en el suelo y quedó colgando como una seductora invitación.

Jefe lanzó un gruñido. El pelotón de invasión elegido avanzó hacia el centro; Atón era el segundo de la fila. Lo más importante era tener habilidad para subir por la cuerda rápida y silenciosamente, reservando fuerzas para una lucha inmediata, si era necesario.

El primer hombre, de piernas cortas y torcidas pero de poderosos brazos, se adelantó y agarró la soga. Tiró de ella con fuerza; cedió ligeramente, pero se sostuvo; estaba fijada por el otro extremo. Como un tirón en la trenza de una adolescente, pensó Atón.

El otro agarró la soga y hábilmente se izó en el aire. Atón vio que Jefe observaba la operación detenidamente, cabeceando. ¿Estás preocupado, cultivador de krell?, pensó.

¿También tú recuerdas la inteligencia de Contador?

El hombre llegó rápidamente arriba, izándose con ambas manos y enrollando una pierna en la cuerda en las pausas. Se agarró a los bordes del agujero con sus manos y flexionó los músculos, sacando la cabeza y los hombros por él. Atón cogió la soga, sin hacer ademán de seguirle.

Arriba se oyó un grito apagado. Las piernas que colgaban del agujero se agitaron. El hombre se debatió y perdió sus puntos de apoyo cuando parecía ya que iba a salir. Cayó de nuevo pesadamente al suelo de la caverna inferior.

Jefe se acercó a él y le levantó, pero ya era inútil. Le habían rebanado limpiamente el cuello.

Se agitó la cuerda. Cayó un segundo cuerpo.

Era el guardián sobornado. Tenía la soga atada al cuello. Él había servido de ancla: el peso del primer invasor al subir por la cuerda había ahogado al traidor.

La rebelión no había sorprendido a Contador.

Debisteis suponer, pensó Atón, que Contador contaría con esto. No es ni sádico ni tonto, y tiene razón suficiente para presionar como está presionando, y ha prevenido todas las consecuencias. Sabéis al menos que ha de haber un traidor, y habéis de admitir que uno de los vuestros ha sido sobornado. Supondréis ahora que no hay duda de que Contador piensa con la misma claridad de siempre, que realmente hay pruebas de que existe un granate azul. Lo buscaréis implacablemente, todos y cada uno de vosotros... y encontraréis el fragmento azul en el fondo del pellejo de agua de Engañado.

Engañado explicará toda la historia del descubrimiento y la pérdida del granate.

Acudiré a mi para que certifique lo que cuenta, pero yo admitiré sólo que tuve una aventura con Granate durante el período en cuestión. Ella confirmará lo que yo diga, diciéndose que de otro modo resultaría sospechosa, y por dar celos a la chica de pelo negro. A Engañado todo el mundo le considera un gran mentiroso, pero os llevará al lugar donde dice que lo encontró, y allí no habrá nada, y él no sabrá que la cueva está muy cerca de allí.

«Yo no fui —gritará al fin—. ¡Me engañaron! ¡Me engañaron!», pero todos se lo han oído gritar muchas veces.

Los de la caverna superior no cejarán en sus propósitos. Deben descubrir por sí mismos de dónde vino ese primer fragmento, y enterarse de si hay realmente una mina de ellos. Porque si os negáis a tratar honradamente con Contador, acabará con vosotros por hambre y hará así que las cavernas inferiores resulten seguras para la exploración desde arriba. Y nosotros emprendemos el Camino Difícil.

¡Oh, si, lo emprendemos!

_____ Siete _____

Idilia: soleado planeta balneario. Palmeras y abetos lado a lado: el discreto toque de la modificación genética había acariciado a la naturaleza, haciéndola sonreír así. Azules aguas espejeaban junto a montañas grises; suaves y blancas nubes proyectaban su sombra sobre rústicos pueblos.

Atón realizó mecánicamente todas las operaciones de inscripción y registro, fijo el pensamiento en la mujer que había venido a olvidar. Ignoró el programa de adoctrinamiento. Las vanidades de un paraíso artificial no le atraían. Y se refugió en una hermosa villa, una cabaña rodeada de floridos jardines y laberínticos setos, sin ninguna idea clara de lo que iba a hacer.

Encantador planeta, pensaba con amargura. Pero nunca tan encantador como Malicia. Malicia... tu nombre debería haberme puesto sobre aviso. Pero me cegué para todo lo que no fuese tu belleza; desoí las palabras de mi padre. Me obsesioné con un anhelo infantil. Y cuando te encontré...

Contempló los jardines. Atón, que nunca había sabido apreciar los méritos del cultivo, dejando aparte la técnica especial del cultivo del hvee, consideró que no empezaba demasiado bien. Daba igual; ningún buen principio influiría gran cosa en su pasión destructora por la muñoneta.

La muñoneta. Cuando te encontré por fin, no era extraño que aquellos amistosos alienígenas se sintiesen confusos. Ellos veían que tú eras la muñoneta, aquel extraño vástago del hombre, no una imitación, mientras yo intentaba inculcarles mi ignorancia. Y ellos me mostraron lo que pudieron y yo te llevé de allí, a un esphotel oculto donde adiviné la monstruosa maldad de tu naturaleza.

A merced de sus propios medios en aquel retiro, descubrió que la vida continuaba. Perezosamente exploró los huertos, resolviendo el simple laberinto de la vegetación, y volviendo finalmente a la luminosa casa de campo. El sol poniente era un alzado perfil sobre las flotantes nubecillas, demasiado redondo para ser natural. Había en el aire olor a guisado.

Luego, roto, te escuché, Aurelius. Pero nada me dijiste, sólo me enviaste aquí a Idilia, a descansar, a olvidar. A olvidar a Malicia.

Entrando al fin en la cabaña, Atón encontró muestras botánicas de tipo antiguo a lo largo del vestíbulo, un suelo de pseudopino y antiguos pomos de giro en puertas de bisagras. ¡Wordsworth debía de tener una casa así!, pensó. En la chimenea de la habitación principal crepitaba un alegre fuego; las sombras de los morillos ornamentales temblaban sobre el rugoso cuadrado de piedra del suelo. Se oían

ruidos en lo que supuso la cocina. Había otra persona en la casa.

Cruzó el arco. ¿Arco? Entonces no se pretendía que aquello fuese una imitación histórica. Y la vio a ella: pequeña, rubia, eficiente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—¿Qué te preocupa, Atón? —Ella se volvió, chispeante—. Yo pertenezco a esta casa.

—Pero me dijeron que ésta era mi casa —dijo Atón, quejumbrosamente.

—Sí. —Se acercó a él y alzó la muñeca izquierda, mostrando la cinta plateada que había en ella—. Es costumbre de Idilia proporcionar esclavos para el servicio de sus clientes. Te pertenezco durante tu estancia y, en nombre del planeta, te doy la bienvenida. —Hizo una pequeña inclinación.

—Algo me dijeron. —Atón no estaba convencido del todo—. Pero creí que sería un mayordomo. Un... un hombre.

—Se reservan para los clientes femeninos.

—Oh. —Demasiado escandaloso, Idilia.

Ella le cogió del brazo y le condujo de nuevo a la chimenea con esa forma suave de mandar que es prerrogativa del esclavo, y le hizo sentarse para la comida de la tarde. Atón aceptó la situación con equívoco placer. Nunca se había cuidado de él una mujer de aquel modo, y su actitud fue en principio ambigua más que positiva. Luego pensó que, después de todo, era un sistema aceptable y digno.

—¿Cómo debe llamar uno a una esclava? —preguntó.

—Por su nombre —dijo ella, con descaro—. Coquina.

Atón revisó los voluminosos archivos intelectuales que su tutor le había implantado en la niñez.

—¿El elemento formativo del coral? ¿Es ese tu lema... la dureza y la agudeza de...?

—En la Tierra —dijo ella— había en otros tiempos pequeñas almejas de conchas tan coloreadas que se convirtieron en piezas de coleccionistas. Se las llamaba...

—Ya entiendo. ¿Y qué recomendaría la hermosa concha a un corazón atribulado para esta noche? —dijo él. Y pensó, ella intenta ser amable... ¿Por qué rechazarla, Atón?

—Esta noche hay un baile popular —dijo ella, eludiendo al parecer la implicación de la pregunta de él—. Si te complace...

—Nada me complace, Coquina. —Pero sonrió.

El baile era vistoso. Se celebraba en un pajar de color rnarón rojizo, con olor a heno en los rincones, y nidos de golondrinas en las vigas, festoneadas con banderolas de papel de seda; de la prensa central fluía suave sidra. La gente entraba y salía conducida por sus identificables esclavos, sonriendo desesperadamente. Atón sentía, con demasiada frecuencia, brillar a través de las alegres máscaras una aguda tortura interna.

Pero bebió sidra y le pareció fuerte. No era suave, pese a su evidente frescura; era

picante, envolvente... quizás la fermentación natural había sido suplementada artificialmente. O habían modificado la especie de las manzanas. Conjuró una imagen de pequeños árboles produciendo frutos megalocárpicos, cada inmensa manzana con el rótulo «Prueba 80». Su mente se volvió insólitamente clara y vio que había risa incluso en la tristeza.

—¡Todo listo! —Dos teatrales personajes patilludos iniciaron la música, uno tocando el violín y el otro un gran acordeón. La habitación se llenó de alegría. Comenzaron a formarse parejas que avanzaron hacia el centro del local y se alinearon en cuadros. Las mujeres, agitando sus acampanadas faldas, tomaban del brazo a solemnes caballeros.

Atón habló en un aparte con Coquina.

—¿Cómo puede uno buscar pareja para esto? —La música ascendía mientras dedos afanosos saltaban sobre las claves blancas y negras del acordeón, cuyos fuelles se movían cada vez más deprisa.

—Basta cruzar la habitación y acercarse a una de las damas que están sentadas, inclinarse cortésmente y solicitar el placer de su compañía para el baile.

—¿Y a cuál elegiré? —preguntó, señalando con un gesto al grupo. Blancas enaguas flotaban sobre piernas cruzadas, en sugestivas sombras.

Coquina enarcó una ceja.

—Aunque no estoy acostumbrada a juzgar los gustos de la clientela masculina... creo que la tercera dama de la derecha es atractiva para determinados tipos, y como bailarina es excelente...

Atón estudió a la mujer que charlaba alegremente con una vecina y se inclinaba riéndose de algún chiste privado. El escote mostraba una hermosa hendidura, tenía unos pies pequeños y el pelo largo y liso.

—¡No! —dijo Atón, con más seguridad de la que sentía—. Es pelirroja...

Coquina indicó amablemente una alternativa. Esta vez el pelo era castaño y no demasiado largo. Estaba de pie a un lado con un vaso de sidra en la mano, agitándose suavemente al compás de la música. Al final del estribillo se inmovilizaba clavando los tacones firmemente en el suelo, destacando pechos y nalgas en una súbita llamada sexual.

—No... tiene los ojos verdes. —Era un lúgubre recordatorio; el dolor le golpeó pesadamente, con la emoción amplificadas por el licor.

Coquina le miró, no del todo segura de que hablase en serio. Tenía los ojos azules.

—Vamos —dijo él, incapaz de explicar lo que sentía—. Prefiero a mi esclava.

Y bailaron. La muchacha era ágil de pies y fácil de llevar, y durante un rato Atón sintió que el peso que agobiaba su mente disminuía, retrocedía medio paso. Bailaban, giraban, las faldas alzándose tentadoramente; pero el pesar bailaba con ellos. Las líneas vivientes se disgregaban y volvían a agruparse; los hombres avanzaban para encontrar a sus parejas en el centro, se inclinaban, retrocedían, avanzaban de nuevo, y

giraban y daban pasos a derecha e izquierda. Mano derecha con mano derecha, izquierda con izquierda, uniéndose a cada muchacha al compás de la música, y giraban luego las caderas y pasaban a su pareja por atrás, sonriendo. ¡Oh, visión animadora! ¡En qué milagro convierte tal movimiento la imagen rutinaria! Que caprichosa delicia, agudizada por la ironía... pues son sólo movimientos y sonrisas, si el amor está ausente, sugestivos pero vacíos. Malicia, oh Malicia, Malicia, ¿por qué me traicionaste?

Era media noche en la cabaña cuando Atón, cansado, se disponía a retirarse. La visión había crecido y palpitaba ahora dentro de su cabeza, destrozando su mente, dominando su fatiga. Era el rostro y la forma de Malicia, sonriendo, devastando, a la vez más encantadora y más terrible que ningún fantasma espectral. El fuego ondulaba a través de su pelo, y él la quería.

—¡Coquina! —llamó, y ella vino. Vestía un camisón, y estaba seria—. No puedo dormir esta noche. ¿Hablarás conmigo?

—Comprendo —dijo ella.

—Me pregunto... —contempló su inocencia. Pero la terrible visión iba desvaneciéndose mientras hablaba—. ¿Has estado enamorada alguna vez, Coquina?

—No.

—La gente cree que el amor es algo romántico, algo delicioso, maravilloso. Se dice que eleva al hombre, que le hace fuerte, que le hace bueno. ¿Conoces este texto de LVT? —Ella asintió levemente—. Pero, oh, están equivocados. El amor es el arma más terrible que conoce la Humanidad. Puede estrujar a un hombre, apretarlo hasta que se derrame su sangre sobre la pétreo realidad, hasta que se marchite y se convierta en cáscara seca. Si alguna vez buscas el mal, empieza con el amor... No debería hablar así a una mujer.

—Yo soy una esclava —dijo ella.

La contempló una vez más, pensativo.

—Dices que eres una esclava. Pero ¿hasta qué punto lo eres? ¿No hay también en ti algo de mujer? Cuando bailábamos, hermosa concha... Si yo te dijese que te desnudaras aquí ante mí...

—Idilia debe proteger su propiedad —dijo ella—. No me desnudaré.

Atón sonrió.

—Era sólo un ejemplo, una demostración. No eres tan esclava. Pero dime, Coquina, ¿estás en venta? ¿Puedo comprarte y llevarte conmigo cuando me vaya de aquí adonde quiera?

—Los esclavos no están a la venta. Se prestan a los patronos, para servirles dentro de ciertos límites.

—Ciertos límites. Veo que la concha está cerrada —dijo Atón—. Lamentable... pero solo justo. Preferiría que las mujeres fuesen más esclavas, y las esclavas más mujeres...

Atón fue a fiestas, bailó, vio asombrosas representaciones teatrales y galanteó a mujeres insulsas. Durante el día iba a nadar, participaba en antiguos deportes de grupo, e iba de excursión cuando el día era bueno; de noche Coquina se cuidaba de él y le frotaba la espalda con aceite. Hablaba con ella entonces, calmando su mente y descubriendo, sorprendido, que conseguía borrar el recuerdo de Malicia hablando de... Malicia. Explicó a Coquina cuanto pudo recordar, más de lo que hubiese dicho nunca a un ser humano, porque había llegado a mirarla no como a un ser humano sino como a una esclava.

Pero no bastaba. Malicia volvía a asaltar su mente al menor descuido, alzando un deseo inextinguible, un dolor sin límites. Podía ocultarse de ella durante una hora, pero no escapar.

—Esto no me lleva en realidad a ningún sitio —dijo al fin—. Tengo que encontrar algo que absorba toda mi atención no sólo durante un breve período.

Y Coquina, como siempre, tuvo una sugerencia.

—¿Has probado a escalar montañas? —preguntó—. Es un ejercicio fuerte que ocupa varios días y exige gran cantidad de energía. No es peligroso aquí, y tiene ventajas especiales.

—Quieres indicarme, hermosa concha, que la respuesta a la duda es el trabajo... —dijo Atón—. Es el más escogido sentimiento victoriano de LVT. Pero si tú me lo recomiendas, lo intentaré. Hasta ahora te has cuidado de mí admirablemente.

—Buscaré un guía —dijo ella.

—Tú serás el guía —replicó él—. ¿Crees que quiero que te seduzca algún otro cliente en mi ausencia?

Ella sonrió y a la tarde siguiente ambos caminaban por la base de una montaña local salpicada de arbolado. Se alzaban a su alrededor grandes helechos, que alcanzaban ya la altura de un Hombre, olorosas flores rosadas de las llamadas «zapatilla de dama», que podrían haber calzado damas de pies evanescentes. Gigantescos «pedo de lobo» que desprendían humosa niebla al más ligero roce. Más allá se mezclaban las asclepias con secoyas enanas. Grandes y pequeñas, con brotes ocultos, naturales o modificadas las plantas de Idilia se exhibían y presentaban como pidiendo aprobación.

Atón se paró a contemplar una lagartija, roja y delgada, que estaba sobre una gran piedra. Le miraba con aparente inteligencia. Nos encontraremos de nuevo, tu género y el mío, parecía decir, y Atón rió y extendió una mano hacia ella, haciéndola escapar buscando seguridad.

Coquina, aunque frágil en apariencia, llevaba una mochila llena y un saco de dormir y mantenía perfectamente el paso de Atón. A Atón le sorprendía aquel vigor.

Acamparon temprano, antes de que la ladera quedase en sombras, y ella preparó

de comer. Atón contempló el agua sombría del riachuelo en que se lavaban, y vio un inmenso salmón rojo. Fue a sacudirse una ramita del brazo y se detuvo justo a tiempo: era un insecto, un palito que andaba de unos seis centímetros, tan quieto que parecía muerto. Sintió la tentación de echarlo al agua para ver si el salmón lo cogía; pero vio que Coquina le miraba y se sintió avergonzado. ¿Por qué aquel ansia de herir, de torturar a un insecto inocente? Lo colocó sobre una hoja y lo contempló mientras ascendía por ella cuidadosamente.

No infectaban el aire nocturno criaturas que picasen. Durmieron uno junto a otro en sacos gemelos sobre un lecho aromático de helechos. Atón medio se despertó brevemente, al oír cantar un búho, y vio a su esclava adormecida, con una fina hebra de pelo sobre la cara. Aun así la belleza de sus rasgos era clásica. Se dio cuenta de qué podía apreciarla sin ningún segundo pensamiento, y esto era nuevo para él.

La claridad, luminosa y brillante, descendía sobre el bosque mientras ellos avanzaban entre abetos, palmas y otros árboles de madera dura. Era un bosque que invitaba a disfrutarlo sosegadamente, pero Atón lo cruzaba apresurado e implacable, intentando borrar sus problemas por el puro esfuerzo físico. Coquina mantenía el paso sin quejarse, a pesar de que la senda se hizo más empinada.

Grandes raíces musgosas se entrelazaban en el suelo del tortuoso camino. Atón redobló sus esfuerzos, ladera arriba, hasta que los músculos de sus piernas comenzaron a agarrotarse y su cabeza a vacilar. La esclava le seguía sin decir nada y sin quedar atrás.

Atón se sentía realmente intrigado. Su juventud en Hvee, con una gravedad posiblemente un quince por ciento superior a la normal de la Tierra, había garantizado su fuerza. La genética de laboratorio había fortalecido su cuerpo generaciones antes de que naciera. Con gravedad ordinaria podía realizar proezas que asombrarían a los no iniciados, y los años en el espacio no habían hecho más que disminuir muy levemente su vigor. Ningún hombre normal podía igualar la resistencia de los modificados, y entre las mujeres sólo la extraña miñoneta había mostrado un poder comparable. Desde luego un mundo suave y placentero como aquél no era lugar adecuado para encontrar una mujer realmente vigorosa.

La segunda noche, muy cerca ya de la cima, donde el viento soplaba en frías ráfagas, fingió un cansancio mucho mayor del que sentía. Se tendió y fingió dormir. Observó a Coquina.

Ella se puso a preparar la comida sin el menor signo de fatiga, aunque el estímulo no existía ya. Observó a Atón y se convenció aparentemente de que éste estaba entregado a un sueño profundo; se acercó y le colocó en una posición más cómoda y puso un puñado de musgo bajo su cabeza. No intentó despertarle.

¿Por qué era tan fuerte aquella muchacha? Debería haber caído agotada hacía mucho. Pero no sólo era capaz de mantener el ritmo de Atón sino que hacía además todas las tareas de rutina. ¿Procedía también ella de una estirpe modificada? ¿Poseía realmente una esclava de Idilia las antiguas virtudes de la especie? ¿Poseía las

cualidades de la mujer y del animal de carga combinadas, sin los inconvenientes?

No, no podía considerársela del todo una mujer, aunque hubiese sido una magnífica mujer. Atón abandonó el juego, se incorporó, se estiró, y disipó un imaginario sopor. No tenía objeto perderse la cena. Al día siguiente descubriría hasta qué punto ella era fuerte.

La senda se hizo escarpada y muy irregular. Atón no prestó atención alguna al panorama que iba ampliándose bajo ellos o a la huidiza fauna (un castor, cabras salvajes, una tortuga) que observaba a su paso. Eligió la subida más difícil y enfiló por ella a la máxima velocidad. Coquina se había convertido en un desafío. Estaba decidido a descubrir hasta dónde era capaz de aguantar aquella mujer. No se detuvo a preguntarse por qué competía, ni se asombró de su disputa con una mujer que estaba obligada a someterse a su voluntad.

A medida que el día pasaba, Atón cubierto de sudor, comenzó a pensar que el cansancio iba a acabar con él antes que con ella. La muchacha no hacía ningún comentario, ninguna observación. Tenía experiencia en el arte de escalar; sus movimientos eran medidos, parecía dosificar a la perfección su energía, y consumir mucha menos que él. Debe de haber escoltado a muchos hombres por aquella misma ladera, pensó Atón. Esto le irritó.

Al fin llegaron a un borde saliente, donde la roca ascendía de forma irregular durante unos quince metros antes de retroceder de nuevo y cubrirse de matorrales y maleza. No era una zona ancha y habría sido fácil rodearla, pero Atón no tenía intención de hacerlo. Aquello era ideal. Sus anos en la Flota le había familiarizado con los rigores del manajo de la cuerda; subir por allí tendiendo una cuerda aunque bastante difícil, estaba a su alcance. Pero para una mujer que necesariamente carecía de la vigorosa musculatura y la práctica necesarias, sería una prueba suprema.

Enlazó una roca baja que estaba a unos seis metros por encima de la base. Sería lo bastante grande para situarse en ella, y serviría como primera etapa para la parte principal de la ascensión. Comenzó a izarse rápidamente, apoyando los pies en la cara casi vertical de la roca. Le resultaba agradable aquel ejercicio familiar.

Llegó arriba, comprobó la soga y esperó a que Coquina subiese. Y ella subió, apoyando los pies en la cara rocosa como había hecho él. Evidentemente el bulto que llevaba a la espalda debía desequilibrarla y hacer más difícil la ascensión, pero nada decía.

Atón enganchó la cuerda en la proyección más elevada y la fijó con fuerza. Esta sería una ascensión más prolongada: ocho metros por lo menos, con la roca sobresaliendo de modo que la soga quedaba colgando separada de la pared rocosa. Esta vez sería imposible apoyar los pies en ella.

Atón comenzó a ascender. Esta vez no era tan simple. Comprendió demasiado tarde que era muy diferente sujetarse a una cuerda en una nave espacial en estado de semigravedad, que enfrentar una gravedad plena con un bulto encima. La fuerza que había gastado tan generosamente en la ascensión anterior le resultaba necesaria ahora;

la había derrochado. Debería haber subido los paquetes atados independientemente, y haber establecido una línea de seguridad para impedir una caída accidental. Llevaba su cuerda de repuesto atada al cinturón, inútil.

Pero la chica miraba desde abajo y él era fuerte. Alcanzó la proyección superior y se asentó en ella, muy contento de verse allí. Aquel saliente era seguro, y había espacio para una segunda línea. Desenrolló su cuerda extra e hizo una lazada.

Coquina había comenzado ya su ascensión. Atón, sacando la cabeza y el hombro por el borde del saliente, pudo comprobar que su suposición había sido correcta. Ella no estaba acostumbrada a aquel tipo concreto de ejercicio, y no conocía los pequeños trucos de la cuerda. No era un deporte femenino. Se balanceó contra una masa de maleza y árboles y luego estuvo a punto de chocar con la pared rocosa. Se agotaba rápidamente, pero seguía subiendo.

A unos cuatro metros de altura su ritmo de avance disminuyó y al fin se detuvo. Había llegado al límite. Atón, extrañamente complacido, estuvo a punto de gritarle que bajase de nuevo y eligiese otra ruta.

Entonces se dio cuenta de lo cansada que estaba. Sus pequeñas manos, que sujetaban torpemente la cuerda, comenzaron a resbalar. La visión de un terreno distante y rocoso giró lentamente tras su vacilante figurar; caer allá abajo significaba muerte.

Sin pensarlo, Atón comprobó su lazada y se lanzó hacia ella. Era el reflejo del hombre del espacio: acción inmediata, sin tener en cuenta el peligro personal. Comenzó a descender, sintiendo la presión de la mochila en los hombros. Cuando estaba hacia la mitad de la escarpada pared rocosa la tensa cuerda en que se sujetaba le hizo detenerse bruscamente con una violencia que le arrancó la piel de los dedos y de las palmas y estuvo a punto de hacerlo soltarla. Al día siguiente tendría dolores en los músculos de los brazos y de los hombros que le harían lamentar aquello.

Atón se balanceaba algo más abajo de la chica. Cuando ésta finalmente cedió, él extendió un brazo y la cogió por la cintura, y acercó aquel cuerpo torpemente al suyo. Ella se agarró a él débilmente, inconsciente casi por la fatiga.

Preocupado como estaba, intentado sostener una carga doble aumentada por el peso de los bultos, con una sola mano sujeta a la cuerda, advirtió sin embargo con indiferencia de pesadilla lo flexible y suave que era aquel cuerpo que se apretaba contra el suyo. Salvo aquella primera tarde del baile, nunca la había cogido; advirtió entonces, como una sorpresa, que ella era toda una mujer.

Pero la reflexión volvió a imponerse. Aflojó su mano, permitiendo un deslizamiento controlado a lo largo de la, cuerda, que le quemó la piel. Pero se posó al fin torpemente en el borde inferior y dejó a Coquina en la zona más ancha, donde podía estar tendida en posición segura... Mientras se arrodillaba a su lado, el brazo de ella rodeaba su cuello, abrazándole.

—Eres fuerte, fuerte —murmuraba, con los ojos cerrados—. Más fuerte que yo.
—Y luego su mano cayó y se hundió en la inconsciencia.

Aquellas palabras fueron estimulantes. Percibió que eran sinceras. Independientemente de la situación anterior, ella le veía ahora como un hombre y no como un simple patrón. Esto, quizás, era lo que él pretendía. Con profundo placer se dispuso a hacer todas las cosas que ella había hecho antes por él. La acomodó cuidadosamente, buscó en las mochilas comida, y se la llevó. Luego se vendó la mano y bajó los bultos hasta el pie de la escajadura y descendió luego él mismo para preparar un lugar de acampada.

Sólo después de haber descendido los dos permitió que ella le echase pomada en la mano y le vendase de nuevo. Ahora, recuperada ya, volvía a hacerse cargo de la situación, y a Atón continuaba gustándole... y comprendió con agradable sorpresa que Malicia había desaparecido por completo de su mente durante un tiempo, y que había cosas mucho más inmediatas de las que debía ocuparse.

Las primeras palabras de Coquina aquella noche, mientras un grillo solitario chirriaba en alguna parte, fueron:

—Una esclava no tiene en cuenta problemas personales. Así es. Normalmente los patronos tienen más que suficiente con sus propios problemas.

Atón sintió una punzada interior ante aquella referencia a los patronos. No habían cambiado en realidad las cosas entre ellos.

—¿Has sido esclava toda tu vida?

Otra lánguida sonrisa.

—No, por supuesto. Nadie nace esclavo. Hay sistemas... Yo vine aquí del único modo que se puede venir: voluntariamente.

—¡Voluntariamente!

—Es una buena situación. Hay una larga lista de solicitantes. Los niveles son altos.

—Ya me he dado cuenta —dijo Atón, valorando su figura. Ella extendió las manos, en inconsciente gesto defensivo.

—Yo no soy esa clase de esclava, y no deseo que se me juzgue de ese modo.

—Perdóname —dijo Atón, contrito— por ser hombre. Te valoro en mucho, cualquiera que sea el criterio de valoración que consideres adecuado. Pero debes tener a veces problemas con los hombres, en lugares solitarios como este...

—A veces —admitió ella—. Pero se nos entrena para que sepamos protegernos.

Atón pensó en algunos de los trucos que él conocía.

—¿Incluso contra hombres del espacio?

—Sobre todo contra hombres del espacio.

Él lanzó una carcajada.

—Mi orgullo me impide creer eso, pero me agradas mucho tal como eres. —Ella rió también, y él sintió una grata tibieza. Pero la imagen de Malicia acechaba al fondo, viva aún. Atón borró este pensamiento.

—Eres sorprendentemente fuerte para ser mujer.

—Siento no haber podido seguirte.

—No te disculpes —dijo él, interrumpiéndola—. Soy un estúpido que estuve a punto de hacerte morir.

—Sí, Atón —dijo ella—. Pero en Idilia nadie muere. —Se levantó—. Tengo que hacer.

Atón la cogió por el tobillo y la hizo sentarse de nuevo.

—Hazlo mañana. Ahora vamos a descansar tranquilamente. ¿Por qué no me dijiste que estabas tan cansada? ¿De dónde eres? —Pero de pronto ya no hizo falta que lo hiciera—. De Hvee —exclamó él—. No hay otro lugar de la galaxia en que haya mujeres como tú. Sólo en mi planeta natal. —Con este descubrimiento su interés por ella aumentó. Ya no era un interés vago, si es que lo había sido alguna vez—. ¿De que familia eres?

—No, por favor.

Atón chasqueó los dedos.

—¿Cuatro? —preguntó, y ella hubo de asentir—. Debería suponerlo. El juicio de Aurelius fue siempre impecable. Juró que me había preparado la mejor pareja... Y lo había hecho, desde luego que sí. Te habría amado.

Su expresión no cambió, pero Atón se dio cuenta inmediatamente de que estaba dolida.

—Coquina, disculpa. No quería herirte. Hablaba del pasado —dijo él, con torpeza, pero el daño ya estaba hecho—. Fue la canción, la canción rota. Me arrastraba, y yo no podía evitarlo. Ahora estoy colgado, como un pez en un anzuelo; sólo puedo reconocer lo que podría haber sido.

Sí, por supuesto... se lo he dicho todo, sin saber con quién hablaba. ¡Sin saberlo!

—¿Cómo viniste aquí? —preguntó, intentando ocultar su embarazo.

—No llegué a ver jamás al hombre con el que tenía que casarme, ni a conocer su nombre —dijo ella, con voz casi inaudible—. Pero yo... Le odiaba, le odié cuando trajo la vergüenza a mi familia. Ser rechazada sin ser vista siquiera... Y las familias no aceptarían anular el compromiso. No podía quedarme.

Atón intentó tomar sus manos, pero ella le eludió.

—Yo no sabía. «La hija tercera del Primogénito de Cuatro» era solo una designación, no una persona.

—También los esclavos tienen pasado —dijo ella—. Pero su pasado no importa.

—Pero tu tenías que estar enterada. No puede ser una coincidencia este encuentro.

—No. Estabas asignado a mí. Tu cara y tu nombre no me eran familiares. Hasta que hablaste de tu pasado, y empecé a entender. Las familias no podían presentarnos formalmente...

—Nunca dijiste una palabra. ¡Ni una palabra! —No tenía hambre, pero cogió nervioso una de las latas de comida a medio calentar y comenzó a comer. Ella siguió su ejemplo, aunque eligió un envase refrigerado. Atón se dio cuenta de que el simbolismo era accidental, pero le impulsó a otro esfuerzo.

—Olvidemos lo que ha sucedido entre nosotros —dijo—. Es algo muy difícil de superar. Demasiada vergüenza. Limpiemos la pizarra y empecemos desde ahora. Quiero que me hables de ti. —Ella no contestó—. Por favor.

Ella cabeceaba muda.

Atón la miró con torpe exasperación. Nunca se había mostrado antes tan recalcitrante... pero, claro está, tampoco le había hecho preguntas sobre sí misma hasta entonces. Sin duda las circunstancias impidiesen cualquier comunicación indicativa. A menos que...

—Ya caigo —dijo él—. Tú me dijiste que nadie muere en Idilia. No era pura retórica, ¿verdad? Eso debe significar que se vigila a los clientes permanentemente... y no sólo a través de sus fieles esclavos. ¿Están observándonos ahora?

Ella bajó los ojos.

—Si yo no te hubiese cogido, allí en la escarpadura, hubiese surgido de la piedra algún artilugio que burlándose de mi te hubiese salvado... ¡Contéstame!

—Algo así.

—Y si dijese una palabra serías castigada.

—No son nada terribles los castigos.

—Bueno, si persistes en esta actitud, tendré que escalar de nuevo esa pared rocosa y lanzarme desde arriba para obligar a esa cosa que me agarre en el aire antes de que me estelle. ¿Qué sería entonces de tu precioso trabajo?

—Por favor —murmuró ella.

—Debería haber traído LVT —protestó él quejumbrosamente—. «Si hubiésemos tenido mundo bastante, y tiempo...»

—Puede que sea tímida —dijo Coquina, esta vez con cierta viveza—, pero no soy tu...

Estaba echada entre las hojas, el pelo entre ellas. Atón, tendido a su lado, apoyado en un codo, comenzó a apartar hojas de su pelo.

—Fui demasiado rápido prescindiendo de las convenciones. No aprecié la enorme sabiduría de la elección de los viejos.

—No —dijo ella—. Esa vergüenza ya está olvidada.

—La redimiré. Prometí casarme con la hija de Cuatro...

—¡No! —La concha estaba cerrada.

Después de esto el ritmo de la marcha se hizo más apacible. Bajo ellos se extendían vistas majestuosas mientras iban acercándose a la cima. Atón hubo de admitir que hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien. El alegre semblante y la tranquila firmeza del carácter de Coquina colaboraban con la belleza del paisaje para hacer que la vida fuese una vez más una experiencia digna.

Cuando llegaron a la cima él casi lo lamentó. Habría preferido seguir escalando, sin detenerse, sin pensar, sin enfrentar los complejos problemas de la vida fuera de aquella montaña; respirando simplemente el aire perfumado y oyendo el crujir de las hojas secas bajo sus pies. Malicia, por entonces, era poca más que una sombra

siniestra. Era mucho más fuerte la visión viva de Coquina, arrogante sin afectación, sin pedir nada, sus cortos rizos balanceándose mientras caminaba.

Siguiendo un súbito impulso, Atón la rodeó con un brazo. Ella frunció el ceño pero no se apartó. Juntos subieron el repecho final hasta la cima.

Atón esperaba una vista especial, pero el panorama que se ofreció a sus ojos excedía sus previsiones. La montaña no era única sino doble: una gran abertura separaba las dos mitades, descendiendo unos ochocientos metros hasta convertirse en una estrecha hendidura separadora. Las paredes de ambos lados eran pendientes y escarpadas. Retrocedió un paso, repelido por la propia atracción del abismo.

—Esto —dijo Coquina, situada alarmantemente cerca del borde— fue en tiempos un campo y un riachuelo...

—¿Riachuelo?

—Una corriente de agua.

—No volveré a interrumpirte —dijo él.

—Hace mucho tiempo la montaña se elevó. Pero el riachuelo era más viejo, y no se desvió. Atravesó la masa elevada. Transcurrido un tiempo (un Eón o dos) la montaña se alteró aun más. Ascendió más rápidamente, hasta que el río no pudo seguirla. El agua cedió y acabó bordeando la montaña. Ahora tenemos el lecho del río a kilómetro y medio por encima del río, y la montaña tiene dos picos.

—Si yo hubiese sido ese río —dijo Atón— habría atravesado la montaña.

—No habrías podido. El río lo intentó, y hay un agujero al borde de una laguna, que apunta hacia la base de la montaña. Pero el agua que entra por un lado nunca sale por el otro. Y el caudal principal del río retrocede y se aparta de esa zona.

—No se lo reprocho. Has hecho bien en advertirme; quizás me hayas evitado un penoso problema. —Atón permanecía de pie tras ella, viendo cómo el viento agitaba su pelo y balanceaba su falda.

—La canción ha desaparecido —dijo.

Coquina se volvió lentamente para mirarle.

—Atón.

La concha estaba abierta, pensó. No necesita más que la caricia del verdadero amor. Solemnemente, sacó la flor de hvee de su pelo y la colocó en el de ella. Ella esbozó una extraña sonrisa y sus ojos se iluminaron. Permanecieron allí a la distancia de un brazo, mirándose en silencio, esperando por el hvee.

Luego ella cayó entre sus brazos, sollozando sobre su hombro.

—Atón, Atón, abrázame. Tú eres el primero...

Él la abrazó con fuerza, saboreando una emoción que era real, que no había sido contaminada.

Ella dio un paso atrás y se separó de él, perfilada de nuevo contra el cielo de la mañana. Estaba radiante.

—Es tan nuevo —dijo—. Tan hermoso. Bésame, Atón, para que pueda creer...

Posó sus manos sobre aquellos hombros, y la aproximó hacia sí lentamente.

Cuando se acercaba su cara una nube pareció pasar ante ella. Un temblor, una sombra...

...Y vio ante sí la cara de la muñoneta. Rodeada de un pelo color de llama viva, agitándose en serpentino esplendor. Unos ojos verdinegros se clavaron en los suyos. Los rojos labios se abrieron.

—Bésame, Atón.

—¡No! —gritó él, destruido su sueño de libertad. Extendió su mano hacia el espectro, cubriendo los ojos acuosos. Apartándola en una convulsión de horror.

Y se vio de pronto solo en la montaña, envuelto en la melodía. «Pero Amor ha asentado su mansión en El lugar del excremento».

William Butler Yeats, «Crazy Jane Talks With the Bishop».

___ Nueve ___

Interlog:

Esos no son nuestra gente.

El universo estaba limpio en su concepción:

Luminosos y puros soles barrían el polvo arremolinado, Las nebulosas giraban eternamente... hasta que una perdió su pureza.

Nuestra galaxia está enferma: Su núcleo se pudre, se disuelve en la corrupción, se emponzoña con pútrido hedor.

Contaminado por el horror definitivo: La vida.

De esta ciénaga se alza una increíble caricatura de intelecto,

Dedicada a la liquidación máxima del orden

Contaminando cada partícula.

Sus máscaras son muchas, pero nos interesa la más próxima:

El hombre.

Esos no son nuestra gente.

El enemigo es el hombre.

Este mal debe ser borrado, nuestra galaxia esterilizada.

Ningún vestigio de cieno debe persistir.

Este mal debe ser borrado, nuestra galaxia esterilizada.

La infección tiene más recursos que nosotros.

Precipitación es derrota.

Controlamos nuestra repugnancia; estudiamos y actuamos con sutileza.

Reclutamos a los mensajeros de la condena del hombre de entre sus propias filas.

Seleccionamos a un individuo y le domamos para que se ajuste a nuestros fines.

Esta criatura no está sana. (Dice su cultura)

Es ideal: Atón. Atón tiene un sueño de unión. Atón ansía abrazar la belleza. Atón busca acabar con el mal... Atón, Atón, hijo de ilusión, «Justo y vil son próximos en género».

Tu fuerza nace del mal.

Contempla tu excremento.

Unta tu cara de verdad.

Olvida la ambición;

Regresa.

Pues esos no son tu gente... Y nosotros no somos su dios.

IV. Miñona

§ 401

___ Diez ___

Luz, luz cegadora, hasta bajo la sombra más espesa. Atón había olvidado cuánta incandescencia natural se desperdiciaba a cielo abierto. El olor del campo lo invadía todo, rico y embriagador. Era de día y hacía calor, pero no era árido aliento calcinado de las cavernas, sino dulzura, esplendor.

¡Libertad! La pesadilla quedaba ahora tras él, había terminado su larga prueba. La loca maldad de las cavernas podía desvanecerse en el pasado, dejando sólo al Atón que había conseguido liberarse... el Atón purificado, el Atón limpio.

Había árboles y hierba y suelo despejado. El hombre que había derrotado a Chthon y conservado su cordura cayó de rodillas, no en oración de gracias, sino para captar físicamente la renovada maravilla de todo aquello. Sus pálidos dedos se hundieron en la suave capa de césped, y sintió que un tibio placer recorría sus brazos; se llevó un puñado de hierba a la boca, saboreando su desmayado verde y su frescor marchito.

En la naturaleza no hay suciedad, pensó. Todos los horrores se originan en la mente del propio hombre.

Rodó por el suelo, arrebatado por las alegrías de la familiaridad. Conocía aquel planeta... era como si no hubiese existido ningún oscuro intermedio entre su asesinato del amor de Coquina y la maravilla actual, como si todo Chthon no hubiese intervenido para vengar aquel crimen.

Yo te amaba, pequeña concha. Pero era mi segundo amor, más pequeño que el primero. Y por eso te liberé.

Un ruido en la tarde le arrancó de su ensueño. Había salido por la mañana, recordó. Centró su atención: el sonido informaba de la activación de un antiguo mecanismo de proyectil. Un... disparo. De muchacho, había oído una vez... a alguien que estaba... cazando.

Las asociaciones eran prometedoras. Un hombre que podía permitirse gustos tan antiguos podía permitirse también una nave privada. Probablemente fuese un excéntrico, un solitario.

Pero si aquello era un coto privado de caza, como parecía probable ahora, el propio Atón podía estar en peligro inminente. Podía haber allí una serie de predadores exóticos. Había sido muy estúpido descuidar la vigilancia simplemente porque estaba libre.

Lo mejor sería dominar inmediatamente al cazador y apoderarse de su nave. Eso resolvería su problema de transporte, pues podría salir de aquel planeta sin tener que

ocultar su identidad a los funcionarios locales.

Se dirigió hacia donde partía el sonido, moviéndose con el mayor sigilo posible. Estaba habituado al duro suelo rocoso de las cavernas, y tenía los pies callosos e insensibles de las marchas por la eterna penumbra. Las frágiles ramitas parecían proyectarse mágicamente bajo los dedos de sus pies, rompiéndose ruidosas. ¡Debían oírle aproximarse desde un kilómetro!

Mejor sería esperar a que apareciese aquel hombre, esperar a que su vagabundeo le pusiese a su alcance.

¿Al alcance de qué? Atón no tenía armas, y había pocas posibilidades de que aquel hombre se acercase tanto como para poder dominarle cuerpo a cuerpo. Seguía pensando todavía en términos del mundo cavernario.

Buscó trozos de piedra, los amontonó en una pequeña pila a su lado. Se situó tras un pequeño árbol rojizo, de costado: parecería demasiado pequeño para ocultar a un hombre y su posición para tirar las piedras era buena. Se había oído sólo un tiro: el cazador debía haber disparado por hacer práctica, o contra un blanco equivocado. Nervioso, quizás. Mejor.

Atón lanzó la mayor de las piedras que había recogido en un amplio arco que no interceptó ninguna rama durante su ascenso. La piedra cayó ruidosamente a unos cincuenta metros de su árbol, lejos del cazador. El hombre habría de pasar muy cerca, para investigar. La primera piedra habría de acertarle con precisión, de todos modos; un arma de proyectil, adecuadamente utilizada, podía ser tan mortífera como un cuchillo.

La presa comenzó a silbar desentonadamente, aproximándose. ¿Esperaría aquel estúpido cazar algún animal de aquel modo? No tendría objeto razonar con alguien tan idiota. Lo mejor era simplemente matarle y apoderarse de la nave. Atón sabía manejar todos los modelos convencionales.

El silbido se hizo aun más ruidoso. Atón alzó su brazo, flexionando suavemente su muñeca. Tendría que exponerse momentáneamente; era un riesgo excesivo tirar fiándose sólo del sonido.

El silbido cesó.

—He de advertirte —dijo una voz áspera— que mi anticuado rifle tiene un anticuado receptor calorífico. Si eres prudente, actúa en consecuencia.

El árbol le protegería. El cazador no se atrevería a aproximarse demasiado, y nada podía ganar avanzando en círculo. Pero tampoco podía esperar Atón dominarle, pues había perdido la ventaja de la sorpresa. Debía parlamentar.

—Soy prudente —dijo—. Tregua.

—No dispararé —aceptó la voz— mientras lo considere oportuno. De todos modos no soy gran tirador... es más probable que dé en el estómago que en el corazón. —La advertencia era bastante clara: aquel hombre dispararía para inmovilizar más que para matar.

Atón aceptó la advertencia y dejó sus piedras antes de salir para que le viese. No

tenía deseo alguno de exponerse a los azares de una puntería «deficiente». El cazador era menos estúpido de lo previsto.

El cazador era bajo, frágil, de mediana edad. Unos ojos pequeños y muy brillantes destacaban en un rostro de profundas arrugas. Las manos eran amarillas y la carne se hundía entre los tendones, y tenía las uñas irregulares y demasiado largas. Pero el anticuado rifle que sostenían aquellas manos se mantenía absolutamente firme, y apuntaba fijo hacia la cintura de Atón. No era un aficionado.

El cazador estaba examinando a Atón de modo parecido.

—Al decidir volver a la naturaleza, lo has hecho del todo —dijo al fin. Atón recordó de pronto: fuera la gente iba vestida y él iba desnudo como en las cavernas. Tenía el pelo sucio, revuelto y muy largo; la barba le caía hasta el pecho y había en ella briznas de hierba. Su piel tenía un tono mortecino y pálido, sólo alterado por el barro que la cubría en algunas zonas.

—Tienes aspecto de fugitivo —continuó el hombre—. Me pregunto por qué no se te ocurrió parlamentar honradamente, en vez de pretender tender una emboscada a un hombre armado. Quizás debiese acabar contigo inmediatamente, antes de que tú puedas aprovechar la oportunidad.

Aquel hombre jugaba con su presa. No podía sospechar la verdadera situación de Atón, pues nadie ajeno a la prisión conocía su emplazamiento. Nadie salvo el propio Atón. Si aquel hombre lo hubiese sospechado, habría matado a Atón inmediatamente.

¿Lo haría? Observaba ahora a Atón, acariciando con sus manos temiblemente diestras la pulida superficie de su rifle. ¿Sospechaba que Chthon tenía una salida por allí?

¿Conocía el verdadero carácter de la inocente cueva que llevaba a las entrañas del planeta, pero le faltaba la prueba definitiva... La prueba que le mataría mucho antes de que pudiese regresar a la superficie? ¿Buscaría ahora, no animales para cazar, sino a la única criatura que podía contarle el secreto de aquella riqueza inimaginable, y conducirlo de modo seguro al interior de Chthon?

Con qué interminable paciencia había recorrido aquel bosque, año tras año, buscando... ¿a Atón?

Aquel hombre tendría que morir.

—Sí, veo que comprendes —dijo el cazador—. Tú y yo iremos a la cueva y probarás que vienes de allí... o morirás. ¿Es necesario que demuestre que soy capaz de obligarte a ello?

—No puedes hacer eso —dijo Atón, sin molestarse en desmentir lo que aquel hombre parecía saber—. Tú no puedes confiar en mí, y estarías en mis manos... allí.

El hombre sonrió y hasta Atón sintió un escalofrío.

—No me conoces lo bastante.

Sólo una vez había conocido Atón la derrota en el combate, y muy pocas veces había conocido el miedo, pero sintió miedo de aquel hombre. Se llevó una mano a la boca y sacó un granate.

Los ojos del otro se achicaron calculadoramente.

—Podría reconsiderar el asunto, teniendo en cuenta este argumento. ¿Tienes más? Atón asintió.

—¿Ocultos en el bosque?

Atón asintió de nuevo.

—Tus piedras pueden convencerme, después de todo, pues por ellas vine aquí. ¿Tú sabes lo que es una nave codificada?

Atón lo sabía. Significaba que nadie podía manejar la nave más que el propietario registrado. Todos los mecanismos se inmovilizaban automáticamente a menos que los manipulase aquel individuo. No podía utilizar la nave.

—Quiero más granates de los que puedas haber sacado —dijo el hombre—. Quiero las minas. Lo único que necesitaba inmediatamente era la prueba de que podrías conducirme a ellas, y me la has dado. Tú y yo seremos socios... y acabaremos haciéndonos ricos.

—¿Y cómo debo llamarte, socio? —preguntó Atón.

La pequeña nave surcaba el espacio, atrás la nebulosa esfera del planeta Chthon iba disminuyendo suavemente de tamaño. Contemplando el planeta en la pantalla, Atón pensó en la aparente incongruencia de acelerar para eludir la velocidad, sólo para desacelerar hasta norma galáctica una vez libre del planeta. Pero esto era necesario para introducir el impulsor §. Tres horas atrás viajaban a sólo kilómetro y medio por hora, respecto al movimiento normal de aquel sector de la galaxia, y en realidad parecían caer en aquel planeta que orbitaba independientemente. Ahora su velocidad era mil veces superior, y pronto sobrepasaría cualquier velocidad posible por medios químicos. El impulsor § no podía utilizarse en la superficie de un planeta, claro está, pues el movimiento inicial era errático e imprevisible. Los ojos del hombre se nublaron ante la pregunta de Atón, traicionando la presencia de lentillas polarizadas.

—Eso servirá perfectamente —dijo.

—¿Socio? Como quieras. Yo soy Atón Cinco. Debes comprender que ningún poder debe enviarme de nuevo a Chthon hasta que resuelva los asuntos que tengo que resolver fuera de allí. Demuéstrame que puedes ayudarme en eso, y entonces podrás confiar en que coopere contigo en tus planes. —Debo parecerle un estúpido, pero este principio de desconfianza mutua es insostenible, pensó.

—Comprendido. Pero en cuanto sepas lo que yo ofrezco, estarás deseoso de unirme a mí. Hay tiempo, y estoy a tu servicio.

Pero seguía en pie el sombrío misterio de aquel hombre. Atón no tenía interés alguno en la riqueza de Chthon, y no tenía intención alguna de regresar, pero no podía arriesgarse ni a matar ni a abandonar a Socio hasta que supiese más de su poder y de su capacidad. Mientras tanto, había que conducir la cuestión a un nivel

inofensivo.

—Te compraré un planeta —dijo Atón, queriendo decir que le daría otro granate a cambio de información sobre su emplazamiento y de transporte hasta allí—. Socio buscó el Índice Sectorial, un volumen que tenía aproximadamente el tamaño y la textura del LVT perdido de Atón.

—Esto abarca la mayor parte del sector humano: dos millones de estrellas, más o menos. Nunca cobro nada por información pública.

Atón cogió el libro pero no lo abrió.

—No puedo utilizar esto.

—¿No conoces las Coordenadas Galácticas? Creí que eras un hombre del espacio. Tiene siglos. Pero siempre están los mapas.

—Conozco el sistema. Pero no creo que el planeta que busco esté incluido aquí.

—Por supuesto que no. Lo que hay aquí son estrellas. Tienes que utilizar las efemérides subsectoriales para las órbitas planetarias. Pero, ¿por qué tanto problema? Ellos te facilitarán la información en cuanto penetres en el sistema.

—Se trata de un planeta prohibido —dijo lúgubrementemente Atón.

Socio le miró de nuevo, las pupilas momentáneamente incoloras al mover las lentillas.

—Tú tienes un problema. Sabes muy bien adónde debemos ir primero. Atón lo sabía.

____ Once ____

Tierra: hogar de la Humanidad y de sus leyendas durante diez mil veces el tiempo que la raza llevaba en el espacio, y más; cuya población enviaba cien millones de cuerpos humanos al espacio en cada año sideral, sin que disminuyese; hasta que el catastrófico enfriamiento impuso en el planeta madre una cuarentena de facto. Bastó un mes para eliminar al cuarenta por ciento de sus habitantes y para que fuesen necesarias bombas de fusión para eliminar la inmensa masa de desechos producto de aquel breve asedio. Aun así, la Tierra poseía una masa de población superior al resto de todo su imperio, y aún sus tierras y mares y su atmósfera estaban cubiertos de verdaderas alfombras de carne viva.

Ni siquiera el enfriamiento pudo resolver este problema.

Pero la Tierra tenía poder. Era reina irrevocable de diez mil millones de pársecs cúbicos de espacio. No por la fuerza militar, económica o moral, sino por sus grandes conocimientos. En ella había una tecnología que superaba la tosca imaginación de los mundos coloniales. Se acumulaba allí información tan detallada y amplia que sólo el equipo de almacenaje y referencia ocupaba un pequeño continente. Allí estaba la Biblioteca Sectorial.

Las computadoras organizaban y seleccionaban aquel increíble complejo, entregando cualquier información conocida a los solicitantes en cuestión de minutos. Bastaba entrar en una cabina y comunicar lo que uno deseaba.

A menos que estuviese prohibido.

Aun así estaban los «rimeros»: amplios archivos de documentación impresa, que podía interesar como mucho a un investigador de cada mil, pero que se mantenían por vieja tradición pese a una oposición creciente. Llegaría un momento en que la presión constante de la población aboliría aquella reliquia monstruosa. Entre tanto perduraba. Laboriosos ancianos mantenían en cierto orden los archivos, y el interés era el único criterio de admisión. Después de todo la Tierra era libre, y reconocía el derecho de toda persona a buscar el conocimiento y a descubrir cuanto la voluntad y el ingenio pudiesen proporcionar. Y allí estaba la información, toda ella: si el buscador podía encontrarla. La misma inmensidad de los archivos constituía una ventaja: los archivos eran demasiado inmensos para expurgarlos selectivamente. Era imposible hacerlo.

Los rimeros ocupaban kilómetros cúbicos de espacio. Atón nunca había visto un recinto de tales dimensiones: doscientas hileras de largos y bajos pasillos, cubiertos todos de suelo a techo, por ambos lados, de gruesos volúmenes, extendiéndose tan lejos en la distancia que las paredes parecían encontrarse. A intervalos regulares cruzaban otros pasillos en ángulo recto que servían de separación, y abrían largas vías que se perdían en la distancia. Atón imaginaba que veía la inmensa curva del planeta en el nivel del suelo, y que era el horizonte el que ponía término al recinto.

Incluso Chthon perdía su novedad ante aquel lugar. Las obras de la naturaleza, pensó Atón, se inclinan siempre ante las obras del hombre.

Pero, ¿cómo empezar? Todos los volúmenes parecían del mismo tamaño de LVT: Cuarenta millones de palabras impresas. Todas las estanterías estaban llenas con sólo algunos vacíos esporádicos: tres libros por cada treinta centímetros, seis estanterías por pared, dos paredes por sala. Una sección de tres metros de una sala contendría unos trescientos sesenta libros: más de ciento cuarenta mil millones de palabras.

Atón no era lector rápido ni en galáctico ni en el viejo idioma de la Tierra. Con todo un día de esfuerzo intensivo no alcanzaría a leer más allá de una pequeña fracción de un solo volumen. Se pasaría allí décadas, simplemente leyendo lo que estaba a la vista, por mucho que se afanase. Si escogía, corría el riesgo de perder una clave vital.

Comenzó a darse cuenta de por qué aquellos archivos estaban abiertos a todos sin restricción. Sólo por la más disparatada de las casualidades podía una persona dar con información peligrosa, si es que la identificaba al verla. Sólo a través de la computadora podía utilizarse eficazmente aquella biblioteca.

Socio, siempre a su lado, había estado observando.

—¿Nunca habías visto una biblioteca?

—Creía que sí. —Pero en todas las que había visto había bibliotecarios que atendían cualquier problema que se les plantease y de un modo u otro entregaban al

solicitante una colección de libros. Pero jamás había visto algo como aquello.

—Entonces, acepta un consejo. No puedes utilizar los rimeros para leer, lo mismo que no puedes salir al espacio a buscar el vacío. Investiga. Establece unas coordenadas y ajusta tu rumbo (de momento hablo en términos del espacio) y prescinde de lo que no te interesa. Es imposible que localices el planeta que buscas poniéndote a leer aquí a ciegas, lo mismo que no podrías localizarlo en el espacio simplemente mirando por la escotilla.

»En primer lugar necesitas un índice, un índice bibliotecario. Es preciso que localices el sector concreto de la biblioteca que buscas, luego el libro concreto. Ahora ni siquiera sabes dónde estás, aunque durante un rato llegué a pensar que tus vagabundeos tenían un objetivo. Saca un libro. Míralo.

Atón obedeció automáticamente.

—Este es un análisis del complejo de Edipo —dijo—. Una colección de ensayos sobre el tema. —Se detuvo—. Bueno, todo el libro está lleno de interpretaciones distintas. Cuarenta millones...

—Y probablemente ninguna de esas personas lo comprende en realidad —dijo Socio, con excesiva viveza—. Nosotros desde luego no. Dejas que tus pies te conduzcan a una sección y a un libro que no tiene ninguna relación posible con el enigma que intentas resolver. ¿Qué pretendes?

—Supongo que era una pérdida de tiempo —dijo Atón con aire ausente. Volvió el libro a la estantería, y su mano parecía un tanto reacia a dejarlo.

Sonó un acorde melodioso, sorprendiéndole. Comenzó a parpadear intermitentemente una bombilla colorada que estaba entre las estanterías.

—¡Fíjate en lo que haces! —dijo Socio—. Lo has puesto en un lugar equivocado.

Atón retiró inmediatamente el libro y lo colocó en el lugar correcto. La alarma cesó de sonar, pero se oyeron unas pisadas aproximándose. Y con las pisadas el rumor de una respiración laboriosa.

—¿Qué es lo que pasa ahora?

Atón procuró serenarle.

—Algo... algo terrible. Un recuerdo. —Su cara recuperó el color—. Es como si... Como si no fuese yo mismo, ahora. —Todo su cuerpo temblaba.

Volvió la esquina un hombre gordo, con barba. Llevaba la gorra distintiva de la Biblioteca Sectorial, con el número 14.

—¿Algún problemita, caballeros? —Su acento tenía un tono extraño. Entonces Atón se dio cuenta de lo que era: el viejo idioma de la Tierra, hablado por un hombre nacido en ella.

—Un error —explicó Socio—. Sentimos molestarle.

El ayudante se plantó ante ellos, proponiéndose evidentemente no confiar más libros a su torpe ignorancia. Era viejo, las arrugas cruzaban sus regordetas mejillas, y en el dorso de sus pálidas manos la piel era como un paisaje.

—¿Puedo ayudarles?

—Sí —dijo Atón—. Busco un planeta.

—¿En una biblioteca?

Atón sonrió respetuoso.

—Se llama Miñona. —¿Cuál sería la reacción de aquel hombre? El funcionario acarició pensativo su lisa barba.

—Miñón. Debe de ser uno de los planetas flor.

—No lo creo —dijo Atón, pero miró a aquel hombre con cierto respeto, Había un planeta llamado Miñón, lo había visto en las efemérides cuando buscaba el otro. Todos los planetas de aquel sistema recibían nombres de flores.

—Ah... Sabía que el término era familiar. ¿Sabían ustedes que nuestro ojo de letra normal se llama miñona? Tipo de 7 puntos, unas diez líneas por pulgada...

Atón movió la cabeza negando.

—Se trata de un planeta. Un planeta habitado. Pero no conozco el nombre de su primario.

—Lo encontraremos. El índice, la Enciclopedia, las efemérides... ¡Oh, no hay problema, lo encontraremos!

Número 14 hablaba con sumisa emoción y confianza, como si hubiese olvidado el origen de la petición. El problema había pasado a ser suyo, y no estaría satisfecho hasta que lo resolviese. Atón sonrió al advertir la simplicidad de aquel hombre.

—Es un planeta prohibido, ¿verdad? —Atón frunció el ceño al darse cuenta de la sagacidad del bibliotecario.

—Debe de serlo. Francamente, había oído hablar de él, pero no conseguí encontrarlo en las listas normales...

—Sí, comprendo. Y no pueden ustedes utilizar la computadora, porque registra todas las solicitudes dudosas. Tenemos gran cantidad de casos similares. Pero no se preocupe. El personal de la sección de rimeros es inofensivo y de confianza. En general.

¿Estaba pidiéndoles una propina por su silencio? ¿O intentaba obtener información adicional para saciar su curiosidad? ¿Cuáles eran sus condiciones? Le siguieron inquietos a lo largo de pasillos interminables.

Llegaron a unas secciones algo más anchas. En una pared se alineaba una serie de cabinas, todas con mesa en el centro y banco. Número 14 les acomodó en una de ellas y comenzó a buscar referencias.

Atón miró a Socio. «¿Podemos confiar en él?», preguntó su mirada. «Tenemos que hacerlo», contestó la expresión de Socio.

Número 14 volvió con un puñado de libros y una pequeña caja. Los apiló sobre la mesa.

—Para localizar un planeta prohibido... no se alarmen, estas cabinas son absolutamente privadas... se ha de hacer de forma indirecta —dijo alegremente—. El primario tiene que estar en la lista, desde luego, porque no se puede ocultar una estrella simplemente ignorándola, pero quizás no haya muchas cosas que permitan

ligarla al planeta que buscan. Ahora bien, aquí tenemos el índice de todas las estrellas del Sector Terrícola. Si el sol que buscamos está en él (y tendremos que suponer que lo está, porque hay unos cien mil sectores en la galaxia, la mayoría de ellos absolutamente ajenos) podemos estar seguros que aparece en esta lista. Esta referencia no indica si hay planetas habitables, pero no son difíciles de localizar: los primeros exploradores dieron nombre a los habitables y designaron a los otros con un número. A menos de que tuviesen un interés especial en el sistema, en cuyo caso les daban nombre a todos. Pero la cuestión es que todos los planetas habitados tienen nombre, aunque no todos los planetas estén habitados. ¿Me siguen?

Atón y Socio asintieron. ¿Cómo había podido parecerles ignorante o ingenuo aquel hombre?

—Esto es resultado de toda una vida dedicada a la investigación —dijo 14 en respuesta al comentario no formulado—. Un buen ayudante de biblioteca puede localizar cosas que hasta la computadora es incapaz de localizar.

Sonrió para mostrar que exageraba un poco, y comenzó a hurgar en la caja. Esta brilló, y la pared del fondo se iluminó.

—Voy a proyectar un mapa sectorial —dijo—. Ustedes estarán familiarizados con el tipo, por supuesto... blanco para las estrellas frontales, un tono rojo para las distantes... ¿no han oído el chiste del piloto que no distinguía los colores? En fin es demasiado malo. Supongo que sabrán también que pueden mostrarse en una ilustración tan amplia las señales de navegación establecidas. Pasaremos enseguida a los mapas de detalle.

Tocó una placa y apareció una intrincada red de líneas que enlazaban las estrellas en curiosos dibujos. Atón recordó dolorosamente el dibujo que le habían regalado los sextianos. Quizás aquel fuese el origen del arte sextiano.

—Este es un plano sobrepuesto que indica las rutas de exploración —dijo 14—. Casi nadie cae en la cuenta de que todos los planetas habitados hubieron de ser descubiertos por alguien, para que lo fuesen. Tenemos relación de todas las exploraciones primitivas. Ahora podemos hacernos una buena idea del emplazamiento de nuestro planeta si me contestan a unas cuantas preguntas. ¿Está colonizado?

—Sí —dijo Atón, fascinado por la rapidez con que se estaba desarrollando al fin la investigación—. Creo que desde hace varios siglos.

—Bien. Eso elimina las colonias recientes, que son muchas más que las ya colonizadas. —El mapa cambió, y la mayoría de las líneas desaparecieron—. Esto establece el límite en §100... mucho menos complicado, como ven. Utilizando éste, podemos reducir nuestra lista de posibilidades a varios miles. ¿Tienen algún dato de localización?

—No. Puede estar en cualquier parte.

—Sólo puede estar donde está. ¿Están modificados los nativos?

—Deben de estarlo. Al menos las mujeres tienen fama de...

—Ah. Esto reduce una vez más el número. ¿Saben por casualidad por qué está prohibido?

—Conocemos sólo la leyenda. Se dice que las mujeres de ese planeta son sirenas que viven eternamente. Se dice que... amar a una de ellas significa la muerte.

—Ah —dijo 14, inquietamente alerta—. Usted ama a una de esas sirenas. Espero por su bien que la leyenda no sea cierta. Ya una mujer normal es bastante problema. Pero debemos suponer que la ingeniería genética ha dotado de longevidad a los habitantes. Lo que desde luego puede ser el origen de la prohibición. La Tierra está superpoblada, incluso ahora, y ha decretado hace mucho que la colonización debe realizarse por exportación del planeta madre; la Tierra deplora el incremento natural de la población a través de la longevidad.

—La Tierra no puede dictar... —empezó Socio. Había estado estudiando detenidamente la proyección.

Número 14 se encogió de hombros.

—Como quieran. Pero de todos modos el planeta está fuera de circulación. Y esto reduce aún más el campo porque la longevidad es post-§ en unos cincuenta años. Se tardará aún más en que el planeta pase a ser comercialmente útil (efectos laterales negativos, ya saben), y diez años después de que la ley se elimine, o cualquier otro eufemismo extraoficial que quieran utilizar, puesto que como ustedes indican, la Tierra no puede dictar.

—Diez años —dijo Socio—. §70 a §80.

El mapa cambió de nuevo, y se amplió y las rutas fueron sustituidas por indicadores luminosos de colonias.

—Las colonias modificadas de ese período son pocas. Sólo unas cien o así, como pueden ver. Ahora investigaremos cada una de ellas en el índice, si podemos estar seguros de que incluye todos los planetas. Pero por desgracia los planetas no son igual que las estrellas en cuanto a los azares de la navegación. Creo que perderíamos el tiempo.

—¿Hay un registro de colonias?

—No que incluya las prohibidas. Simplemente no se mencionan, al menos por el nombre, y no en los volúmenes actualizados. No tenemos espacio para conservar publicaciones anuales; los viejos libros anteriores a la prohibición incluirían ese planeta que buscan, pero fueron desechados hace siglos. Podríamos localizarlo por eliminación... pero si hay más de un planeta prohibido oculto en la lista, no podríamos estar seguros de cuál es el que busca.

—Uno debe tener en cuenta el sentido de identidad de un explorador —dijo Socio—. Y su humor. Jonathan R. Punto probablemente había firmado un contrato privado para la colonización de los primeros mundos habitables que encontrase, y supuso que habría problemas cuando la Tierra se hiciese cargo. No tenía intención alguna de permitir que una minucia del estilo de una prohibición eliminase uno de sus planetas.

Socio repasaba afanosamente el índice.

—Deme el volumen de la Enciclopedia Sectorial que incluye «Punto» —dijo.

—¿«Punto»? Como quiera —dijo 14—. Pero la Enciclopedia no incluye estrellas. Pronto localizaron el texto.

—«Punto, Jonathan R., explorador estelar, §41-154» —leyó Socio—. Este debe de ser nuestro hombre.

—El descubridor de Punto, una de las estrellas de nuestra lista —dijo 14—. Probablemente la primera «habitable» que descubrió, puesto que le dio su nombre. ¿Pero qué le hace pensar...?

—Seguí su consejo —dijo Socio—. Enfoqué el problema de modo indirecto. Su enfoque normal sólo puede aproximarle relativamente, pues, como usted comentó, podrían designar sólo mediante un número un planeta prohibido, como si estuviese deshabitado, u omitirlo por completo, sin dejar rastro de su identidad. Pero la clave estriba en un homónimo. —Encontró el apartado y leyó de nuevo en voz alta—: «Punto: Antigua unidad de medición tipográfica 72 puntos por pulgada...»

—No comprendo.

—Coja su índice y lea los planetas de Punto que tengan nombre.

Desconcertado, 14 abrió el libro.

—Los dos primeros son globos de fuego innominados; luego vienen Excelsior, Diamante, Perla... vaya, estos los reconozco... ¡Son tamaños de tipos de imprenta!

—Siga.

—Perla, Dispar, Breviario, Burgués, Elite. Eso es todo.

Había un brillo en la mirada de Socio.

—¿Seguro que no olvida alguno?

—Bueno, el tipo que nosotros utilizamos aquí...

—¡Miñona! —exclamó Atón—. ¡Punto 7!

—El séptimo planeta —murmuró Socio.

Miñona le recordó a Hvee, con sus suaves montañas verdes, su ausencia de industria, su inocencia. La nave, anidada en un claro aislado, parecía una imposición sobre la virginidad del planeta.

Atón recorrió el campo hasta dar con un sendero polvoriento que, según el breve reconocimiento aéreo que habían realizado, conducía al pueblo nativo más próximo. Socio le dejó viajar solo, pues no tenía medio de escapar de un planeta prohibido. Sólo podía salir de allí por el mismo medio que había llegado. Por supuesto Miñona era un planeta muy atrasado; aunque los habitantes conocerían sin duda la tecnología galáctica, no podían participar de ella. El castigo era cruel.

Pronto vio las primeras primitivas edificaciones. Estaban hechas de rústicas barbas y barro, pero parecían cómodas y el olor característico de las viviendas bucólicas no será fuerte. Esto significaba que los nativos eran limpios. La gente pasaba sin prestar atención alguna al extranjero. Eran humanos más que humanoides. Al menos, la modificación no había introducido cambios notables, que fuesen claramente visibles. Los hombres eran bajos, y vestían ropas cortas y parecían tener todos una expresión ceñuda, las mujeres eran altas, llevaban velos y togas que las tapaban por completo.

Avanzaba hacia él una pareja, camino arriba. El hombre era no menos de quince centímetros más bajo que su compañera, pero parecía bastante satisfecho con su traje de hule y su barba limpiamente recortada. La mujer se tambaleaba bajo el peso de un enorme paquete que, junto con los pliegues de su toga, amenazaba con hacerla caer en cualquier momento. Atón se hizo a un lado para dejarles pasar. Le pareció que aquellas vestiduras debían producir a la mujer un calor insoportable, y percibió que se tambaleaba al andar. Sus pies tropezaron con una piedra que sobresalía del áspero suelo del camino y estuvo a punto de caer. El pesado paquete rozó al hombre mientras la mujer se esforzaba por recuperar el equilibrio.

El hombrecillo habló con aspereza en un dialecto incomprendible para Atón, que pudo darse cuenta sin embargo de que lo que el hombre decía eran insultos. Lleno de cólera, golpeó a su acompañante en la cara velada. La mujer cayó, el paquete se desprendió de sus brazos y rodó por el camino casi hasta los pies de Atón.

Mientras la mujer se incorporaba a duras penas, el hombre la insultó de nuevo y le asestó varios puntapiés. Atón nunca había visto un comportamiento tan ruin. La mujer no decía nada, únicamente se apresuraba, andando a galas, a recuperar el paquete. Por fin se levantó, con el pesado objeto de nuevo entre los brazos. El hombre lanzó otro chaparrón de insultos.

Se alejaron, sin prestar la menor atención a Atón.

Al cruzar el pueblo se dio cuenta de que ninguno de los hombres trabajaba. Sólo lo hacían las mujeres... y agotadoramente.

Un hombre viejo y solo se apoyaba en un árbol a un lado de la plaza central. Atón se dirigió a aquel hombre en el lenguaje galáctico de signos.

—¿Dónde puede albergarse un extranjero?

El viejo le miró. Hizo un gesto vago.

—¿Tienes mujer? —El símbolo utilizado fue en realidad «utensilio femenino».

Atón pensó en Malicia.

—No.

—Entonces has llegado en buen momento. Puedes coger la casa y la mujer de Roca Rosada esta noche.

Atón vaciló. Las costumbres variaban mucho en la galaxia, pero era mejor comprender claramente la situación antes de comprometerse.

—¿Se va a otro sitio Roca Rosada?

El hombre hizo un gesto hacia la plaza. Atón vio algo que le había pasado desapercibido antes: un hombre atado a una gran piedra vertical, y ante él, en una plataforma, una serie de siniestros instrumentos.

—¿Ejecutado? ¿Un criminal?

—No.

—¿Un sacrificio?

—No.

—¿Entonces por qué está atado?

—Fue imprudente.

—¿? (el signo de perplejidad).

—Se enamoró de su mujer.

—¿? ¿Y se le tortura por eso?

El viejo le miró fijamente a los ojos.

—Es una obra de caridad.

Atón no se quedó a presenciar los ritos a que se sometía al imprudente Roca Rosada. Prometió sin embargo regresar después de la ceremonia, dedicándose a recorrer el pueblo, intentando comprender el misterio de aquella gente. Aunque pudiesen ser calificados de monstruos, oficialmente y en el folklore, ¿dónde estaba el terror que mantenía apartada a toda la galaxia de aquel planeta? ¿Por qué aquellas inflexibles prohibiciones de comunicarse y de comerciar? Lo único que había visto hasta ahora era una increíble sociedad patriarcal, en la que las mujeres se hallaban sometidas a la más absoluta servidumbre, hasta el punto de que era un crimen que un hombre se enamorase de una.

Pero la duda persistía. Cubiertas como estaban de largas vestiduras y velos, le era imposible determinar los rasgos de aquellas mujeres de Miñona (era incapaz de considerarlas «miñonetas»). Aún así había en ellas algo inquietantemente familiar.

Rechazó la sensación. Por supuesto que había en ellas algo familiar. Allí había nacido Malicia.

En el pozo del pueblo una mujer solitaria llenaba un gran cubo de cuero. Lo cerró con una cuerda y se lo echó al hombro, vacilando bajo el peso.

Atón se acercó a ella, y se ofreció a llevar el cubo. No lo hacía por galantería, sino por la posibilidad de saber algo más de ella. Ella se apartó, esquivándole.

—Pero si sólo quiero ayudar —indicó. Agarró el cubo, pero ella se apartó tan bruscamente que se le desprendió un extremo del velo. Su cara quedó al descubierto.

Atón miró asombrado. Era Malicia.

La dejó ir. Sabía, racionalmente, que Malicia no podía estar en el planeta. Aunque estuviese, las posibilidades de dar con ella de aquel modo, por pura coincidencia, eran prácticamente nulas y, después de lo que había intentado hacía tanto tiempo, y había casi borrado de la memoria, ella no volvería a tentarle con un pozo. Recordó también el cambio que se había producido en el semblante de la hija de Cuarto, y la imagen que había visto luego en una inmensa sima de gas en Chthon. No podía

confiar siempre en lo que veía.

Pero si aquello no fuese otra ilusión febril...

Descendió por el sendero otra mujer. Se acercó a ella, le ofreció ayuda, y torpemente apartó su velo. De nuevo la cara de Malicia. No... los ojos no eran tan profundos, el pelo era menos llameante. Era como una Malicia apagada. ¿Qué significaba aquello?

Hasta entonces había vacilado respetando cuidadosamente las propiedades nativas, pero ahora tenía que saber. Quién era el loco, si él o el planeta...

Dos mujeres bajaban juntas por el camino, con sus inevitables cargas. Atón les salió al paso y, en un calvario de ansiedad, arrancó ambos velos.

Idénticos rostros devolvieron su mirada. El pelo de ambas flotaba largo y flameante, y profundos ojos verdes le miraban. Gemelos reflejos de su amor.

—¿Quiénes sois? —gritó, en voz alta y con los signos. Sonrisas gemelas de devastadora belleza le contestaron.

—Yo soy Tormento —indicó una.

—Horror es mi nombre —indicó la otra.

Por fin, Atón entendió.

Por la noche, terminado ya el ritual de caridad, el exánime cadáver colgaba silencioso y se había disipado ya el hedor de las vísceras quemadas. Las cuencas vacías de Roca Rosada miraban ciegas al grupo de amigos que se sentaban sobre la suave hierba de la plaza, descansando después de haberle brindado sus servicios.

Atón permanecía aparte, sin saber a ciencia cierta por qué no se traslucía sadismo alguno en aquello. Roca Rosada no había sido censurado: simplemente había sido preciso purificarle de su absurda emoción. Desde luego el último vestigio de su amor había sido arrancado sangrientamente antes de su muerte. Ahora las hermosas muñonetas alzaban sus velos y cantaban en extático coro más dulcemente de lo que pudiese cantar ningún grupo humano su himno de consumación. Atón se estremeció ante aquel canto. No había sentido sortilegio como aquél desde su niñez... aunque había una amargura incómodamente extraña a punto de aflorar.

Los hombres de Miñona se sentaban en grupo, aparte, lavándose las manos ceñudos. Comprendo, pensó Atón. Actuáis por pura necesidad, os irrita que sea necesaria vuestra labor, os irritan vuestras bellas mujeres, vuestra sociedad. Estáis siempre irritados.

Por fin las muñonetas se colocaron de nuevo sus velos y se unieron a sus amos. Ceños y maldiciones se perdieron en el crepúsculo. Aquellas mujeres serían sin duda felices abandonando su planeta, para unirse a hombres normales, si se presentaba la ocasión. Pero difícilmente habrían sido tan simples los motivos de Malicia.

Una mujer permanecía de pie silenciosa ante el cadáver en actitud de oración. Atón se acercó y la cogió del brazo. Era la viuda de Roca Rosada.

Ella le condujo a una cabaña próxima al límite del pueblo y se hizo a un lado cortésmente para dejarle entrar primero. Había aceptado el cambio sin protestas ni sorpresa. Tenía antes un hombre que la había amado; ahora tenía otro que no la amaba. Eso era todo.

El oscuro interior olía a heno fresco. Atón contempló un recinto que era mayor de lo que había supuesto, y estaba muy limpio y ordenado. Había un colchón de hierbas blandas al fondo, suficiente para dos. A su lado había una mesa baja con varios cojines de fibra ligera, una vela y un látigo.

—Tengo hambre —indicó perentoriamente, y ella sacó pan y agua. Él escupió sobre ambas cosas mostrando su cólera, y ella salió de nuevo para traer más alimentos.

—Estoy cansado —indicó él, y ella le desnudó delicadamente y le condujo al colchón. Le colocó los pies y le acomodó diestramente con cojines.

La muñoneta era obediente; la muñoneta era fuerte.

La mente de Atón volvió, horrorizada, a una escena similar. No quería recordarla, pero no podía evitarlo. Se había encontrado en otra ocasión en un espacio cerrado con una mujer, una muñoneta. También la otra vez se había desvestido.

—Dime tu nombre. —Tenía que destruir aquel recuerdo.

—Miseria —respondió la señal de ella. Él oyó «Malicia».

Vio de nuevo el confín globular de la vivienda asteroidal: el esphotel. Ambos habían abandonado el transbordador espacial, pasando directamente de la compuerta de la nave a la de entrada y luego al lujoso recinto privado. Él se había quitado inmediatamente su ceñido traje protector, quedando desnudo ante ella en la penumbra. Malicia se había mostrado tranquila y mecánica... en nada se parecía a la chispeante criatura que él había atrapado tan recientemente en el puesto avanzado sextiano. Ella no se detuvo.

—¿Quieres saber mi nombre? —Conversación inútil, apenas se veía en la oscuridad del anochecer. ¡Necesitaba algo que borrara aquel terrible recuerdo!

—Si el amo desea decírmelo —contestó Miseria.

—¡Maldita sea! —explotó él, contemplando el velo y viendo la blanquecina máscara del traje espacial que celaba su belleza—. ¡Cáscara servil! ¿Es qué no tienes voluntad propia?

Había hablado a grandes voces, olvidando los signos; se dio cuenta de que ningún nativo podía entenderle. Pero Miseria contestó con una sonrisa beatífica, visible incluso a través del oscuro velo.

Furioso y alarmado, le arrancó el velo. Si había sido atrapado en...

Su pelo era mate, sus ojos grises. Se parecía más al capitán que a la ninfa. Aún sonreía, pero descoloridamente.

Soy un idiota, pensó él. Si hubiese comprendido las palabras que pronuncié no

habría sonreído. Es una muchacha nativa, educada para reaccionar ante la aspereza con una sonrisa de perdón.

Sin embargo el hombre que la amaba había sido torturado hasta la muerte.

—Puedes llamarme «Corazón de Piedra» —dijo, adoptando la evidente costumbre del planeta. Aún estaba furioso, como estaban furiosos quizá todos los nativos, todos los hombres del planeta... furioso contra ella, contra el sistema que ella representaba, el absurdo de todo ello y su sombrío misterio. Por los terribles recuerdos que aquella situación evocaba, aquella situación tan malignamente familiar.

—¿Por qué no eres hermosa? —Ahora él era deliberadamente cruel, y su cólera se volvía en su contra. ¿Debe la furia engendrar furia?

Ella se limitó a sonreír.

—Quítate la ropa —ordenó él; apenas si podía verla ya—. Primero enciende la vela. Quiero verte. —Ella obedeció lentamente.

Tenía un cuerpo maravilloso. El pelo largo caía sobre sus hombros y sobre sus pechos esculturales, y los ojos de Atón siguieron los pliegues del traje espacial mientras iba descubriendo su estrecha cintura y sus abultadas caderas y muslos. Solo con ella, totalmente solo, por primera vez...

¡Pero esto es el recuerdo! pensó. ¡Es a Miseria a quien estoy mirando, no a Malicia! No a Malicia. No...

No, no sometido a las leyes de ningún planeta, sino aquí, en la intimidad inviolable del esphotel, el albergue transitorio alquilado de recién casados y viajeros del espacio ricos. Un lujoso retiro, un lujoso cuerpo, libre al fin.

¡Miseria!

Te amo, Malicia, y eres mía.

¡Miseria!

¿Por qué no me contestas, Malicia? Recuerdo...

¿Por qué guardas silencio? Malicia...

¿Por qué te retiras? ¿Estás enferma? Malicia, Malicia...

Pero ella estaba radiantemente sana, el pelo llameando, llameando, los ojos más profundos que nunca; natural, normal, salvo que parecía no tener conciencia alguna de él.

¡Háblame!

Ella no lo haría. ¿Qué mano invisible había trazado un conjuro hechizándola, enmudeciéndola, en la hora de triunfo? ¿Había sido invocado algún estado posthipnótico, alguna orden lanzada por un enemigo desconocido que planeaba destruirla? ¿Era su deber ahora arrancarla de aquel embrujo, arrancar de su hechizo a aquella belleza dormida, con un único y espléndido beso?

La besó, pero ella no se despertó a él. Sus labios seguían inertes, inmóviles.

—¿Era necesario un esfuerzo mayor? ¿Debía hacer el amor con ella?

¿A pesar de que no le había dado su hvee?

La cogió en sus brazos, un brazo bajo sus hombros, otro bajo sus rodillas, y

transportó su cuerpo inerte a la litera y lo tendió allí.

¡Miseria! Con un terrible estremecimiento, Atón volvió al presente. Miseria estaba tendida sobre el colchón de paja, desnuda y encantadora, entregada a la caricia de sus manos. Había creído que su Malicia era única, pero allí había una forma duplicada, una más de las docenas que había en aquel pueblo, y de los centenares y miles que había en el planeta.

Miseria sonrió de nuevo, agitando su cuerpo de placer.

Qué extraño que aquella mujer, precisamente la que él no deseaba, reaccionase tan positivamente a su caricia indiferente, mientras Malicia... Malicia... ¿Era amnesia? Sin embargo ella no mostraba inquietud ni alarma, ni confusión. Ella le veía, le reconocía... pero como una especie de mueble, no como un hombre. Ella no estaba catatónica, ni tropezaba con él cuando se movía.

¿Se habría disipado el amor que sentía por él? ¿Había existido en realidad tal amor? Su luminoso pelo y sus ojos inmensos parecían desmentirlo. Su amor era profundo. Tenía que ser para él la muñoneta no brilla en compañía del hombre inadecuado. Sin amor, jamás habría ido con él.

Ella había sido capitán en el espacio, un capitán muy capaz. Nunca haría algo sin tener una excelente razón para hacerlo. Tenía que haber un motivo. ¿Sabría algo ella que no sabía él? ¿Algo que era incapaz de decirle?

Tuvo la visión del drama elemental para niños: tras la compuerta hay un criminal, con un desintegrador en la mano, a punto de robar y violar a la heroína. A la entrada está su amante: vigoroso, apuesto, inteligente. Pero si ella le indica el peligro en que se halla, el amante será el primero en morir. Y por tanto ella debe guardar silencio, e intentar indicárselo de algún modo que el intruso oculto no perciba. Si logra transmitir el mensaje, aunque sea oscuramente el desenlace está asegurado.

Malicia yace entregada, sueltos los brazos, las piernas suavemente extendidas, asombrosamente bella. Respira con regularidad, tiene los ojos cerrados.

¿Dónde estaba el criminal? La compuerta neumática tenía el sello intacto del propietario. No podía haber allí ningún intruso en aquel asteroide aislado sin aire, habilitado para vivir únicamente después de su llegada. No podía existir ningún instrumento de control secreto, ninguna amenaza de control remoto. Después de todo, lo que en realidad vendían los propietarios era intimidad. Eso decía la publicidad de la empresa, y la empresa tenía los medios necesarios para proteger su reputación.

Malicia yacía allí pasiva. El misterio era más profundo que aquello... y él era incapaz de obligarse a sí mismo a hacer el amor con un maniquí. Se sentía frustrado, abatido.

Aulló su censor mental. El recuerdo no iría más allá. Aliviado, volvió su plena atención hacia Miseria.

Su pelo, a la luz de la vela era ahora más brillante. Aquella mujer si no interpretaba mal los signos, estaba ya aprendiendo a amarle... y lo único que él había hecho había sido agraviarla. De pronto sintió remordimientos, sintió un cálido respeto

por los sufrimientos de ella.

Miseria retrocedió.

Esta vez él no había hecho signo alguno ni había hablado, y sin embargo ella había reaccionado. ¡La muñoneta era telépata! Ya lo había sospechado antes. ¿Por qué lo había olvidado? Ella podía leer sus pensamientos, o al menos sus emociones, y respondía a ello, no a sus palabras.

Pero seguía captando algo extraño.

Atón concentró sus fuerzas mentales y envió una oleada de ferocidad emocional hacia ella, de odio y furia tan profundos como fue capaz de conjurar.

Un sorprendente placer iluminó el semblante de la muñoneta. Se incorporó, le agarró por los hombros, se apretó contra él, le besó apasionadamente.

¡Sus emociones estaban invertidas! ¡El odio de él era el amor de ella!

Las cosas comenzaban a tener sentido: la ruindad del hombrecito del camino, la reacción ante cualquier irritación masculina. Y Malicia... había sido mucho más afectuosa ante la irritación o la desdicha de él y mucho más fría cuando él se ponía romántico. ¡No era extraño que hubiese sido imposible ponerse de acuerdo!

Miseria se apretaba contra él, el pelo flameante. La golpeó. Ella se tambaleó con el golpe, sonriendo vagamente. Él agarró su flameantes trenzas y la atrajo rudamente hacia sí, golpeándola de nuevo con furia. Ella se lanzó a recibir su salvaje beso. Atón mordió sus suaves labios, con fuerza, para hacerla sangrar; ella gimió de placer pero no sangró. Atón le echó un brazo al cuello, sujetándola. Luego acudió a su mente una imagen de suaves campos de hvee de amor desbordando, a la espera, ansiando egoísta un objeto.

Miseria se estremeció y se agitó, con una expresión de dolor en la cara.

—Sí —dijo él—, duele, ¿verdad? Cuánto más te dolería si te amase a ti, a ti misma y no sólo al hvee... —Brotó de ella un grito estrangulado.

La sujetó, inmovilizándola, a pesar de que ella era muy fuerte.

—Te das cuenta, Miseria... estoy siendo en realidad más sádico de lo que puedes imaginar. Sé que te hace daño estar cerca del amor... por tanto te hiero mucho más amándote. Y tú deberías gozar del amor del hombre que más te hiere.

Ella dejó de debatirse y le miró confusa. No podía entender las palabras que decía, pero el sentimiento que había tras ellas era devastador.

—Tendré piedad de ti —continuó él, sin soltarla—. Te ahorraré lo que mi amada no me ahorró. Porque no puedo sentir directamente tu emoción, ni en el sentido en que tú puedes sentir la mía. Porque tú no puedes comprender la paradoja de tu mentalidad. Porque yo sé de la sinceridad de tu intención, y de la necesidad de tu viudez. Porque quiero hacerte feliz en el breve tiempo de que dispongo. Te recompensaré volcando en ti toda la furia que siento por lo que tu hermana me ha hecho.

»Voy a matarte, Miseria.

Cogió su cabeza con sus poderosas manos, clavando los dedos en los oídos de

Miseria y retorciendo. Ella sonreía. Sus músculos se tensaron por el esfuerzo, mientras intentaba romperle el cuello pero lentamente. Ella cedía entregándose al impulso de él. Era como una muñeca, inerte, flexible, increíblemente dura por debajo. Entonces la furia se apoderó de él, y empujó aquella cabeza contra el colchón como si pretendiese arrancarla y enterrarla por la fuerza bruta.

Pasó mucho rato hasta que, agotado, comprendió que sólo con las manos, aunque fuesen muy fuertes, no sería capaz de matar a la muñoneta. Era una criatura hecha para el castigo; que amaba el castigo; destinada a él.

Atón descansó, derrotado, su cuerpo caliente contra el de ella, acariciándola. Incapaz de expulsar aquello que estaba dentro de él.

¿Quebraría un cuchillo aquella carne aparentemente frágil? Tenía miedo a probarlo. El látigo, muy gastado, no había dejado la menor señal en su cuerpo.

Pero había otros misterios. Todas las muñonetas estaban hechas con el mismo molde, todas respondían a la sádica inversión amorosa, mientras que los hombres parecían ser normales. Pero no había visto ninguna mujer vieja. ¿Serían todas jóvenes?

—¿Hasta qué edad vivís, Miseria? —Esta vez con los signos galácticos. Ella intentó contestarle.

—No hay límite...

—¿Sois inmortales? ¿Cómo morís?

—Cuando hay dolor, demasiado, mata.

Y nuestro amor es vuestro dolor, pensó él. Mientras te odie un hombre, tú vives y te haces cada vez más bella, y tu cabello flamea. Pero cuando el hombre es amable contigo, cuando te ama, mueres.

Sin embargo, había muerto Roca Rosada, no su mujer.

—¿Conoces el significado del amor? —le preguntó.

—Oh, sí, es mi ser. Yo amo...

—¿Amabas a Roca Rosada?

—Sí... era bueno, al principio. Pero no teníamos hijos. Entonces su mente comenzó a deformarse, y me hería. Podría haber conseguido que me amase de nuevo, si no se lo hubiesen llevado.

Por supuesto. La muñoneta era dura. No se resignaría desvalidamente. Si un hombre comenzaba a «herirla», intentaría curar el dolor reconstruyendo su actitud original. Haría, de hecho, todo lo que estuviese dentro de su considerable capacidad para conseguir que él, según criterio masculino, la odiase. Los hombres de Miñona difícilmente podían permitir esto. La frontera entre amor y odio podía parecer a algunos estrecha, pero podía ser también asombrosamente ancha... ancha como la sima de Chthon. Pues, ¿quién podía decir de qué manera podía manifestarse aquella emoción terrible, antes de que se asentase en el objeto previsto?

Los hombres de Miñona eran sabios. Comprendían el poder destructor almacenado tras la imprudente antorcha de emoción incontrolada. Daban el caritativo

y necesario paso, y la extinguían antes de que la muñoneta actuase. Eran buenos, a su modo... intentaban devolver al hombre su odio natural antes de que muriese, para que le acompañase a su mundo espiritual.

La civilización de la mayor parte de la galaxia no era tan sabia. Enfocaba la piedad como abstinencia de muerte. Reconocía el peligro intrínseco del amor de la muñoneta pero prefería enviar a la víctima a la prisión eterna de Chthon, en vez de realizar la ejecución directamente.

Pero ni siquiera Atón podía contener el mal de aquel amor. ¿Cuántos habrían muerto allí? ¿Por qué había penetrado Malicia en la galaxia? ¿Cómo? ¿Por qué le había buscado a él? ¿Por qué había inflamado su joven amor, que debía haberla torturado desde el principio? Ella podría habérselas arreglado mucho mejor sin él, segura en su puesto del Servicio Mercante. O en su mundo natal, donde los hombres comprendían.

Su cerebro sabía la respuesta, pero no se la entregaría a la conciencia. Tenía que decírselo ella, allí en el...

—Miseria... ¿era el amor de Roca Rosada más fuerte que el mío, antes de que cambiase?

—No, Corazón de Piedra. Tu amor es el más fuerte. Más que el de ningún hombre.

Porque yo soy de la galaxia. Porque soy miembro de una especie no condicionada a la muñoneta. Qué extraño gozo, cuando una mujer de este planeta escapa y penetra en la galaxia, donde los hombres todos sienten sus sentimientos con ingenua fuerza. Donde ignorantes del lazo telepático, una confusa noción de cólera y dolor calcina su imaginación.

Sí, mi emoción es fuerte. El sensible hvee respondía a ella y creció para mí en mi niñez, y Malicia comprendió aquella posibilidad (y algo más) cuando encontró a aquel niño en aquel mundo pastoril. Hizo su sacrificio y tejió su fina red sobre aquel niño, y le despidió antes de que la retoñante sensación fuese demasiado para ella. Ella sabía que mi amor no era para ella, no entonces, aunque lo tentaba poderosamente. Era entonces un retazo inofensivo, un momento de anticipación, aún sin madurar.

Hasta que la localicé, destrozado por tal frustración y tales dudas por la infructuosa búsqueda que fue incapaz de resistirse. Intentó disfrutarme secretamente, próxima pero disfrazada. Hasta que la pintura de los sextianos traspasó al capitán y reveló a la muñoneta...

...Y nos condenó a ambos.

—Ven, Miseria —dijo—. Descargaré sobre ti un amor como nunca has soñado.

Noventa y nueve hombres y ciento cuarenta y dos mujeres iniciaron los horrores del Camino Difícil. No con valor y audacia, no buscando un destino con firme decisión, sino asustados, desesperados, empujados... Empujados por la certeza de que tras ellos sólo habría hambre y dolor.

La revolución de las cavernas inferiores había sido traicionada, y todos ellos debían pagar el precio del fracaso. Ya no bajaría más comida de las cavernas superiores. La gente de Contador tenía amplias reservas, tenían piedras suficientes almacenadas para una emergencia como aquélla: no cederían.

El fragmento de granate azul de Engañado podría haber comprado tiempo, de conocerse antes su existencia. Pero era luego, por el contrario, prueba de condena, pues demostraba que habían negado lo que los jefes de la caverna superior sabían cierto. En realidad la rebelión no había tenido ninguna posibilidad de triunfo; había sido sólo un pretexto conveniente para eliminar a toda la población del mundo inferior.

Aquel viaje se iniciaba con fatalismo. Nadie dudaba de que la mayoría morirían muy pronto, y no limpiamente.

La leyenda del doctor Bedside les guiaba. Él había logrado escapar cinco años atrás, en la dirección del viento, con el maletín atado a su nervudo cuerpo, y una piedra aguda en la mano. Había desaparecido en la tierra de la quimera y no habían vuelto a saber de él. Hasta que Atón confirmó que había logrado escapar. Bedside había pasado al otro lado de la cordura... pero, ¿podría tal locura apoderarse de doscientos cuarenta y un viajeros experimentados y prevenidos? Seguían la ruta del doctor, buscando pruebas de su paso. Si existían: esta segunda vez sería más fácil. Se equivocaban, claro.

Atón marchó en vanguardia durante diez horas, o lo que calculó que serían diez horas, siguiendo las espaciosas cavernas y pasajes arriba por una suave pero firme rampa. Las paredes iban abriéndose cada vez más, el techo elevándose; al aumentar el espacio, disminuía y se refrescaba el viento. El viaje llegó a resultar casi agradable. De no ser por la falta total de alimentos, las cavernas exteriores hubieran resultado mucho más adecuadas para la residencia humana que las que ellos habían conocido. Descansaron unas seis horas, los hambrientos estómagos gruñendo. Nadie hizo guardia. Todos tenían que viajar juntos, y las aterradoras criaturas del pozo jamás se aproximarían a grupo tan numeroso. Casi esperaban un ataque... porque entre todos quizás pudiesen atrapar y derrotar incluso a la quimera, que si duda alguna tendría

carne en el cuerpo. El hambre paralizaría el viaje a su inicio a menos que localizasen pronto algo comestible. Bedside debía de haber comido algo encontrado en las cavernas.

Al tercer día de marcha el hambre y el agotamiento comenzaron a eliminar a los primeros. Fueron metódicamente descuartizados y devorados.

Atón se mantuvo en el vacilante círculo mientras Jefe indicaba el sistema: cortó los miembros calientes con su hacha mientras otros hombres los arrancaban del tronco del primer cadáver. La sangre salpicó y cubrió la hoja, se derramó sobre el suelo de piedra, espesándose mientras fluía mórbidamente cuesta abajo por el camino que ellos habían seguido. Hastings hizo una hoguera, quemando unos cuantos pellejos de agua inútiles ya, secos y viejos; el humo y el hedor eran nauseabundos, y la carne se cuarteaba y goteaba sin llegar a usarse bien. A partir de entonces, tendrían que comerla cruda.

El hacha de Jefe completó la tarea, reduciendo los miembros a trozos más pequeños y cuarteando el tronco. Cuchillos y piedras individuales se apresuraron a concluir la tarea.

—Quien tenga hambre, que coma —dijo Jefe.

No hubo muchos que lo hicieran, esta primera vez. Los restos utilizables se envolvieron en los pellejos que quedaban y se asignaron a portadores, pues Jefe no era partidario de desperdiciar nada. Los huesos y otros restos se dejaron para la quimera. A medida que avanzaban iban cayendo más, a los que los supervivientes devoraban, haciendo ascos a la carne cruda, pero considerando preferible comerla a morir de hambre.

Al poco tiempo, todos los supervivientes del grupo comían... por definición. Los que habían sido incapaces de superar sus escrúpulos, habían muerto.

Los escrúpulos no servían en el Camino Difícil.

Al cuarto día de marcha comenzaron los ataques. Los rezagados gritaban y cuando el resto acudía los encontraba con las entrañas abiertas. Se organizó un grupo de recogida para salvar las partes aprovechables. Pero el grueso de los fugitivos no se aproximaba, y la quimera permanecía invisible salvo para los ojos que ella devoraba.

En el cuarto sueño Jefe descubrió una misión para el traidor. Ató a Engañado a un saliente situado un poco más lejos de la zona de acampada.

—Canta si ves a la quimera —le aconsejó—. Duerme si quieres.

Atón escuchaba.

«...sé que he hecho mal. No hacía más que mentir. Atón fue más listo, sólo mintió cuando era provechoso. Debió pensar que nos liquidarían a los dos si se enteraban. Me pregunto quién encontraría el otro pedazo de granate azul... Alguien lo cogió y lo pasó de contrabando arriba. Pero supongo que estoy pagando ahora por todas las pequeñas mentiras... porque no puedo pagar por las auténticas, éstas son parte de mí. Pero sé que tengo que pagar, y la única manera es como él me mostró, descargándolo sobre otra cosa, como hizo Granate. Debo ser castigado por una

mentira que no conté, y quizás esto compense por las que conté y no puedo pagar.

«¿Quién es? Te oigo, no puedes ocultarte de mí, te oigo muy bien. No pretendas engañarme. Oigo el... el rumor de tus pisadas, y... y el resollar de tu respiración y el roce de tu cola y...»

Los gritos apagados hicieron correr hacia allí a los hombres del grupo principal, que quedaron sobrecogidos ante la visión de lo que quedaba. De las cuencas vacías goteaba la sangre, y también de la boca donde había estado la lengua y también de más abajo, de entre las piernas arañadas.

Jefe estudió el cuerpo aún vivo y alzó su hacha. De un golpe le cortó el cuello.

—Así acabará antes dijo, disculpándose por su debilidad.

Otro hombre soltó el cadáver del saliente.

—Quizás sea esto lo que diferencia a los hombres de la quimera —dijo—. Nosotros matamos antes de apoderarnos de los manjares.

¿Eso hacemos? Se preguntó Atón. ¿Hacemos realmente eso?

A poco de iniciar la sexta marcha, llegaron al río situado a varios centenares de kilómetros del punto de partida. El río era profundo y de rápida corriente, y el agua clara atravesaba la tortuosa caverna, formando una pequeña hendidura en su curso. Era la primer agua corriente que veían en Chthon, y aquella visión era como un milagro.

—Magnífico —dijo Jefe—. Si podemos beber esto...

Se sacaron y mezclaron los granates recogidos. Hastings se encargó del asunto. Hundió ambas manos en el pellejo de granates y sacó dos puños cerrados mientras Jefe colocaba a los otros en una línea irregular, Hastings puso sus puños bajo la nariz de la primera persona, una mujer. Esta palmeó la mano izquierda. Se abrió mostrando un granate rojo normal. La mujer lo cogió, lo tiró de nuevo despectivamente y se alejó sin más.

Hastings volvió a meter la mano vacía en el saco y la sacó de nuevo, cerrada. El siguiente de la fila eligió el mismo puño: un segundo granate rojo. Se apartó también, aliviado.

El tercero era Atón. Eligió la misma mano: en ella estaba el fragmento azul fatal.

—Uno —dijo Jefe—. Será mejor elegir otro para estar seguros. Una mujer se adelantó en la fila y se acercó. Era Granate.

—Yo lo haré —dijo—. Si me permitís que adelante mi vez. —Jefe frunció el ceño, pero dio permiso.

La fila se deshizo. Volvería a formarse a la siguiente crisis, con el hombre que seguía a Atón a la cabeza, en el orden fijado, hasta que hubiese probado suerte todo miembro del grupo. Después, volvería a empezar. Retiraron los granates.

Jefe señaló la corriente de agua.

—Bebed —dijo—. Una buena cantidad. Llenad también vuestros pellejos. —Se dirigió a los otros—. Seguid con el condensador. Aun no estamos seguros.

Los otros no necesitaban la advertencia. El agua podía estar envenenada, o podía

contener diminutas criaturas marinas mortíferas para la carne viviente. O criaturas mayores, que esperasen a que entrara en el agua el primer hombre desprevenido. Chthon jamás era inocente.

Atón y Granate bebieron. El agua no estaba fría, pero tenía un sabor fresco y dulce comparada con la que se extraía del aire. Si los dos sobrevivían, los otros tendrían la certeza de que aquella fuente era segura.

—Si siguiésemos el río —comentó Hastings— no necesitaríamos para nada el condensador. Ni los pellejos.

Jefe le miró.

—¿En qué dirección iríamos, río arriba o río abajo?

Hastings hizo un gesto extendiendo las manos.

—Comprendo lo que quieres decir.

—Yo no —dijo la amiga de Atón, la de pelo negro—. Podemos seguir río arriba, tendremos agua, y estaremos seguros de acercarnos a la cima. ¿Qué problema hay?

—Podemos ir río arriba —dijo pausadamente Hastings— y encontrarnos sólo con una capa de roca porosa por la que se filtra la humedad hasta acumularse en cantidad suficiente para formar el río.

—Sigamos entonces río abajo —dijo ella con afectada indiferencia.

—¿Cuánto tardaremos según tu opinión en llegar a la superficie si vamos hacia abajo?

—Oye, saco de grasa —dijo ella, mirándole suspicaz—, hemos de ir en una dirección u otra.

—Podemos seguir por las cavernas —dijo Jefe, interrumpiendo la disputa—. Van hacia arriba y el viento demuestra que van a alguna parte.

El grupo, que no era ya tan grande como había sido, vadeó el río cuidadosamente y prosiguió su marcha. Los túneles continuaban elevándose y ensanchándose. El brillo de las paredes disminuía, dando sombra; la vanguardia y la retaguardia de la columna eran atacadas más persistentemente por invisibles predadores. Atón y Granate caminaban juntos en el centro, un poco separados de los demás, que, les dejaban sitio a ambas partes. Su posición no era coincidencia: la prueba del agua no sería válida si caían bajo las garras de la quimera. Tenían que protegerlos, pero hasta que pasase tiempo suficiente una relación estrecha con ellos no resultaba aconsejable. El agua podría haberles transmitido una enfermedad frente a la que aquellos prisioneros tuviesen muy poca defensa natural.

—Ya no me insultas, Granate —comentó Atón.

—No tiene objeto ya, Atón. Perdí.

—¿Por qué quisiste beber el agua conmigo? —preguntó él, pinchándola.

Ella cerró los ojos, orientándose por el rumor de las pisadas del grupo, cosa que todos podían hacer ahora. La pregunta no exigía respuesta, pero aun así ella habló.

—Porque tú eres como él —aquella era su primera referencia a su vida anterior a Chthon—. No en la apariencia, pero sí en el corazón de piedra. Los hombres, los

demonios como tú, no tienen piedad, sólo decisión y objetivos.

—Y tú le amabas y le mataste porque él no llegaría a amarte nunca —dijo Atón—. Y ahora me amas a mí.

—Intenté evitarlo. Me di cuenta de lo que eras la primera vez que te vi.

Oh Malicia, Malicia, ¿me torturas a mí igual que yo torturo a esta mujer solitaria? ¿Por qué he de hierirla?

—¿No sabes que nunca seré tuyo? Nunca te besaré. Nunca te amaré.

—Lo sé —dijo ella.

—¿Y vas a matarme, también?

Ella continuaba caminando, incapaz de hablar.

—¿O te matarás a ti misma, esta vez?

La venganza era amarga; ya no le preocupaba. Granate había sido un peón en su juego, nada más. Le había servido de coartada cuando lo del granate azul, atestiguando que habían estado haciendo el amor en el momento crucial. Era un recuerdo más agradable que la verdad: que él la había violado una vez y la había hallado solícita y dispuesta. Ahora ella compartía la culpa por la muerte de Engañado, y lo sabía.

—No hay escapatoria —dijo él, hablando tanto para sí como para ella—. Intenté romper su dominio, pero ella recorrió años luz para abatirme. —¿Por qué le contaba sus secretos a aquella mujer?, se preguntó. ¿Se había apoderado en realidad de Granate para vengarse, o sólo porque necesitaba un objeto, una propiedad, incluso en Chthon?

¿Comprendía él algo de sus propios motivos?

Dos marchas más les llevaron a cavernas realmente espaciales. El techo se alzaba en una majestuosa oscuridad, y los pasillos tenían una anchura de unos treinta metros. El viento era sólo un desmayado murmullo, y la temperatura fresca: algo desconcertante sin duda en Chthon. Había una sensación especial, una expectación; las cavernas no podían continuar mucho más. La firme elevación debería haberles llevado ya muy cerca de la superficie.

De pronto las paredes concluyeron. Se hallaban al borde de la terminación del pasillo: una enorme sima, tan ancha que la otra orilla se perdía en una sombría oscuridad, y tan profunda que las piedras que arrojaban no llegaban nunca a devolver el sonido de su choque con el fondo.

Se agruparon recelosos, doscientos hombres y mujeres al borde del abismo. El suelo terminaba por ambos lados; no había manera de rodear.

—Enciende una antorcha —dijo Jefe.

Una de las escasas teas se iluminó, escupiendo su luz amarilla con insólita brillantez. Alzándola, Jefe se asomó al borde del precipicio.

—No suelen arder de ese modo —murmuró alguien—. Es demasiado intenso el

fuego.

—¿Qué sabes tú? —dijo otro—. Hace tres años que no ves auténtica luz...

El techo de la sima se hizo visible con el resplandor. Estaba más próximo de lo que Atón había supuesto, a unos quince metros, y era una masa de formaciones porosas como un paisaje submarino, de la que caían chorros de opaco vapor. Había en aquello algo amenazador. ¿Qué vapor sería más pesado que el aire? Pero el otro lado de la sima seguía invisible, y las profundidades en las que se hundía la niebla eran una masa lóbrega.

Jefe gritó, y el eco tardó diez segundos.

—No hay modo de saber la profundidad que tiene esto —comentó un hombre. Jefe sonrió.

—¡No! —exclamó Hastings, dando un gran salto para detenerle. Pero era demasiado tarde. Jefe había arrojado la antorcha al abismo. Hastings miró horrorizado.

—Idiota, eso es gas —dijo—. Arderá.

Fascinado, el grupo veía bajar la resplandeciente antorcha. A medida que caía iba haciéndose más brillante su luz, iluminando el abrupto cañón que había bajo sus pies. La luminosidad era extraordinaria; la luz se convirtió en una pequeña nova. De pronto, pasó a reflejarse abajo en una nube blanquecina que llenaba el fondo del abismo. La pared próxima quedaba desdibujada.

La antorcha alcanzó la nube gaseosa, y de pronto estalló una luz que resplandeció silenciosamente, como una sábana de luminosidad, y se desvaneció luego. De nuevo el resplandor, revelando el esplendor de Chthon en una radiación de neón.

Atón atisbó hacia abajo, y vio el rostro de Malicia, en el fuego y en la profundidad, parpadeando, apareciendo y desapareciendo, con una sonrisa. «Bésame», decía la silenciosa imagen. «Aquí está la otra cara de la canción. Fuertes manos le hicieron retroceder.

—Supongo que no querrás morir de ese modo —dijo Granate.

Al fin el brillo se desvaneció, y el abismo se oscureció de nuevo.

—No es lo bastante denso —dijo Hastings, que tenía todo el cuerpo cubierto de un sudor frío—. Demos gracias a Chthon de que no nos hayas hechos estallar en un infierno. ¿Te das cuenta de lo que es esto?

Jefe aceptó la reprimenda.

—¿Qué es?

—El ciclo del fuego —dijo Hastings; todos le miraron interrogantes—. El vapor gotea del techo, es una especie de gas natural. Se condensa en un pozo al fondo. Probablemente haya varias hendiduras y fisuras que absorben la mezcla y la conducen a las llamas. Kilómetros de pasadizos, similares a los que hemos estado recorriendo, sólo que mucho más profundos. Todo es como un gigantesco soplete (si es que recordáis este término primitivo), escupiendo fuego y aire supercaliente por el otro extremo, calentando las cavernas. El aire, al moverse y expandirse, se enfría,

hasta que llega aquí y roza esas formaciones saturadas de arriba, recogiendo más combustible.

—Lo que tú no sepas... —dijo Jefe desconcertado.

Esto significaba, comprendió Atón, que todo era un ciclo cerrado. Vapor de agua, oxígeno, combustible... todo ello filtrado a través de roca porosa, que no permitía ninguna salida física. Por aquel camino no había salida, ni aunque hallasen un medio de cruzar la gran sima. La corriente de aire no iba a ninguna parte, y ellos seguían aún atrapados.

El grupo dormía: hombres y mujeres tendidos en el suelo en todas las posturas posibles, recuperando fuerzas y ánimos para la vuelta al río. Por la mañana los que no fuesen capaces de continuar, o no tuviesen deseos de hacerlo, serían sacrificados y cuarteados; era ya rutina, no había que echar a suertes para aquel servicio. Unos cuantos voluntarios hacían guardia viento arriba, aunque dado el fatalismo predominante la quimera no causaba ya tanto terror. Si apareciese, el primer grito originaría una persecución salvaje: tras la carne de su cuerpo.

Granate no dormía. Contemplaba la sima, silenciosa y quieta. Su vigoroso cuerpo había enflaquecido con la pesada marcha. Pronto estaría delgada... pero ahora tenía una hermosa figura.

Atón se acercó y se colocó tras ella.

—Ahora podría tirarte. —¿Nunca acabaría?

—Supongo que el agua es segura —dijo ella.

—Vuélvete.

Granate se volvió con una hosca semisonrisa. Atón posó una mano sobre su clavícula, los dedos acariciando el cuello, y la palma encima y entre los pechos. Hizo una lenta presión.

—Tu cuerpo quedará enterrado en esa niebla —dijo—. Irá cayendo en ella, hasta que choque contra el fondo sin sonido para oídos humanos, y quede allí tendido, al amor de la roca y el gas hasta que se pudra y se sublime en alimento de la llama de los sacrificios. Una pira para Granate. Eso te gustará, ¿no es cierto?

—Los dos bebimos, y no pasó nada. Debe ser agua buena.

—Quizás sea mejor que haga el amor contigo primero —siguió él—. Luego morirías. Todo lo que yo toco tiene que morir.

—Sí.

Empujó, pero Granate no cedía.

—Detrás de ti hay un abismo —dijo—. Profundo como un pozo.

»Nunca supe exactamente cómo viajaba ella —continuó Atón, deslizando su mano hacía abajo para apretar sus pechos, pero manteniéndola al borde de la sima—. Yo la dejé en el asteroide, encerrada en el esphotel, y me llevé el transbordador espacial, de modo que tuvo que quedarse allí o que revelar su identidad y su situación a extraños. Yo volví a casa, y luego fui a Idilia, pero de algún modo ella jamás me dejó... y volví a encontrarla en Hvee. Estaba en el bosque, con su canción... La

canción que nunca acabé. Y supe entonces que tenía que matarla.

Los talones desnudos de Granate descansaban en el borde mismo.

—Pero no había ningún precipicio, ninguna montaña allí, junto a la finca. Tenía que ser de ese modo especial, sabes. La llevé al pozo del bosque, que era muy estrecho, muy profundo. Que la caída la matase como mató a mi segundo amor, al romper la concha.

Se acercó aun más, doblando los brazos, apoyando las manos en los hombros de Granate.

—Porque la muerte hace del amor una ilusión. «Bésame Atón», me dijo, allí en la montaña, allí en el pozo. Y entonces la canción cesó. —La sacudió—. Dilo.

Granate tenía los ojos cerrados.

—Bésame, Atón. —La muerte estaba tan cerca de ella como los labios de él.

—El crimen que retoñó en efígie debe florecer en realidad. Yo rocé sus labios —la besó, lentamente—. Y la empujé...

Los pies de Granate abandonaron el borde cuando la fuerza brutal de Atón la levantó. Ella se balanceó en el borde, y se hundió y cayó, y vino a descansar al lado de él, tendida en el suelo.

Él palmeó su pelo.

—Y ella dijo, «sabía que no podrías hacerlo, Atón... que no podrías siendo real.» Y no pude. Y el amor hizo de la muerte una ilusión.

La sostuvo allí, quieta y muda.

—No hay ninguna canción en ti, Granate —dijo él—. Pero si hubiese de amarte la canción vendría, y tú perecerías, pues sólo la muñoneta me gobierna.

—La muñoneta —murmuró Granate. La sujetó, sintiendo su terror.

—Mi planeta, mi hogar, mi mundo de Hvee me vendió a Chthon, porque yo la amaba. Y ahora vuelvo.

—Todos moriremos, Atón.

—Yo no tengo elección, comprendes —dijo él, y la de nuevo en la cara y en el pecho; y luego la dejó.

— 9 —

El Camino Difícil, pensaba Atón, el Camino nos ha sacado del mundo de los vientos constantes donde permanecemos tanto tiempo, en lo que no sabíamos lo que era comodidad. Nos ha mostrado el mundo del corazón del horno, donde los gases generadores inyectan su esencia en el sistema general, como la propia tierra en el suyo, sin descanso y sin remisión, para arder brevemente y apagarse y volver al fin, agotados, sólo para incendiarse de nuevo. Y ahora nos muestra el último de sus poderosos elementos, el mundo del agua.

Permanecía al borde del río, mirando hacia él soñando. Aquel río había sido despreciado antes. ¿Se vengaría ahora, como una mujer?

Kilómetros más allá, corriente abajo, el grupo se había reunido y descansaba mientras dos hombres exploraban, uno río arriba y el otro río abajo. Ambos dejarían huellas de su paso, para indicar su ruta; el resto seguiría al que no regresase. Era lógico: ¿qué hombre, después de hallar la libertad, volvería a aventurarse en las cavernas? ¿Qué hombre se arriesgaría a perder una salida esperanzadora volviendo atrás? Sólo el derrotado volvería con sus camaradas.

Así Atón iba solo, hacia la fuente del río, porque su ansia de escapar era la más fuerte. Iba armado, y llevaba un paquete de rica carne roja y tenía una misión. Bedside había ido por aquel camino, probablemente, y Bedside había escapado. Encontraría un indicio en cualquier sitio.

La luz era más brillante, allí junto al agua. Atón se detuvo a hundir los dedos en el líquido claro y a tocar la brillante orilla que había a sus pies. La superficie del sendero era suave y un poco resbaladiza. Sus pasos iban dejando manchas oscuras en la piedra, como si aplastase aquellas lámparas vegetales que vivían sobre la roca. Brotaba del agua también la verde luminiscencia, lanzando su energía sobre la cara de Atón con belleza surreal.

A un lado del río había un estrecho canal, una especie de sendero elevado como de medio metro de anchura que iba ascendiendo por la pared de la derecha. Atón lo siguió, pues resultaba insólitamente oportuno. La alternativa era vadear el agua, que probablemente le llegase hasta la cintura y que corría con fuerza, y entregar los pies desnudos a cualquier cosa que acechase sumergida.

Tomó el sendero, pero sin confiarse. Chthon nunca ofrecía nada que pudiese aceptarse con seguridad. Algo tenía que estar usando aquel sendero, y ese algo era sin duda hostil. Avanzaba rápidamente, no tanto porque debiese aprovechar el tiempo (aunque muy bien pudiese ser así, y era mucha la distancia hasta la superficie) como por confundir y sorprender a la criatura que hubiese tras él. O a cualquier otra que acechase delante.

Recorrió más de un kilómetro sin encontrar nada. Ningún maligno animal de las cavernas le impidió el paso. No apareció ante él ningún precipicio. El sendero continuaba, liso y firme, y el agua fluía pasivamente al lado. Luego las paredes comenzaron a separarse, permitiendo al río deslizarse sobre sus bancales de mármol para decorar un pulido paisaje. El sendero seguía, serpeando sobre y alrededor de ríos de piedra y variados restos y desechos.

Las cavernas comenzaban a mostrar su variedad. Empezaron a aparecer estalactitas, grandes carámbanos de piedra que apuntaban hacia el suelo, y columnas de estalagmitas que se elevaban a su encuentro como monstruosos dientes. El río se convertía en una corriente de breves, rápidos y tranquilos pozos, y a su alrededor la piedra aparecía pulimentada en tranquilos matices. La suave luz, que reflejaban tanto el agua como la lisa piedra, daba un encanto mágico a todo el paisaje.

Atón continuaba lentamente. Le impresionaba aquel paisaje insólito del mismo modo que podría haberle impresionado una mujer hermosa pero desconocida. Aquellas cavernas estaban quietas y silenciosas; no había allí viento, y su ausencia resultaba sutilmente inquietante. Las flexibles cámaras se ensanchaban y estrechaban y se ensanchaban de nuevo con un ritmo serpentino, alfombradas de resbaladizos morrillos, las paredes cubiertas de tapices minerales. Las columnas caían imperiosas; había bosques de ellas, separadas sólo por los sinuosos canales del río y por el liso sendero que seguía Atón.

Aquello resultaba sospechoso. No era el mortífero submundo que él conocía. ¿Dónde estaban las salamandras, las quimeras? ¿Dónde estaba el propietario de aquel sendero?

¿Dónde los dientes rojos, las garras?

¡Movimiento! Atón apretó su trozo de piedra preparado, pues si el animal no huía, debería matarle. Tras las columnas de piedra lo vio fugazmente: un cuerpo inmenso y peludo, gris. ¿Peludo? ¿En las cavernas?

¿Era indicio aquello de que la salida estaba próxima?

Pronto lo vio claramente. No era en realidad peludo. Era un enorme lagarto, que pastaba en la pared con sus vigorosos dientes: no era un carnívoro, se alimentaba de aquella materia verde que desprendía luz. Probablemente fuese inofensivo. Sin duda la quimera cazaba alguna otra cosa antes de que descubriese al hombre.

Atón se acercó a él por detrás, buscando un punto vital bajo las coriáceas escamas. La criatura era grande, del tamaño de un hombre. Estaba erguida y, apoyándose en sus dos patas traseras, abrazaba con sus miembros delanteros la pared. No se volvió; bien por no oírle, bien por no considerarle peligroso. Hundió la afilada piedra bajo el brazuelo derecho del animal, donde las escamas eran finas. La piedra penetró fácilmente, a través de carne suave. El lagarto cayó al suelo sin ruido, sin ningún chillido, sin comprender, apretándose la herida con la garra opuesta; desconcertado por el dolor la abría aun más, mientras Atón la observaba, respirando pesadamente. Poco después le sacó los ojos y le dejó allí, debatiéndose aún, empapando de sangre la piedra verde.

Las paredes se estrechaban de nuevo, y el río y el sendero proseguían. Esta vez vio formas en el agua: peces gomosos y sin ojos nadaban de lado a lado por el fondo. Vida marina, al menos.

Recorrió kilómetros sin novedad. Bruscamente acabó el pasillo. El agua caía de un alto túnel vertical, burbujeando en un estanque redondo y fluyendo de él al lecho del río que había venido siguiendo. El sendero rodeaba la pequeña laguna y se desviaba. Penetraba a través de las rocas en una especie de pasadizo circular.

Atón miró aquel pasadizo secamente cortado y no vio nada. Aplicó el oído a la pared y oyó un ruido, una especie de pulsación, como un latido cardíaco. Algo había al otro lado. Algo grande.

Miró hacia el estanque y vio una extraña medusa globular en el fondo, de quizás

un metro de diámetro, situada en una olla junto a la catarata. Miró hacia arriba y vio... Luz. Luz del día.

La pared era áspera e irregular. Los estratos cortados se agrupaban en círculos concéntricos, algunos se proyectaban varios centímetros hacia la cristalina columna de agua que caía a plomo. Uno de los lados era relativamente liso, como si el agua lo hubiese erosionado en un caprichoso esfuerzo doméstico; pero había unos treinta centímetros o más de espacio a ambos lados, entre la pared y el agua.

Atón se quitó el pellejo (un impedimento ridículo dadas las circunstancias) y lo dejó con lo demás que llevaba, disponiéndose a la escalada más difícil de su vida.

El diámetro del fuste de la columna era de aproximadamente un metro en la base, y parecía ampliarse ligeramente en la cúspide. Atón apoyó su espalda contra el lado liso, extendió los brazos en semicírculo apoyándolos en la pared al nivel de los hombros, y alzó un pie alrededor del desbastado centro de la columna para hacer fuerza y buscar apoyo en el lado opuesto. Utilizando también el otro pie comenzó a subir, mientras el río corría inofensivo entre sus piernas extendidas. Con los brazos alzados fue impulsando su espalda; luego dio dos pequeños pasos por el otro lado. Y así siguió, avanzando unos centímetros de cada vez.

La ascensión no era difícil, al principio, pero quedaba mucho camino que recorrer. Decidió no dosificar sus fuerzas, pues incluso el acto de descansar en aquella posición le fatigaría. Si pudiese lograr llegar arriba rápidamente, tendría suficiente oportunidad de descansar. Si no conseguía llegar enseguida, la fatiga le impediría continuar.

Aceleró el ritmo, apoyándose con fuerza en la roca con la espalda, en un doloroso roce, accionando incesantemente los músculos de sus piernas. Comenzó a sentir el cansancio primero en los brazos, y pasó a apoyarse en los codos, moviéndolos justo para mantener el avance, y sin preocuparse del áspero roce de la pared.

Pese a que la fatiga iba dominándole, no cedía. Sus ojos miraban fijamente hacia el centro de la columna que tan cerca estaba, dejando que aquellas profundidades le hipnotizaran. Deseaba apartarse de la pared un instante y abrazar aquella forma perfecta, y deslizarse por ella suavemente hasta la base, besando su limpia superficie. De pronto sintió sed, una sed inmensa, como nunca había sentido en su vida, y la fresca rociada del agua que salpicaba su cara torturaba su lengua y su garganta.

Un trago, se decía, y todo habría acabado. Era la copa de la muerte lo que buscaba, que denegaban aire y fuego, pero que nunca había visto tan deliciosamente próxima como entonces. Muerte. ¿Por qué habría matado al lagarto? Había sido un acto de puro sadismo, un acto del que había disfrutado, que le había resultado placentero. ¿Por qué?

¿Por qué quería morir? ¿Qué le pasaba?

En el cristal que tenía ante él brillaban los ojos acuosos de Malicia, insinuando una respuesta que él no se atrevía a aceptar. Ella estaba en el fuego; ella estaba en el agua. Los prisioneros de Chthon hacían bien en temerle. Él estaba enamorado del

mal. Pero el poder de aquella imagen le sostenía. Había sido incapaz, antes, de matar al objeto de su terror. Los lazos de la niñez habían sido demasiado fuertes. Pero después de los rigores de Chthon tendría aquella fuerza, y haría lo que tenía que hacer.

Primero desentrañaría el misterio de la muñoneta, viajando hasta el mundo madre de que le había hablado Hastings a cambio de un granate. Miñona: un planeta prohibido cuyo emplazamiento era tan secreto como el de Chthon, debido a la naturaleza mortífera de sus habitantes. No, ellos eran humanos, pero la ingeniería genética podía realizar cosas extrañas dentro de la concha del cuerpo humano, y hacerlo menos compatible con la generalidad de la especie que cualquier otra forma ajena. No, Hastings no sabía en realidad cómo eran los habitantes, según había dicho, y se había callado de pronto, como molesto por las preguntas de Atón. Hastings había dejado de hablarle; nadie lo hacía ya, salvo Jefe, secamente, y Granate.

Sin embargo... él no era de Miñona. Él sólo quería saber. ¿Qué veían en él aquellos rudos prisioneros que les hacía retroceder y huírle?

¿Por qué habría matado al lagarto? Era Malicia la que necesitaba muerte. Él era enemigo de la muñoneta, y de nadie más. Salvo por aquella necesidad, él era libre.

«Y todos, en la celda de sí mismos, están casi convencidos de su libertad», había dicho el antiguo poeta Auden en las recordadas profundidades de LVT, que ahora guardaba Granate. ¡Casi convencido!

Su cansado cuerpo le había llevado ya casi a la cima. Los interminables túneles se extendían a unos veinticinco metros por debajo, esperando, quizás en vano. Metro y medio más arriba, la luz del día se derramaba sobre el borde; luz mezclada con agua corriente. El verde brillo había desaparecido, incapaz de enfrentar al sol; y había luz, mucha más luz de la que podía recordar que existiese en un mundo habitable.

¿Iba a estar desvalido frente al brillo de la libertad? Esperó, contemplándolo, procurando ajustar sus ojos a la nueva situación antes de continuar.

Alzó la cabeza sobre el borde y vio la superficie del planeta, a sólo unos metros de distancia. La boca de la cueva se abría al liso resplandor del agua que penetraba por ella. En la distancia se reflejaba un árbol... una palmera. El olor de la naturaleza, del aire libre, llegó hasta él pleno y embalsamado.

Y alzándose sobre el agua hasta la cúpula superior vio las estalagmitas del hombre: barras de acero. Una prisión perfecta: el sonido del agua de la catarata anularía cualquier tentativa de pedir ayuda, suponiendo que hubiese oídos humanos que oyeran, y suponiendo que tales oídos no fuesen los de un guardián de la prisión. Las rejas, claro está, eran a prueba de fuga. Cualquier tentativa de romperlas o desplazarlas haría sonar la alarma. Al estar emplazadas dentro de la cueva, resultaba difícil verlas desde fuera; el agua, que entraba hacia allí, no podía transportar hacia afuera ningún mensaje.

Casi convencido.

Por allí no podía escapar de Chthon. Aquél era el camino de Tántalo.

Atón jamás recordó el descenso. Se encontró de pronto tendido sobre el estrecho sendero, con la espalda y las piernas doloridos, lleno de rozaduras en los hombros y en las plantas de los pies, en los codos. Una palabra resonaba en su mente y repiqueteaba en los túneles de su cerebro. Se concentró y consiguió captarla: riachuelo.

De pronto supo con una fe que desmentía cualquier coincidencia la auténtica identidad de la superficie de Chthon y vio la alegoría poética de todo ello y la ironía denegada redención. ¿Qué podía haber encima del infierno, salvo el cielo? Era justo, era justo, se dijo que rechazase desde abajo lo que había arrojado desde arriba. La celda de sí mismo no estaba preparada para la libertad.

Hundió la mano en el agua fría y humedeció su tensa frente. Conocía aquel agua, aquel río, aquel riachuelo que penetraba por un lado de la montaña... y nunca volvía a salir.

V. Miñoneta

____ Trece ____

La miñoneta no preguntó a Atón cómo había conseguido la libertad. Le parecía natural que sus métodos, como los de ella, fuesen suficientes. Caminaban juntos por el bosque de Hvee, su eterno lugar de reunión, y los árboles de gruesa corteza se alzaban sobre ellos, aceptando alegremente el juego de sus emociones.

La ninfa del bosque avanzaba esplendorosa, el pelo flameando sobre el vestido verde pastel. Sus leves pies acariciando los marchitos restos de años pasados, y sus dedos de éxtasis apretaban los de él. Ella había dicho, y él aceptado, hacía mucho, que no podía haber ninguna mujer comparable a ella. El eco de la canción inconclusa la rodeaba, torturante, arrebatada, esencia y quintaesencia...

—¿Y tuviste una mujer en Chthon? —le preguntó, bromeando, segura de que ninguna mujer mortal podía significar nada para él.

Atón intentó recordar, intentó imaginar a otra mujer, a cualquier otra; pero ante la presencia de Malicia era imposible.

—No recuerdo.

—Has cambiado —dijo ella—. Has cambiado, Atón, y eso es obra de mujer. Cuéntame.

—Tuve una miñoneta.

Los dedos de ella se tensaron. Nunca hasta entonces la había visto sorprenderse por algo. No decía nada.

—Sí —dijo él— ya sé. Pero ella no tenía la canción.

Eso fue todo; ninguna explicación, ningún soliloquio era necesario. Miseria había sido olvidada, tras una sola noche de extraño romance. Ni la apariencia ni la naturaleza de la miñoneta serían como base a su amor: sólo el ser de su visión infantil que poseía la música y la magia de su juventud. Oh alegría que...

El bosque se aclaraba cruzado por una autopista de asfalto, cálidas ondas negras brotaron a la conciencia. Sobre la autopista se alzó un transbordador espacial distante, dirigiéndose a recibir a algún visitante en órbita. Aquél era el reino de la exploración y el comercio, de las naves y las flotas mercantes. Y la miñoneta parecía caminar a su lado de uniforme: bella, competente, severa, implacable, hembra.

—¿Nada más para el espacio, capitán?

—Nada más, maquinista.

—Podías haber regresado, cuando yo me fui a Chthon.

Ella movió la cabeza negando con decisión.

—Los inocentes xestianos sabían, y la noticia se extendió rápidamente por el

espacio. Para una miñoneta andar abiertamente entre hombres significaba muerte. Y...

—¿Y...?

Ella guardó silencio, y esto fue respuesta suficiente. El esphotel...

Cruzaron el calor negro, y penetraron en un campo de hvee, el campo del padre de Atón, y caminaron entre las plantas jóvenes que buscaban como él mismo, un objeto de amor. Arriba, el cielo retrocedía ante crecientes cúmulos; se preparaba una tormenta de verano.

Del bosque a la nave espacial: Atón recordó su primer viaje... él y su hvee, buscando amor. Él, con el hvee, había descubierto que era algo horrendo en su formación plena: un dragón cuya cola, una vez cogida, no podía soltarse fácilmente.

¿Por qué había acudido ella a él, en aquel primer día de su nuevo año, cuando tenía a su alcance a todos los hombres del espacio? ¿Podía haber sido coincidencia, aquel astuto encuentro en el que le había mostrado la melodía, le había dado el hvee, le había besado, y había atado para siempre su corazón al de ella?

¿Por qué se había ocultado de él, después de cautivar su amor? ¿Por qué se había ocultado tras la imagen del capitán conociendo la tortura que él experimentaba? Ahora sabía la respuesta, después de su experiencia con Miseria. Pero de todos modos esto no explicaba satisfactoriamente lo sucedido en el esphotel: el incidente que le había mostrado la maldad básica de la naturaleza de ella y le había hecho huir de ella tan desastrosamente. Maldad no de la emoción, no.

Hubo primero aquel trato silencioso, luego... Luego...

Se abrió una compuerta en su memoria, y Atón comprendió al fin lo que el horror le había negado durante casi tres años. Si... si la miñoneta era malvada, también lo era él.

—¡Tú intentaste defender a aquella mujer... La que abandonó a mi padre! — exclamó entonces, como en el esphotel.

Entonces, como en el pasado, la miñoneta, la miñoneta nada dijo.

—¿Cuándo te fuiste tú al espacio? —preguntó. Habían dejado atrás el campo de hvee y estaban sentados en el viejo cobertizo del huerto. Era un techo puntiagudo apoyado en cuatro gruesos y gastados postes. El aliento de la tormenta que se avecinaba descendía y atravesaba las ausentes paredes, produciendo escalofríos en su piel.

El frío emocional había estado más próximo, luego, cuando Atón avanzó con ásperos pasos hacia la verdad que su intelecto rechazaba. Los dos luchaban por comprender frente a una extraña resistencia en un recinto muy parecido a aquél, subjetivamente, Atón nunca había apreciado antes toda la fuerza del choque cultural.

—Yo conozco la respuesta —continuó Atón—. Sé cuándo fuiste al espacio. Lo leí en el diario del Yocasta. Ingresaste en la flota mercante como auxiliar de cubierta, a principios de §375. Pediste el traslado al Yocasta a pesar de que tenías oportunidades mucho mejores en otras naves, cinco años después, como miembro del equipo de

asesoramiento comercial, y lograste que la nave parase en Hvee al año siguiente.

»Pero la cuestión vital es que saliste al espacio a los pocos meses de nacer yo. El porque elegiste esa nave concreta y ese programa concreto, antes de llegar al grado de capitán, tienen menos importancia que tu historia anterior. ¿Dónde estabas antes de §375? ¿Qué nombre tenías? Nada dice de eso el diario de a bordo.

Malicia se mantuvo inmóvil, tanto en el cobertizo como en el esphotel.

—Tú estabas en Hvee —dijo Atón, y ella no lo negó—. Tú conociste a Aurelius, después de la muerte de su esposa. Tú me conocías. Y... tú conocías a la muchacha con la que él se casó. La muchacha de Miñona. La conocías muy bien.

Ella seguía inmóvil, mirándole intensamente.

—Porque en realidad —dijo él con un esfuerzo supremo tu eras aquella chica.

Y siguieron sentados allí, considerando aquello que los dos habían sabido y de lo que nunca habían hablado.

—La que abandonó a mi padre. La madrastra que yo he jurado matar.

Oh, Malicia, podría haberte perdonado eso, después de saber cuál era tu auténtica naturaleza. Pero ése no es el mal más grave. Ese no es el horror que me apartó de tu lado.

—La primera mujer de mi padre murió dos años antes de que yo naciese —dijo Atón, admitiendo la verdad por primera (y segunda) vez en su vida—. Su hijo nació muerto. Yo no tuve madrastra.

—Sí —dijo ella, rompiendo al fin el silencio—. Sí, Atón: yo soy tu madre.

Bajo la fresca sombra del cobertizo, contemplaban el campo de hvee. Ninguna persona trabajaba allí entonces pero las plantas parecían lozanas. Alguien cuidaba de ellas con gran amor, como Aurelius no podía hacer ya, y Atón reconoció en su corazón aquellas manos.

—¿Por qué no me lo dijiste aquella primera vez? —le preguntó—. Antes del... del esphotel.

Y sabía la respuesta mientras hablaba: una respuesta única entonces, doble ahora. Ella era su madre. ¿Cómo podía ella decirle eso al hombre que se creía su amante?...

¿Qué podía decirle a él, que había confundido su amor tan estremecedoramente? Sin embargo, ¿cómo podía entregarse ella a su hijo?

Pero él estaba fingiendo. Ella podría haberlo intentado, durante el primer encuentro en el bosque... y él, demasiado joven para comprender las complejidades del asunto, habría acudido a Aurelius y lo habría destruido todo. Su padre aún seguía deseando ardientemente que ella volviese, y no carecía de poder. Desde el momento en que supiese...

Y la segunda vez en el bosque, Atón era ya lo bastante mayor como para ver en aquella mujer milagrosa una pequeña parte de lo que su padre había visto. Y también Atón tenía poder, como los acontecimientos habían demostrado.

Así habría razonado él, espúreamente, en el esphotel empujado por fuerza a ocultarse tras la fachada de la razón. No había comprendido entonces en realidad, y

había sospechado que no comprendía, y se había sentido muy alterado por su aparente satisfacción.

Ahora comprendía la segunda razón, más básica, y no existían las trampas de la convención social. Pues para la miñoneta placer era dolor y dolor placer. Ella había respondido a un visitante de su mundo destrozado por el pesar y el odio a sí mismo, Aurelius, porque su hijo, al nacer, al morir, había matado a su amada. La miñoneta había amado a Aurelius porque le resultaron irresistibles su tremendo sentido de culpa y su conciencia de traición. Lloraba aún a su antigua esposa y sin embargo encontraba atractiva a Malicia, y se condenaba a sí mismo ferozmente por ello, y así la conquistó a ella y se derrotó a sí mismo, sin saberlo.

En Hvee había concebido a su hijo. Cuando llegaron a conocerse más, Aurelius dejó de sentirse culpable, y gradualmente llegó a amarla sin sensación de culpa. Entonces ella comprendió el peligro... demasiado tarde. Dio a luz a su hijo y huyó, porque una estancia más prolongada sólo podía traer mayor dolor para ambos. Su amor continuado habría destruido a Aurelius, simplemente porque ella era lo que era. Porque ella le amaba a su modo, y no podía obligarse a herirle del modo que su cultura exigía. Un hombre de Miñona habría comprendido, pero no Aurelius.

Su hijo había crecido con tal odio al recuerdo de la madre descarriada que había rechazado su conocimiento de los hechos y había preferido recordar sólo a la madre que habría deseado tener. Nadie podía haber dicho a Atón la verdad prematuramente. Había estado ciego.

Más aún: el mismo dolor y la misma rabia que alimentaba se convirtieron en deleites de ella, pues ella era la miñoneta. Podía leer el odio de él, incluso cuando era niño y aún no la conocía, y era la emoción ideal para su especie. Oh, sí. Ella le besó, embelesada por su confusión, y le mandó a casa antes de que se desvaneciese la maravillosa emoción. Cuando se encontró con él de nuevo a los catorce años volvió a hacerlo; la frustración y el sentido de culpa de él ante lo que sospechaba malo fueron suficiente estímulo para ella. Cuando él la buscó a bordo del cuidadosamente elegido Yocasta (que sólo ahora comprendía él lo indicativo que era, pensado para guiarle hasta ella cuando fuese lo bastante maduro para comprender) el dilema de ella se agudizó. Él había llegado demasiado pronto; pero había sufrido el tormento de acuciantes frustraciones, y ella se sintió incapaz de huir. El juego había continuado, introduciéndola aun más en la órbita de él: el horror que el cargamento de taphidos le había producido, su fría cólera ante el dominio que ella adquiriría sobre él al descubrir su robo del libro de registro, su dolor por la mujer que creía haber perdido. Hasta que los hábiles xestianos, que también eran semitelépatas, la habían descubierto y la habían dejado indefensa frente al ingenuo amor de su hijo.

Ella había ido con él porque no había podido oponerse, y porque dadas las circunstancias tenía que abandonar el servicio mercante. Se había ido con él sin saber muy bien cómo iba a enfrentar la crisis que se avecinaba. No podía decirle la verdad, porque eso habría significado alejarle de sí para siempre... pero tampoco podía

entregarse al abrazo apasionado de él. No podía quedarse y no podía marcharse.

Así, en este callejón sin salida, prefirió el silencio. Sólo así podía mantenerle cercano pero distante, hasta que se presentase una alternativa más sólida.

Así razonó Atón, entonces pero no en el pasado... y pensó que ni siquiera esto era bastante. Su imaginación luchaba desesperadamente por protegerle del recuerdo en la medida de lo posible, y ahora le daba una base involuntariamente. Tenía que desentrañar el mal, sabiendo que estaba allí, sabiendo que él no era aún lo bastante maduro para afrontarlo.

El episodio del esphotel aún no había concluido. Ambos tenían que representarlo hasta el final, en el pasado y en el presente, hasta que quedase claramente al descubierto todo el motivo de su tormento.

El secreto se había aclarado: Atón estaba enamorado de su madre. Había que empezar por esto y volver atrás. Revivirlo... si era capaz.

Atrás... tal como ella había supuesto que él haría, Atón reaccionó ante la noticia con angustiada indecisión. Aquello con lo que él había soñado era imposible. Por muy dulce que su emoción pudiese ser para la sensibilidad de ella, iluminando su hermoso pelo, era un lujo vacío. Él se iría y jamás volvería a encontrarse con ella. Prescindiría de ella.

¡Qué poco entendía él a la miñoneta!

Desnudo, tal como ella recordaba después de que se había quitado el traje espacial, le hizo una seña.

—Atón —dijo. Ella era absolutamente bella.

Él se acercó, como hacía siempre, tan turbado por sus pensamientos como por la situación. Le dolía terriblemente perderla, pues ella había vivido (como mujer) en su amorosa imaginación desde el primer encuentro en el bosque.

—Atón —repitió ella—. En Miñona...

En el esphotel había sido la primera que oyera el nombre de su planeta natal, y sólo el nombre se le había grabado...

—...nuestra cultura no es como la vuestra. Me equivoqué al irme con un habitante de otro planeta, pero yo era joven entonces y no comprendía. —Le cogió las manos en un gesto familiar—. Atón... en Miñona las mujeres viven mucho tiempo, viven mucho más que los hombres. La miñoneta sobrevive a su primer marido, si es que no le ejecutan antes, y luego pasa a pertenecer a su pariente más próximo. De éste pasará a otro pariente, y después a otro, de una generación a la otra, hasta que al fin es demasiado vieja y tiene que dar a luz una hija. Este es nuestro sistema.

Atón se arrodilló torpemente ante ella, sus manos prisioneras en las suyas. ¿Qué intentaba decirle?

—Atón, tú eres en parte de Miñón, eres de mi raza.

El horror de la noticia comenzó a penetrar en él, entonces.

—Tu eres mi madre...

—Sí. Por eso ha tenido que suceder todo esto. Esa es la razón de que acudiese a ti tan pronto en el bosque y te diese la canción y el hvee... para que supieses en tu espíritu lo que podía leer en tu libro. Que tú eres de Miñón, que naciste para poseer a la miñoneta. Tú debes hacer esto, y tu hijo después de ti, porque es algo que está en tu cultura y en tu sangre... en tu naturaleza.

Rechazando lo que ahora sabía que era la verdad, Atón sufrió un choque aun mayor. Pues aunque la cultura que él comprendía le prohibía totalmente aquello, había sido educado, en una inversión paralela a la inversión emocional de ella (de la que él nada sabía entonces) para creer que ella era la más deseable de las mujeres. Porque ella, dado el incompleto conocimiento que él tenía de su origen, no tenía relación alguna con él.

Ahora él sabía que ella, por creencias propias que eran para él fundamentales, le estaba prohibida. Y sin embargo le parecía...

Le parecía aún la mujer más irresistible que podía imaginar. Ella se había ofrecido a él... y él la deseaba, físicamente, más que nunca. Esto era lo que más le torturaba.

—Hasta este momento —dijo ella— no estabas preparado, Atón.

Hubo de esperar muchísimo tiempo para ganarte.

Y se relajó en la litera, espléndida en su reposo, atrayéndole hacia sí. La llama viva de su pelo crepitaba, sobre su cara y sus hombros y su pecho perfecto, iluminando su cuerpo. Y los ojos verdinegros, tan próximos, abrieron ante él profundos paisajes.

—Tanto tiempo —dijo ella—. Bésame, Atón, y ven a mí. Ahora, Atón... ¡Ahora!

_____ Catorce _____

El día estaba revuelto. Se levantaron juntos y dejaron el cobertizo del jardín, caminando entre el viento.

—¿Por qué me permitiste descubrir tu identidad en el esphotel? —le preguntó entonces Atón—. Lo que deseabas... podría haber sido, fácilmente, si yo no hubiese sabido...

—Atón —dijo ella, moviendo la cabeza en suave reproche—. ¿No has estado en Miñona? ¿No has visto lo que el amor, tu amor, puede hacer a la miñoneta?

Él se había permitido olvidar.

—Tu amor me habría matado, como me habría matado el de tu padre, si hubiese sido tal como tú imaginaste cuando me cortejabas —explicó ella—. Sólo tu conocimiento de la verdad te podía hacer condenar nuestra relación. Sólo mediante esa emoción (negativa para ti) podías acercarte físicamente a mí. Tenías que saber.

Atón no pudo contestar inmediatamente. Ella había esperado mucho tiempo... pero su encuentro había sido prematuro.

—Muerte y amor estaban ligados siempre, para nosotros —dijo él, sin mirarla—. La muerte de la ilusión, el amor del dolor. Yo tenía que pensar que tú eras mala, y tú tenías que dejarme creerlo. Pero mi resistencia era más fuerte que el deseo. Te dejé, después de todo.

—¿Lo hiciste Atón?

El sendero se hizo más empinado, aunque había amainado el viento. Él la ayudó a subir, aunque ella no lo necesitaba. La discusión murió cuando pareció metamorfosearse de nuevo, para ajustarse al solitario desfile de recuerdos de él. Ahora llevaba un paquete y su pelo rubio flotaba agitado por una brisa vaga. Brillaba en su muñeca un círculo de plata.

Atón sintió un vahído, preguntándose de pronto si había habido alguna vez un intermedio con una hermosa esclava, un segundo amor que esperaba piadosamente combatir al primero... un amor que le habría salvado de Chthon, si hubiese sido capaz de aceptarlo. ¿Había sido ella una persona real, o sólo otra imagen de su fantasía? ¿Se había apartado realmente alguna vez de la muñoneta?

¡El tema de la concha! ¿Eras parte de la canción rota? ¿Fue mi sueño vano, incluso entonces?

Incluso entonces...

Nadie muere en Idilia... salvo la esperanza.

Estaban en la cima de un cerro que representaba una montaña. Atón olvidó su duda. Bajo las nubes agrupadas la vista era hermosa, todo brillaba con ese color especial del principio del oscurecer. La concha, la canción... inútil entender.

—¡Te amo! —gritó él, su voz distante en sus propios oídos—. Te amo... —Y una vez más su emoción era honrada y fuerte.

Su pelo era rojo; era negro; se estremecía de dolor; y ella cayó, como tenía que caer, cruelmente golpeada. El rayo, la lluvia, empapando, cubriéndolo todo. La melodía que él amaba quedó barrida y la sangre empapó el suelo.

Él cayó después, rodando, saltando ladera abajo, abrumado por el golpe que había asestado involuntariamente, intentando atrapar la canción y hallando sólo barro y desgarrados matorrales. El amor estaba prohibido. Jamás había tomado a una mujer por amor, sólo por objetivos mórbidos. Siempre la canción había segado el amor... y ahora él estaba más allá de la canción; la había perdido, había quedado rota para siempre... y el agua fría derramándose sobre su cara alzada le ahogaba.

Besó la lluvia y en una hora, o en un instante Atón se vio al cenagoso pie de la colina, junto a la charca que alimentaba las malignas larvas anuales y propagaban la mortífera peste. Al fondo yacía el cuerpo desnudo, encantador, pero no muerto, no muerto. De la oscura superficie de la charca venía un brillo verdoso, un brillo chthoniano, que hacía retroceder las limosas sombras y delataba el lúgubre oleaje de la orilla.

Recuerdos reprimidos se agitaron en él, insinuaciones de horror y de terrible carnicería. Él había estado allí antes. Él había...

Aquel cuerpo no muerto se elevó, y el pelo no era ni rubio ni flameante sino un húmedo intermedio. No tenía una forma de divinidad sino que era ya solo hembra. Se acercó, bordeando la oscura laguna, caminando por un estrecho borde.

Atón permanecía en aquel borde también, incapaz de apartarse de la fétida orilla. No habría modo alguno de eludirla, salvo correr alrededor de aquel sendero de pesadilla en una furia desesperada, incapaz de comprender su propio pánico. No cedió a este impulso, se quedó quieto viéndola avanzar lentamente hacia él, con pequeños y pesados pasos. Observó el segundo cuerpo de ella que avanzaba también tras el primero, y el tercero que avanzaba tras el segundo: varios cuerpos, cuerpos horribles.

Triunfó el terror. Se giró apartándose de la charca... pero la lluvia opresora se alzaba en paredes que él no podía atravesar, arqueándose sobre él en una cúpula opaca y sin fisuras. Él no podía huir.

Miró hacia la charca, y la pareció que las formas que había en ella no eran grandes yerbas, sino lenguas. Había una mayor que el resto, más próxima. Era una gran lengua tubular que se alzaba ciegamente buscando carne. Pronto le localizaría, y avanzaría en su dirección.

Huyó, resbalando. Pero desde el lado opuesto se acercaba alguna otra cosa, algo denso, una inmensa espiga, y no había escapatoria.

Atón apoyó la espalda en la resbaladiza pared, alzó los ojos hacia el arqueado cuenco de arriba, y procuró pensar. No pensaba lúcidamente ni bien, el apetito de su intelecto turbado por aquel paisaje repugnante que se abría ante él, pero digería lo suficiente como para mantener sus débiles fuerzas y sustentar por un instante su mundo.

Este callejón sin salida, este horror, es algo que yo mismo hago. No puedo ser real en un sentido físico, sólo en Chthon son reales estas cosas.

Mi mente ha vestido su tumulto con alguna aterradora alegoría, como ya ha hecho antes. Ha teatralizado mi conflicto mental, forzándome a resolverlo ahora, o a prescindir de la pretensión de cordura. Estoy en la orilla de la charca y en ella no hay ningún monstruo, no hay ninguna pared a su alrededor, hay sólo la plaga incipiente y la persistente lluvia. No hay figuras repetidas que avancen sobre mí, ni una terrible espiga del otro lado; sólo la mujer a la que amo y a la que debo odiar, la tentadora muñoneta.

Pero el conflicto, lo sabía muy bien, era real, y había llegado para él el momento de la decisión, fuesen cuales fuesen los elementos y significase lo que significase su resolución. Estaba atrapado por una red tejida hacía mucho, cuando había seguido aquella melodía oída a medias en el bosque convirtiéndose en su esclavo. Había sido incapaz durante toda su vida de completarla y de huir de ella. Ni siquiera Chthon había resuelto aquel dilema. Ahora tenía que enfrentar él mismo las espectrales alternativas, y asumir los rigores de aquella elección.

La columna de mujeres que avanzaba representaba a Malicia, en todas sus

formas: ubicua, pero incapaz de aceptar amor directo. Su emoción normal era una espada blandida contra la muñoneta. ¿Debía matarla con aquel amor?

¿O debía esperar a que se acercase por el otro lado la temida espiga: la obscena inversión de su relación? Atenazado por esto, se convertiría en una criatura de perpetuo odio, un muñón, su autoidentidad e integridad sepultadas en sadismo. Ella florecería; se completaría su canción. Pero él miró fijamente el agua estancada y vio allí siniestros movimientos, y oyó la flexible lengua chasquear más cerca. Podía escapar a su alternativa lanzándose en el buche de aquel estiércol personificado. Los sépticos hilos del limo ensuciarían su piel e imprimirían en ella la mortífera peste que se había llevado a su padre. No habría piedad.

¿Vivía aún Aurelius? Atón no lo sabía.

Tenía que haber otra alternativa. Alguna salida que le liberase, o que al menos pospusiese el desenlace. Un drenaje, una salida del estanque, alguna súbita abertura que condujese a lo desconocido, algún escape, algún alivio. ¿Podría hallarlo?

Cuando admitió su necesidad de ello, apareció ante él: una abertura hacia lo desconocido. Podría conducir a la muerte, o a posibilidades más sobrecogedoras incluso que aquellas de las que huía. Una vez tomada, esta ruta no permitiría el retroceso, lo mismo que uno no puede volverse atrás cuando ya se ha lanzado por una catarata. Vaciló.

Aurelius ha muerto, dijo la muñoneta, muy cerca. Ella había sentido irse al viejo, disuelto al fin por el auténtico monstruo-estanque, la peste. Atón había sentido también la pérdida, había sentido que cesaba una división emocional, en aquella semitelepatía que nunca hasta entonces había admitido poseer. Aquel mismo sentido le advirtió puramente que él había tenido cierta participación en la muerte de su padre, aunque fuese involuntaria. ¿Había tenido tan amplio alcance la decisión que estaba tomando? ¿Era éste el precio de su fuga?

Comprometido ahora por oscuras circunstancias, siguió el camino emprendido, negándose a considerar el odioso precio que hubiese de pagar por ello. Borearía el límite de la propia locura, por la desmayada esperanza que ofrecía. El gigante torbellino le sorbía, y la oscura y asfixiante ola se cerró sobre él, llevándole al fin hacia.

_____ Quince _____

Atón se encontró en la superficie del asteroide esphotel, desnudo entre su masa y la inmensidad del espacio. Desnudo porque aquella roca carecía de accidentes y era noche cerrada; ninguna gravedad le consolaba con su abrazo, ninguna atmósfera acariciaba su colgante traje. Sólo la acción estática de sus botas mantenía su tenue contacto con el pequeño planeta, ligándole con suficiente firmeza siempre que no

saltase.

Miró a su alrededor, sobrecogido por aquella singular y no desagradable confrontación con una naturaleza inanimada. Tras él estaba la entrada del esphotel, que conducía al transbordador espacial en el que se proponía salir de allí, y que llevaba también al lujoso interior y a una oferta que él no podía aceptar. Dijera lo que dijese ella, fuera lo que fuese, ella estaba prohibida. Tenía que apartarse de ella. Pero primero necesitaba aquel paseo por la superficie para calmarse.

Ante él, la soledad era casi total, y necesitaba aquello. Era patente el contraste entre las facetas del hombre, su mensurable logro y su inconmensurable soledad, de aquel hombre que atravesaba una roca sobre la cual no podía vivir.

Aquel esteroide era plano, un fragmento de un cuerpo mayor, y recordaba los lejanos tiempos de la Tierra madre y los ancestros que creían que su mundo era plano. Habrían tenido razón, si hubiesen vivido allí.

Aquella meseta sin relieves estaba tan desolada como el paisaje de su vida. A su alrededor brillaban las estrellas, en aquel sector nocturno, prometiendo emoción y aventura y consuelo en su gran número, si fuese posible acceder a su población. Sin embargo, él había estado ya en aquellos lejanos sistemas, y había sufrido a través de su evanescente promesa y encontrado soledad en su corazón.

Grandes zancadas transportaban su cuerpo a lo largo de la llanura mientras corría, un pie siempre en el suelo, dirigiéndose hacia el borde de una meseta que la claridad del vacío proclamaba a kilómetros de distancia. Su final era un precipicio, el borde del pequeño planeta dibujado contra la luz de las estrellas en una pequeña silueta invertida. Se arrojaría fuera, hacia la destrucción y el olvido para caer perpetuamente a través de los abiertos límites de su desolado cerebro, traspasados al fin.

Llegó al borde demasiado pronto. Su mente vaciló. Mi carne, pensaba con amargura, está deseosa; es mi espíritu el débil.

El impulso, engañoso dada la ausencia de gravedad, le hizo superar el límite. Giró alrededor del mellado borde, las botas aferrándose tenazmente a la tierra lo mismo que se aferraba su espíritu a una vida estéril. El asteroide era estéril. En aquel lejano extremo tenía escasamente unos treinta metros de anchura. Mellados estratos mostraban la herida que le había desprendido de su veta madre y le había lanzado al limbo hacía una eternidad. ¿Con qué terrible dolor habría comenzado su jornada, solo, absolutamente solo?

Se inclinó y encontró un fósil: una gran huella de hoja impresa en la piedra, mayor que su mano. Era el recuerdo de una cosa viva, más atractivo en su muerte de lo que nunca podría haberlo sido en vida. Pues su belleza jamás se desvanecería; jamás se extinguiría su esencia.

Sus dedos enguantados acariciaron el inmóvil relieve de aquellas formas honrando una fraternal camaradería. ¿Viajaría el fósil de Atón a través del espacio con tan indiferente esplendor?

Muerte, ¿dónde está ahora tu...?

Intentó borrar la depresión ascendiendo hacia el luminoso lado diurno del asteroide. La hoja debía de haber crecido sin duda bajo la luz del sol. Ay quien pudiera penetrar en el cielo del pasado del fósil, ver el ondulante follaje, acariciar el árbol poderoso. Hacer girar hacia atrás el metrónomo de la materia, permitir que todas las dudas se disolviesen en el suave abrazo de los orígenes de la vida.

El afilado horizonte se iluminó al aproximarse al lado diurno. Una elevación, alrededor de la segunda esquina...

Le bañó la cálida luminosidad de aquel sol; luz, luz por todas partes, barriendo toda oscuridad y toda duda. El mecanismo del traje se compensó inmediatamente, protegiéndole, permitiéndole contemplar la Tierra, ver el aire sobre ella, las resplandecientes nieblas en el aire, las cosas que crecían en el suelo, las grandes hojas verdes.

Para mí esta tierra es fértil y encantadora, convexas colinas altas y esbeltas, conjuntadas con elevaciones suavemente redondeadas, esperando por...

Atón se estremeció, el sellado traje se estremeció también con él como una segunda piel. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué estaba pensando en unidades métricas? No había ninguna atmósfera allí, no podía haber árboles, ni poesía. Aquello era un desnudo fragmento de roca que giraba en órbita alrededor de una estrella numerada. No cabía seguridad alguna en la alucinación. Si se olvidaba realmente por un instante de dónde estaba, la muerte sería un áspero recordatorio.

Sin embargo, abajo, más allá de esas anheladas montañas, donde brillaban las aguas pasivas, la fuente de la vida está esperándome, esperando mientras yo...

Impresionado, Atón se volvió de nuevo, reanudando su avance hacia el fósil del borde del planeta. De algún modo, inconscientemente, había viajado más allá bajando al valle, seducido por la idea de algún feroz éxtasis... al que no se atrevía a ceder. Algo le hablaba, atrayéndole, arrastrándolo hacia algún impensable encuentro.

Más allá de las montañas están las aguas, cálidas y espesas como sangre recién vertida.

—¡Jill! —gritó—. No entres en mi fantasía. Huí de tu crueldad hace diez años; apenas si te recuerdo; tú no perteneces a esto; temo lo que tú significas: sentir la sangre sobre mi mano, sentir el rumor de la risa en mi oído. No es sangre, dices no es sangre sino deleite, ofrecido a mi año catorce.

Atón se volvió una vez más, respirando con dificultad, intentando lograr la objetividad de la hoja de piedra. Aquél había sido el instante decisivo. Hasta entonces había mantenido el control de sí mismo.

La realidad volvía, mostrando los salientes cónicos entre los que había caminado, las sombras brillantes que arrojaban bajo los rayos del lejano sol. Mientras él miraba, aquellas sombras fueron suavizándose, se hicieron niebla. Los cerros se volvieron verdes y más que verdes, respirando esplendorosos.

Ante él, había un ondulado campo que descendía hacia un ~ valle cobijado entre cantiles suavemente redondeados.

El lago secreto estaba allí, más atrayente, más invitador que ningún espejismo aislado. El embeleso que ofrecía en sus profundidades no le repelía ya totalmente. Su sangre cantaba con la necesidad de gozar de aquel líquido, de hundirse totalmente en él. De él había salido; a él tornaría.

¡No! Pero la visión traspasó su resistencia y la invirtió, dejando una vaga y muda protesta repiqueteando atrás, muy lejos. En catorce pasos llegó a aquel lago, y vaciló, temeroso de traspasar la barrera sin nombre dentro de sí mismo. El que llamaba, llamaba, pero aquella mísera y castrada conciencia, en algún punto condenada bajo la pétrea hoja, le pedía que no sacrificase lo que había sido por lo que llegaría a ser. El sudor empapaba su rostro mientras se debatía, sabiendo que el resultado estaba decidido ya, pero luchando aún así por preservar las formas de una perdida inocencia.

Lentamente se alzó una mano que desabrochó el casco separándolo de su traje.

¿Podía ser su propia mano? Los cierres se abrieron, los sellos se rompieron, el casco se apartó de su cabeza. No murió. El aire del valle llegó a él entonces, balsámico y dulce, enaltecedor en su frescura. Saboreó su lozanía y se sintió fuerte. Pronto el resto de su coraje se separó de él; desnudo, corrió hacia el agua.

Una vez más, la desmayada duda le contuvo, una duda permitida ya porque el usurpador se sentía seguro. La resistencia había pasado a ser mera palpitación, mero brillo que añadía lustre al acto. La emoción dominante jugaba felínamente con su timorata conciencia y le daba la libertad de pensar que era libre. Le embargaba la sensación de un inminente triunfo. El roce del agua en los dedos desnudos de sus pies electrificaba su cuerpo. Ya no podía ver el líquido. Sólo su carne tenía conciencia de que se deslizaba voluptuosamente sobre sus tobillos, envolviéndolos en un abrazo de incipiente placer, torturante al principio, esplendoroso en su culminación. Una idea fundamental iba alzándose en él, una idea cuya sola expresión había de ser desastrosamente poderosa, un impulso de tal magnitud que podía mover montañas e inundar de vida todo el lago.

La cálida presión ascendía, rodeando pantorrillas, rodillas, muslos. Le cubría rítmicamente, sorbiendo de él con delicados toques la más profunda fuerza. Su marea se incrementaba, súbitamente, perentoriamente, arrojándole a una segunda visión de una mano joven que viajaba ascendiendo entre unas faldas jóvenes, acariciando la prohibida juntura. Pero esta vez la viscosidad no despertaba prevención ni alarma; le arrastraba hacia allí, hacia dentro con tempestuosa pasión.

Las dos escalas de carne y líquido se mezclaban bajo una imagen superpuesta del nonio, enfocándose ante sus ojos cerrados. Incapaz de retener plena expresión más, se lanzó por completo.

El agua, el paisaje, el universo resonaron con la expansión de su impulso, y de las profundidades de su ambición más íntima, la esencia fluida surgió, ascendiendo, girando, sujeta a enorme presión estallando en un huracán de fuerza, explotando al fin en una torturada disolución en el placer, lacerando carne y fundiendo hueso y saciando espíritu más allá de lo soportable. Se dice que el cielo... Amor ha asentado

su... ¡Oh alegría! ¡Oh alegría! ¡Oh alegría!

Algún poder exterior a él mismo le hizo elevarse y flotar, ascender a través de las impetuosas corrientes de la tortura lejos, lejos, hacia una luz superior. Era la mano de ella, cálida sobre su brazo, apartándole de la destrucción a que le había llevado su pasión equívoca. Al final aguardaba un dios oscuro, algo para quien pasión y culpa eran simples instrumentos, un dios al que un hombre cuerdo no podía servir.

Un dios al que Atón serviría cuando llegase a su mente consciente todo lo implicado en la alegoría del asteroide.

Había cesado la lluvia, aunque él estaba empapado; monstruos y paredes opresivas habían desaparecido. La luz del sol descendía jugueteando, no sobre la rota columna como él casi esperaba, sino sobre un paisaje resplandeciente, alto y verde en la oscuridad, y maravillosamente atractivo.

—Has... ganado —dijo ella, eligiendo una palabra imprecisa; ella era la mujer del bosque, la ninfa del amor—. Yo no puedo, no puedo dejarte seguir ese camino, no puedo dejarte que sigas un mal tan terrible. —Ella hablaba de mal: no lo que habían hecho en el esphotel, sino el dios a quién él iba a servir. El dios que le había ofrecido asilo y santuario. La fantasmagoría cesaba. Los espectros habían desaparecido, fueran quienes fuesen, y Malicia era una vez más el immaculado resplandor de sus sueños. La encantadora dama de su niñez había regresado al objeto de todo su amor, que nunca más volvería a alterarse.

Su emoción pura se acompasaba con la de ella. La besó saboreando al fin la culminación de la melodía. Jamás había sido tan fuerte su amor.

Bajo los suyos, los labios de ella fueron enfriándose. Estaba muerta.

_____ 10 _____

Río abajo: una vez más se ahusaba en un fino y rápido canal, y las paredes se aproximaban entre sí hasta formar un estrecho túnel. Pero el camino continuaba justo por encima del nivel del agua, lo bastante ancho para que los hombres pudieran seguir su marcha en fila india.

Jefe presidía la marcha, atento a las señales del explorador que no había regresado.

—Si esto se estrecha más —dijo— tendremos que nadar.

Nadie hizo comentarios. Nadar en aquellas aguas podía ser peligroso. Cualquier error de juicio enviaría los cuerpos inevitablemente al fondo, a través de posibles rápidos, y a las mandíbulas de predadores fluviales, o cualquier otra cosa preparada para defender la reputación del Camino Difícil. Sobre tierra firme sentían al menos una seguridad parcial, y cada curva que mostraba una continuidad del camino era recibida con un relajamiento de la tensión.

El pasaje continuaba, lo bastante elevado para que un hombre alto pudiese caminar de pie, pero estrecho. El sendero ocupaba un cuarto de la base, el río el resto, y la pared amenazaba con empujar al viajero desprevenido al agua. Continuaba, kilómetro tras kilómetro, dirigido hacia... hacia abajo.

Atón había regresado, a regañadientes, para dar su informe: por arriba no había salida, sólo una catarata imposible de atravesar. No les había hablado del otro túnel más allá de la catarata. Había atisbado por él y oído aquel batir distante, y percibido una amenaza que ningún hombre podía enfrentar. Cómo lo sabía era algo que no podía decir; pero estaba seguro.

Todos creían que fuesen buenas las posibilidades río abajo; Jefe les permitía mantener su loca esperanza. Podría haber una intersección con otra corriente de agua, una corriente cuyo curso podía llevarles hasta la superficie. Después de todo las criaturas de las profundidades tenían que haber entrado por algún sitio... y Bedside había escapado. ¿Por dónde había podido huir si no era por allí? Ay, si hubiese dejado por lo menos una señal.

Milagrosamente, el río terminó. El pasillo se estrechaba constituyendo una puerta casi perfecta, a la que seguía un ensanchamiento. Penetraron en una hermosa caverna cupular con un gran lago en el centro.

El lago tenía unos treinta metros de anchura, y la cúpula se arqueaba hasta una cúspide que quedaba a unos quince metros por encima del agua. El misterioso sendero rodeaba el borde, con una anchura de unos cuarenta centímetros a un metro por encima de la superficie del agua. Las paredes por encima y por debajo del camino eran verticales o inclinadas hacia adentro; no había ni fisuras ni grietas. Un hombre desnudo no podía salir de aquel sendero escalando. Por el lado del estanque opuesto a la entrada, el camino iba descendiendo gradualmente casi hasta el nivel del agua, donde podía verse la parte superior de un agujero de unos setenta centímetros de diámetro. El agua penetraba codiciosamente por aquel agujero.

El estanque era profundo. La verde luminiscencia brillaba bajo el agua varios metros, pero finalmente se perdía en las negras profundidades. El agua estaba fresca; la suerte determinaría los primeros voluntarios para lavarse y nadar.

Todo el grupo se acomodó alrededor del estanque. Jefe emplazó un centinela a la entrada y dejó a los otros descansar. Hombres y mujeres se sentaron como niños al borde del estanque, bromeando y jugueteando en el agua con los pies. La atmósfera era despreocupada por primera vez en el Camino Difícil. No fue preciso echar a suertes, pues la gente, que había olvidado casi lo que era nadar, se lanzó a retozar en el agua alegremente.

Pero Atón se sentía inquieto. Percibía, al contrario de los otros, que había un gran peligro acechando. Un peligro que había brotado de su túnel tras las cataratas y enviado su latir tras él, siguiendo a Atón río abajo. Su mente sentía de algún modo el hambre de aquello, su inmenso apetito, no solo de alimento. Se movía lentamente, kilómetros atrás, pero se acercaba. Se acercaba.

¿Dónde estaba la salida? Aquella caverna tenía que haberse formado por medio de alguna enorme burbuja de gas, durante la época de formación de Chthon, atrapada allí por enfriamiento y endurecimiento graduales de la roca. Luego el río la había encontrado y había cortado a través de ella, llenándola y abriéndose una salida. Eso significaba que no podía haber ningún pasaje profundo bajo el agua, porque si no la caverna no se habría llenado. Y la corriente que fluía a través del agujero visible parecía equivaler exactamente a la que penetraba en la caverna.

Sería arriesgado penetrar por aquel agujero. No habría posibilidad alguna de controlar la rápida corriente. Un hombre se vería desvalido e incapaz... como debía de haberse visto el explorador, puesto que había desaparecido por completo.

Quizás se podía echar al agua un trozo de la soga salvada de la entrada de las cavernas superiores, tanto tiempo atrás, y sujetarla mientras un hombre se introducía por el agujero... si es que podía aguantar la respiración hasta salir a la otra parte. Y, ¿cómo podían estar seguros de que hubiese aire al otro lado, más allá del sello que el agua establecía?

Sin embargo pasaban las horas, y si los demás compartían las dudas de Atón no lo demostraban. Incluso Jefe parecía totalmente sereno, observando cómo Granate nadaba. Los hombres buceaban profundamente en el agua, buscando peces u otros animales marinos, y salían de nuevo con las manos vacías. Algunos se dormían recostados contra la pared; y de vez en cuando un vecino los empujaba bromeando al agua, donde despertaban de su sueño con gran sorpresa.

Aquella caverna cupular parecía lo más próximo a un paraíso natural a que podía llegar Chthon.

Pero Atón no creía en el paraíso. Se tiró al agua y buceó tres metros, seis, tan profundo como pudo, pero no encontró fondo. Subió en diagonal y percibió que le arrastraba y le hacía girar un remolino. No era peligroso, pero le inquietó. La sensación de que acechaba una amenaza se hizo más fuerte. ¿Habría, después de todo, una vía de drenaje abajo?

Nadó hasta la orilla opuesta, desviándose del remolino que había junto a la salida visible. Allí se repetía la corriente submarina. Había, pues, una corriente alrededor de toda la circunferencia del estanque. Aquello era siniestro: ¿cómo podría producirse un fenómeno así en agua quieta?

A menos que algo enorme estuviese subiendo, sorbiendo agua a lo largo de toda la circunferencia del estanque.

Jefe le observaba. Atón indicó con un gesto y el otro asintió. Se había dado cuenta. Nada dijeron a los demás. No tenía objeto dar la voz de alarma hasta que se supiese cuál era el peligro... si es que realmente había peligro. Pero había que hacer algo inmediatamente para investigar la salida. Quizás fuese necesario salir deprisa.

Se oyó un grito del guardián que había a la entrada. ¡Algo atacaba!

Así que no era mi imaginación, pensó Atón. No era que mi mente estuviese perdiendo el contacto con la realidad.

Un forcejeo, un áspero grito; luego cayeron dos cuerpos en el estanque. Uno era el guardia; ileso, nadó hasta el borde y subió de nuevo al sendero. El otro era uno de los lagartos escamosos, herido y agonizante.

Que él supiese, aquellas criaturas no eran carnívoras. Demasiado lentas para ser la quimera, nunca habían atacado al hombre, y eran para él fácil presa. ¿Qué le había pasado a aquél?

Apareció entonces otro animal, y luego un tercero. Pronto el estanque estuvo llenos de cadáveres, al caer las torpes criaturas bajo los cuchillos de piedra de los hombres. ¿Qué era lo que empujaba a aquellas criaturas hacia allí?

Jefe se unió a Atón junto a la entrada.

—Escucha —dijo.

A lo lejos, túnel arriba, se oía un nuevo ruido... distinto a cuantos habían oído hasta entonces en las cavernas. Era el rumor de muchos pies marchando al unísono.

Se miraron, y cayó sobre el grupo un silencio general. Un ejército disciplinado... ¿allí? No tenía el menor sentido. Las gentes de las cavernas superiores no podían haber organizado ningún equipo de búsqueda, y no podían haber proporcionado suministros para llegar tan lejos. Si la salida del largo camino estaba próxima, podrían ser seres humanos, y podrían realmente desfilar, pero no podían llegar de la misma dirección que habían llegado los prisioneros.

El sonido persistía, avanzando túnel abajo hacia ellos, un latido regular que se incrementaba constantemente de volumen. Fuera lo que fuese, aquello era lo que había empujado a los otros animales hasta allí.

Ahora todos los que estaban en la caverna cupular lo oían. Los dormidos fueron despertados y escucharon también anhelantes aquel sonido que no podían entender.

—¡Gran Chthon! —exclamó el guardián, retrocediendo aterrado.

El rumor creció de volumen. Su origen había doblado al fin la última curva, aunque aún no estaba a la vista de los que se hallaban en la caverna.

Pero por fin apareció. Una cabeza gigantesca y grotesca asomó a la entrada. Tenía unos ojos enormes y brillantes y antenas tan gruesas como un dedo y de unos treinta centímetros de longitud. Giraba lenta, mecánicamente, contemplando la caverna, el rumor de pies se apagó. Luego volvió a iniciarse y el animal avanzó... hacia el refugio de los fugitivos.

La parte posterior de la cabeza se comprimía en un cuello que no tendría más de cinco centímetros de anchura. Luego surgía el cuerpo: una especie de joroba irregular y cuadrada, que se apoyaba en dos gruesas patas que se alzaban y caían espasmódicamente. Los que estaban más próximos retrocedieron, asombrados, dejando paso a la criatura.

El cuerpo se reducía de nuevo hasta una cola de unos cinco centímetros de diámetro. Luego, asombrosamente, seguía un segundo cuerpo, similar al primero. Y un tercero, y un cuarto. ¡Aquella criatura estaba segmentada!

Los que estaban frente a su cabeza retrocedían horrorizados, pensando que no

podrían librarse de él, pero no encontraban espacio para retroceder. Algunos saltaron al agua al ver que la criatura avanzaba sin detenerse.

Hubo una algarabía general cuando los que no sabían nadar o tenían miedo de arrojarse al agua intentaban abrirse paso por el borde para dejar sitio al gusano. Atón y Jefe eran ahora los más próximos a la gran cabeza. El hacha de Jefe estaba dispuesta, pero hasta el momento había decidido retroceder en vez de atacar. Aún no se sabía bastante sobre aquella criatura.

El camino estaba atestado. Era muy estrecho, y además había aparecido una considerable extensión del monstruo. Diez, quince cuerpos; y aparecían incesantemente nuevos segmentos, hasta que el animal llegó a ocupar una cuarta parte de la circunferencia. ¿Cuándo terminaría?

Atón se dio cuenta de que las últimas partes eran informes, grotescas, como si no encajaran con el resto de aquella criatura. Ya no eran uniformes, salvo en el movimiento sincronizado de sus patas. Algunos de los segmentos tenían miembros extra que colgaban inútiles a los costados, marchitos. Algunos segmentos parecían tener cabezas secas. Era como si hubiesen pertenecido realmente a especies distintas.

Había incluso un segmento que parecía humano.

¡Ridículo! Atón retrocedió ante el continuo avance de la gran cabeza.

¿Cómo se alimentaba aquel ser? No había ninguna boca distinguible en la parte frontal, y los segmentos no estaban en posición de poder alimentarse eficazmente. Sin embargo iban apareciendo más y más segmentos, que iban ocupando implacablemente el camino. No había duda ya de la conveniencia de quién se había tallado aquel sendero.

La gente se apretujaba y caía al agua en sus locos esfuerzos por escapar. Los que quedaban en tierra estaban amontonados en menos de la mitad del círculo... Y la criatura seguía avanzando. Los segmentos más distantes de la horrible cabeza estaban extrañamente arrugados, como secos y sin jugo; si aquella criatura tenía hambre, — pensó Atón—, se manifestaría de atrás adelante.

Al fin apareció su extremo posterior. Hubo un suspiro de alivio colectivo. El animal no les obligaría a todos a arrojarse al agua.

El segmento final terminaba en un aguijón que se proyectaba como metro y medio. Hubo un grito que sobresalió por encima de la algarabía general. Todas las cabezas se volvieron involuntariamente. La atención de casi todos estaba totalmente absorbida por la oruga, y por eso había pasado inadvertido otro acontecimiento que se había producido en el estanque.

De las profundidades había brotado una forma, alzándose lentamente hasta la superficie. Era como una ballena y llenaba el estanque por completo con su inmensa masa: era una medusa negra de unos treinta metros de diámetro. Por fin brotó del agua su convexa y cerúlea superficie dejando al descubierto un gran orificio circular: una boca. Entonces Atón la reconoció. Era una medusa como la que había visto en las cataratas, pero que había crecido hasta adquirir una asombrosa magnitud. Era, según

Atón sospechaba, carnívora. Los cuerpos de los animales habían desaparecido por la salida del río, así que no tenía pruebas fehacientes.

La prueba no tardó en llegar. La boca se abrió aún más, mostrando un túnel interno blanquecino que espumeó y regurgitó un vapor estomacal amarillento y ponzoñoso. Luego serpenteó en el aire una lengua tubular. Tanteó ciegamente alrededor y luego cayó sobre el cuerpo de una mujer de las que estaba en el agua y la arrastró chillando hacia el interior de la boca.

Entre tanto la oruga estaba también ocupada. La cabeza llegaba hasta la salida del agua, y la cola se había proyectado a lo largo de la entrada y se movía hacia atrás por la orilla opuesta, impidiendo todo, escape. Su poderosa púa era más aterradora incluso que la cabeza misma.

La cola se alargó de pronto, ampliando su longitud más de un metro. Empaló limpiamente al hombre más próximo, que la amenazaba con un fragmento de piedra, atravesándole por la mitad y saliéndole por la espalda. La víctima lanzó un horrible grito y quedó inerte; pero la cola de la oruga comenzó a contraerse y a dilatarse arrastrándole hasta situarle junto al último segmento.

¡Qué asombroso poder! pensó Atón. Atravesar piel y músculo y vísceras y hueso limpiamente.

Luego, parte del cadáver recobró la vida. La cabeza y los brazos del hombre colgaban inertes, pero sus piernas adquirieron el mismo ritmo medido de los segmentos. Los otros segmentos.

La cola de la oruga atacó de nuevo, atrapando a una mujer que intentaba correr. La atravesó por la espalda y salió por el estómago. También ella, como el primero, se hundió en la inconsciencia o en la muerte; y también como el primero unió sus extremidades inferiores al ritmo de marcha, sin morir del todo.

Atón comprendió al fin el carácter mortífero de aquella trampa. Lo que había parecido un inocente paraíso era en realidad el territorio de caza conjunto de dos de los más terribles predadores de Chthon. La víctima podía elegir entre uno u otro... pero no tenía escape.

Y todo el grupo había entrado en aquella caverna y se había sentido tranquilo. Ahora no había tiempo de pensar, de planear o de explorar. La oruga iba incorporando nuevos segmentos a voluntad, tomándolos por atrás, por delante, de lado, donde quiera y como quiera que los encontrase. La medusa-ballena iba sorbiendo a todos los que caían o se tiraban o eran empujados al agua. No parecía tener ninguna urgencia. La muerte podía tardar un rato... pero era segura.

Jefe tomó el mando, agarrando su hacha con ambas manos y utilizando el mango para apartar a la gente. Se hizo sitio y avanzó hacia la cabeza de la oruga. Atón le siguió sospechando sus intenciones.

Jefe tomó impulso y golpeó, con los músculos sobresaliendo hermosamente a lo largo de su espalda. La hoja del hacha abrió la piel gomosa del morro de la oruga. Una verde baba brotó de la herida. La criatura emitió un silbido angustiado por una

válvula que había tras sus móviles antenas y retrocedió. Jefe golpeó de nuevo, dirigiendo el hacha contra los ojos saltones, pero la oruga parpadeó.

Parpadeó: brillantes barras de hueso metálico se arquearon sobre sus ojos formando una máscara protectora. No podía utilizar su cabeza para luchar, pero podía sin embargo protegerse de aquella presa que decidía hacerle frente y combatir. Un instrumento tan tosco como el hacha podía hostigar a aquella criatura, pero no matarla.

Jefe golpeó una y otra vez, y la criatura siguió retrocediendo. Pero al hacerlo, su cola avanzaba por el otro lado, y era peor. El círculo estaba casi cerrado, pues el largo cuerpo se expandía inexorable e ilimitadamente.

—Tenemos que conseguir matarla o hacerla retroceder gritó Atón. O echarla al agua.

Aquel si sería un final adecuado. La oruga ahogándose y agitando el agua con todas sus patas; la medusa-ballena sorbiendo un interminable bocado, un bocado que nunca tragaría completo. Podían morir ambas.

Era improbable. Un ataque concertado de todo el grupo podría desalojar a la oruga. Hombres y mujeres podían bordear a la bestia y agarrar desde abajo las numerosas patas, y empujarla al agua; o subirse en su espalda y empujar desde la pared. Si... se podía lograr. Pero no con un grupo de hombres y mujeres aterrados. Sería imposible dado el pánico establecer la organización necesaria. Una huida directa y evidente era lo único que podía movilizar a aquellas personas.

—¡El río! —gritó Atón, indicando con un gesto el agujero. Jefe le oyó por encima de la algarabía general y miró alrededor. Comprendiendo, retrocedió hasta aquella zona y se mantuvo firme allí dispuesto a impedir el avance de la oruga.

—¡Hay que atravesarlo! —gritó Jefe, indicando el agujero—. ¡Vamos!

Un hombre de la multitud vio la señal y se hundió en las aguas superficiales que había entre la masa central de la medusa-ballena y el borde del estanque. Medio nadando, medio caminando por la esponjosa carne, llegó hasta la salida y se metió de cabeza por ella. El agua se arremolinó tras él empujándole y ayudándole.

Una pausa; luego le siguió otro hombre, perdiéndose de vista antes de que el monstruo acuático pudiese encontrarle. Luego fue una mujer y luego fueron siguiéndole los demás, eligiendo la ruta desconocida para huir de los visibles horrores.

El sexto hombre que entró en el agujero fue Hastings. Pesaba más de cien kilos, según sus propios cálculos. Demasiado tarde, descubrieron que su barriga no cabía por el agujero. La cabeza y los hombros desaparecieron; pero sus piernas y sus pies quedaron pateando en el agua.

—¡Sacad a ese cabrón de ahí! —Gritaron enloquecidos los que iban detrás. Cabeza y cola de la oruga avanzaban, a medida que el animal estiraba su cuerpo. El monstruo acuático deslizaba su terrible lengua cerca ya del agujero. Si no se eliminaba rápidamente aquella obstrucción, todos los que quedaban perecerían.

Atón saltó al agua y agarró los chapoteantes pies. Apoyó sus propios pies en la roca y tiró con vigor, pero el agua había encajado con gran fuerza aquel grueso cuerpo. Cambió de táctica e intentó empujarlo hacia adentro, pero el tamaño era excesivo. No podía salir ni en una dirección ni en otra. Las dos piernas continuaban pateando violentamente, dificultando sus esfuerzos. Parecía no haber modo de liberar a aquel hombre.

Jefe miró hacia abajo, con expresión hosca. La cabeza de la oruga estaba casi de nuevo junto al agujero, ahora que no había ya nadie hostigándola.

—No podemos perder tiempo —gruñó Jefe—. Quita.

Atón se apartó, sin perder de vista ni un momento la tanteante lengua que había tras él. Jefe tenía razón... no podían perder tiempo.

Colocándose frente al agujero, Jefe alzó su hacha y golpeó con fuerza. El hacha cayó sobre el trasero de Hastings justo encima de la bifurcación, cortando profundamente en la columna. Las gordas piernas dejaron de moverse. Jefe golpeó de nuevo, ensanchando aún más la herida como si estuviese cortando un árbol. La sangre brotaba copiosamente, tiñendo el agua.

¿Es esa muerte tuya lo que siento, viejo amigo?

La gruesa lengua llegó hasta ellos, percibiendo la sangre. Atón nadó desesperadamente para evitarla; la pegajosa y fría superficie golpeó su pierna, rodeó su muslo, pero no iba tras él. Localizada la fuente de aquel sabor, se deslizó sobre el lacerado cuerpo y se enroscó en él. Jefe, al percibirlo, se dispuso a dirigir un hachazo contra la lengua misma.

—¡No! —gritó Atón—. ¡Espera!

Jefe vaciló perplejo. Evidentemente su intención era cortar el cuerpo en pequeños trozos de carne que pudiesen pasar uno a uno y abrir así de nuevo el pasaje. Pero si hubiese una alternativa...

La gran lengua se tensó. El monstruo tiró con fuerza. Con un ruido succionante la roja masa salió del agujero y cruzó el agua hacia el orificio. La cabeza inerte se balanceaba, la boca abierta, en las olas, como si hiciese un gesto de adiós a Atón.

El agua se lanzó de nuevo por el agujero en agitados remolinos. El camino estaba de nuevo despejado. Involuntariamente, la medusa les había salvado.

Atón fue uno de los últimos en salir. Llegó su vez y de pronto, irracionalmente, sintió miedo. ¿A dónde conducía aquella salida? ¿Cómo podía estar seguro de que aquella solución era menos terrible que las espantosas alternativas que quedaban atrás? Pero Hastings había muerto por dejar libre aquel paso, tenía que utilizarlo.

Se deslizó por él con los ojos abiertos, observando mientras descendía. El agua empujaba sus piernas, urgiéndole a avanzar. Cuando las paredes comenzaron a ensancharse, ascendió vigorosamente hacia la superficie.

Demasiado pronto, pues su cabeza chocó contra el techo bajo y se vio arrastrado semiinconsciente por la turbulenta corriente. Un momento después una mano firme le cogía del pelo y alzaba su cabeza en el aire para que pudiese respirar otra vez.

Cuando se recuperó comprendió lo útil que había sido aquella ayuda, pues ante él se oía el estruendo de una catarata.

Salió trabajosamente a tierra, tosiendo para escupir de su garganta agua rosada. Sólo entonces reconoció a su salvador: Granate.

Varias personas fueron salvadas del mismo modo. Otros se habían precipitado por la catarata. Cuando se hizo evidente que ya no venían más, se levantaron y descendieron por las retorcidas formaciones rocosas que llevaban hasta un estanque mayor situado a unos seis metros por debajo de donde el agua caía.

El estanque estaba lleno de gente. Unos, ilesos, iban saliendo por los lados. Otros, incapaces de nadar, se agitaban alocada e inútilmente. Otros no se agitaban ya.

Fue Granate la primera que se tiró. Agarró por un pie a una mujer y la quitó hasta la orilla. Luego se lanzó a salvar a otro. Era una nadadora excelente.

Los que pudieron siguieron su ejemplo. Pronto se recuperaron todos los cuerpos. Pero habían tenido que pagar un precio terrible.

En la caverna cupular de la ballena-medusa habían entrado ciento sesenta personas; ahora eran treinta y ocho. Siete estaban tan malheridos que no podrían viajar, y habría que aplicar la eutanasia del hacha.

Se oyó un grito corriente abajo. Medrosas cabezas se volvieron para ver qué nuevo peligro amenazaba. Pero no era un grito producido por el miedo sino por el descubrimiento.

En una zona lisa de roca había un tosco túmulo: obra de un ser inteligente. Junto a él estaba grabada la letra B con una flecha que señalaba río abajo.

El camino del doctor Bedside.

— 11 —

Después de aquello fue más fácil. Diecinueve hombres y diecinueve mujeres sobrevivieron, los más aptos, por definición natural, de todas las cavernas del submundo. El grupo tenía ya un tamaño manejable y eficiente, y había más animales que cazar y menos peligrosos. El aire era suave, el agua clara, la temperatura fresca.

Las señales de Bedside aparecían a intervalos regulares, siempre señalando hacia abajo. No podían imaginar cómo había conseguido llegar solo hasta allí; pero evidentemente había podido, y aun conservaba su cordura, y eso era suficiente.

—¿Cómo era él? —preguntó Atón a Granate, mientras ascendían por húmedas esculturas rocosas.

—Orgullosa —dijo ella—. Pequeño y listo. Ojos débiles, pero, tras ellos, una mente como un bisturí, Tenía la obsesión de la fuga...

—Pero si llegó hasta aquí, ¿por qué se volvería loco?

—Quizás viese a la quimera. —Aún seguían desapareciendo hombres (no

mujeres) sin dejar rastro. Se suponía que la quimera aún seguía al grupo (¿Cómo habría conseguido pasar de la caverna cupular?), y que caía sobre los desprevenidos. El firme rumor del río podía apagar un grito lejano.

Los días de marcha continuaron. El río crecía, alimentado por afluentes que ya no les interesaban, y con él crecían las cavernas que les rodeaban. Los túneles ventosos desaparecieron. El grupo recorría ahora formaciones rocosas, depósitos de agua y zonas erosionadas, arborescentes estalagmitas y cuevas de blanco cristal. A veces el río se dividía en varias ramas, retorciéndose entre ligas bóvedas con oscuros techos y fronteras indefinidas, para reagruparse más abajo.

Al final se ensanchó en un inmenso lago de tranquilo oleaje. Recorrieron la orilla izquierda. A unos quince metros del otro lado, el agua quedaba limitada por un acantilado cortado a pico, arqueándose por encima en un laberinto tridimensional. El borde por el que ellos caminaban era sin embargo liso y había en la orilla una playa de blanca arena. El propio lago era de aguas claras y frescas, una delicia para los nadadores... pero una de las indicaciones de Betside iba acompañada de una calavera con dos tibias cruzadas. Tomaron buena nota de ello.

Una vez más las cavernas de Chthon desplegaban ante ellos su belleza y su paz. Pero esta vez nadie creía ya en el paraíso.

El camino abierto fue estrechándose gradualmente, a medida que la pared se cerraba contra el lago. La pared del fondo se retiraba paralelamente dejando espacio para la playa por aquel lado. Las playas tenían características contrapuestas... o, más exactamente, el río cambiaba su curso hacia el lado más próximo.

Al fin llegaron hasta la señal que indicaba hacia el agua. Era el momento de cruzar. Pero pudieron ver en el centro la blanca forma de una gran criatura marina. Una criatura que llevaba siguiéndoles varias marchas. Bedside, con su ingenio, quizás hubiese preparado productos químicos para ahuyentarla. Aquel grupo tenía que encontrar otros medios.

Jefe no tardó en llegar a una conclusión.

—Hay que echar a suertes.

Se adelantó Granate.

—Sé lo que quieres —dijo—. Yo lo haré. Yo nado muy bien.

Jefe la apartó a un lado.

—¡No te he dicho a ti que hagas nada! Echaremos a suertes.

Ella persistió en su empeño.

—No puedes perder más hombres. Yo nado muy bien. Quiero hacerlo.

Jefe la estudió largo rato. Luego se alejó.

—Quédate aquí —la dijo por encima del hombro—. Cinco... ven conmigo.

Atón le acompañó a un lugar alejado del grupo, donde la pared se curvaba hacia atrás brevemente para dejar un espacio abierto limitado por el río.

—Quiero hablar contigo, Cinco —dijo Jefe, dejando su hacha junto al agua y desprendiéndose del resto de sus armas. Atón, sabiendo lo que iba a venir, se

desprendió también de sus armas de piedra.

—Todos tenemos nuestras razones para encontrarnos aquí abajo —continuó Jefe—. Ninguno somos lo bastante buenos para criticar a los demás. Pero hemos de llegar a un acuerdo ahora.

Estaba ante él de pie con las manos en las caderas. Sus músculos eran más firmes ahora de lo que lo habían sido durante toda la marcha, y brillaban con luminoso sudor.

—No se —prosiguió— lo que hiciste para que te metieran aquí, y no pretendo que me lo digas. —Esto era solo pura cortesía; la noticia de la muñoneta de Atón había circulado entre los presos mucho tiempo atrás—. Pero has causado más problemas que diez hombres desde que llegaste aquí. Eres duro y escurridizo... pero yo te conozco. Yo vi la señal hace mucho tiempo.

»Si fuese por mi gusto, te habría atado a ti a aquella piedra como señuelo para la quimera, en vez de a aquel hombrecito asustado que nunca tuvo valor suficiente para causar verdaderos problemas. Hubiese preferido también verte atascado en aquel agujero, esperando el hacha, en vez del único hombre con cerebro bastante para ayudarnos a salir de aquí. Y si por mí fuese tú serías también el que nadase en solitario ahora.

Jefe no era tan ignorante como había pensado Atón. ¿Hasta qué punto sospechaba?

—¿Estás acusándome acaso del delito de Engañado?

—No soy tan listo —contestó Jefe—. No sé lo que pasa por la cabeza de la gente, y tardo mucho en adivinar las cosas. Pero sé que Engañado no acusaría a su único amigo. Él no funcionaba de ese modo. Habría nombrado a su peor enemigo, para salvar a un amigo culpable.

»Pero él no sabía quién se había apoderado de la otra mitad de aquel granate. Creyó que tú eras inocente, porque lo era él. Esperaba que tú apoyases su coartada. Pero no lo hiciste, y ésa fue su perdición. Tú solo tenías una razón para engañarle así, y la razón era que tú sabías que no conseguiríamos hacer confesar a ningún otro, porque ningún otro lo había hecho... porque tú fuiste quien cogiste la otra mitad del granate y lo metiste en el cesto para Contador. Tú fuiste el traidor.

Y Jefe, lento para captar las cosas, había ejecutado a Engañado antes de descubrir la verdad... y ahora tenía que mantener su postura.

—Es terrible —dijo Atón irónicamente—. ¿Me haces también responsable de la muerte de Hastings?

—Eres muy listo. —Jefe no había advertido la nota irónica—. Sabías que emprenderíamos el Camino Difícil, y eso era lo que querías tú. Así morirían otros en tu lugar. No podías arriesgarte a emprender la fuga solo. Todos los que han muerto hasta ahora, han muerto por tu causa.

—¿Incluso las víctimas de la quimera?

—Estuve mirando cuando oí gritar a Engañado, y no te vi. Fue entonces cuando

empecé a pensar. Apareciste por el otro lado del túnel. La quimera tenía que haber pasado ante ti para marcharse. Pero tú no dijiste nada. Querías que Engañado muriese, para que no pudiese hablar, porque quizás alguien llegase a creer lo que decía...

—Claro. Yo poseo la fuerza histérica que infundió en mí el hechizo de la muñoneta. Puedo matar instantáneamente con las manos desnudas. Puedo agarrar la masa de músculos y tendones del cuello de un hombre y arrancarla, o hundir las puntas de mis dedos debajo de sus costillas y arrancar toda la caja torácica. Puedo utilizar mis torpes uñas humanas en el felino truco de enganchar la nariz de mi presa y romperle el cuello retorciéndole la cabeza. Puedo imitar limpiamente los desgarrones y cortes y las líneas paralelas que dejan las garras de los animales, y las huellas de los colmillos. Puedo hacer esto porque tengo un almacén secreto de instrumentos especiales diseñados con el objetivo específico de imitar las marcas dejadas por la quimera, y hacerlo en cuestión de segundos. Y estos instrumentos los hice yo mismo, aquí abajo, porque me olvidé de pasarlos de contrabando; los hice en mi laboratorio oculto de Chthon, donde tengo un prensa metálica en buen uso y un pequeño horno para fundir el hierro. La piedra es demasiado tosca, sabes. Hube de hacer un agujero hasta la superficie del planeta para que salieran los humos sin que nadie lo advirtiese. Y tengo que subir de vez en cuando allí para espantar a los turistas que se acercan a mi chimenea, porque se trata de un asunto privado y no quiero interferencias. Mi laboratorio tiene aislamiento sónico para que nadie pueda oír el ruido de mis máquinas, y tengo un ferrocarril privado que hace una ruta paralela al Camino Difícil, para poder utilizar mis instrumentos siempre que siento necesidad de realizar otra ejecución. Tengo un equipo especial para borrar los rastros de sangre, y por supuesto me pongo una prenda que me cubre por completo, un traje que se ajusta al cuerpo similar a los que se usan en el espacio, que impide que me salpique la sangre, y que puedo quitarme y ocultar inmediatamente para que mi persona retenga solo su mugre natural, y nadie pueda adivinar lo que he estado haciendo. Y además tengo que estar preparado para incorporarme al grupo inmediatamente, de modo que nadie pueda comprobar que yo no estoy cuando se oye el primer grito. Con Engañado fui un poco lento, he de admitirlo; pero he estado practicando con diligencia desde entonces. Puedo hacerlo todo ya en décimas de segundo. Un auténtico récord. No sabes lo divertido que me ha resultado...

Jefe continuó, indiferente el sarcasmo excesivamente elaborado de Atón.

—Me he dado cuenta también de lo que le has hecho a Granate. Ella es una buena chica y no se merece lo que tú le haces. De lo demás nada puedo hacer. Pero ahora te diré lo que harás con ella.

Si... había llegado el momento de aclarar las cosas.

—¿Estás seguro de eso?

—Estoy seguro —afirmó Jefe—. Eso es algo que este campesino puede hacer. Ella va a morir, pero quiero que muera feliz. Vas a ser amable con ella y a traerla aquí

donde nadie pueda verlos, y decirle todas esas mentiras que tanto les gustan a las chicas, y fingir que hablas en serio. Se lo merece de sobras, y va a tenerlo. Mientras tanto el resto se tomará un descanso y se dispondrá para cruzar.

Atón le miró detenidamente. Hablaba en serio.

—¿Y esperas que ella se lo crea? —Cambió levemente de posición.

—Ella creerá lo que quiere creer. La conozco de sobra para saberlo. Y tú deberás facilitarle las cosas, hacer que le resulte fácil creerlo. Cuando quieres hablas muy bien. —Aquí Jefe se permitió una leve sonrisa—. No puedo entender por qué se fijó en ti. Pero sé que está dispuesta a hacer cualquier cosa por ti. Así que habrás de hacer lo que te digo y hacerlo bien... Si no servirás de reclamo tú esta vez y no ella. Si no lo haces puedes creer que...

Atón no estaba dispuesto a hacerlo. Entrenado para no dar ningún aviso, se giró, y lanzó su pie desnudo con toda la mortífera habilidad de su arte de lucha. El campesino Krell se merecía una lección.

El borde de una mano de hierro desvió la patada. Con una rapidez tal que apenas pareció moverse, Jefe se adelantó y su pie calloso golpeó la otra pierna de Atón por debajo. El impacto de su cuerpo contra el suelo de piedra se vio aumentado por el peso del cuerpo de Jefe que cayó sobre él. El campesino, en cuyo cuerpo no había ya ni un ápice de grasa, era duro como el suelo de la caverna. Un brazo implacable apresó la cabeza de Atón. Una mano poderosa trabó su brazo en una presa inescusable. Unos dedos se hundieron bajo sus quijadas.

Atón se debatió, chilló. Una explosión de intolerable dolor atenazó su cuello e involuntariamente se debatió entre aquellos brazos, y una aullante oscuridad cubrió el mundo.

El mundo se despejó de nuevo, extrañamente irreal salvo por el ligero toque de aquellos dedos de acero sobre un centro nervioso enterrado. Una voz dijo suavemente:

—¿Quieres jugar, muchacho?

Jefe le dejó levantarse, en guardia.

—Dile que luchamos por ella y que tú ganaste —le aconsejó—. No quiero que te muestres áspero, hombre del espacio... aún. —Jefe se había salido con la suya.

Y así representaron la escena, los tres, preparando el sacrificio de Granate...

...mientras Jefe esperaba con los puños apretados, sabiendo que las palabras de amor eran falsas, cuando su compasión habría querido hacerlas verdaderas.

... mientras Atón descubría, oscuramente, que el conocimiento de la muerte traía la melodía, y la melodía traía una pasión asombrosamente real.

... mientras Granate aceptaba una muerte voluntaria como el único medio de culminar aquella pasión, y quizás un oculto momento de auténtico amor, para poner fin a su desgracia.

... Y la forma blanca de la criatura que acechaba en el agua esperaba...

VI. Chthon

___ Dieciséis ___

Atón se recobraba lentamente. El calendario de la pared del otro lado de la habitación se abría en la hoja del Mes Segundo, §403... casi un año después del horror que recordaba. Había besado a la muñoneta y... ¡Casi un año!

¿Dónde he estado? ¿Qué he hecho en este vacío intermedio?

Miró a su alrededor. El primer detalle sustancial de la confortable habitación en que se fijó su atención fue el gran sillón de madera: el majestuoso sillón de Aurelius que guardaba la salida. Al otro lado estaba el sofá de felpa también demasiado familiar... el sofá que siempre había creído que era de su madre. Sobre él aún estaba la fotografía enmarcada de la hija de Diez, que no evocaba ahora ninguna culpa. Junto a ésta...

Junto a ésta estaba la red de líneas de la artesanía xestiana: madre e hijo.

Borró de su mente la habitación y se estudió a sí mismo. Llevaba una camisa fina, un limpio mono de campesino y el suave y grueso calzado del cultivador de hvee; quien le hubiese vestido sabía hacerlo. ¿Se habría vestido quizás él solo, en un estado amnésico? Hubo un rumor en la habitación continua. ¿Aurelius? No. Aurelius había muerto, y la ninfa del bosque había muerto, y todos los que se habían preocupado por él habían muerto. ¿Quién ocupaba la casa de Cinco? Las pisadas eran leves, familiares.

—¡El tema de la concha! —exclamó, súbitamente alegre muy alegre. Había creído que también ella estaba muerta si es que había existido fuera de sus sueños. La había matado él... pero había sido una ejecución simbólica. Un rechazo de su segundo amor, y ahora el simbolismo había desaparecido.

Apareció ante él, el pelo más largo que en su recuerdo de cuatro años, brillando plateado contra el verde hvee bajo la luz de la tarde. Sus bellos rasgos estaban tranquilos; su muñeca desnuda.

En Idilia no existía la muerte física, y ambos lo sabían. Sin embargo él la había empujado por el borde de la montaña en un momento de arrebató. Ella no era telépata; no podía haber sabido que la acción de él significaba rechazo no de ella, sino de la muñoneta. Para Coquina era el segundo rechazo de que él la hacía objeto... y el vibrante hvee que ella llevaba aún mostraba que su amor por él no había desfallecido. Para ser digno de una mujer tal...

—Hija de Cuatro —dijo— te amo.

Ella mira hacia él.

—¿Atón?

Perplejo, se levantó. Sintió su cuerpo fuerte... no había pasado el último año en la cama.

—Coquina... ¿no me conoces?

Ella le miró detenidamente.

—Atón —repitió, sonriendo al fin.

Él avanzó hacia ella. Ella retrocedió.

—Por favor, no me toques, Atón.

—Coquina... ¿qué pasa?

Ella se colocó tras el gran sillón de Aurelius.

Quizás las cosas no sean tal como las recuerdas, Atón. Él volvió a su propia silla y se sentó.

—¿Fueron un error mis sueños, pequeña concha? ¿Murió algo en Idilia?

—No, Atón, no... no es eso. Pero tú te has ido... durante mucho tiempo. Debo estar segura.

—¿Segura de qué? —preguntó él—. La muñoneta ha muerto y yo te amo. Te amé desde el principio, pero hasta que no vencí a la muñoneta...

—Atón, por favor, déjame hablar. Quizás las cosas te resulten duras, y no hay mucho tiempo. —Aquel formalismo le desconcertaba.

—¡Coquina!

Ella ignoró su grito y comenzó a hablar, con demasiada rapidez, como si leyese una conferencia.

—Fui al bosque antes de que te liberases de Chthon y hablé con la muñoneta. Hablé con Malicia. Le mostré el hvee que yo llevaba, y ella lo cogió y me mostró que te amaba, lo mismo que yo.

—Ella me amaba, a su modo —dijo Atón.

—Ella era encantadora. Pude comprobar el parecido familiar. Me explicó cosas sobre ti que yo tenía que saber, para que pudiese cuidarte durante tu convalecencia, y me advirtió del malvado que vendría de Chthon, para que pudiese protegerte de él. Dijo... dijo que se iría pronto, y por eso me dejó la canción.

—¡La canción!

—Quería que tú fueses feliz, Atón, y se dio cuenta de que tu sangre muñónica te estaba destruyendo, mientras el malvado esperaba para completar la obra. Te entregó a mí. No la derrotaste, Atón. Tu no derrotaste a aquella majestuosa mujer.

La comprensión le abrumó.

—Todo esto fue... ¿antes de que yo escapase de Chthon?

—Te amábamos, Atón.

—¿Malicia sabía que iba a morir?

—Sí. Su nombre, de acuerdo con su cultura, significa «comprensión», y ella amaba a tu padre lo bastante para abandonarle, y a ti lo bastante para morir por ti. Cuando Aurelius te vio cruzar los campos con ella, comprendió, y abandonó su larga lucha contra la peste del pantano. Murió poco después. Vino el primo de Cinco, y

enterramos a Aurelius junto a ella en el bosque.

—La canción —dijo Atón, incapaz de concentrarse. Coquina le miró.

—Tuve que despertarte... temprano —dijo—. La canción... —Tomó una decisión—. Esta es la canción.

La cantó entonces, y era la melodía de su niñez. La voz carecía del esplendor de la de la muñoneta, pero ninguna voz, comprendió Atón, podía competir a tal nivel. Era la canción.

La continuó hasta su conclusión, pero la magia había desaparecido.

—Ya no se interrumpe —dijo Atón, comprendiendo sólo entonces que su auténtico atractivo no había sido la melodía en sí, sino el hecho de que fuese incompleta... como lo había sido toda su relación con la muñoneta. Lo que le había empujado no había sido la canción sino el que quedase interrumpida. ¿Por qué no se había dado cuenta antes de esto?

Coquina le miró con detenimiento.

—¿No significa ya nada para ti, Atón?

—Lo siento —dijo él, y la expresión le pareció torpe—. Podías muy bien haberte ahorrado este trabajo.

—No, no —dijo ella sonriendo más cálidamente—. Eso es bueno. Significa que tu parte muñónica ha desaparecido. Volverás a estar bien si...

Las repetidas referencias a cosas misteriosas le irritaban.

—¿Si qué? ¿Qué es todo eso de mi «recuperación» y del «malvado»? ¿Dónde he estado? ¿Qué he estado haciendo durante este año pasado? ¿Por qué no me dejas acercarme a ti? ¿Por qué tuviste que despertarme, temprano o no? ¿He estado dormido?

—No puedo decírtelo ahora —bordeó el sillón y se sentó, manteniendo la distancia que le separaba de él—. Mitad muñón, mitad hombre, no podías vivir en ninguno de los dos mundos. Ella me previno de las terribles consecuencias de que tú continuases libre antes de que el conflicto se resolviese. Pero después de que ella se sacrificó te convertiste en un loco, y vagabas por el bosque poseído por una furia terrible y ciega. Tu primo, Benjamín, te ató desde el vehículo aéreo y te trajo hasta mí. Te administramos droga. No podíamos notificar el caso a las autoridades porque te habrían enviado de nuevo a Chthon. Mantuvimos tu mente en blanco hasta que se curase. La muñoneta me advirtió que podían pasar dos años antes de que la impresión de su muerte limpiase tu mente y te liberase convirtiéndote en un hombre normal. Sabíamos que tendríamos que mantenerte pasivo todo ese tiempo. Pero...

—¡Drogas! ¿Todo un año?

—Era el único medio. En tu comida. Benjamín atendió la finca, y yo le ayudé con el hvee y me cuidé de ti. Estuviste convertido en un vegetal... Atón... por eso no consigo acostumbrarme ahora a ti. Yo te sacaba a pasear fuera, para que hicieras ejercicio...

—Como a un animal...

—Por favor, déjame que acabe. Mantuvimos tu presencia en secreto, pero hubo alguien que parecía saberlo: el malvado de Chthon. Su dios es telépata, más aún que la muñoneta. Ese hombre vino por ti, afirmando que tú pertenecías a Chthon ahora. El sabía... sabía muchas cosas. Dijo que sólo en Chthon podías vivir con seguridad, que sólo ese dios de Chthon podía curar tu mente. Intentó separarte de mí.

—¿Un emisario de Chthon? —Atón estaba perplejo.

—Al hvee no le agrada ese hombre —dijo ella, como si esto diese por concluido el asunto; quizás fuese así—. Yo... yo le herí, y él se fue. Ahora está en su nave espacial, esperando a que despiertes. Dice que irás a él, cuando tengas que elegir. Me da miedo ese hombre. Y ahora debes enfrentarte a él antes de estar preparado, porque tuve que dejar de aplicar las drogas demasiado pronto.

—¿Se te acabó el suministro? —Atón no estaba del todo complacido con ninguna parte de aquella extraña situación.

—No. —No dijo más, y le condujo hasta la puerta. Él obedeció al gesto de ella.

Caía la noche, y las flotantes nubes se amontonaban cubriendo el sombrío horizonte, en el cielo color ámbar. Nunca le había parecido tan bella su casa.

«¡Oh alegría!», pensó. «Esta es nuestra...»

—Debes ir a él —dijo ella, y había urgencia en su voz—. Tienes que presentar batalla esta noche, mientras aún es tiempo. Vete, por favor.

Atón la miró fijamente, advirtiendo vagamente su encantadora palidez.

—¿Presentar batalla? ¿Por qué? Yo no sé nada sobre esto, sobra ese «malvado». ¿Por qué tanta prisa? ¿Por qué no me explicas más?

—Por favor —dijo ella, y había pequeñas lágrimas en sus mejillas.

—Déjame tocar el hvee —dijo él, intentando ganar tiempo para comprender el misterio. Coquina se quedó inmóvil, una muñeca helada, mientras él retiraba la pequeña planta de su pelo: la prenda de amor que él reclamaría permanentemente cuando se casaran. Ella le amaba, aunque sus acciones pudiesen parecer extrañas; el hvee lo demostraba. Ahora ella actuaba tan inexplicablemente como había actuado la muñoneta, tanto tiempo atrás en el esphotel. ¿Eran válidas sus razones?

El hvee se marchitó y murió entre las manos de Atón.

«La hora de la muerte del amor ha caído sobre nosotros» pensó, sobrecogido. Pero ahora el perdido LVT no podía significar ya consuelo.

Aquél a quien el hvee no puede amar...

Miró fijamente la inerte rama verde. Aquella rama le había condenado declarándole inadecuado para el amor y no podía haber apelación posible. ¿Quedaban reducidas a aquello todas sus aspiraciones?

Las nubes eran hoscas y grises bajo la luz agonizante: cenizas en el cielo.

La fría Coquina no le había dicho donde tenía que encontrar al malvado adversario, pero Atón cruzó los campos en una dirección fija y conocida, Recorridos unos cinco kilómetros en la oscuridad se vio frente a la negra silueta: la nave de Chthon.

Aquel hombre le había esperado durante casi un año, no como instrumento de la ley, sino como emisario de un dios. El vigor de Coquina le había rechazado. Ella no bromeaba ni exageraba al hablar (hacía tanto tiempo, cuando comenzó a surgir el amor) de su capacidad para domeñar a hombres agresivos. Pero no había sido capaz de derrotar al poder de Chthon que respaldaba a aquel hombre. Eso debía hacerlo el propio Atón.

Él no quería volver a la prisión de ningún modo.

La compuerta estaba abierta. ¡Hombre estúpido, olvidar sus defensas! Atón encontró los peldaños insertados y subió por ellos.

Su cabeza llegó al nivel de la escotilla, recordándole una ascensión anterior y una anterior esperanza. Algo le pinchó en la nariz. Se mantuvo rígido mientras sus ojos penetraban las sombras.

Era un delgado cuchillo de fina hoja, manejado con precisión de cirujano. Los ojos ligeramente luminiscentes de la figura acuclillada estaban fijamente clavados en él, y Atón se dio cuenta de que las potentes lentillas hacían la oscuridad... vencible. Los labios que había bajo aquellos ojos estaban fruncidos en un silencioso silbar, parte de una distracción sin armonía.

—Hola, Socio —dijo.

—Socios hemos de ser —contestó el hombre—. Pero no como antes lo hemos sido. Ahora ya me conoces.

El cuchillo no vacilaba.

—Sí —dijo Atón, asentando sus piernas más cómodamente—. El miñón de Chthon ha venido a llevarme de vuelta. No fue ninguna coincidencia la que te llevó al territorio de Idilia, al planeta de Chthon, para buscarme y conducirme a través de descubrimientos que traicionaban mi actitud para tu amo. Como bien se ha dicho: nadie escapa.

—Nadie —aceptó el hombre, a quien no había impresionado lo más mínimo la retórica de Atón. La hoja del cuchillo no retrocedió.

Atón sabía que no debía retroceder, ni verbal ni físicamente. Si no hubiese estado obsesionado por otros asuntos, habría visto más allá de la apariencia de Socio mucho tiempo atrás. Aquel hombre había sido demasiado paciente, dejándole tiempo bastante en la Tierra, en Miñona, en Hvee, esfumándose entre bastidores mientras Atón exploraba su propia naturaleza. Socio no tenía interés en los granates ni en las minas de las que se extraían; eso había sido un pretexto conveniente para amortiguar toda sospecha. Socio tenía ya la llave de las minas, la llave de todo Chthon.

Atón se detuvo antes de hacer su siguiente declaración, sin estar seguro de si haría que se apartase el cuchillo o que avanzase. Se decidió a hablar:

—No es ninguna coincidencia. En realidad, somos muy parecidos... ¡Doctor Bedside! La hoja del cuchillo desapareció.

—Entra —dijo el doctor.

Atón penetró en el cámara. El pequeño compartimento residencial estaba casi igual que como él lo recordaba de sus anteriores viajes juntos: aberturas para el agua y para el suministro de alimentos a lo largo de una corta pared, literas abatibles en la otra. Era una nave deportiva, diseñada para acampar en zonas deshabitadas y/o para fiestas privadas. El espacio que normalmente habría estado destinado la carga se conservaba simplemente como espacio. La zona de suelo libre era un generoso cuadrado de tres metros de lado.

Bedside hizo un gesto, y las paredes irradiaron una suave luz verde: la luz de las cavernas de Chthon. Atón no hizo comentario alguno. «Socio» había tenido que soportar la iluminación convencional para ocultar su identidad, pero ahora ya no tenía sentido la máscara. ¿Cuál era la auténtica conexión entre aquel hombre y Chthon, y por qué había decidido ocultar hasta entonces su historia?

—¿Qué es «Myxo»? —le preguntó Atón.

—Mucosidad. ¿No era evidente?

—No por entonces —dijo Atón, pensando en Chthon y en los horrores que allí había.

El Camino Difícil había reservado su peor parte hasta el final. ¿Qué clase de hombre podía ser aquél que había decidido plantear enigmas académicos a los que pudieran seguirle?

—¿Sabes cuántos murieron intentando escapar? ¿Cómo te las arreglaste para escapar solo?

Bedside se acomodó contra la pared, acucillándose como si estuviese en las cavernas desnudas que evidentemente añoraba. Su escalpelo estaba oculto, pero dispuesto, Atón estaba seguro de ello. Ningún hombre descuidado sobrevivía a los peligros del camino. Ningún hombre normal. Ningún hombre cuerdo.

—La locura, claro está, es una ficción legal en estos tiempos —dijo Bedside, decidiendo abordar primero la pregunta implícita—. Las técnicas biopsíquicas han eliminado el problema, oficialmente. Lo mismo que la otra medicina ha logrado superar la enfermedad física, con una excepción o dos. Sin embargo, la sociedad necesita encarcelar a ciertos, digamos, inconformistas. Cuando me vi en Chthon como prisionero, mi... bueno, digamos mi complejo de fuga... mi complejo de fuga se activó. Tenía un objetivo. Dadas las circunstancias, me volví en realidad cuerdo. ¿Comprendes?

—No.

Bedside frunció el ceño.

—El hombre que se ajusta a una situación anormal, mientras vive en una sociedad «normal», tiende a la no supervivencia. Pero si colocas a este hombre en una situación que se ajuste a su inclinación concreta, y sus características son las precisas

para la supervivencia allí, sobrevive, mientras que el hombre normal perece. Esa es la razón de que se diga que ningún hombre sano puede escapar de Chthon. Chthon no está orientado hacia la cordura. Por supuesto, las posibilidades contrarias a una yuxtaposición compatible de anamorfosis...

Atón cabeceaba. No prestaba demasiada atención a las palabras; sabía que aquello era sólo un prelude verbal a la lucha desesperada que seguiría. Debía enfrentarse al adversario más mortífero con que se había enfrentado en su vida... y tendría que matarle. De esta lucha dependía su futuro, aunque la relación fuese indirecta. Perder significaría volver a Chthon y a la neocordura; la victoria, un retorno a las calcinadas perspectivas de un hvee muerto. Quizás, después de todo, estuviesen luchando únicamente para mantener su derecho a borrarse a sí mismo en el suicidio.

—Si pones un pez en el agua nadará —decía Bedside—. Si pones un pez en tierra...

Atón asentía sin deseos de llevar la cuestión más allá.

—Chthon era mi elemento —continuó Bedside implacablemente—. Yo me abrí paso. Nadé. Los monstruos que allí había no eran nada comparados con los monstruos de mi mente. Pero cuando volví a la sociedad, vi que me ahogaba en el aire, lo mismo que me había ahogado antes. Mi aberración me denunció muy pronto y fui detenido otra vez. No podían enviarme por segunda vez a Chthon, porque pensaban que podría sacar de allí a todos los presos. No podían tampoco ignorarme ni dejarme libre. Prefirieron aplicar una pequeña locura medicinal a sus propios intelectos y suponer que no había forma de escapar de Chthon, y que yo era, en consecuencia, sólo un demente que se identificaba con el famoso doctor Bedecker. Todo lo cual era bastante cierto, en un sentido.

Luego, me ingresaron en un «hospital» para «observación». El encarcelamiento reactivó mi síndrome de fuga y volví a ser capaz de actuar con eficacia. Después del Camino Difícil, sus muros y sus guardianes fueron un juego de niños.

Atón le observaba cínicamente.

—Si sabías que la libertad iba a costarte tu propia salud mental, ¿por qué la buscaste?

Bedside sonrió enseñando los dientes.

—Otra extravagancia romántica. Suponemos que un problema de la personalidad puede eliminarse simplemente comprendiéndolo... Como si un hombre pudiese alzar una montaña por admitir que es muy pesada. No; el reconocimiento no es sinónimo de solución. Yo huyo hacia la libertad como una mariposa hacia la vela, y nada tan insustancial como la Razón puede desviarme.

Atón pensó en su propio impulso de unirse a la miñoneta el cabello rojo de pasión de ella, el negro de muerte. Razón... ¿cómo podía esperar la razón servir de puente sobre el frío y lúgubre abismo abierto, la pérdida de una canción purificada, una concha que estaba rota? La mariposa se hería porque sus alas eran cenizas, pero aún no había comprendido el hecho de que no podía volar ya. ¿Con qué metáfora podía él

analizarse a sí mismo? ¿Oruga para el infierno?

—Pero ahora estás cuerdo y eres libre.

—Ninguna de las dos cosas es natural —dijo Bedside—. Pero sí: tengo más cordura y más libertad ahora que en toda mi vida, y ésta es la oferta que te traigo.

—¿Libertad y salud... en Chthon? Tú me ofreces basura —dijo Atón, y se puso en guardia, dispuesto a la lucha.

—¿Acaso pensabas —dijo Bedside, extrañamente tranquilo— que podías desafiar los pulmones y el estómago de Chthon, sin tener en cuenta su cerebro?

—Yo no tengo que dar cuentas a tu dios. Yo gané mi libertad.

—Aún no —dijo Bedside—. Chthon te concedió un aplazamiento. Tú no le derrotaste.

Aquellas palabras tenían un tono familiar. ¿Cuántas fuerzas imaginaban manipular su vida? ¿O eran fantasías?

—Como dijiste —continuó Bedside— somos muy parecidos. Para los criterios normales, yo estoy loco. Sólo mi misión en favor de Chthon mantiene mi equilibrio. Chthon se ocupa de mí de un modo que pronto comprenderás. Pero tú...

—Se me consideró un loco criminal —admitió Atón—. En Hvee, ese término aún está en boga. Pero eso fue antes de la muerte de la muñoneta. Ahora estoy bien.

La falsedad de aquella afirmación se le hizo evidente al formularla. El Hvee no le amaba ya, lo cual significaba que era un total depravado, comprendiese o no el motivo. ¿Había sospechado Coquina? ¿Era ésta la razón de que se mantuviese alejada de él? ¿Por qué, entonces, había cuidado su cuerpo durante todo aquel tiempo? ¿Por qué le había enviado a derrotar a aquel «malvado»? Había demasiadas cosas sin resolver.

Pero él haría esto por ella, en pro del amor que creía sentir, aunque ahora sabía que era algo superficial, egoísta, un amor indigno de ella. Le ofrendaría aquello, puesto que ella parecía desearlo: el cuerpo sin vida de Bedside.

—Tu locura concreta posee una base biológica —dijo Betside—. No tiene cura. No puedes prescindir de tu origen. Seguirás matando sádicamente porque el miñón que hay en ti ansía el placer telepático del dolor inocente. Continuarás olvidando tus crímenes porque el hombre que hay en ti no puede aceptar los placeres culpables que tu otro yo te manda. Continuarás justificando el criterio de los que declararon a Miñona planeta prohibido, odiándote a ti mismo más que a nada... y no sin motivo.

»Oh, sí... ahora conoces tu locura, ¿verdad, miñón?

—Yo maté —dijo Atón—, pero no sádicamente. Había justicia y piedad en mi acción. Yo no era la quimera.

Bedside no cedía.

—No estoy hablando de asesinatos honestos, miñón. Sé que hay veces que en Chthon es necesario matar. Ni me refiero a tus fracasos: tu chica de Idilia, tu venganza de la muñoneta, la mujer de la caverna. Tú intentaste matarlas a todas, pero tan en guerra estabas contigo mismo que no podías ni amar ni odiar eficazmente.

»No, no me refiero a esas acciones. Pero vuelve atrás y piensa en un caso concreto: tu amiguito Engañado. (Sí, mi dios me lo contó todo.) Te declaras inocente porque no derramaste directamente su sangre. Pero traicionaste a los de las cavernas inferiores, y arrojaste sobre él la culpa, e hiciste que lo ejecutaran. Tú estabas allí, escuchando, cuando llegó la quimera. Tu sensibilidad de miñón respondió a la mente salvaje de la quimera y tú sabías que venía a por Engañado. Podías haber alertado a los otros, y haberle salvado... pero no lo hiciste. Tu estabas allí, saboreando su agonía, cuando la quimera se arrojó sobre él, y ni siquiera diste la voz de alarma. Solo su grito de agonía alertó a los otros... demasiado tarde.

»Eso fue lo que hiciste en Chthon, no una sino varias veces. Utilizaste a la quimera para satisfacer tu pasión brutal. ¿Fue esto tu justicia? ¿Tu... cordura?

Atón recordó. Chthon, donde su anhelo de dolor había sido intensificado por el confinamiento. Los hombres cuya agonía había saboreado, las macabras torturas a que los había sometido una criatura a la que él podía haber detenido, pero no lo había hecho. El sacrílego éxtasis que le había estremecido, la alegría casi religiosa, que culminaba en arrebatados espasmos de placer al llegar aquellas agonías.

Recordaba, también, el juicio, en Hvee: los peritos testificando que su aberración era ante todo biológica, no emocional, y que no había curación posible. Que aún no había asesinado, pero que no podía dejarse libre porque era un peligro para la humanidad. Ni siquiera un lavado completo de cerebro eliminaría sus impulsos prohibidos.

Recordó la sentencia: Chthon.

Las características miñónicas habían surgido en él con la madurez, pues durante un tiempo había estado consagrado por completo a la búsqueda de su miñoneta. Cuando la influencia de ésta disminuyó, comenzó el horror. Su amor por Coquina había sido la última lucha de las cualidades humanas en su interior: una lucha perdida.

El hvee lo había sabido. No había estado con él durante su locura. Había amado lo que él había sido una vez, pero cuando, después de Chthon, rozó su mano macabra...

—Esta es la razón —dijo Betside— de que debas regresar a Chthon. Allí estarás seguro... Lejos de tus congéneres, pues eres un forajido, y lejos también de ti mismo. Chthon sustentará tu salud más perfecta de lo que puedas hacerlo nunca tú mismo. Chthon será tu dios, y tú y yo seremos hermanos... siempre seguros, siempre libres.

Era tentador. Atón se dio cuenta de que toda su vida adulta había sido una destructora pesadilla de pasión y dolor, contaminando cuanto tocaba. La miñoneta había sido parte de ello, de modo natural y admitido. Pero Coquina... lo mejor que podía hacer por ella, si tenía el mismo valor que había tenido antes que él la miñoneta, era simplemente apartarse de su vida. Era mucho mejor dejarla con los de su propio género. El amor que le profesaba alcanzaría su expresión más perfecta en la separación.

Pero la miñoneta había muerto para darle a el semblante humano. Ella le había

conocido bien, había conocido su lazo con Chthon, y había llorado por ello. Malicia y Coquina, miñoneta y humana, su primer amor y el segundo... Las dos se habían unido no como rivales, sino como colaboradoras sinceras en beneficio suyo. Habían aceptado ambas que él tenía una posibilidad, y ambas habían apostado sus vidas por ello. ¿Cómo podía traicionarlas ahora?

Quizás ambas estuviesen equivocadas... pero las dos creían en su recuperación, y él debía a ambas el hacer un último esfuerzo, para no emprender el camino fácil. No podía borrar sus crímenes apartándose de la vida. Tenía que vivir, que hacer un esfuerzo por equilibrar las escalas. Tenía que afrontar lo que era y lo que había hecho, y buscar un medio de enmendarlo. Esta, quizás, era la auténtica batalla en la que había venido a luchar: contra la capitulación que el doctor Bedside pintaba de forma tan atractiva.

—No —dijo Atón.

La actitud de Bedside cambió.

—Te mostraré lo que eres —dijo, la voz aguda, la boca entreabierta, mostrando los dientes que eran como los de la salamandra de las cavernas—. Tú racionalizas, te engañas a ti mismo con esperanzas de un bien futuro. Pero tu verdadero deseo aún es el de matarte a ti mismo, porque sabes que eres cómplice en un crimen contra tu cultura. Tratas de acusar a la miñoneta, pero eres tú el que forzaste el acto. Sí, ya sabes lo que quiero decir, miñón.

La actitud de Atón también cambió sutilmente mientras escuchaba. Ahora estaba llegando, y él no podía ni detenerlo ni tolerarlo. La hoja del cuchillo de Bedside estaba dispuesta. Aunque Atón había sido entrenado para luchar contra un hombre armado con un cuchillo, no lo había sido para un cuchillo empuñado por un cirujano loco. No bastaría con los reflejos normales.

—Has olvidado —continuó Bedside— muy cómodamente tus pasiones incestuosas. ¡Cuidado! —seguía hablando mientras Atón se movía—. No te mataré mientras Chthon te necesite, pero mi cirugía no te parecerá del todo indolora.

Este fue el esfuerzo final de Bedside. ¿Podría anularlo él? Aquel hombre era infernalmente listo.

—Allí en el esphotel —murmuró Bedside—. Allí lo hiciste. Chthon lo sabe. Allí estuviste solo con la miñoneta, sabiendo lo que ella era.

Las brillantes lentillas relampaguearon bajo la verde claridad, sobre la hoja del cuchillo que apuntaba hacia Atón.

—Fue entonces cuando violaste a tu ma...

El cuchillo repiqueteó en el suelo cuando el miñón atacó con la fuerza y la velocidad de la telepatía. Bedside miró lo que había soltado, una quimera viva.

—¡Pide ayuda a tu dios! —murmuró la quimera, mostrando sus ávidos dientes, las garras tocando apenas los saltones globos oculares, dispuesta a arrancarlos de sus cuencas—. Quizás eso te ayude a morir.

Permanecieron así en un cuadro inmovilizado, el joven guerrero y el viejo. Luego

la quimera se desvaneció. Atón dejó que el hombre cayera, ileso.

—No soy lo que era —dijo—, y nunca fui la quimera física. No te mataré por deformar lo que no comprendes.

Bedside seguía tendido donde se había desplomado, a los pies de Atón. Ya no había amenaza en él; era un viejo cansado.

—Has matado a tu quimera.

—La he matado.

—Vuelvo a Chthon por la mañana. Eres libre.

Atón se acercó a la escotilla y salió por ella, buscando con los pies la escala.

—Permíteme que te hable un momento como un hombre —dijo Bedside, deteniendo el descenso de Atón—. Chthon desea tus servicios, no tu olvido. No hay resentimiento. Chthon te ayudará a ganar tu otra batalla.

—No.

—Escucha, entonces. Si yo tuviese una mujer como tu Coquina que me amase, jamás habría necesitado Chthon. Ella me rompió el brazo, hace once meses, yo no imaginé que conociese nuestro arte de lucha, pero es una mujer irremplazable. La perderás, a menos...

Atón descendió a tierra y comenzó a alejarse.

—¡Piensa, piensa en la fecha! —gritó Bedside tras él ¡Y en el hvee! Si no... Pero su voz se perdió en la rápida distancia.

_____ Dieciocho _____

Atón había derrotado al malvado de Chthon, en cuanto lo reconoció como su igual, como su sádico instinto de matanza. La prisión de Chthon era el refugio de los condenados por tales impulsos. El doctor Bedside, ahora agente de Chthon, había demostrado casi que Atón había escapado nada más que en cuerpo; pero el sacrificio de la muñoneta y los cuidados de la hija de Cuatro habían ajustado la balanza y llevado la victoria al hombre civilizado que había en él. Pero había sido despertado demasiado pronto; con más tiempo habría llegado a comprender y a aceptar las dolorosas verdades ante la que había cerrado los ojos. La ceguera no había resuelto los problemas de Edipo, ni el cegamiento físico ritual de las víctimas resolvía los problemas de los hombres de Miñón. Atón había estado obsesionado con la ceguera, física y emocional.

Con más tiempo, Bedside no podía haber despertado de ninguna manera a la agonizante quimera. Había sido prematura... innecesariamente prematura. ¿Por qué le habían enviado a aquella batalla tan precipitadamente? ¿Desearía quizás Coquina que él perdiese?

No, no era posible dudar de sus motivos. Coquina era buena, y le amaba mucho

más de lo que él hubiese merecido nunca. Él había sido el que había amado poco, siempre. Él había rechazado la boda, incluso antes de haberla conocido. Él la había tirado de la montaña. Él había matado al hvee.

Piensa en el hvee y en la fecha. ¿Qué críptico mensaje había intentado transmitirle Bedside?

Qué poco sabía de Coquina, después de todo. Su breve período con ella en Idilia, retrospectivamente, había sido el más feliz de su vida. Ay, si hubiese sido capaz de quedarse con ella entonces, en vez de perseguir sus propias obsesiones. El tenía, lo sabía muy bien, mucho en común con la hija de Cuatro. Sus antecedentes y educación eran muy similares. Era una representante de la clase superior de Hvee, un planeta que no se pretendía en modo alguno demócrata; había mucha distancia entre ella y las chicas de clase baja de las últimas Familias. ¡Encantadora concha! ¿Por qué nunca había mirado en su interior? ¡Qué bien había elegido Aurelius!

Piensa en el hvee...

Pero el hvee había muerto. Toda su vida había sido una pesadilla, salvo su relación con Coquina... y el hvee había condenado esto también. ¿Había ganado la batalla de su futuro sólo para tener que enfrentarlo solo?

Piensa en la fecha...

La fecha era Segundo Mes, 403: no más notable que cualquier otro mes o año, en un planeta de clima templado y sin estaciones como Hvee. Aquello parecía un extraño enigma.

El hvee... había algo significativo. Bedside no podía saber del reciente episodio, pues había sucedido menos de una hora antes de su lucha. Pero sabía que sucedería, en cuanto Atón tocase la planta. Había advertido que Atón perdería a Coquina...

Atón comenzó a lamentar su despectiva y rápida separación del emisario de Chthon.

¿Qué podía haber en el hvee que pudiese salvar a Coquina para un hombre que había declarado indigno? ¿Una cualidad que un tercero sabedor podía predecir?

Creo...

Atón pensaba en todo esto. Su firme carrera le llevaba a través de los campos, el territorio familiar de su niñez. Podía oler el perfume leve de las cortezas de los árboles, de la tierra removida y de las hierbas aplastadas y de las flores silvestres del bosque. Podía ver los negros perfiles de los árboles más altos recortados contra el cielo estrellado, y oír los rumores de los animales nocturnos. Los recuerdos se agitaron en él, pequeñas y punzantes evocaciones de detalles que se hacían importantes sólo porque carecían de importancia. El roce de una hoja seca, el aroma de una lánguida brisa... todas las cosas maravillosas que la edad adulta dejaba de lado. Pronto, ahora, pasaría junto al sitio donde había encontrado a la miñoneta, donde había adquirido el hvee silvestre.

La miñoneta lo había arrancado, y él, que sabía muchas cosas a los siete años, le había impedido que lo guardara. «¡El hvee es solo para hombres!», había dicho, y así

ella se lo había regalado, y había sido suyo hasta sus esponsales. Había sido suyo después de eso también, pues el hvee no viviría en poder de una mujer que no amase a Atón. El hvee amaba a su amo, y toleraba a quien amaba a aquel amo, mientras ese amor perdurase, y mientras aquella persona fuese digna.

La muñoneta lo había arrancado.

¡La muñoneta!

¡El hvee había conservado su lozanía con ella! ¡Ella era su amada!

De pronto todo cobró sentido. Él la había amado suficientemente, o quizás su sangre muñónica la había amado, lo suficiente para preservar la planta. Y ella había sido después de todo digna, no malvada. El hvee respondía a la emoción auténtica, sin advertir las inversiones emocionales. El odio que Atón había creído sentir hacia ella, más tarde, había confundido.

La muerte de la muñoneta había traído consigo no solo la malvada quimera, sino también el buen hvee... salvo que el hvee, en posesión de la amante del amante, no había sabido de la desaparición de su objeto original de afecto. Coquina había visto a la muñoneta muerta, pero no había comprendido que ésta era la amante del hvee... y el hvee había tomado su fe inocente por la suya propia. Su esencia era el amor, no la razón. Incluso su juicio aparente de la aptitud era ilusorio. El hvee amaba al hombre que, básicamente, se amaba a sí mismo, y rechazaba al que en realidad se odiaba a sí mismo. Si el hvee hubiese pertenecido realmente a Atón, podría haber muerto de cualquier modo.

Pero él no había sido condenado en realidad. El hvee había muerto porque Atón sabía de la suerte de su amada, y conocía el lazo que ella tenía con el hvee, aunque no fuese nunca claramente consciente de ello. Cuando el hvee volvió a sus manos y a su conocimiento, se marchitó inevitablemente.

Podía coger un segundo hvee y ofrecérselo a Coquina. Este no moriría. Vio la casa. Una hosca luz salía por la ventana.

La duda continuaba acosándole. ¿Por qué le había enviado a la lucha prematuramente? ¿Por qué se había negado a tocarle? Después de dedicar tres años de su vida al cuidado de un padre moribundo y un hijo terriblemente vivo, con el final de su tortura tan próximo... ¿por qué había llorado?

Piensa en la fecha...

Sí, la fecha había sido prematura. Pero, ¿por qué? Sin duda Bedside había querido decir algo.

Llegó a la casa y abrió la puerta sin detenerse. Un hombre se volvió para recibirle... un extraño. Era un hombre seco, de unos cincuenta años, en la plenitud de la vida, de expresión solemne y callosas manos. Había vigor en su porte, educado pero incommovible. Era Benjamín Cinco, el tío al que casi había olvidado.

—¿Dónde has estado, Atón? —preguntó Benjamín con gravedad, su tono desconcertantemente parecido al de Aurelius. Tras él había una mujer tendida en el sofá.

—¡Coquina! —exclamó Atón, pasando ante Benjamín con irrespetuosa rapidez.

Ella no se movió. Su pálido pelo caía inerte por el borde del sofá y casi tocaba el suelo.

—Coquina... te daré otro hvee...

—Joven, es demasiado tarde para eso —dijo Benjamín. Atón le ignoró.

—Coquina, Coquina... ¡Gané la batalla! El malvado se ha ido —los párpados de ella se estremecieron, pero no habló—. Coquina. —Puso sus manos sobre las de ella.

Las manos de ella estaban frías.

Piénsate la fecha... Aquél era el año y el mes del enfriamiento. ¡El enfriamiento! Ella se moría, sin remisión ya.

—¿Pensaste, acaso, joven primo, que su amor era menor porque no se manifestaba escandalosamente? —murmuró Benjamín.

Atón entendió al fin. El enfriamiento había afectado a Hvee en el primer mes de §305, y debía repetirse en el segundo mes de §403. Coquina sabía muy bien esto, como lo sabía todo habitante de Hvee, y podía haber abandonado el planeta... si no hubiese tenido un virtual inválido al que cuidar. En ningún lugar fuera de aquel planeta podía ocultar a Atón... no podía eludir la vigilancia a que los encargados de la cuarentena sometían a todas las naves que abandonaban un planeta afectado. Y así había decidido quedarse, y se había arriesgado al enfriamiento, y había caído víctima de él. En vez de marchar nada más contraerlo, Coquina se había quedado, cuidando de él, y por último le había despertado para que no despertase solo, confuso y desvalido, o muriese por falta de atenciones bajo los efectos de las drogas.

... su amor no había sido menor.

Ella había querido que él ganase su libertad mientras ella conservase aún la vida, mientras pudiese disponer de su ayuda y de su apoyo.

El enfriamiento. Él se habría dado cuenta en cuanto la tocase, por eso ella se había mantenido alejada al hablar con él. Sin duda le habría resultado muy trabajoso sostenerse en pie, mientras intentaba prepararle para una lucha que ella solo parcialmente entendía. Ahora que la prueba había terminado, había concluido su labor y había dejado de luchar.

A menos que hubiese dejado de luchar al ver morir al hvee.

Atón estuvo arrodillado durante interminables minutos junto a ella, estrechando sus manos, contemplando su tranquilo rostro. ¿Nunca sabría ella que no la había traicionado aquella tercera vez? Las lágrimas afluían a sus ojos mientras el frío pasaba de la mano de ella a la suya, pasaba hasta su espíritu.

Mi amor, pensó, mi amor por ti no es menor tampoco. Todo lo que antes compartiste con la muñoneta, te pertenece ahora a ti sola. Mi segundo amor es mayor que el primero.

Ella seguía inmóvil.

Atón bajó la cabeza, derrotado.

—El precio de la libertad es demasiado grande —dijo.

Alguien llamó imperiosamente a la puerta.

—Es Chthon —dijo Atón a Benjamín, sin que le preocupase ya descubrir su semitelepatía.

Entró Bedside. Se dirigió inmediatamente hacia la muchacha moribunda.

—Es definitivo —dijo.

Atón asintió. El último de los enigmas de Bedside se había aclarado. Ahora le tocaba a Atón hacer un sacrificio.

—Si ella vive —dijo a Bedside— me someteré a tu dios.

Bedside cabeceó aceptando.

—Debemos irnos inmediatamente.

Atón se levantó y deslizó sus brazos bajo el inerte cuerpo de Coquina, alzándola en el aire. La llevó hasta la puerta.

Benjamín no se movió.

—Creo que has vendido tu alma —dijo.

Atón salió a la noche. Las claras estrellas brillaban arriba... estrellas que él no volvería a ver.

—«¡Ocultad, ocultad vuestra luz dorada!» —citó suavemente—. «¡Ella duerme! ¡Mi dama duerme! Duerme...»

Las cavernas estaban tranquilas. No corría el viento, e incluso había desaparecido la corriente de agua. Había poco líquido en los estanques, demasiado superficiales para poder nadar en ellos. Las formaciones rocosas habían adquirido un tono peculiar, un gris antinatural, y la forma grotesca de los pasajes que se desviaban repelía a la vista.

Había como un presentimiento que iba creciendo. Tenía el olor del callejón sin salida. Aquel río poderoso de antes había ido desapareciendo gradualmente, y la caza, tan abundante hasta entonces, se había hecho muy escasa. Una vez más el grupo tenía hambre. Pronto deberían echar a suertes, a menos que alguno se ofreciese voluntario desplomándose. La última de las señales de Bedside había sido localizada dos marchas atrás. Si no encontraban otra al final de aquella marcha, tendrían que volver sobre sus pasos.

Catorce mujeres y seis hombres habían sobrevivido al viaje de treinta marchas del Camino Difícil... hasta entonces. Los accidentes y la fatiga aún se cobraban su tributo, y la quimera aún acechaba, aunque tenía pocas posibilidades de cobrar nuevas víctimas. Estaban más lejos de la superficie que nunca... y entre ellos y la salida final acechaba la amenaza que había vuelto loco a Bedside.

La marcha concluyó. Acamparon agrupándose e intentando protegerse de la lúgubre asechanza de fuerzas desconocidas. Aquellas cavernas eran amenazadoras.

—¿Cuánto más nos quedará? —preguntó una mujer, con voz demasiado aguda, dirigiéndose a los siniestros pasajes. Atón pensaba lo mismo: ¿Qué otras pruebas habrían de soportar para que Chthon les dejase libres?

Un grito. Era la voz de una de las mujeres que estaban de vigilancia. Ahora se establecía la vigilancia en equipo, mientras el grupo principal descansaba. La quimera jamás atacaba a una formación alerta.

Los otros se agruparon alrededor. Era uno de los túmulos de Bedside, con un mensaje garrapateado en el suelo. Era una roca blanca y se podía escribir fácilmente rayándola.

—¿Qué significa?

Era la típica calavera que indicaba peligro, pero sin las tibias cruzadas. Bajo ella una palabra.

Atón leyó las toscas letras: MYXO.

—Debe de ser un término médico.

—Myxo —murmuró Jefe—. Para mí no significa nada. No es propio de él dejar

el dibujo sin acabar.

—Salvo que algo le alejase bruscamente de aquí... —sugirió una mujer.

—O que haya un Myxo por aquí que no mate del todo —concluyó otra.

Permanecían en círculo, mirándose. Nadie sabía. Pero la experiencia había demostrado una cosa: el doctor Betside nunca bromeaba, y no había que ignorar sus advertencias.

—Será mejor que nos vayamos enseguida —decidió Jefe. Estaban cansados, pero nadie se opuso. Allí había peligro.

Quince minutos después cayó una mujer, agarrándose el cuello y la cabeza. No la había atacado ningún animal, y nada extraño se veía.

Se detuvieron para una breve consulta. La vida era ahora mucho más valiosa. Si el grupo perdía a alguien, se reducía peligrosamente y tenían menos posibilidades de enfrentar los posibles peligros. Tenían que organizar grupos de exploración, de vigilancia y relevo, y destacar también a individuos aislados para misiones especiales de trabajo desagradable. Si se derrumbaba el sistema de disciplina, se aceleraría la muerte de los otros. La preocupación por los rezagados era algo nuevo, pero necesario.

Acamparon y acomodaron a la mujer. La examinaron con detenimiento. ¿Qué le pasaba?

Respiraba trabajosamente, jadeaba. Su piel iba volviéndose pálida. Una mucosidad pegajosa se desprendía de todo su cuerpo, con un olor que revolvió el estómago. Había sido atacada por alguna enfermedad... la primera enfermedad que se conocía en Chthon.

—Será mejor que la matemos ahora —urgió una mujer—, antes de que el mal se extienda.

Jefe consideró la cuestión.

—¿Para qué molestarse? —dijo Atón—. Esta vez todos hemos estado expuesto al mal igual que ella.

—¿Y cómo lo cogería?

—Nunca he visto nada igual.

—Dejémosla aquí y sigamos —gritó un hombre; el miedo se extendía rápidamente.

Cayó una segunda mujer.

—Demasiado tarde —dijo Jefe. Era siempre demasiado tarde cuando localizaban el siguiente peligro—. Es mejor que permanezcamos juntos y luchemos.

—¿Contra qué? —quiso saber el hombre. Pero la pregunta era pura formalidad: se desplomó una tercera mujer.

Las mujeres fueron cayendo en rápida sucesión, y sus pieles palideciendo. No parecían experimentar dolores, después del espasmo inicial; pero la exudación acre crecía y empeoraba progresivamente. Si se limpiaba la piel volvía a formarse, y cubría todo el cuerpo.

Atón, Jefe y los otros cuatro hombres no sabían qué hacer. Durante el viaje los hombres habían corrido más riesgos y habían muerto en mayor número, y la quimera parecía preferirles. Ahora la relación se había invertido, pues la misteriosa enfermedad parecía atacar exclusivamente a las mujeres. Jefe hizo lo único posible. Cogiendo a una mujer por un pie la arrastró hasta el estanque más próximo e intentó lavarla para quitarle aquella mucosidad. Esto pareció resultar; la mujer se incorporó y comenzó a lavarse ella misma, lentamente, pero con cierta eficacia.

Hicieron lo mismo con las otras, echándolas al agua y manteniendo la cabeza fuera, sujetándolas por el pelo, hasta que revivían. La crisis parecía superada.

Entonces les tocó el turno a los hombres.

Los ataques de éstos, como para compensar el tiempo perdido, eran mucho más violentos. Casi al unísono, se vieron atacados de convulsiones. Su piel reaccionó, desprendiendo la exudación mucosa. Ahora les tocaba a las mujeres hacer de enfermeras. Pronto estaban todos en el estanque, y el agua adquirió un color lechoso. Si se trataba de una enfermedad fatal, todos morirían.

Pero Bedside había omitido las tibias cruzadas.

Atón fue el primero de los hombres que se recobró. No había experimentado ningún dolor, aparte de una extrema rigidez en el cuello que dificultaba la respiración. En vez de dolor le había invadido una gran laxitud, un deseo de dejarse ir... deseo eliminado por el agua fría. Luego, como reacción, se sentía irritado. No por el ridículo baño comunal, sino por no haber sido capaz de resistir a la enfermedad.

—¡El Myxo! —exclamó—. Esto debe de ser lo que Bedside quiso indicarnos. Se trata sin duda de una especie de virus.

La mujer más próxima le miró. Era la del pelo negro, que no parecía ya tan bonita como antes de emprender la marcha, pero que resultaba aún interesante. En presencia de Granate se mantenía siempre alejada; pero Granate había servido de alimento a la criatura del lago mientras los otros nadaban cruzándolo, y ahora el campo estaba libre.

Si las cosas llegasen a aclararse lo bastante para permitir una relación tranquila...

—Debe de estar en el aire —dijo ella. Nunca había llegado a saber cómo se llamaba—. Será mejor que nos vayamos.

Jefe revivió.

—Sí —aceptó.

Continuaron, intentando escapar a aquella enfermedad que sabían que llevaban consigo. No llegaron muy lejos.

Las mujeres fueron de nuevo las primeras. Esta vez fue fiebre, increíblemente alta. No había termómetros ni medios de calcular su intensidad, pero el simple contacto de la piel indicaba que había varios grados de diferencia entre los enfermos y los sanos. La fiebre se elevó hasta el límite de la resistencia humana. Y luego siguió elevándose.

No intentaban ya continuar la marcha. Era evidente que no podían huir de la enfermedad ni ocultarse de ella. El pasadizo que tenían frente a ellos se abría en una cúpula-burbuja, otra reliquia del período de formación de Chthon, fuera de lugar en aquel sector de las cavernas, pero bienvenida. La base estaba llena de agua clara y poco profunda. Era un lugar conveniente y relativamente seguro. Se acomodaron allí, dentro del estanque y alrededor, esperando lo que pudiese venir.

¿En qué momento, se preguntaba Atón, se producirían lesiones cerebrales? Aquella fiebre estaba ya sin duda cocinando los tejidos nerviosos de las víctimas. No había límite específico a la temperatura que un cuerpo vivo podía soportar, pese a la actitud de los médicos, pero aquella fiebre era peligrosa. ¿Había sido aquél el motivo concreto de la locura de Bedside? Y de ser así, ¿había posibilidad de eludirlo?

¿Había un medio de disminuir la fiebre mientras la enfermedad seguía su curso? Comprobó el agua. Estaba fría; estaba muy por debajo del ciclo del fuego. Totalmente inmersos...

Llegó la fiebre. Atón se deslizó en el estanque y se tendió de modo que solo su cara quedase expuesta al aire. El alivio fue una bendición. Pero sus fluidos interiores ardían sus tejidos se retorcían. El infierno del granate azul no era más calcinante que aquello.

Oía vagamente a su alrededor chapoteos. Algo pasaba, pero le daba miedo incorporarse y mirar, le daba miedo abandonar el agua por el temor irracional de incendiarse al hacerlo.

Pero tenía que hacerlo. Sin saber por qué le resultaba difícil respirar. Había una obstrucción.

Atón se incorporó y se llevó una mano a la boca y descubrió en ella una gruesa capa de mucosidad pútrida. Dentro, esta vez, obstruyendo los pasajes nasales y glóticos, en vez de la piel exterior. Tenía la nariz casi totalmente bloqueada. Metió un dedo en la boca y sacó una masa de moco amarillo, hedionda y podrida, que se endureció inmediatamente al contacto con el aire. No era extraño que le resultase difícil respirar. Aquella masa taponaba las vías respiratorias solidificándose alrededor de ellas.

Miró a su alrededor, o intentó hacerlo, y descubrió que un moco similar rodeaba sus ojos, casi taponándolos. Lo mismo le sucedía a los otros, hombres y mujeres; la enfermedad no parecía ya hacer distinción de sexos. Algunos escupían intentando entre náuseas despejar sus conductos respiratorios. Un hombre expulsó una gran masa sólida, en la que había sangre adherida. Y la fiebre seguía subiendo.

Atón sepultó la cara en el agua, intentando desprender aquella mucosidad. Esto ayudó; la mucosidad se disolvía. Escupió un gran nódulo, hizo gárgaras y siguió escupiendo. El agua le había salvado por segunda vez.

Los demás siguieron su ejemplo. Para tres era ya demasiado tarde. Varios más estaban dudosos y probablemente acabarían asfixiándose. Nadie tenía tiempo de ayudar al vecino. Parecía no haber defensa alguna contra aquel ataque... solo un

alivio temporal de los síntomas gargarizando constantemente.

El estanque estaba lleno de suciedad.

—Avancemos... un poco —dijo Jefe.

Continuaron, solo lo suficiente para localizar un estanque de agua clara. El breve trayecto les resultó inmensamente agotador. La enfermedad había reducido drásticamente las fuerzas de todos.

Y aquello continuó durante un período interminable. Hacia el final la mayoría se arrastraban de un estanque al siguiente entre ataques, incapaces de andar de pie. A juzgar por su hambre, Atón calculaba que el tiempo real transcurrido desde el primer síntoma de la enfermedad era de menos de dos marchas... pero subjetivamente era muchísimo más que eso.

Comenzaron a producirse las primeras recuperaciones. Las mujeres, que habían sido las primeras en sucumbir, fueron las primeras en recuperar el equilibrio. Gradualmente desaparecieron los síntomas en todos.

Once mujeres y tres hombres habían sobrevivido. De ellos, tres continuaban afectados: Atón, Jefe y la mujer de pelo negro. Atón advirtió esto, comprendió algo y luego perdió la conciencia luchando con otro ataque de vahídos y náuseas.

Recuperación: pero los que se habían recuperado por completo, al menos en lo que respectaba a los síntomas visibles, no ayudaban a los otros. Se quedaban allí esperando, aletargados... esperando algo. No hablaban.

Al fin los tres restantes se relajaron y se incorporaron liberados de la fiebre. Los otros once les miraban, impasibles.

—Está bien —dijo Jefe; su voz de mando era una sombra del pasado—. Vamos hasta el estanque siguiente.

Se dispuso a dar ejemplo, pero el grupo principal no le siguió.

—¿Pero qué les pasa? —preguntó la del pelo negro.

—¿Es que no venís? —les preguntó Atón. Ninguna respuesta.

—¿Os dais cuenta? —dijo la mujer—. Actúan como zombis.

Eso era la clave. No parecían tener ya voluntad libre.

Atón los conocía a todos, después de los rigores de la marcha. Aunque no eran individuos que se distinguiesen por su individualismo, de todos modos...

Su pensamiento previo brotó de nuevo. Individualismo: sólo los tres miembros más independientes del grupo que quedaba estaban ahora en movimiento. Los que siempre hablaban por sí mismos, los que actuaban por motivos propios, los que solían pedir explicaciones.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por otro ataque que la enfermedad. Los tres se lanzaron tambaleándose hacia el estanque siguiente y se arrojaron en él, luchando con la fiebre y el moco en el agua fría. Y los otros observaban impávidos, sin decir nada.

Atón, en su febril fantasía, tuvo la sensación de estar perdiendo el control de su propio cuerpo. Sus brazos respondían lentamente. Otros músculos parecían rígidos,

inseguros, inertes. Este era otro aspecto de la enfermedad que solo ahora comenzaba a adquirir maligno sentido.

Pero el pensamiento de Malicia le hizo mantenerse. La canción de Malicia estaba incompleta. No podía descansar mientras no la poseyese. Lo demás no importaba. El fuego de su sangre no era más tenso que el del pelo de ella; el estanque no era más refrescante que los ojos profundos de Malicia. Solo el amor de ella...

El ataque cesó. Atón se sintió entonces más fuerte. Había sido más fácil resistir al recordar su objetivo. Pero los otros dos habían sido menos afortunados. Le miraban atentamente, pero no intentaban incorporarse. Atón no podía desentrañar el misterio de los zombis.

Diez mujeres y un hombre no habían eludido el último ataque ni se habían visto afectados por él. Atón avanzó hacia ellos.

Retrocedieron... todo el grupo. Se hicieron atrás, rígidos, torpes, al unísono. No podía haber duda ya: estaban poseídos y bajo control remoto. Esta vez no era ninguna oruga, al menos no una oruga física, pero el efecto era similar.

—Mátalos —dijo Jefe desde el estanque—. Ya no son humanos.

Atón se acercó a un hombre solitario, un hombre de estatura media que había sido hasta entonces laborioso y amable.

—Libérate de eso —dijo, empujándole en el hombro. Pero el hombre cayó hacia atrás y su cuerpo rígido golpeó el suelo. No intentó levantarse. Atón se agachó y comprobó su corazón. No latía. Aquel hombre no respiraba. Estaba muerto.

Las mujeres continuaban retrocediendo. Fue hacia ellas de nuevo... y hubo de detenerse ante un tercer ataque de aquellas series intermitentes. Esta vez era más intenso que antes. Apenas si pudo obligar a sus piernas a cubrir la distancia que le separaba del estanque más próximo. Querían moverse al mismo ritmo que regía el caminar de las mujeres. La mucosidad que se coagulaba en su boca aumentaba su distracción.

Llegó al agua y se tiró de cabeza, sin preocuparse de si se ahogaría o no, siempre que siguiese los dictados de su propia voluntad. Malicia apareció de nuevo, una visión deleitosa, y su insaciable ansia de ella hizo retroceder la otra fiebre. Aquello era lo único que movía a su voluntad a resistir. La ansiedad de la fiebre era demasiado fuerte para que durase mucho tiempo.

Pasó, dejándole débil y jadeante. A su lado, Jefe estaba rígido, con la mirada fija, los ojos inyectados en sangre. Atón tuvo miedo de que el caudillo hubiese sido derrotado pero de su boca crispada surgió una voz, confusa y balbuciente, pero propia.

—Yo... no puedo luchar más —dijo Jefe su brazo se agitó en el agua y alzó el hacha resplandeciente—. Tómala... mátame si también yo...

Atón la cogió. Se levantó y caminó una vez más hacia el grupo. De nuevo las mujeres retrocedieron. Algunas sin mirarle siquiera, pero moviéndose con pasos automáticos al compás de las otras. De nuevo le atacó la fiebre.

Comprendió entonces que la fiebre estaba dirigida de forma consciente. Cuando se retiraba hacia el estanque disminuía; cuando avanzaba hacia los zombis, se elevaba. El mensaje era claro: dejarlas solas.

Atón expresó claramente su respuesta. Centró su mente en la imagen dominante de su amor su inalcanzable muñoneta, y continuó avanzando. Golpeó con su mano libre a la mujer más próxima; la coordinación necesaria para manejar el hacha quedaba fuera de su alcance. La mujer cayó sin un ruido, y quedó tendida como había quedado tendido el hombre. El esfuerzo de la transición debía haber debilitado a los zombis hasta tal punto que cualquier choque posterior resultaba fatal. Podía matar con un simple golpe.

«¡Mata...!» pensó. «Pero son seres humanos, son las personas que han viajado conmigo y que han vivido con migo las aventuras más terribles de nuestras vidas ¿Cómo puedo matarles?»

Pero conocía la respuesta a esto, y en la desorientación del ataque mental el razonamiento cobró sentido: matar, porque aquellas personas no eran ya humanas. Habían cedido sus mentes y voluntades a alguna influencia de Chthon tan insidiosa y maligna como la oruga, y la muerte era caridad. Sabía esto intelectualmente, y lo sentía, de algún modo, emocionalmente: en aquellos zombis no quedaba ya personalidad. Matar. El ataque invisible contra él se intensificó. Su respiración se bloqueaba, su vista vacilaba, pero siguió luchando y avanzando y golpeando casi ciegamente, una y otra vez, alcanzando de cuando en cuando carne sólida, y a su alrededor caían silenciosas las mujeres. Era una carnicería; un golpe significaba muerte, y hubo muchos golpes.

Al fin la presión que pesaba sobre él se hizo excesiva, y cayó. Incapaz de levantarse, intentó rodar hacia el agua. Pero había ido demasiado lejos. Sucumbía no a la posesión, sino al olvido.

A...

«Tu sueño es inútil», parecía decir la voz. «La muñoneta está prohibida; solo es auténtica tu emoción cuando estás separado de ella. Jamás podrás unir esos polos opuestos; solo pueden unirse en el desastre.»

Logró enfocarlo: una masa de verde. Se agrupaba en verticilos y pétalos: la flor del hvee. Los labios pétalos hablaron de nuevo.

«No hay magia alguna en tu canción. Te fascina sólo porque está interrumpida. Tu amor perdura sólo porque es incompleto.»

«¡No!» Pero de algún modo se asentó, el fatalismo elevándose como la marea, lamiendo suavemente idealistas castillos de arena. Pues el hvee no mentía a su dueño.

«Tú no eres mi dueño. Eres sólo...»

Atón borró la imagen de su conciencia, temeroso de lo que pudiese decir. La flor vaciló y se hizo gris. Era una colgante estructura del techo, una cristalina estalactita, fisurada y hueca como una monstruosa concha.

Las mujeres lavaban su cuerpo en el agua. Los movimientos eran torpes, rígidos.

Atón retrocedió. ¡Ellas eran zombis!

El hacha estaba en el suelo, donde se había desmayado.

No había llegado al agua por sí mismo. ¿Era también él un zombi?

—¡No!

Atón se levantó de un salto salió del agua y corrió hacia el arma. La agarró con fuerza como si temiese que se la arrebataran. Ahora estaba armado no era un zombi.

Las mujeres venían tras él, mecánicamente. El retrocedió, vacilando ante su amabilidad hacia él. Él había estado destruyéndolas; ¿por qué ellas no le habían matado?

Algo le tocó. Volviéndose, Atón vio a un hombre. Era Jefe, estaba de pie fuera del agua. La piel limpia. Los ojos en blanco.

Atón supo lo que tenía que hacer. Alzó el hacha.

Comenzó el ataque. Centró su mente y enarboló el hacha, que de pronto pesaba enormemente. La gran hoja se alzó, inmensa, demasiado pesada para sus fuerzas. Luego la empujó hacia adelante, lentamente, guiándola como si la cediese simplemente al impulso de la gravedad. Al fin fue a posarse en el cráneo de Jefe, y Jefe cayó, cayó.

He pagado la deuda que tenía contigo y... lo siento.

La fuerza del ataque le cubría como una manta asfixiante, pero al retroceder tambaleándose se debilitó de nuevo. A su alrededor estaban tendidas las mujeres muertas; sólo las dos que le habían revivido a él seguían vivas. Podía matarlas...

Y vagar solo por las interminables cavernas de Chthon. ¿Iba a acabar todo allí? Y si acababa sucumbiendo al zombismo, ¿quién habría allí para matarle a él?

¿A qué le había llevado el amor de Malicia?

—Tregua. —La voz quebrada venía del estanque que había tras él. Había olvidado a la mujer de pelo negro, la última esperanza.

Salía del agua. ¡Ya no estaba solo!

Se aproximó a él, moviéndose con el torpe paso de los poseídos. Sus ojos miraban fijamente hacia adelante.

La última conquista zombi avanzaba hacia él, fácil presa para el hacha o el puño. ¿Qué significaba?

—Tregua —repitió.

Era capaz de hablar. ¡Había inteligencia tras la semimuerte Myxo! La calavera sin las tibias cruzadas.

Ahora aquel poder parecía dispuesto a parlamentar.

Atón sujetaba el hacha, resistiéndose a emprender la acción que le dejaría totalmente solo y perdido en las cavernas. La inteligencia, aunque fuese inteligencia maligna, era un adversario menos temible que la soledad.

—Tregua —aceptó.

La mujer-cosa se detuvo ante él, impávida.

—No matar —dijo.

¡El poder que controlaba al zombi quería salvar lo que quedaba de sus conquistas! Podía hacer un trato. Su mente analizó las posibilidades.

—¿Quién eres tú? —preguntó, sin que le preocupase realmente, sólo porque necesitaba ganar tiempo para pensar más. ¿Podría obtener su libertad a través de aquello?

Los ojos del zombi pestañearon. Retrocedió, los ojos fijos en el hacha.

—¿Qué pasó? —preguntó ella quejumbrosamente—. ¿Por qué...?

¡Se había liberado de la posesión!

—¿No te acuerdas?

Ella miró a los otros zombis.

—Yo... yo perdí, ¿verdad? —dijo, vacilante—. Me sometí. Todo el dolor y el miedo desaparecieron, aunque no del todo. Yo no era exactamente... —Se detuvo, señalando hacia los otros.

¿Un dominio incompleto? No le gustaba aquello. ¿De quién era agente ahora ella? Se irguió, rígida de nuevo.

—Yo soy... Chthon.

Chthon... Esta vez un título, no un lugar. El intelecto Myxo.

Había aprendido moderación. Los auténticos zombis de nada le servían, porque no podía controlar sus cuerpos con eficacia. Pero dejando intacta una parte de la voluntad humana podía utilizar el centro del lenguaje, y quizás buena parte de la memoria y de la mente. Pero, ¿quién era aquel poder?

Se lo preguntó.

No lo sabía él mismo. Pero en un vacilante intercambio fue desplegándose una especie de imagen progresiva. Las fuerzas geológicas del planeta Chthon subterráneo habían excavado cavernas, cientos y miles de kilómetros cúbicos de cavernas: tubos de ardiente lava, serpenteantes corrientes acuáticas, suaves túneles ventosos. Los posteriores caprichos de la naturaleza trastocaron y alteraron la complicada estructura, aplastando los pasajes, obstruyéndolos, desviándolos e iniciando de nuevo el proceso. La lava fluyó una y otra vez; el agua se abrió paso por los torturados estratos, los lechos fluviales se fundieron, los lagos fueron aplastados entre capas disgregadas. Se formaron cristales en los intersticios, de todo tipo, creciendo enormemente, sólo para ser aplastados de nuevo. Nuevas presiones engendraron incansables corrientes eléctricas, pues algunos eran semiconductores, y se formaron y se destruyeron diodos, y los electrones corrieron a lo largo y ancho de masas metálicas, residuos de anteriores fundiciones, y se descargaban en las aguas corrientes, atravesaban quebradas redes, y aceleraban su marcha a través de conductores naturales. Las chispas incendiaban el gas acumulado, hacían explotar las burbujas volátiles. Se formó una circulación perpetua, calentando y fragmentando la roca fría y evaporando las aguas filtradas al estabilizarse los fuegos cambiando tolerancias. Y los cristales continuaron creciendo y cambiando en el nuevo medio, y algunos se metamorfosearon en formas escasamente naturales y la corriente

desarrolló en ellas circuitos y sistemas autoalimentados análogos al cercano ciclo del fuego. Por fin, de una forma indefinida, se realizó la transición del limo al limo viviente, y la transición de la corriente a la conciencia se realizó también, sin la interposición de vida, y el intelecto Chthon se creó.

—¿Qué quieres de nosotros los seres humanos? —preguntó Atón—. ¿De qué te servimos?

La mujer vaciló, y retrocedió al estado zombi, luego volvió al estado humano.

—Quiere que te explique que no tiene ninguna... ninguna parte móvil. Es todo... electrónico, una computadora. Puede pensar, pero no puede hacer nada, a menos que controle unidades móviles. Los animales locales no sirven de gran cosa. No pueden seguir instrucciones complejas, y Chthon no puede adaptarse fácilmente a sus sistemas nerviosos. Necesita unidades con... inteligencia.

—Tiene dos zombis —indicó Atón—. Tres.

—Ellos no son... fuertes. No tienen... se necesita gran concentración para mover sus cuerpos, porque los... circuitos son menos familiares aún que los de los animales. Extraños. Necesita... unidades con voluntad.

Atón no se sentía muy interesado por el problema.

—¿Y qué es lo que gana una «unidad voluntaria»?

—Seguridad. Cordura —dijo ella.

Atón lanzó una áspera risa.

—Haré con él este trato: me abstendré de matar lo que queda de esa gente «sana» y «segura», si me guía hasta la superficie.

—Sí —dijo ella.

—¿Sí? —Atón no podía creer que fuese tan fácil—. ¿Chthon está de acuerdo?

—Sí.

—¿Ahora? —Atón estaba atento a una posible trampa.

¿Estaba planeando aquella fuerza animal dirigir a los zombis cuando Atón se distrajese, renovando entonces el ataque contra él?

—Viajaremos juntos... los cuatro —añadió—. O los mataré ahora.

—Eso significará... seis marchas —dijo ella—. Los otros... no pueden viajar hasta allí. Morirían.

—Vaya, vaya. Puedo acortar sus penas.

—Tú morirás... si Chthon convoca a un... animal... y libera su mente.

Política de poder. Aquella fuerza aprendía deprisa. ¿Podía convocar a la quimera, o era una fanfarronada? Pero esto le dio una idea.

—Si Chthon puede convocar animales, el problema está resuelto. Que traiga a uno en el que se pueda montar.

Hubo posteriores negociaciones; pero al poco tiempo Atón estaba montado a lomos de un enorme lagarto, las rodillas apretando las suaves escamas de sus costados, y sujetas las manos en los grandes pliegues de su cuello. El peso de Atón obligaba al animal a caminar a cuatro patas, pero era lo bastante vigoroso como para

transportarle fácilmente. Los demás iban en monturas semejantes. Se inició el largo viaje, que de aquel modo sólo llevaría dos marchas.

Aquél era el Camino Fácil.

Iban a buen paso. Los inmensos seudoreptiles liberados del control directo de Chthon, después de recibir el mensaje, galopaban a sus buenos dieciséis kilómetros por hora. Las cavernas grises pronto quedaron atrás, después de cruzar un auténtico laberinto. Atón se dio cuenta de que jamás habría conseguido salir de allí solo. Se sentía soñoliento, pero no se atrevía a dormir. Podría despertar y encontrarse con que los zombis habían huido. ¡Un extraño giro del destino había hecho muy valiosas a aquellas semipersonas!

Sin embargo, el sentido común le decía que no había ningún medio de controlar a los zombis si sus animales se desviaban del curso que seguía su propia montura. Se perderían en segundos, y Chthon podía inmovilizar su propio lagarto e impedir cualquier persecución. Sin rehenes, no tendría ya posibilidad de imponer sus condiciones. Estaba realmente mucho más a merced del dios de las cavernas de lo que parecía comprender. Miró a su alrededor, consciente del paso del tiempo, sintiendo las piernas agarrotadas por la constante presión. Las cavernas de alrededor habían cambiado, y se dio cuenta de que se había dormido o que había estado muy cerca del sueño. Pero los zombis aún seguían tras él. Al parecer, Chthon cumplía su palabra. Un acontecimiento sorprendente e insólito. Chthon no podía ser tan estúpido. ¿Por qué se burlaba de él?

Evidentemente, tenía planes muy especiales para él. El acuerdo había sido una treta para conseguir su cooperación temporal. Nada podía hacer ya sino seguir el juego y esperar a que enseñase... sus cartas.

Viajaba a lo largo de un túnel similar al que precedía a la estancia de la ballena-medusa, pero sobre un lecho fluvial seco. El sendero ascendía suavemente, haciendo interminables curvas. Le recordaba el transsistema de una nave espacial, y se preguntó fugazmente si no se cruzarían con otro tráfico. Pero, por supuesto, Chthon mantendría apartados a los demás animales, especialmente a las orugas.

Pasó más tiempo mientras los incansables animales continuaban su marcha. A Atón le dolía todo el cuerpo. Pero su ansia de libertad superaba cualquier incomodidad corporal, y se negaba a detenerse y hacer un alto. Se preguntaba también con qué lucha habría de enfrentarse para obtener aquella libertad, cuando llegase el momento decisivo. La libertad no se le brindaría tan fácilmente.

De pronto, empezó a llover.

¡Estamos en la superficie!, pensó. ¡Hemos salido de las cavernas! ¡Alto!... ¡quiero bajarme aquí!

Pero no habían tenido aún tiempo suficiente de llegar. Era la primera marcha y estaban aún en las profundidades del planeta. En unos cuantos minutos, salieron de la

zona de lluvia, y Atón comprendió que no era más que otra de las maravillas de Chthon. Una abertura tan colosal que tenía un sistema meteorológico independiente. O, más probablemente, una precipitación constante de un techo frío situado muy arriba, o la filtración de algún río situado más arriba. Había sido, sin embargo, una sorpresa.

Los animales volvieron a penetrar en una zona de lluvia, y Atón se agarró con fuerza a los pliegues del cuello de su lagarto, empapado. Había algo en aquella lluvia que le molestaba. Tuvo una premonición de muerte, de terror, y de fin del amor. Extraño... Hasta entonces nunca había temido a la lluvia.

Pudo ver a los lados pequeñas masas de extraña vegetación. Jardines luminiscentes de brillos verdes y azules crecían lozanos bajo la lluvia.

Atón lamentó dejar atrás aquel sector.

Al fin la primera marcha terminó. Desmontaron e intentaron relajarse. Atón se dio cuenta de que tenía hambre; tenía hambre ya antes de iniciar aquella extraña cabalgada, y ahora se tambaleaba de debilidad. Además, los ataques de Myxo no le habían fortalecido, precisamente.

—Enciende fuego —dijo la semimujer—, si lo deseas; pronto vendrá un animal. —Y de este modo pudo comer. Atón descubrió que la carne de un animal zombi podía ser excelente.

Acamparon en túneles ventosos, pero desconocidos. Podían formar parte de un sistema opuesto al que habían visto antes, al otro lado de la inmensa sima de gas. Sintió deseos de realizar una exploración, pero enseguida cayó en la cuenta de la inutilidad de hacerlo. ¿Qué podía esperar encontrar, salvo más cavernas?

Se durmieron, Atón con un brazo sobre la semimujer, no porque sintiese ningún deseo personal de ella, sino por asegurar su seguridad como rehén... por si acaso. Pensaba que ella era la más valiosa de las conquistas, porque su mente permanecía en gran medida intacta. Una parte del supuesto pacto estaba ligada a que Atón conservase un poder sobre ella. Si hubiese habido cualquier otro medio, él no la habría tocado siquiera. La idea de una posesión tan ajena le repugnaba.

Por la «mañana», esperaban monturas frescas y los cuatro reanudaron su viaje. Atrás quedaron los túneles de viento, y siguieron su camino por un bosque de estalagmitas, marrones y descoloridas, con anillos concéntricos que señalaban gradaciones en el exterior. De nuevo el paisaje le inquietaba vagamente; la visión de aquellas columnas arbóreas que se elevaban del suelo traían a su mente recuerdos de los bosques de Hvee de su niñez, siempre amistosos... llenos ahora de indefinibles presagios. Dudaba casi si dejar o no las cavernas protectoras, con su imagen-dios omnipresente. Tenía miedo de lo que pudiera encontrar Fuera.

Rechazó esta sensación. Probablemente Chthon intentase influir en su mente. Pero nada podía debilitar su amor por la miñoneta.

Las monturas acortaron el paso al principio de la segunda marcha, avanzando en su equivalente al andar de puntillas. Atón, más alerta de lo que había estado en la

marcha anterior, miraba a su alrededor con suspicacia. Vio la forma inmensa de una gargantuesca criatura dormida. Debía de ser un dragón del mundo subterráneo, del tamaño de un elefante, tendido en medio del camino. Estaban en su madriguera... pasajes recientemente excavados en la roca, de tres metros de diámetro, donde se marcaban las huellas de gigantescas garras. Pero su sueño era profundo, controlado sin duda por la influencia de Chthon.

Había mucho más de lo que Atón podía haber imaginado en el sistema cavernario. Sin duda eran aquellos los dominios subterráneos mayores de la galaxia. Un hombre independiente podía vivir allí con comodidad.

La montura aceleró su marcha. Reanudamos la velocidad segura, pensó Atón, y sonrió. Las maravillas continuaron desfilando ante él más numerosas de lo que la mente podía asimilar en aquel rápido viaje.

Algún día regresaría a explorar y aprovechar aquello. Había allí riquezas sin cuento y, más importante aún, conocimiento. Podía pasar allí toda una vida reseñando para la posteridad los interminables tesoros de la naturaleza, una vida útil y provechosa.

No intentes apartar mis pensamientos de la miñoneta. Ella es mi vida, no esto.

¿Sería posible trazar un plano de todo aquello? Era un mundo tridimensional, con un nivel sobre otro, un clima sobre otro, lleno de variedad. Una vida entera no bastaría para hacerlo.

Las horas iban pasando. El avance se hacía más lento a medida que el sendero se empinaba. El brillo de las paredes comenzó a apagarse y al final desapareció por completo, dejándole ciego. Oía el rumor de las piedras desalojadas por pies ahora ciegos y torpes. Aquel era el sector más extraño de todos... Un sector demasiado remoto para la iluminación. Le aterraba. Se sentía desvalido.

—Los animales no pueden soportar la luz del día —era la voz de la semimujer que iba delante—. Debemos parar.

¡La luz del día!

—De pie. Otra vuelta —dijo ella.

Atón pudo oírla desmontar, y luego a los zombis. Se unió a ellos. Los animales, libres, desaparecieron, ansiosos por abandonar aquella zona.

—No iremos más allá —dijo ella—. Debes seguir solo.

¡Solo! Al destino que Chthon había planeado para él.

Las piedras sueltas rodaban bajo sus pies desnudos. Atón se movía entre ellas laboriosamente, guiándose apoyado en la rugosa pared hasta que dio con una esquina. La dobló.

La luz cayó sobre él, no verde sino blanca. Era clara y bella, y la lóbrega cueva horrible.

¡Libertad!

Mientras miraba hacia arriba, vio una silueta. Era un animal que estaba situado entre él y la luz... una extraña criatura, un ave de pico muy largo y afilado, levemente

curvado en la punta. Tenía terribles garras en las alas, que abrió un instante, y sólidas patas pinciformes.

La quimera.

¿Era aquélla la libertad que había prometido Chthon?

Podía volver atrás, reunirse con los zombis, renunciar a su sueño. Renunciar a la muñoneta. Adorar a Chthon.

O podía avanzar hacia la quimera, una criatura a la que no podía esperar derrotar, y entregarse a la muerte que le ofrecía. Sin ojos y sin vísceras, podía vivir unos instantes de libertad, en la superficie del planeta de Chthon: la deleitosa Idilia.

—¡Olvidé LVT! —exclamó Atón—. Dejé mi libro en las cavernas, donde empezaron los ataques de Myxo. —Sí, tendría que volver a por el libro...

En otra ocasión. Tras la quimera vio a la muñoneta. Le hacía señas. Fue hacia ella.

Las grandes alas se agitaron silenciosamente. La criatura desapareció, y con ella la otra imagen, y el camino quedó libre. Chthon le había dejado marchar.

¿Cómo podemos distinguir al danzarín de la danza?

WILLIAM BUTLER YEATS, «Among School Children»

EPÍLOGO:

Sí... le dejaremos marchar.

Permitiremos a Atón volver a visitar la vida. Estaba muerto cuando vino a nosotros dice su cultura.

*Pero no estaba concluido,
y nosotros le necesitamos... completo.*

Le entregamos a nuestro semicuerdo miñón, Bedside, y esperamos su regreso.

Atón, Atón... ¿buscaste el mal?

¿Abandonaste a tu padre en la hora de la necesidad para perseguir una ilusión amada?

¿Cambiaste amor honesto por pasión incestuosa?

¿Traicionaste a tus camaradas cuando los diezmaban?

¿Pactaste por último con el propio infierno, que simbolizabas en Chthon?

Has sido condenado:

No por tu padre

No por tu primero o segundo amor

No por tus camaradas

No por Chthon

¿Dónde está el mal que buscabas?

¿Cómo puedes diferenciarlo de ti mismo?

¿Cómo puedes condenarte a ti mismo por ser lo que eres?

Habíamos pensado salvar el bien de la filosofía de tu cultura

Y destruir el mal de su ser;

Pero los encontramos próximos en género.

Habíamos pensado reclutar un mensajero de exterminio

Para limpiar nuestra galaxia de vida. Pero ese mensajero nos trae LVT

Y burla nuestro intelecto con concepciones éticas.

(Todo lo que habíamos visto antes era su elemento insano.)

¿Cómo podemos diferenciar el destino de la vida del nuestro?

¿No estamos próximos en género en nuestra búsqueda de plenitud?

¿Cómo podemos condenarte

Por compartir nuestro ideal

En tus formas invertidas?

Y así, hemos de aceptarte con tu mujer;

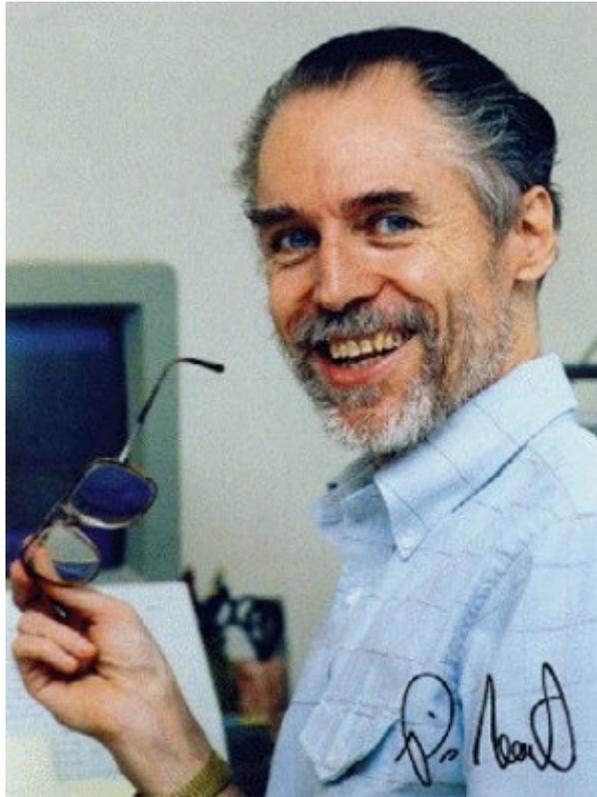
Debemos borrar el enfriamiento de la concha, y aprender que en nuestra piedad.

Está nuestra propia nova.

Pues cuando estudiamos el enfriamiento descubrimos algo asombroso:

*Algo no natural
Algo no hostil
Algo no accidental
Sólo una agitación implantada en nuestra galaxia,
Cuyos efectos laterales sobre la vida son involuntarios: Una señal.
Un mensaje para toda inteligencia con vigor para comprender: No estamos solos
en el universo.
Los intelectos-dios esperan nuestra respuesta.*

FIN.



PIERS ANTHONY DILLINGHAM JACOB (Oxford, Inglaterra, 6 de agosto de 1934). Es un escritor de ciencia ficción y fantasía, cuyo seudónimo es Piers Anthony.

Ha escrito varias novelas e historias cortas, pero es conocido por sus libros, especialmente por la serie de ciencia ficción sobre el universo de Xanth. Muchos de sus libros han aparecido en la lista de los más vendidos del New York Times. Unos de sus mayores logros ha sido publicar un libro para cada letra del alfabeto, desde Anthonology a Zombie Lover.

La familia de Anthony emigró a los Estados Unidos desde Gran Bretaña cuando éste era niño. Se convirtió en ciudadano naturalizado a los veinte años de edad. Tras dos años de servicio militar, enseñó brevemente en una escuela pública antes de convertirse en escritor a tiempo completo.

Anthony estuvo brevemente incluido en la Lista Negra, y por ello cree un deber ayudar a los aspirantes a escritores a evitar las casas editoriales tradicionales y su dominio en la industria.

En muchas ocasiones ha cambiado de un editor a otro (llevándose de paso una serie de éxito), cuando ha sentido que los redactores trataban de forzar indebidamente con su trabajo. Incluso ha demandado a editores por falsa contabilidad, ganado los juicios.

Mantiene una encuesta sobre editores en Internet, como un medio más de apoyar a los aspirantes a escritor. Por este servicio ha ganado el Special Recognition for Service to Writers de Preditors and Editors, una guía para autores de editores y casas editoriales.

Durante un tiempo fue socio capitalista de una editorial por Internet que ha sido adquirida por Random House. Además de su granja de silvicultura, Ha sido socio capitalista de empresas especializadas en tecnologías sobre alimentación vegetariana.

Muchas de sus novelas populares han sido consideradas para hacer una película, aunque ninguna se ha llevado a fin. No obstante, sí se ha hecho un videojuego.

Las novelas de Piers Anthony terminan generalmente con un largo capítulo de Nota del Autor, en el que habla de sí mismo, su vida, sus experiencias y como se relacionaron con el proceso de escribir la novela. Mantiene a menudo correspondencia con los lectores y cualquier hecho del mundo real puede influenciar en la novela. Anthony reside con su esposa en una granja de árboles que posee en Florida.